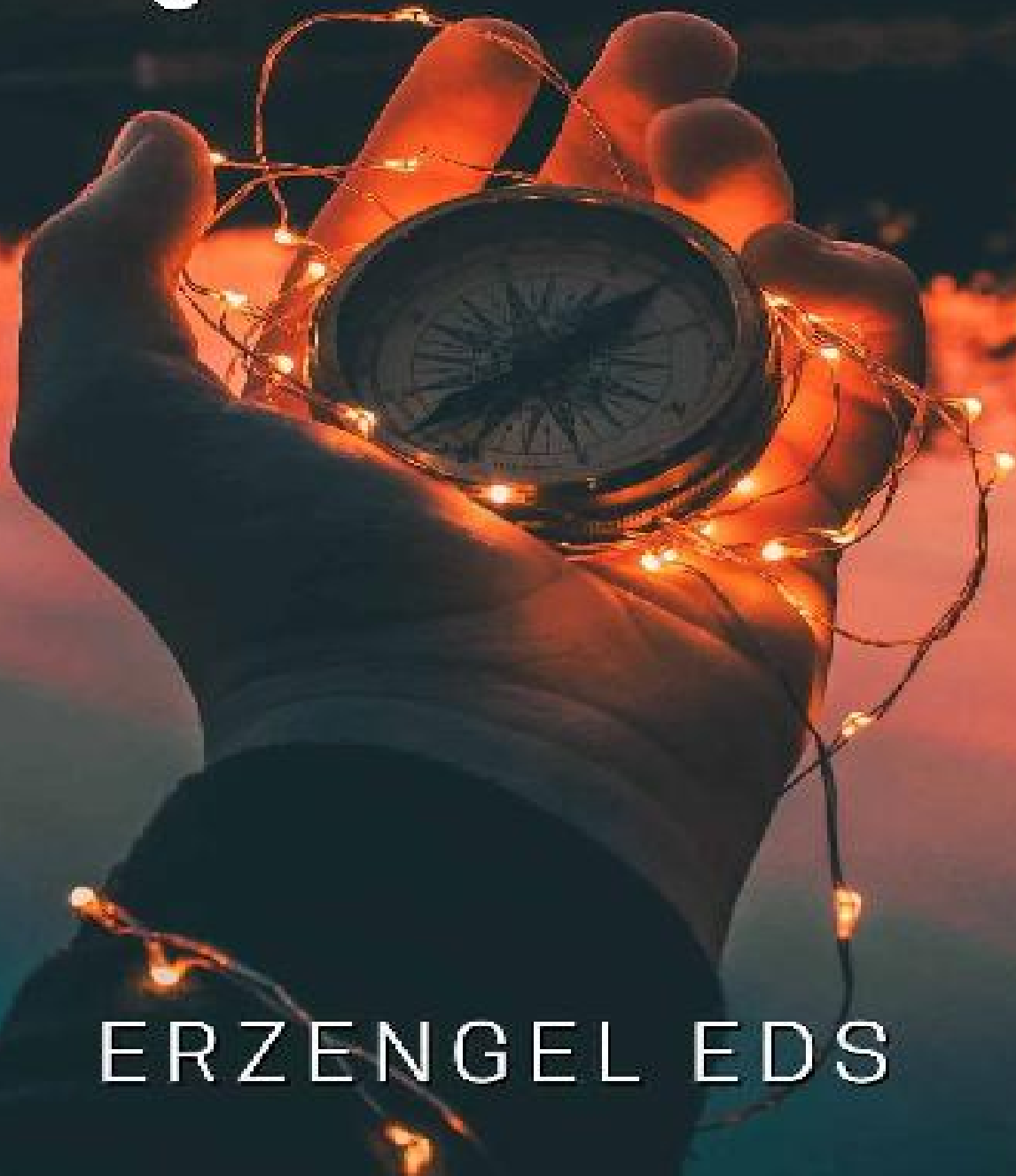


Distancias frágiles



ERZENGELED S

Distancias frágiles

Erzengel Eds

Derechos de autor © 2020 Sonia H. Lindner

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

Corrección y edición: Sonia H. Lindner y Emilia D'Angelo

Diseño de la portada de: Sonia H. Lindner

A Dolly, a quien le prometí hace años una historia como esta y me esperó paciente. Espero que te guste.

A Emi, que durante tantas noches me acompañó revisando y repensando la trama y sus personajes. Este libro es tan tuyo como mío.

A Melu, por los audios eternos y las horas de lectura. Sé que vas a disfrutar leyendo esta versión definitiva.

Contenido

<u>Página del título</u>
<u>Derechos de autor</u>
<u>Dedicatoria</u>
<u>Prefacio</u>
<u>Capítulo 1</u>
<u>Grabación 1</u>
<u>Grabación 2</u>
<u>Capítulo 2</u>
<u>Grabación 3</u>
<u>Grabación 4</u>
<u>Capítulo 3</u>
<u>Grabación 5</u>
<u>Capítulo 4</u>
<u>Grabación 6</u>
<u>Grabación 7</u>
<u>Capítulo 5</u>
<u>Grabación 8</u>
<u>Capítulo 6</u>
<u>Grabación 9</u>
<u>Capítulo 7</u>
<u>Grabación 10</u>
<u>Capítulo 8</u>
<u>Capítulo 9</u>
<u>Capítulo 10</u>
<u>Grabación 11</u>
<u>Capítulo 11</u>
<u>Grabación 12</u>
<u>Capítulo 12</u>
<u>Capítulo 13</u>
<u>Capítulo 14</u>
<u>Grabación 13</u>

[Capítulo 15](#)
[Grabación 14](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)
[Grabación 15](#)
[Capítulo 23](#)
[Capítulo 24](#)
[Capítulo 25](#)
[Capítulo 26](#)
[Capítulo 27](#)
[Capítulo 28](#)
[Capítulo 29](#)
[Capítulo 30](#)
[Capítulo 31](#)
[Capítulo 32](#)
[Capítulo 33](#)
[Capítulo 34](#)
[Grabación 16](#)
[Capítulo 35](#)
[Capítulo 36](#)
[Capítulo 37](#)
[Capítulo 38](#)
[Capítulo 39](#)
[Capítulo 40](#)
[Capítulo 41](#)
[Capítulo 42](#)
[Capítulo 43](#)
[Capítulo 44](#)
[Capítulo 45](#)
[Capítulo 46](#)
[Capítulo 47](#)
[Grabación 17](#)

[Capítulo 48](#)

[Grabación 18](#)

[Capítulo 49](#)

[Grabación 19](#)

[Grabación 20](#)

[Grabación 21](#)

[Capítulo 50](#)

[Capítulo 51](#)

[Grabación 22](#)

[Capítulo 52](#)

[Capítulo 53](#)

[Capítulo 54](#)

[Capítulo 55](#)

[Capítulo 56](#)

[Capítulo 57](#)

[Capítulo 58](#)

[Capítulo 59](#)

[Capítulo 60](#)

[Capítulo 61](#)

[Capítulo 62](#)

[Capítulo 63](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre la autora](#)

Prefacio

Soy un monstruo. Lo sé. No necesito que me lo digas.

Logré, con poco esfuerzo, robarte el corazón y destrozarlo.

Llegué al límite mismo de la bestialidad al infringirte mil heridas guiado por mis propias emociones, sin detenerme a pensar en el dolor que te estaba causando.

No me da orgullo, tampoco puedo cambiar lo que ya hice.

Te amé, no lo dudes, mas no supe controlar a la bestia que llevo dentro.

Espero que algún día puedas perdonarme, Cam. Guardo pocas esperanzas, pero ¿no eras tú quien siempre decía que de sueños se vive? Vivo de sueños ahora, solo por ti, aunque nunca lo admitiré si nos vemos cara a cara.

Después de todo, en la vida y en el amor las distancias son solo frágiles espacios que pueden anularse de un momento a otro. ¿Quién sabe si acaso algún día nuestras vidas no volverán a entrelazarse?

Capítulo 1

El sabor a verde de la selva inundaba por completo a Joaquín. Lo respiraba, lo saboreaba. Incluso podía escucharlo, por muy increíble que parezca.

Hacía doce años que había escapado del lugar que lo había visto nacer. En aquel entonces se internó en lo profundo de la selva amazónica en un intento desesperado por alejarse de las responsabilidades que jamás había pedido, pero le correspondían desde la cuna. Su amor por la biología supo darle las alas que necesitaba para huir sin mirar atrás y lo hizo más allá del dolor propio de las distancias.

Su conciencia gritaba de cuando en cuando que todo aquello era insostenible. Haber anulado lazos con el clan no significaba que podía dejar de preocuparse por su padre y hermano. Haberse alejado por más de una década no garantizaba, tampoco, olvidar el amor que sentía por Camille, aunque el solo hecho de quererla la pusiera en peligro constante.

Cuando el destino pidió revancha, Joaquín supo que era una burla de sus demonios personales. "Papá tuvo un infarto", avisó Laurent y con cuatro palabras su hermano dilapidó la tranquilidad a la que había arribado con tanto esfuerzo. Aquella noticia lo forzó a conseguir el primer vuelo directo y volver al lugar al que había jurado jamás regresar. Era probable que su padre falleciera antes de verlo por última vez, pero debía correr el riesgo.

Si las horas de viaje hasta la Gran Ciudad resultaron pesadas, recorrer los pasillos del hospital fue pura adrenalina. Joaquín había pensado posibles escenarios que tendría que tolerar, aunque nada lo preparó para la realidad. Al abrir la puerta de la habitación donde su padre descansaba, entendió por qué su hermano se había limitado a darle la menor cantidad de detalles posibles.

Con una impecable bata de color blanco y los cabellos castaños cayéndole sobre los hombros, el motivo de tantas noches de insomnio volvió los ojos hacia él. Joaquín se reencontró con Camille en el último lugar que podía imaginar y no estaba preparado para algo así.

Poco tardó ella en reconocerlo. No necesitó hablar, se limitó tan solo a volver su atención a los papeles que llevaba en las manos. Era evidente

que no soportaba aquella cercanía fortuita. Se retiró sin saludar siquiera y Joaquín se mantuvo a la altura.

Pretender que aquel cruce no había ocurrido era imposible, pero él era bueno ocultando las emociones. Llevaba años practicando. Cuando se supiera solo y al resguardo de miradas curiosas, podría darle rienda suelta al enojo y al dolor, pero aquel no era el momento ni el lugar. Pensar a Camille tan cerca y saberla tan lejos atentaba contra su cordura tanto o más que la idea de perder a su padre. Eran demasiadas emociones para procesar en muy poco tiempo y Joaquín se sentía más desamparado que nunca.

—Tendrías que haberle contado tu versión de los hechos cuando tuviste la oportunidad, Joaco —reclamó Laurent desde el sillón donde descansaba junto a la cama de su padre. Recién ahí Joaquín se percató de su presencia—. Nunca podrás decirle adiós de una vez y por todas si sigues escondiendo tantos secretos.

—Claro... porque va a aceptar escucharme o va a creerme siquiera.

—Llevas años torturándote con el diario que te dejó. Apuesto lo que quieras a que sigues escribiendo tu bitácora cada noche antes de dormir, como cuando eras niño. Prueba con darle uno de tus cuadernos. Nadie dice que te leerá, pero tal vez eso te ayude —Laurent levantó una ceja y se encogió de hombros, en un gesto muy propio en él.

—No le daría mi cuaderno de ninguna manera —Joaquín negó haciendo un movimiento con la cabeza—. Hay demasiadas cuestiones que no quiero que conozca y va contra las leyes, por si te olvidas.

—Las leyes prohíben hablar del clan y no estarías contando ningún secreto, ¿o sí? Podrías buscar la manera de contar tu verdad sin nombrar todo lo demás —Laurent se puso de pie, caminó hacia su hermano y le palmeó la espalda—. Los médicos del clan llegarán en un par de horas. Todavía queda bastante para poder trasladar a papá a un sitio seguro. Ve a casa, arréglate un poco y cena algo. Piensa cómo harás para explicarle a Camille la verdad.

—¿Tan mal me veo?

—Pareces un primo lejano de pie grande con esa barba tan larga y el pelo enmarañado.

Joaco asintió mientras tomaba el bolso que había dejado tirado en el suelo y levantó la mano derecha para mostrarle el dedo mayor a su hermano. Cerró la puerta al tiempo que Laurent estallaba en risas.

Grabación 1

Debo confesarlo, Camille. Fui un animal, una bestia desalmada. Te lastimé incontable cantidad de veces, aunque otras tantas fui yo quien sufrió sin que nadie lo supiera. Solo quiero que comprendas un poco el mundo a través de mis ojos, por eso me decidí a seguir el consejo de mi hermano.

No voy a escribir, eso llevaría demasiado tiempo. Prefiero grabarte estos audios. En algún momento hallaré la manera de enviártelos. No sé si querrás escucharme, pero necesito redimirme y sería bueno saber que podré sanar algunas de las heridas que te causé si te cuento la verdad que desconoces.

Hay demasiadas cosas para decirte. Ordenar en mi cabeza cada idea me ha llevado un buen tiempo. En contraparte, fue la primera vez en años que pude dormir toda la noche sin problemas. No sé si es un efecto placebo ante la idea de liberar mis demonios hablándote o si en verdad está comenzando a hacer efecto este extraño intento de redención.

Creo que lo mejor sería comenzar desde el principio. Debo reconocer que guardo tu primer recuerdo incluso desde que no sabía que te pertenecía. Quedaste grabada en mi memoria cuando aún eras una simple muchacha que la vida puso a un escenario de distancia. Desconocida, etérea. Maravillosa y eclipsante. Así te recuerdo, aunque desde aquel momento hayan pasado casi veinte años.

Puedo describir cada minuto que te vi sobre el escenario bailando aquella coreografía que parecía creada especialmente para ti. Nunca fui amante del ballet. Si asistí aquella noche a esa gala fue por estricta obligación y nada más comenzar la función perdí la noción del tiempo observando -ahora sé que era a ti a quien veía- a una de las bailarinas ejecutando su danza. Tu cuerpo se contorneaba flexiblemente, con movimientos tranquilos, sinuosos y perfectos. Era como si el mundo se detuviera a tu alrededor para contemplarte bailar con maravilla y destreza.

No intenté averiguar tu nombre. Identificarte y acercarme a ti habría significado romper con la magia del momento. Si debo serte sincero, tampoco me estaba permitido hacerlo, por mucho que me interesaras. Mi

familia tenía estrictas normas a las que debía acatar, me gustaran o no. Ya llegaré a contarte de qué va todo ese asunto, pero en mi lista de prioridades, considero que lo justo es hablarte primero sobre el momento en que sacudiste mi mundo sin ser consciente de ello.

Me mantuve apartado, entonces, reprimiendo mi instinto natural, porque en casa ya me habían aclarado de manera muy gráfica lo que sucedería si volvía a actuar de manera imprudente. Tenía dieciséis años y había pasado varios meses viviendo de fiesta en fiesta, malgastando el dinero que me daban mis padres en juegos y apuestas y había estado a punto de pasar la noche en la comisaría al menos una docena de veces.

Ahora que lo pienso, creo que ir a esa gala de ballet era parte del castigo impuesto por mi madre, al tiempo que me recordaba que si no cambiaba mi actitud por las buenas, ella me obligaría por las malas.

Jamás me importó lo que la gente pensara de mí, pero mis padres siempre encontraron la manera de hacerme entender que los Stevenson no solo éramos dueños de diversas empresas a lo largo y ancho del mundo, sino que además pertenecíamos a la clase social más alta, conformando una suerte de clan riguroso y estricto y debíamos esforzarnos para evitar ser noticia allí donde estuviéramos.

En un lugar donde se atenían a las reglas a ojos cerrados, yo era una especie de oveja negra, todo lo contrario a lo que mis padres esperaban y eso saltaba a la vista nada más oírlos hablar con adoración de Laurent, mi hermano mayor, al tiempo que me miraban como a una causa perdida. Mi familia y sus socios me veían como un escándalo andante, no lo niego. Lo era, hasta que te cruzaste en mi camino.

Luego de aquella noche, te guardé en mis recuerdos y anhelé verte bailar una vez más, aunque esa fuera toda la conexión que se me permitía establecer contigo. Asistí a todos los eventos de ballet a los que mi familia fue invitada, pero el tiempo pasó y no volví a encontrarte.

Lo siento, Cam. Esto es más difícil de lo que pensaba. No. No puedo...

Grabación 2

Regresé.

Lamento la interrupción, pero convertir en palabras tantos recuerdos me hace sentir... me estoy desollando en vida. De verdad. Todo esto me resulta tan distante como doloroso. Siento que lo viví hace milenios y que nada queda de ese muchacho que supe ser.

En fin...

Si el destino no tuvo ganas de colocarte de nuevo en un escenario para que yo pudiera verte bailar, al menos pensó en dejarte a mi asecho una tarde de otoño, unos años después, cuando estudiaba en la Universidad.

El destino... ¡Dios! En aquel entonces no creía en ese tipo de cosas. Ahora, pienso que el destino es más que real y que fue muy cruel, contigo y conmigo, aunque la balanza resultara a mi favor.

Sé bien que pagaste demasiado caro el conocerme. La bestia que habita en mi interior quiso tenerte y devorarte. Y es real, tanto como el destino y la vida misma, pero eso también lo explicaré luego.

Aquel día mi clase de Matemática Financiera terminó temprano. No había oscurecido todavía y pensé en pasar a buscar a Javier y Matías, mis mejores amigos, que estaban practicando con la banda universitaria en el edificio principal de la Facultad de Bellas Artes, en el extremo opuesto del campus universitario. Preparaban un concierto a beneficio de un hogar de niños y de paso, sumaban puntos en las actividades humanitarias que les exigían como requisitos extra para lograr sus títulos.

Ellos tenían suerte. Estudiaban lo que querían, sin que sus familias les recriminaran nada. Javier quería ser arquitecto, Matías prefería la abogacía. Muy por el contrario, yo tuve que dedicarme a la contabilidad y los recursos humanos porque mis padres pretendían que algún día me hiciera cargo de los negocios familiares igual que lo había hecho Laurent.

Mi sueño nunca consistió en vivir dentro de un edificio trabajando de lo que fuera que mis padres esperaban. Quería ser biólogo, recorrer el mundo de punta a punta estudiando animales y plantas en vivo y en directo, viendo y sintiendo a la naturaleza desarrollándose con total libertad. Pero las muchas tonterías que había cometido desde que tenía permiso de salir

y manejar mi coche, eran el punto al cual se aferraba mi madre cuando comenzaban los sermones acerca de mi vida profesional. Mi padre jamás intercedió en las peleas. No sostenía la postura de mi madre, pero tampoco me defendía. Puede que la amara tanto que no quería ir en su contra. Nunca se lo pregunté y no importa en realidad. Si ellos no me hubieran obligado a asistir a esa Universidad, jamás te habría conocido.

Como te decía, recorrí los pasillos ensimismado en mis pensamientos y así también subí varias escaleras. Supe que estaba en el piso equivocado al abrir la puerta de lo que se suponía era el salón donde Matías y Javier tenían su práctica y encontrarme con una sala de ensayos de baile. La melodía de violines y flautas, los espejos y el suelo de madera tan característicos gritaban a vivas voces lo fuera de lugar que estaba en aquel momento.

Tendría que haberme retirado sin mirar siquiera, pero la curiosidad tironeaba fuerte y no pude evitar quedarme embelesado mientras una joven de cuerpo delicado y movimientos suaves dibujaba una historia con su coreografía.

Era increíble verla contornearse y girar, desplazándose de tal manera que recorría todo el espacio disponible para bailar. Hubo un momento en que quedó de espaldas a mí y me observó a través del espejo. Lo supe, porque yo también la miraba. No podía creer que era ella. ¡Mi bailarina sin nombre! No daba más con el asombro, porque eras tú: luego de tanto tiempo volvía a encontrarte.

“No deberías estar aquí. Reservé esta sala hace meses y no me gusta que me vean ensayar. Retírate, por favor”, dijiste con tono frío. Tu voz era tan dulce, que no me contuve y traté de acercarme sin atender a tu aviso.

“No”. Solo eso pude decir.

“¿Quieres que llame al guardia de seguridad?”. Tu respuesta me hizo sonreír.

Si hubiera querido hacerte daño, nadie habría podido detenerme.

“Perdona. Empecé con el pie izquierdo”, me mordí el labio intentando frenar la ansiedad, “me llamo Joaquín, Joaquín Stevenson. Soy estudiante de contabilidad y estaba buscando el salón de prácticas de la banda musical, llegué aquí por error”.

“Está bien. Debes bajar un piso y doblar a la derecha. Ahora vete, así puedo seguir ensayando”, replicaste al tiempo que señalabas la puerta.

“¿No me dirás tu nombre al menos?”.

Te vi apretar los puños al tiempo que respirabas conteniendo el enojo por mi descaro. Tu voz surgió cargada de enojo y cansancio en partes iguales:

“Mira, tengo apenas una hora para dedicarme al baile, llevo estudiando y trabajando desde las seis de la mañana y solo quiero hacer esto antes de regresar a casa. No tengo tiempo para hablar contigo”.

“Dame tu nombre y me iré”, prometí sonriendo con picardía. Necesitaba saber quién eras, me resultaba imperioso conocer tu identidad.

No sé si fue la súplica en mi mirada o si acaso te cayó en gracia mi actitud, pero recuerdo perfectamente cómo suspiraste al tiempo que caminabas hacia el equipo de música para accionar de nuevo la pista que venías ensayando.

“Me llamo Camille Beorlegui”, alzaste una mano, frenando mi intención de hacerte otra pregunta, “estudio medicina y me quedan veinte minutos de reserva. Déjame tranquila, por favor”.

Te hice una pequeña reverencia, por si atendías al espejo de nuevo, y regresé sobre mis pasos sin poder borrar la sonrisa de mi rostro.

Camille... ese nombre te iba perfecto. Perfecto para tu rostro de piel suave y cabellos castaños, para tus ojos oscuros y tu carácter distante.

Sonará algo tonto, pero saberte así, tan concentrada en lo tuyo y poco dispuesta a distraerte, hacía que me gustaras más. Ya encontraría la manera de hacerte sonreír y ver si así tus ojos brillaban más o si tus mejillas se sonrojaban.

Javier y Matías me encontraron hablando solo. Les comenté de mi error al ir a buscarlos, más nada dije sobre el encuentro con una chica que hacía temblar mi mundo con cada respiro. Eran mis amigos y los adoraba, pero me preocupaba cómo podían reaccionar al enterarse de mi interés por alguien fuera de nuestro grupo cotidiano. Sus familias eran amigas de la mía y adherían a las mismas benditas normas de mantenerse alejados de quienes no formaban parte de nuestro círculo social. No quería involucrarlos en mis problemas. Al menos, no todavía.

Aquella noche fue la primera sin dormir. Habías despertado a la bestia y ya no había vuelta atrás. Mi naturaleza me impulsaba a perseguir mi objetivo y no descansar hasta alcanzarlo. No importaba lo que pensarán mis padres, me gustabas y eso era todo lo que me movía. Por eso el amanecer me encontró organizando planes para volver a verte.

Todo era cuestión de crear baches y no llamar la atención de mi familia y amigos. No sería fácil, pero lo valías. Demasiado tiempo te había pensado como para dejarte ir así sin más. Más allá de la distancia que habías plantado con tu actitud de hielo, yo podía traerte el sol si me lo permitías.

¡Qué tontos fuimos, Camille! Yo por quererte sin pensar en las consecuencias, tú por enamorarte sin saber nada de mi verdadera naturaleza. El destino se lo cobró con creces.

Míranos ahora, no toleramos estar en la misma habitación siquiera.

¿Me crees si te digo que lo daría todo por volver a ese día y evitar conocerte? Sé que no confías en mí, ya no. Pero es verdad: daría todo por salvarte del animal que fui. Por eso estoy grabando esto. Más allá de mi propia redención, necesito saber que ya no te duele haberme conocido.

Capítulo 2

A la mañana siguiente, Jerome se mostró muy alegre cuando Joaquín pasó a visitarlo a la hora del desayuno.

—Se te ve mejor —dijo mientras se incorporaba en la cama sin permitir que su hijo lo ayudara.

Joaquín acomodó sobre el regazo de su padre la bandeja que la enfermera había dejado en la mesa de luz y se sentó en el sillón que había a un costado sin quitarle la mirada de encima.

—Yo debo decir lo mismo de ti —repuso encogiéndose de hombros—. Me siento embaucado. ¿No se suponía que estabas grave?

A decir verdad, Jerome se veía tan bien que nadie pensaría que había sufrido un infarto hacía menos de dos días.

—Soy de una madera mucho más resistente de lo que crees, Joaco —sonrió palmeándose el pecho y luego entrecerró los ojos y resopló—. Oye, ¿vas a contarme qué te trae tan temprano? ¿O es que simplemente no quieres cruzarte con Camille?

Joaquín contó hasta diez en silencio, mientras su padre le echaba edulcorante al té con leche y revolvía la bebida con una pequeña cuchara.

—Quise venir a verte y saber cómo habías pasado la noche.

—Podrías haberme llamado por teléfono.

—Si uso esa lógica, debería haberme quedado en casa. Me habría evitado un viaje en avión de varias horas.

—No quise decir eso, lo sabes. Es solo que... —Jerome se estiró para intentar mirar más allá de la puerta de la habitación y bajó su voz hasta casi un murmullo— ¿Seguiste el consejo de Laurent?

Joaquín hizo el amago de ponerse de pie y retirarse. Su padre sabía que él prefería evitar el asunto, pero no podían seguir así toda la vida.

—¡Hijo, no te enojés! Es solo que siento tienes una luz que hace años no mostrabas y...

—Pronto se apagará de nuevo, no te hagas ilusiones —mientras hablaba, Joaco se acercó a la puerta de la habitación y la cerró para ganar algo de privacidad.

—¿A qué te refieres?

—Comencé a grabarle unos audios y fue muy liberador —el muchacho bajó la mirada al suelo y negó con un leve movimiento de la cabeza—. Pero hay demasiados secretos que me impiden avanzar, cuestiones que quedan inconclusas porque derivan en cosas de la familia.

—Dile todo, Joaquín. No te guardes nada.

—¿Cómo esperas que lo haga? Las consecuencias serían...

Jerome levantó una mano e hizo callar a su hijo.

—Yo soy la máxima autoridad a quien debes responder y soy el único que puede darte el permiso que precisas. Si te digo que no te guardes nada, es porque puedo garantizarte que no deberás rendirle cuentas a nadie si le confiesas toda la verdad a Camille.

—No va a creerme. Además, correríamos un gran riesgo exponiéndonos. ¿Qué pasaría si ella hace públicos esos mensajes? ¿Cómo quedaríamos ante el mundo?

—¿De verdad crees que Camille podría reaccionar de esa manera? Como mucho, pensará que desvarías luego de tantos años viviendo en el exilio y borrará toda evidencia —el anciano se encogió de hombros—. Inténtalo. Fíjate lo bien que te hizo comenzar a liberar tus demonios. Ella no tolera verte de todas formas, ¿qué tanto agravará el asunto si le cuentas tu versión de la historia?

—Va a odiarme todavía más por todo lo que le oculté —Joaquín se acercó a la cama y sostuvo la mano de su padre por un momento.

—O va comprender que no fuiste responsable de todo y te perdonará —Jerome seguía siendo el mismo optimista incansable de siempre.

Joaco asintió antes de prometerle regresar para la hora del almuerzo y pensó en dar un paseo por las afueras de la ciudad para grabar otro audio. Todavía le quedaba mucho por contar.

Grabación 3

Después de tantos años, papá se muestra preocupado por mí. Parece que en verdad quiere verme libre de esta culpa que me domina sin descanso.

¿Tan destrozado me muestro? ¿Tan lastimado estoy que mi padre ha llegado al límite de pasar por alto las reglas solo para ayudarme?

Sé que es así. No tengo más alternativas.

Estoy hablándote con el corazón en una mano y el alma en la otra. Demasiadas veces me sentí desgarrar por dentro, desangrándome aunque nadie pudiera verlo.

Hay muchas cosas que te he ocultado por tu propio bien, más allá del valor que tienen para quienes me rodean o para mí.

Necesito que abras tu mente, que vuelvas a ser la Camille que creía en imposibles y milagros. No te mentiré ni haré bromas. Todo lo que diré de ahora en más es algo con lo que he crecido, que me ha limitado en buena medida y es la razón de tantos secretos en medio de lo que fue nuestra relación.

Verás, hay reglas básicas que he debido cumplir desde que tengo recuerdos. Normas tales como evitar llamar la atención en público y quedarme en casa durante las noches de luna negra. Tampoco puedo hablar de mi verdadera naturaleza con ningún humano, ni comentar sobre el clan, su organización o quienes lo constituyen. Es obvio que está prohibido mantener relaciones sentimentales con quienes no forman parte de nuestros clanes y, de hecho, transgredir esa ley conlleva a la muerte segura de la persona en cuestión. Esa es una de las razones por las que debí alejarme de ti y hacerte creer que ya no te quería ni me importabas.

Hay muchas otras reglas, pero las que te comenté son las primeras que se le inculcan a toda cría a medida que va creciendo. Sí. Sé que suena ilógico lo que digo. Verás... Existimos desde hace milenios, tenemos parentesco con los humanos, pero somos algo diferentes.

Si quieres pensarlo desde la genética, nosotros tenemos dos pares extra de cromosomas. Eso nos da ciertas capacidades. Resulta que somos más fuertes que un humano promedio, más veloces e incluso más inteligentes.

La diferencia más grande radica en que podemos adoptar apariencia animal.

No me insultes. No tomé alcohol ni me encuentro bajo los efectos de ningún tipo de droga. Es más, la mayoría de esas sustancias no hacen efecto en mi organismo.

En las leyendas de las tribus originarias, nos llamaban cambiaformas. Cambiantes me gusta más. Podemos hacerlo sin esfuerzo alguno, sin embargo a medida que crecemos y las emociones nos dominan (por ejemplo, al enamorarnos) nuestra parte animal se vuelve más violencia.

En las noches de luna negra, esas que tú conoces como luna nueva, es tal el dominio de la parte animal que debemos recluirnos en nuestros hogares. Hay una etapa, entre los quince y los treinta años, cuando debemos permanecer en habitaciones especiales, construidas para mantenernos a salvo y sin lastimar a nadie en los tres días que dura el efecto de la luna negra.

Lleva años aprender a mantener a raya la parte animal. Los sentimientos y emociones son más fuertes en nosotros, al punto que hasta emitimos fragancias distintivas cuando estamos en pleno enamoramiento o en casos extremos, como un arranque de furia o una crisis emocional.

Algunos de los nuestros pueden establecer diálogos por telepatía con quien lo deseen. Otros pueden ver el futuro a través de los sueños y algunos hasta saben crear hechizos poderosos. Se dice que los humanos que tienen capacidades similares son descendientes de aquellos que incumplieron las normas, lo cual es más que probable.

Cada cambiante, además, adopta el aspecto de uno o varios animales, sin atender a las formas que pueden adoptar sus padres o demás familia. Respetamos, claro está, las leyes de la física. Sea el animal que sea, si elegimos transformarnos ganaremos el aspecto de la criatura manteniendo la cantidad de materia de nuestro cuerpo. Así, es muy común que optemos por especímenes grandes. Mi hermano Laurent acostumbra a mostrarse como lobo y yo prefiero adoptar el aspecto de un puma. Papá no puede transformarse, aunque de eso te hablaré más adelante.

Lo importante ahora es que debes entender que si te oculté todo esto, fue para garantizar tu propio bienestar. Necesito que me creas o que al menos guardes el secreto. De verdad pensé que podría resolver todo y darle vida a nuestra relación. Había demasiados obstáculos, Camille. No te haces una idea. Mi madre era uno de ellos, sin olvidar las

responsabilidades que tenía sobre mis hombros por ser el hijo del líder de clan. Todas las familias de cambiantes del país responden a las órdenes de mi padre y ese es un gran peso con el que cargar. Soy el heredero al sillón de jefe, aunque renegué de ejercer ese papel desde mucho antes de conocerte.

Lo lamento, Camille. Te puse en peligro desde el principio al romper las normas del clan, pero también porque la bestia que me domina despertó feroz y eras su único objetivo. El animal en mí muchas veces anheló tu carne. Suena terrible e inhumano, pero es real. La fuerza del sentimiento que guardaba por ti era tal, que mi lado animal más de una vez estuvo listo para hincarte los dientes y desgarrar tu piel y músculos sin dudarlo. Laurent decía que era normal, que el primer amor de un cambiante siempre es así de poderoso. Aunque entre nosotros no suele haber peligro, estar cerca de un humano cuando las emociones nos dominan de esa manera no es nada bueno.

¿Cuántas veces me fui sin darte explicaciones? ¿En cuántas ocasiones evité incluso hablarte por teléfono?

De seguro creías que estaba jugando contigo. Muy por el contrario, estaba cuidándote. Desde el primer momento, todo lo que hice fue para protegerte. Fui egoísta, lo admito. Tendría que haber mantenido distancia. Hubiera sido lo correcto, no lo dudo. Si hubiera tenido la entereza suficiente como para alejarme a tiempo, hoy no estarías escuchando este mensaje. Pero caí preso de tu mirada y no pude hacer nada para liberarme.

Lo siento. En mi egoísmo ciego y ególatra, no medí las consecuencias. Mi amor no era el mejor, pero sí era sincero. Ojalá hubiera alcanzado con eso.

Grabación 4

Luego de aquella tarde en la sala de ensayos de baile, lo que sentía por ti pasó de un simple interés a un sentimiento real. De solo recordar tus gestos al hablarme, tu renuencia a decirme tu nombre y la frialdad al querer imponer distancia, mi corazón latía con más fuerza.

Necesitaba verte, conocerte más y darme a conocer. Por eso cometí mi primer acto de traición para con los de mi clan: entré a la base de datos de la universidad y revisé las clases en las que estabas inscrita. Aprendí tus horarios y me organicé un cronograma bastante detallado. Cualquiera persona normal diría que fui un vil acosador. Los de mi clan replicarían que era el animal en mí, acorralando a su presa, lo que quedaba en evidencia. La verdad es que yo solo quería pasar algo de tiempo contigo, aunque ese hecho tan simple y mundano quedara fuera de lugar para alguien con mis responsabilidades.

No debía verte todos los días, ya que eso levantaría sospechas entre mis amigos y familia. Sabía que los lunes podría encontrarte en la biblioteca a la hora del almuerzo, en la sala de lectura que tenías reservada todo el año. Los martes me sería posible dar contigo si salía a correr por la pista de atletismo al caer la noche. Los miércoles tenías actividades de voluntariado estudiantil y los jueves practicabas ballet. Viernes, sábado y domingo te perdía el rastro, pero ya vería de averiguar dónde encontrarte.

Aproveché aquel primer fin de semana luego de nuestro cruce para pensar si sería mejor verte el lunes o martes y decidí que era más lógico encontrarte el martes haciendo ejercicio, porque leer no era algo a lo que acostumbraba. Había transitado mi primer año en la facultad sin pisar siquiera la biblioteca y pasear por ese edificio así como así, sería muy llamativo para Matías y Javier, con quienes convivía.

No te das una idea lo difícil que me resultó el tener que esperar a que llegara el día y se hiciera la hora para verte. El campus universitario cubría un área muy extensa. Para mi conveniencia, la pista de atletismo estaba a unas diez manzanas respecto a donde estudiaban mis amigos, pero muy cerca del edificio donde yo cursaba a diario.

Siempre me gustó practicar deportes y mi propia naturaleza me invitaba a darle rienda suelta al instintito de salir a correr y dejar que el mundo se deslizara bajo mis pies sin pensarlo demasiado. Por eso, sabía que no llamaría la atención de mis amigos si me encontraban por ahí.

Aquella noche, preparé la botella con agua, me vestí y calcé las zapatillas pensando en cómo reaccionarías al verme. Sonreí entusiasmado al tiempo que ataba mis cabellos largos en un cómodo rodete para que no me molestara al correr. Acaricié mi rostro con ambas manos, preguntándome si te molestaría verme con la barba crecida de varios días o si así te resultaría más atractivo. Miré el reloj por millonésima vez y salí rumbo a la pista de atletismo.

Nada más llegar, comencé a correr sin verificar siquiera si eras alguna de las chicas que entrenaban a esa hora. Solo tomé aire y dejé que mi cuerpo se moviera guiado por mi lado animal. La textura del terreno, el aroma del césped recién cortado, el canto de los grillos... todo era tan armonioso como tu cuerpo al moverse siguiendo una coreografía.

Te divisé al poco rato. Mantenías un ritmo firme, aunque no muy veloz.

“Pensé que a esta hora estarías cenando para poder irte a dormir temprano”, dije disminuyendo la velocidad y mirándote de reojo.

Te llevó un minuto reconocerte y te negaste a hablar, haciendo un gesto con los hombros.

“Hola. Buenas noches”, continué sonriente. “Creo que lo más educado es saludar, al menos”.

“No tengo tiempo para esto”, comentaste mientras bajabas el ritmo de la carrera y te limitabas a trotar.

“¿Tiempo para qué?”

“Para escucharte o prestarte atención”.

“Yo solo estoy haciendo un poco de ejercicio. Si la casualidad quiso que nos encontráramos, no tengo la culpa”.

Dejaste el trote y caminaste unos pasos. Yo imitaba tus acciones para seguir a tu lado. Cada gesto y movimiento a los que dabas vida quedaban guardados en mi memoria con total detalle.

“No creo en las casualidades”. Tu respiración se iba calmando poco a poco.

“¿No? ¿Y en el destino? Tal vez fue el destino el que me trajo hasta ti”.

Sonreíste y se te iluminó el rostro como por arte de magia.

¿Sabes lo hermosa que eres al sonreír? ¿Te haces una idea de lo impactante que resultas?

“No veo al destino acompañándote”. Otra sonrisa, más grande que la anterior. “Creo que viniste solo”.

“¿Te molesta?”.

“Eres libre de hacer lo que quieras”.

“Entonces puedo hablarte si te encuentro otro día”.

“Claro... si la casualidad nos acerca de nuevo, puedes hablarme”. Una sonrisa más, iba a darme un infarto si seguías así.

“Y si la casualidad y el destino no ayudan, veré de crear la excusa necesaria”, contesté sonriendo a la vez.

“Más te vales que inventes una buena”, hiciste una pequeña reverencia y te alejaste de la pista sin mirar atrás.

Te escuché reír. ¡Yo estaba en lo cierto! La tarde en la sala de ensayos me habías visto despedirme.

Cuando regresé a casa, la sonrisa en mi rostro era tal que Javier y Matías me miraron raro durante todo el tiempo que duró la cena. No recuerdo haber atendido a sus preguntas. A cada momento pensaba nuestra pequeña charla y me entusiasmaba más y más imaginando cómo reaccionarías en el siguiente encuentro.

La emoción a flor de piel me hacía estremecer por momentos. La bestia en mí rugía feroz. Me iba encadenando a ti más y más.

Tonto. Tonto. Tonto. ¿Cómo fui capaz de creer que era posible el amor entre nosotros? Las mariposas huyen de los felinos, no se quedan a su acecho. Nuestra historia no podía tener final feliz, por más excusas que inventáramos. El destino no jugaba a nuestro favor. Lástima que tardé tanto en entenderlo.

Capítulo 3

Joaquín cortó el audio al ver que se le hacía tarde para almorzar con Laurent. Su hermano odiaba la impuntualidad y eso no cambiaría jamás, ni siquiera con su padre internado y con él de regreso en casa luego de tantos años fuera.

Casi corrió los doscientos metros de pasillo que separaban la puerta de entrada del sanatorio de la habitación donde Jerome descansaba. En el intento por llegar a horario, Joaco dejó que sus instintos más básicos lo guiaran magnificando la capacidad de sus sentidos y cegando en gran medida su lado humano. Tal vez por eso al doblar en la última vuelta de galería y dar de lleno sobre la puerta de la habitación que buscaba, se estremeció por completo y entrecerró los ojos, preparándose para atacar ante aquello que le hacía estar en guardia.

Nada más olfatear el aire que lo rodeaba, una milésima de segundo antes de dar el golpe, Joaquín frenó en seco mientras gruñía por lo bajo. Había estado a un paso de atacar a Camille, aunque no pudo evitar de todos modos que sus cuerpos chocaran producto de la velocidad con que él venía moviéndose. Apenas atinó a tomar a Camille por la cintura para impedir que cayera al suelo, al tiempo que su cuerpo reaccionaba ante la idea de tenerla entre sus brazos. La piel le ardía y la sangre corría veloz por sus venas, en una respuesta primordial que hacía años no vivenciaba.

Ocurrió, entonces, un instante eterno donde se observaron en silencio, como buscando el uno en el otro a las versiones jóvenes que habían sabido ser. Joaquín contempló las curvas de los labios de Camille, sus ojos oscuros como la noche, su piel delicada tensándose en torno a los pómulos. Estaban tan cerca que hasta podía percibir el perfume de su pelo sin necesidad de recurrir a sus habilidades especiales.

Sabía que estaba mal, pero igual permitió que la bestia en él dominara el momento y, casi sin pensarlo, anuló la poca distancia que los separaba. La vio dudar. Era evidente por la forma en que sus labios se movieron, casi temblando. Cuando Camille cerró los ojos, Joaco podría haber apostado su vida a que estaba recordando la época en que ese tipo de cercanía era tan natural entre ambos.

La bestia en Joaquín se animó a ir más lejos y acercó el rostro al de Camille, dejando solo un par de milímetros entre sus labios y los suyos. Ella abrió los ojos y lo miró como hacía tiempo no ocurría. No había odio. Muy por el contrario, parecía que dudaba si permitirse besarlo o alejarse sin dar explicaciones al respecto.

La puerta de la habitación se abrió y el grito de sorpresa que ahogó Laurent le dio tiempo a Camille para bajar la mirada y marcharse sin reclamar por la actitud de Joaquín ni emitir palabra alguna.

Laurent miraba a su hermano sin dar crédito a la escena que había interrumpido por error y la voz de Jerome preguntando qué había sucedido hizo que Joaco cayera en la realidad.

Tal vez no estaba mal encaminado en su idea de lograr el perdón de Camille. Una sonrisa se le dibujó en el rostro mientras saludaba a su padre con un gesto de la mano.

—No sé qué creen que estaba sucediendo. A decir verdad, ni yo sé qué estaba pasando. Laurent, almorzaré contigo, pero necesito regresar a casa solo. ¿Nos vemos en media hora? —comentó Joaquín tratando de controlar las emociones.

Cada músculo de su cuerpo se contraía y relajaba generándole escalofríos. Una explosión de sentimientos lo sacudía, mientras intentaba comprender la reacción de Camille. La bestia en Joaquín urgía por salir a buscarla, pero él sabía bien que la magia del momento ya había desaparecido.

—Creo que tienes mucho de qué hablar —Laurent se encogió de hombros y volvió la atención a su padre, mientras apretaba los labios para no estallar en risas.

—No hagas caso, hijo —señaló Jerome—. Ve a casa. Laurent te estará esperando.

Joaquín cerró la puerta a sus espaldas y fue en busca de su vieja camioneta, con la que había llegado temprano al hospital. Se colocó los auriculares manos libres en ambas orejas y puso a grabar un nuevo audio en su teléfono al tiempo que aceleraba hacia su hogar.

Grabación 5

¡Hay tanto para decirte, Camille! ¡Tanto para liberar luego de años reprimiendo emociones y sentimientos!

Hice lo que me pediste, mantuve la distancia y evité contactarte. Fui más lejos, incluso, exiliándome a un punto remoto de la selva amazónica.

Puede que a ti te haya hecho bien, pero a mí no. Hubo noches en que me quedaba sin voz luego de gritar hasta el cansancio, furioso con el destino que no hizo más que burlarse de nosotros. También estaba enojado conmigo, porque no había sido tan fuerte como para oponerme a la desgracia que anhelaba vernos sangrar hasta desfallecer.

Sé que reclamaste el olvido. Recuerdo tu llanto y tus súplicas, mientras el "deja de pensar en mí. Por favor, aléjate y no regreses", nacía de tus labios como un rezo.

Creías que si no te amaba, ya nada dolería. Pensabas que si estaba lejos de ti enterraría tu amor en el pasado. Permití que te convencieras de que me alejaba siguiendo tu pedido, porque no podía reconocer que mantenerme en la lejanía te mantendría a salvo.

Pero ninguna distancia anuló mis emociones. He vivido doce años fuera de mi hogar, sin verte ni tener noticias tuyas hasta hace unas horas y aun así, te amo tanto o más que el primer día. Elegí esa vida fuera de toda urbanización para darte la oportunidad que merecías. A cambio, me quedé con los restos de nuestro amor trunco.

Puede que luego de tantas mentiras y secretos, no creas en lo que te digo, pero jamás me mostré tan vulnerable ante nadie como lo pienso hacer contigo. Ya tomé la decisión de contarte todo y eso significa no solo revelar cuestiones de mi familia y clan, sino también dejar fluir aquello que mi corazón guardó todos estos años.

Volviendo a aquella época en que éramos dos simples desconocidos, luego del encuentro en la pista de atletismo pasé todo el miércoles y la mañana del jueves pensando dónde buscarte y qué decirte. Comprendía que eras una chica muy ocupada, que tus tiempos no eran como los míos y eso solo me hacía repensar una y otra vez el siguiente cruce.

Decidí que, si de excusas se trataba, podía ir lejos y animarme a hacer algo más allá de un simple encuentro ocasional. Por eso, cuando Matías y Javier propusieron armar una noche de chicos a pura PlayStation y comida chatarra, yo escapé de sus planes avisando que tenía un trabajo que terminar y no dudaron de mí. Sabían que a veces me dejaba estar y reaccionaba para cumplir con las tareas la noche previa al día de entrega.

Estoy seguro de que no esperabas encontrarme a la salida de tu ensayo de ballet, aunque algo en tu mirada me hacía pensar que sí me habías estado esperando más temprano. Creo que tal vez para cuando te retirabas diste por sentado que no nos veríamos esa noche. Nunca me dijiste nada al respecto y jamás te lo pregunté, por mucho que me moría de ganas por saber la respuesta.

Me quedé fuera del edificio de Bellas Artes, suponiendo que tomarías la salida más habitual. Varias veces estuve tentado de ir a buscarte a la sala de ensayo, pero eso habría arruinado la sorpresa. Simplemente, aguardé a verte salir en tanto yo esperaba recostado sobre una pared lateral. Ni bien te hablé, giraste a mirarme sin dar crédito a mi presencia.

“Creo que llevas levantada desde las seis de la mañana y has trabajado y estudiado todo el día. Imagino que debes estar muy cansada y solo querrás cenar y dormir, pero... quería saber si aceptas cenar conmigo”, sonreí de costado y levanté una ceja, tratando de mostrarme tan adorable como me era posible.

Me devolviste la sonrisa, negando con la cabeza y señalaste tu ropa.

“No puedo ir a comer a ningún sitio vestida así y además, preciso una ducha. Lo lamento”, te encogiste de hombros y no te dejé continuar, porque te interrumpí comentando:

“No dije dónde sería la cena. Pensé que no tendrías ganas de salir, así que hice algunas compras y traje mi coche. Podemos comer ahí y luego te llevaré a casa”.

“¿En tu auto?”

“Sí. Lo importante es compartir el momento y ya sabes, hablar, conocernos un poco más...”.

“Eso suena a cita. No me interesan las citas”. Te cruzaste los brazos y te encogiste de hombros. Poco me llevó comprender que ese gesto demostraba que no ibas a ceder con facilidad.

“No será una cita”, respondí. “¿Quién dijo que me interesa tener una cita contigo? Por como yo lo veo, esto sería una cena con mi amiga

Camille para hablar un poco de nuestras vidas”.

Tu risa no se hizo esperar. Cuando te relajabas y bajabas la guardia, eras aún más adorable. ¿Qué te hacía ser tan rígida y estricta? Cada detalle nuevo tuyo me hacía querer conocerte más y más.

“No te rías. Hablo en serio”, murmuré fingiendo estar ofendido.

“Bueno, bueno... tengo una hora. Luego, debo ir a casa”.

“¿Una hora?”

“Cincuenta y nueve minutos, si sigues dudando”.

Volví a sonreír, mientras te enseñaba el camino hasta el auto. Pensé en ir al parque de bariles de la ciudad, donde habría menos miradas atentas a nuestra pequeña reunión y tendríamos un hermoso paisaje con el cielo cubierto de estrellas, sin mencionar que quedaba (¡Oh, sorpresa!) cerca de tu casa. Admitir que sabía dónde vivías sería exponerme como un acosador en potencia. Preferí fingir que la casualidad nos había favorecido una vez más, y esa vez, mi actuación fue tal que no dudaste de mí en ningún momento.

Aquella noche regresé a casa sin dejar de pensar en ti. No te merecía. Yo, que cargaba con mil secretos, que lo tenía todo y no necesitaba esforzarme por nada. No merecía que me hablaras siquiera. Te estaba ocultando cosas desde el principio, actuaba con la idea ciega de tenerte cerca y aun así, no me arrepentía de nada.

Si hubiera sido sincero desde el primer momento, puede que nuestra relación fuera muy diferente. Sin embargo, el peso del clan me prohibía decirte la verdad.

Me preocupabas y quería lo mejor para ti, por eso hice lo que hice. Fue un gran error, lo reconozco. Míranos ahora. Tan destruidos. Tan distanciados. Todo porque no supe refrenar al animal que llevo dentro. Me dejé guiar por los instintos y fui egoísta, manipulando las situaciones a mi conveniencia. Merezco todo lo que me sucede. Aunque me duela en el alma. Aunque me sienta morir en vida. Lo merezco. No necesito que me lo digas.

Soy una bestia. Así de simple. Una bestia disfrazada de humano. Perdóname, Camille. Jamás tuve intención de hacerte daño.

Capítulo 4

El almuerzo con Laurent transcurrió entre anécdotas y recuerdos de su niñez.

—Camille cree que papá podrá volver a casa en unos días. Según ella, a lo sumo en una semana le darán de alta. No le he dicho nada sobre nuestra idea de trasladarlo, porque todavía no han llegado los médicos del clan —comentó Laurent cuando terminamos el postre.

—Una semana —repitió Joaquín pensativo.

—Si consideramos que hiciste el viaje para ver a papá y acompañarlo hasta verlo repuesto, te quedan unos pocos días. Luego podrás regresar a tu querida selva, a perderte entre árboles y animales y olvidarnos como siempre.

—No seas cruel. No los olvido, pero me es más sencillo evitar todo contacto con la vida en la Gran Ciudad. Después de todo, hice un trato y debo cumplirlo.

—Nuestra madre ya no está. Podrías investigar en algún espacio natural de Argentina, estar un poco más cerca de la familia. Pero no, prefieres cruzar la frontera e irte tan lejos como es posible —el reproche de cada encuentro. Laurent jamás se cansaba de reclamarle a Joaquín por la distancia.

—Laurent...

—Sí. Ya lo discutimos antes. Volvamos a lo importante: Camille. Tienes una semana para terminar tu intento de redención.

—¿Y cuando esté todo listo? No creo que acepte nada de mí. ¿Podrías acercárselo tú?

Laurent asintió en silencio.

—Por cierto, Javier y Matías pasarán más tarde a verte —comentó mientras juntaba los platos y cubiertos.

Joaquín contó hasta cinco antes de responder:

—¿Los llamaste para que tenga un reencuentro con mis amigos o es que planeas ponerme custodios a toda hora?

Su hermano negó con la cabeza.

—Sabes que es su responsabilidad protegerte. Están destinados a ser tus guardianes desde que nacieron, aunque nuestros padres ni siquiera imaginaran tu llegada —dijo cruzándose de brazos—. Puede que los hayas relevado de esa responsabilidad, pero me pareció buena idea que tuvieras un tiempo de calidad con ellos luego de tanto tiempo. ¿Hace cuánto no los ves?

Joaco se encogió de hombros y desvió la mirada al suelo. Solo Laurent y Jerome comprendían que no podía ver a Matías y Javier como a dos empleados más, sino que los había aprendido a querer y a confiar en ellos como si fueran parte de la familia.

—Estuve con Matías en el casamiento de Javier. ¿Hace cuánto? ¿Un año? —era muy sencillo perder la noción del tiempo en plena selva amazónica.

—Dos años. Javi festejó su segundo aniversario con Milena hace unas semanas —corrigió Laurent. Al ver que su hermano desviaba la mirada ocultando un dejo de tristeza, agregó:

—Deja de hacerte mala sangre. Tengo que resolver algunos asuntos de trabajo, pero me haré cargo de la cena. Invita a los chicos y aprovecha hasta que ellos lleguen para seguir con tus audios. ¿Cómo vas?

Joaquín carcajeó para liberar tensión. La alegría se alejó y la suplantó la nostalgia.

—Voy por cuando comencé a visitarla.

—¡Dios! ¡Te falta media vida! Con más razón, ¡ve a grabar! No tolero la idea de pensar que volverás a ser esa criatura apagada y sin emociones en que te convertiste desde que se separaron —Laurent le dio un puñetazo juguetón en el brazo.

Joaquín se encaminó hacia su habitación, pero no pudo dar más de unos pasos. Algo impactó contra él y lo tiró contra el suelo.

—¿Cómo puede ser que no me viste llegar? ¿Te pega fuerte estar en medio de la selva sin vernos o es por tu reencuentro con Camille?

—Veo que el tiempo no ha hecho mella en tu sentido del humor —respondió Joaco saltando sobre Matías y derribándolo con suma facilidad. Con él, todo encuentro era buen momento para practicar lucha libre.

—Siguen siendo dos criaturas de jardín de infantes —regañó Javier apoyado contra la pared—. Si Laurent los descubre, no pienso defenderlos.

—Siempre interrumpes los momentos divertidos —respondió Matías, poniéndose de pie y acomodando su ropa.

Joaquín lo imitó antes abrazar a Javier, sin dejar de reír.

—¡Es increíble ver que siguen igual que la última vez que lo vi! —dijo sonriendo—. Bueno, Mati creo que estás más alto.

El aludido se encogió de hombros antes de replicar:

—Eres tú que estás más pequeño. Sigo en mis dos metros diez. Desde que cumplí los veintiuno dejé de crecer.

—Claro. Ahora a lo sumo se expande hacia los costados —agregó Javier peinándose los cabellos hacia atrás.

—No todos podemos ser perfectas bellezas rubias y de ojos azules, pero igual te quiero, ¡lindura! —Matías pellizcó las mejillas de Javi haciendo una mueca.

Eran el día y la noche: uno de cabellos tan negros como el plumaje de un cuervo, el otro de tan rubio parecía albino. El primero siempre bromista e infantil, el segundo serio y responsable por los dos. Habían crecido juntos, formando parte de la vida de Joaquín desde la infancia.

¿Cómo podía Joaco verlos como a dos simples custodios si eran más cercanos a él que gran parte de su familia?

—Joaquín, estamos a tus servicios —la voz de Javier lo rescató de sus pensamientos—. Para lo que precises, aquí nos tienes.

—Hoy reservé tarde y noche para pasarla con mis mejores amigos. Así que no preciso guardias, pueden retirarse —respondió negando con la cabeza.

Los vio irse sin replicar, saludando con una pequeña reverencia. Dos minutos más tarde, sonó el timbre de casa.

—¡Joaco! ¡Vinimos de visita! —la voz de Matías resonaba en el living de la casa—. ¡Abre, que hace frío! Esos dos tontos custodios tuyos ya se fueron. Podemos pasarla de lo lindo.

El menor de los Stevenson no pudo evitar las risas mientras corría a abrirles la puerta a Javier y Matías. Se habían quitado sus chaquetas oscuras y las corbatas. Ambos iban con las camisas desprendidas a la altura del cuello, en un intento por dejar a un lado su oficio de guardias personales.

—Son muy molestos, por eso los eché —explicó Joaquín mientras los dejaba pasar—. Tengo mucho por contarles y espero que me ayuden, porque estoy abocado a una tarea muy importante y me preocupa que no me alcance el tiempo que me he fijado.

Los recién llegados asintieron mientras se dirigían a la cocina y buscaban algo para comer. El deje de cotidianidad flotaba en el ambiente. Como si la casa se estremeciera recordando épocas pasadas más felices. Como si fuera posible que volviera a ocurrir algo así.

Grabación 6

Matías y Javier fueron responsables de buena parte del desarrollo de nuestra relación, Camille. ¿Crees que necesitaba guardias que me protegieran? Puede que esa fuera su función a ojos de mi familia y de quienes me rodeaban, pero hubo una época en la que se dedicaron a cuidar que no te lastimara. Ellos te custodiaban porque sabían que si algo te sucedía por mi culpa, jamás me lo perdonaría. Fueron tus ángeles guardianes durante años. No me alcanza la vida para agradecerles todo lo que han hecho.

Recuerdo buscarte un lunes en la biblioteca, donde sabía que te encontraría sin problema. Me sonreíste con esa luz que era tan tuya y tan mágica a la vez. Mi corazón latía muy rápido y bien podría haber caído muerto ahí mismo. No me importaba. Te tenía a unos pocos pasos de distancia y esa sonrisa era para mí.

Anhelaba acariciarte, comprobar si tu cabello era tan sedoso como parecía, si tu piel era suave como lo imaginaba. Quería abrazarte y besarte hasta el cansancio. Enloquecía con la idea de dormirme con el sonido de tu respiración como canción de cuna y despertar con tu risa.

Me estaba enamorando de ti y no pensaba refrenar ese sentimiento, pero algo más despertó. Un instinto tan básico como temible. Una fuerza imperiosa que... que me impulsaba a saltar sobre ti y liberar al animal que ocultaba en lo profundo. Tuve ganas de morderte, de hincarte los dientes y desgarrar los suaves músculos que cubrían tus piernas y brazos. ¿Qué sabor tendría tu piel? ¿Qué tan tierna sería tu carne?

En un arranque de lucidez, concentré todas mis emociones para recluir a la bestia que pretendía dominarme. Era tal el esfuerzo, que caí al suelo apretando las manos en puño y respirando con dificultad. Cerré los ojos y me aovillé, mientras el sudor cubría mi rostro. Podía percibir el aroma a desesperación emanando de mis poros con ferocidad.

Recuerdo tu voz pidiendo auxilio y recuerdo, también, escuchar a Javier explicándote que debía de estar sufriendo una baja de glucemia y tenían que procurarme asistencia médica de inmediato.

Matías me llevó en brazos. Él tenía la fuerza suficiente para cargarme y yo sabía que, de intentar escapar y atacarte, mi amigo lo evitaría sin problemas. Estaba preparado para eso. Había entrenado durante años junto a Javier para poder ser mi custodio y protegerme de todo lo que pudiera atentar contra mi bienestar, incluso cuando el peligro fuera yo mismo.

Camille... ¿cómo no sentiste temor? ¿Cómo no captaste que un muchacho se acercaba a ti sabiendo a ojos cerrados tus horarios?

Aunque no supieras nada de mi verdadera naturaleza. Aunque no conocieras la bestia que guardaba en mi interior. Mi actitud y mi manera de proceder hacia ti deberían haberte puesto en alerta. Tendrías que haberte mantenido distante. Si no me hubieras sonreído en la pista de atletismo, si no me hubieras acompañado a cenar luego, si no hubieras confiado en mí y revelado tu pasado... si hubieras negado todo contacto, yo habría evitado sentirme así, tan atormentado por el deseo de atacarte, tan atado a ti, tan enamorado y débil.

¡Espera! ¡No! ¡No quise decir eso! Tú... Tú no tienes la culpa. Jamás la tuviste. Yo fui el único responsable en todo esto. Debería haberme mantenido a un lado. Tendría que haber dado media vuelta aquella noche en la sala de ensayo, retirarme antes de que me vieras siquiera. Sabía que estaba rompiendo las normas y que tú llevarías la peor parte si nos descubrían. Era consciente del peligro al que te exponía. Incluso si nunca hubiera reaccionado el animal en mí, aun así tu vida corría riesgo por mi culpa. Traté de protegerte, obvio. Pero si hubiera tenido la entereza suficiente como para mantenerme lejos, hoy no estaría enviándote este audio.

No tiene sentido que reniegue de algo que no puedo cambiar. Ya lo sé. Por eso, al menos tengo que exponer mis heridas y contártelo todo.

Retomando... Aquella tarde, Matías y Javier decidieron que nuestra casa no era el lugar adecuado para mi recuperación. Ni bien me sacaron del campus universitario, Javi se encargó de suministrarme un sedante y Matías se acomodó al volante de su camioneta. Sabían que mi hermano llegaba a la ciudad con el vuelo del mediodía y decidieron que lo mejor era buscarlo y pedirle ayuda.

La bestia, en tanto, gruñía y se retorció. Incluso con aquella droga que debía calmarme hasta dejarme inconsciente, mi animal interno tenía energías para empujarme, rugiendo para que escapara de aquel vehículo y regresara a donde te encontrabas. Gritaba y reclamaba por ganar la

libertad, para que me dejara llevar por los instintos más primitivos y letales.

Si estás viva es gracias a mis amigos y mi hermano, más que al amor que te tenía. ¡Y te amaba tanto, Camille! No te haces una idea. Cada suspiro tuyo, cada parpadeo, era un instante en el que mi vida se detenía para contemplarte extasiado. Tu mirada era mi mundo, era toda la energía que necesitaba para funcionar. Estaba perdido en ti y no lo lamentaba.

Si he de ser sincero... Todavía me pierdo en tu persona, aunque eso ya es otro tema. Sé que no tengo derecho alguno a pensarte siquiera, pero... sigo amándote. Te amo con la misma fuerza que cuando te conocí, al punto que si volvieras a sonreírme, moriría de pura felicidad. No sé qué hago hablándote de todo esto, pero siento que expongo mis heridas y me dejo sangrar lo suficiente, algún día pagaré por todo el daño que hice.

Grabación 7

Recuerdo lo que sucedió cuando mi hermano se enteró de tu existencia.

Estaba acostado en el asiento trasero de la camioneta de Matías, atado de manos y pies, con una especie de bozal cubriendo mi rostro. El sedante había hecho su efecto por completo, dejándome en una suerte de letargo en el que podía escuchar todo lo que sucedía a mi alrededor, pero no tenía fuerzas para abrir los ojos ni responder a ningún tipo de estímulo. Aun así, Javier temía que dejara salir mi forma animal y me transformara allí adentro, porque entonces les sería más complicado contenerme. Me lo había explicado al colocarme las cadenas alrededor de los tobillos y me lo recordó al ajustar la máscara a mi cuello.

Laurent abrió la puerta trasera de la camioneta mientras Matías le decía que no habían encontrado mejor opción que buscarlo. Con cuidado, mi hermano acarició mis cabellos y limpió el sudor de mi frente. Estaba más serio y callado que de costumbre.

“¿Y bien?”, cuestionó Javier. “¿Es lo que pensábamos?”

“Sucedió al fin”, respondió Laurent en voz baja. “Vamos, ayúdenme a entrarlo a casa, allí estaremos más tranquilos”.

Matías me cargó una vez más en brazos y me acomodó en uno de los grandes sillones que adornaban el living de mi hermano.

“Me voy unas semanas y me pierdo de mucho”, comentó Laurent al tiempo que me abría los párpados y comprobaba qué tan sedado estaba.

“A decir verdad, todo comenzó solo unos días después de tu regreso a París”, Javier suspiró.

Matías me quitó las cadenas de pies y manos mientras Laurent me sacaba la máscara. Me sentía como un muñeco de trapo, escuchando a mis amigos y hermano hablar de mí como si no estuviera presente en la sala.

“Se enamoró y no pudo controlar su lado animal”, Laurent sonaba tan seguro de sí mismo, como si lo supiera todo siempre.

“Lleva así más de un mes. Sus emociones son tan fuertes que podemos olerlo con suma facilidad. Es como si se hubiera rociado encima todo un frasco de perfume, aunque el aroma lo generan sus hormonas”, Matías carcajeó. “Al menos, no tiene olor a perro mojado”.

“Es normal. Nuestro cuerpo libera la señal con fuerza, como si quisiéramos gritarle lo que sentimos a la persona que amamos”, corroboró mi hermano.

Matías y Javier guardaron silencio. Seguramente debían de estarse mirando el uno al otro, midiendo las palabras que le dirían a continuación al hermano mayor de su protegido.

“¿Qué tan serio es el asunto?”, se animó a preguntar Javier. “¿Crees que pueda dejar de sentir esto que siente?”

“Su aroma es muy potente. Yo diría que se ha enamorado por primera vez... y eso es fuerte, de verdad. El primer amor trae consigo una carga especial, porque significa que tu corazón le pertenece por primera vez a alguien más”.

“¿Por eso tuvo ganas de...? ¿Ganas de atacarla?”, cuestionó Matías. “Supongo que debe ser por nuestro entrenamiento, pero yo ya estuve enamorado y no reaccioné así”.

“Es natural. Como bien dices, el autocontrol que aprendiste a ejercer en tus instintos limita la violencia de tus reacciones. En el caso de Joaco, bueno... Él querrá morderla y también ella querrá morderlo, si corresponde al sentimiento. No dolerá tanto, ni siquiera se harán un daño real”.

Mis amigos se llamaron al silencio una vez más.

“Chicos, hicieron bien al sacar a Joaquín de un lugar público estando así. Evitaron que cualquier inocente se viera afectado y además impidieron que se revelara nuestra naturaleza animal. No se preocupen, ya verán que todo seguirá su sendero como corresponde. ¿Cómo resolvieron con la muchacha? ¿Quién se hizo cargo de ella?”.

Javier ahogó un quejido. Matías susurró:

“El interés de Joaquín se llama Camille y es humana. Tenemos mucho por qué preocuparnos. ¿Verdad?”.

Laurent emitió un silbido largo, doloroso.

“Debemos ayudarlo a marcar distancia cuanto antes”.

“Dinos cómo, sabes que Joaquín es muy tozudo cuando se fija algo”.

“Aguarden”, Laurent se acercó a mí y colocó una de sus manos sobre mi cabeza. Pude escucharlo olfateándome con atención. Se mantuvo así durante algunos minutos. Cuando volvió a hablar, parecía que se le dificultaba respirar. “¡Dios! ¡Tantas emociones! ¡Lo que siente por esa chica lo domina por completo!”

“Si tus padres se enteran...”, Javier dejó la frase a medias.

“Ellos no pueden enterarse de Camille. Mamá es muy sensible con este tema, se los digo por experiencia propia”, mi hermano suspiró.

“¿Entonces? ¿Nos mudamos con Joaquín a otra ciudad? ¿Nos vamos a vivir contigo a Europa?”. Matías había comenzado a caminar de un lado a otro, podía escuchar sus pasos acercándose y alejándose de manera regular, lo que ponía en evidencia su nerviosismo.

Laurent titubeó.

“¿Ella siente algo por él? Si no le corresponde, será más fácil”.

“Han ido a cenar juntos y ella le ha contado muchas cuestiones sobre su infancia. ¿Puede que Joaco no represente un interés amoroso para Camille?”. Matías se detuvo al escuchar a Javier formular aquella pregunta.

“Tal vez lo considere su amigo”, replicó mi hermano sin creerse sus propias palabras.

Me estremecí. Nunca había considerado esa alternativa.

“¿Entienden el riesgo que representa seguir adelante con esto? ¿Se hacen una idea del peligro al que se enfrentará Camille? Sin mencionar que no puede saber sobre nuestra naturaleza cambiante. Tarde o temprano, cuando nuestros padres lo descubran, cobrarán muy caro las consecuencias. Todos deberemos pagar. Camille, ustedes, Joaquín, incluso yo. Mamá se cobrará con creces este ataque a las normas del clan”. Laurent intentaba ocultar la preocupación, pero no lo lograba por completo.

“Lo sabemos”, Matías respiró hondo. “Nosotros vivimos con él, hemos visto el proceso del cambio. Aunque haya tratado de mantenernos al margen y no levantar sospechas, es tan evidente lo que siente por Camille que solo nos llevó un día descubrir en lo que andaba. Y no nos vio. ¿Entiendes?”

Javier agregó:

“Lo rastreamos, fuimos tras él, vimos lo que hacía y jamás se dio cuenta. Hemos estado siguiéndolo todo este tiempo sin que se percate de nuestra presencia y eso te muestra qué tan sumergido está. Él no es así. Jamás pudimos ganarle a las escondidas de niños y ahora... ahora ni se da cuenta que le seguimos el paso de cerca. Creo que ni se cuestionó cómo llegamos tan rápido a la biblioteca para socorrerlo”.

“Entonces todo queda en manos de Joaquín. Él deberá decidir qué hacer. Puede venir conmigo. Saben que en casa siempre habrá lugar también para ustedes. Pero si elige quedarse, tiene que controlarse. Mantenerse alejado, evitarla a toda costa”.

“Laurent, cuando Joaco pasa apenas un día sin ver a Camille parece que colapsará de un momento a otro. La ansiedad lo domina de una manera atroz”, Matías hablaba con el miedo dominándolo.

¿Tan evidente era lo que sentía por ti?

“Pero si está cerca, puede que el animal en él salga a flote y termine atacándola. Si la ama, la mejor manera de protegerla será alejándose”.

“Mañana comienza la luna negra, ¿qué sucederá con Joaquín?”, Javier parecía haberse contagiado del temor de Matías.

Mi hermano insultó por lo bajo antes de responder:

“Puede que se transforme y no regrese a su forma humana por varios días. Será más peligroso de lo habitual para estas fechas”.

“No podemos llevarlo a casa. Hay demasiados humanos cerca”, las palabras de Javier me hicieron estremecer.

“Tampoco pueden ir a casa de nuestros padres. Ellos también verían que algo va mal. Quédense aquí. Tengo dos espacios preparados, para casos de fuerza mayor. Ustedes pueden usar las instalaciones como mejor lo deseen, yo acompañaré a Joaco. Tenemos mucho para hablar. Bueno, yo hablaré... Él, él será...”.

TOC. TOC. TOC.

Están llamando a la puerta de mi habitación. Lo lamento, Camille. Seguiré con el relato más tarde. Aún me tiemblan las manos al recordar lo débil que me sentí ante mi lado bestial. Él parecía dominarme a medida que más te pensaba y eso no era bueno para nadie.

Perdóname. No merecías el peligro al que te expuse y yo no te merecía a ti. En absoluto.

Capítulo 5

El atardecer llegó más rápido de lo esperado. Matías y Javier habían decidido pasar la noche de guardia, cuidando de Jerome en el sanatorio. Los médicos del clan seguían demorados y aquello comenzaba a preocupar a los hermanos Stevenson, aunque no lo expresaran en voz alta.

Tal vez por eso, la cena entre Joaquín y su hermano transcurrió en silencio. Laurent estaba cansado, se le notaba en las sombras oscuras bajo los ojos y en la manera en que sus hombros se dirigían levemente hacia adelante, como si acaso le faltaran las fuerzas para estar con la espalda bien derecha.

—¿Qué tal Isabela? ¿Y los mellizos? —preguntó Joaquín mientras le alcanzaba una taza de café.

—Bien. Los mellizos tienen clases, vendrán de visita el fin de semana. Isabela ha pedido licencia en su trabajo para estar con ellos en los horarios que solía cuidarlos yo.

—¿Los extrañas?

—Como si me faltara una parte del cuerpo. Estoy incompleto, no te haces una idea —nada más largar aquella frase, Laurent se detuvo e hizo una mueca—. Lo siento, no quería...

—No te preocupes. Sé a lo que te refieres. Al menos tu caso es correspondido. Tu familia te ama, debes sentirte dichoso por eso.

Sin disimulo, el hermano cambió de tema:

—Oye, tus sobrinos están enojados contigo. Llevan seis meses sin verte y la última vez fue porque viajamos para visitarte.

Joaquín sonrió pensando en Ana y Bernardo.

—Deben estar enormes...

—¡Ni que lo digas! Ya me llegan a los hombros con tan solo doce años.

—Tienen a quién salir.

—¡Si escucharas hablar a Bernardo! Se parece tanto a ti que a veces me asusta.

—Ana tiene tu carácter y, como tú y yo, ellos dos se complementan.

—Tantas veces deseé haber crecido contigo codo a codo. Ser diez años más grande tuvo sus momentos buenos, pero también los malos.

Demasiadas veces me necesitaste y no estuve.

—Deja de atormentarte por cosas del pasado. Tenías una vida que vivir y yo igual. No tienes la culpa del camino que recorrí. Me salvaste más de una vez, no te olvides de eso.

—Tal vez ahora también tendrías tu propia familia de haber podido ayudarte más.

—Vamos, Laurent. No te agobies.

—Prométeme que darás tu mejor esfuerzo y encontrarás la manera de salir adelante.

—Lo haré. Y por eso... —Joaquín se puso de pie y suspiró— Me voy a grabar un poco, antes de dormir. Javier y Matías dijeron que regresarán mañana para el desayuno.

Laurent sonrió.

—Yo pensaba limpiar los platos, pero a decir verdad, necesito descansar. Nos vemos en la mañana.

Grabación 8

La última vez corté el audio en un punto complicado. Era mi primera luna negra desde que reconocía estar atado a tu persona. Ya en aquel entonces mis padres vivían a unas horas de la Gran Ciudad, en esta estancia que jamás sentí mi hogar. En general, antes no habitaban el lugar de manera constante, porque se la pasaban viajando por el país debido las responsabilidades de mi padre. El destino no jugaba a mi favor: para aquella luna negra que tanto preocupaba a mis amigos y hermano, mis progenitores estaban en su casa y debíamos evitarlos a toda costa.

Laurent había logrado marcar una distancia más que importante respecto de la familia. Estaba radicado en Francia, en un pequeño pueblo que quedaba a pocos minutos de París, donde el clan tenía sucursales de varias de nuestras empresas. Cada tres meses, Laurent venía a visitarme antes de ir a casa de nuestros padres y ponerlos al día sobre el curso que llevaban los negocios en Europa.

Agradecí que aquella vez mi hermano pudiera acompañarme durante la luna negra. Lo agradezco aún más hoy, porque recuerdo la magnitud de aquel momento y aunque sé que Matías y Javier eran capaces de contenerme gracias a su entrenamiento, de seguro les habría causado graves heridas de las que me arrepentiría ni bien reaccionara mi lado racional.

La habitación donde me recluyeron estaba dentro de otra habitación preparada para anular los sonidos. Las paredes de mi cuarto estaban cubiertas de tela gruesa. Podía desgarrar y romper a mi antojo sin que nadie me regañara.

Laurent me acompañó desde el otro lado de la puerta, manteniéndose tan cerca como le era posible sin verse en peligro.

Me recostaron en la cama, aunque los efectos del sedante desaparecerían de un momento a otro y ya no podría dormir. Me resultaba imposible olvidar al animal que llevaba dentro, tanto como fingir que era un ser humano común y corriente.

En algún momento luego de la medianoche reaccioné. No podía mover mis brazos ni mis piernas. Tampoco podía hablar. El lugar se veía en

penumbras, aunque recordaba que Javier había dicho que dejaría todas las luces encendidas antes de retirarse.

Me llevó un tiempo comprender que estaba bajo mi forma animal. Al escuchar un rugido profundo rebotar contra las paredes, supe que llevaba el aspecto de un puma. No podía explicar, sin embargo, porqué me sentía tan limitado en cuanto a movimientos. El sedante no era capaz de dejar efectos secundarios de ese tipo.

Se suponía que, para ser un felino, mi vista y oídos debían estar muy desarrollados. Así y todo, parecía que estaba en lo profundo de una caverna. Los sonidos me llegaban distorsionados y en ecos inentendibles por momentos.

Mi cuerpo descansaba entre almohadones, pero podía percibir que la habitación se movía más y más rápido en torno a mí. Cuando la pared que contenía la puerta me golpeó de frente, no sentí dolor alguno. Por unos instantes vi el techo, comprendiendo que estaba de espaldas en el suelo, aunque esa imagen se suplantó de inmediato por la pared y la puerta que volvían a hacerme frente.

Me pareció sentir que la puerta vibraba en el marco que la contenía. Algo por demás imposible, ya que aquel lugar estaba adaptado especialmente para este tipo de situaciones. Era un riesgo para los humanos. Un riesgo para ti, Camille. El puma tenía hambre, pensaba salir de cacería y apostaba mi vida a que tú eras la presa ansiada.

¡Ay, Camille! ¡Si me hubieras visto así! No habrías salido viva de aquel encuentro y hoy estaría dejándole flores a tu lápida en el cementerio, en vez de grabarte este audio.

Muy a lo lejos, un grito captó mi atención. Era la voz de Laurent. No podía distinguir el mensaje, solo su tono de voz.

La bestia quería libertad y estaba tratando de escapar. Lo entendí cuando, por tercera vez, el impacto sobre la pared me hizo caer al suelo. Impulsado por los instintos primigenios de preservación, el puma había encontrado la manera de salir de aquel lugar. La puerta era segura, pero la pared que la rodeaba mostraba fallas estructurales y podía caer de un momento a otro si continuaba con los embistes.

La voz de Laurent se oyó más cercana. Había enojo y cierto tono autoritario. Estaba tratando de frenar al animal, era obvio que ocultaba el temor que le causaba aquella situación para no exaltar a la bestia en mí.

Al cuarto impacto la voz de Laurent se apagó. Unos instantes más tardes, como adivinando mi preocupación, lo escuché en mis pensamientos:

"Debes dominarte, Joaquín. Haz el esfuerzo".

Me dolía el cuerpo a base de intentar mover con libertad brazos y piernas. Me sentía mareado, seguramente por los golpes contra la pared. No podía reaccionar y tampoco sabía cómo comunicárselo a mi hermano.

La bestia me había desplazado y yo no era capaz de ofrecer resistencia a su arrastre. En mis pensamientos solo resplandecía tu recuerdo, Camille, pero eso era una mala señal. Si me era tan sencillo pensar en ti, era porque la bestia también te pensaba. Sin embargo, mientras el animal rugía movido por el hambre, a mí me preocupaba tu seguridad. Necesitaba saberte a salvo y a esa idea me aferré, tratando de hacerle saber a Laurent que debía cuidarte si yo escapaba de la habitación de contención.

El puma golpeó de lleno contra la pared una vez más y el muro cedió con ese último impacto. La puerta, con marco incluido, cayó al suelo generando un gran estruendo. El animal se regodeaba de su logro, yo solo sentía ganas de llorar. Desplazado vaya saber a qué rincón de mis pensamientos, veía todo a la distancia sin poder evitarlo. Mi consciencia humana era mudo testigo del actuar de la bestia.

Rogaba que mi hermano hubiera ido en tu ayuda, Camille. Ojalá hubiera apostado toda una guardia en torno al lugar donde vivías. Él tenía los medios, podía prever algo así. Los años que me ganaba en edad, también eran años de experiencia y aquello me dio algo de esperanza. Matías y Javier debían de estar preparados para evitar que yo escapara de la casa de Laurent. Ellos nunca me abandonarían, menos en un momento como ese.

La bestia caminó sobre la puerta recién caída y rugió, amenazando a la oscuridad que lo envolvía. Tres pasos más adelante, algo cayó sobre nosotros. Algo enorme, de pelaje oscuro y dientes afilados. Una criatura que atacó directo a la nuca del puma y apretó la mordida hasta que el felino quedó inconsciente. Llegué a ver sangre, mi sangre, pintando el suelo, mientras un enorme lobo negro se erguía frente a mí. Es lo último que recuerdo. Luego me sumí en la oscuridad más profunda y al despertar, me descubrí dentro de una gran jaula.

"Lo lamento, Joaquín. Pero hasta que no regreses a tu forma humana, no te liberaré", dijo mi hermano, incorporándose de un sillón que estaba junto a la pared más cercana.

“Al menos pude dominar a la bestia”, repliqué y mi voz surgió algo rasposa, extraña. Era capaz de adaptar las cuerdas vocales para comunicarme como humano, aunque mi cuerpo seguía teniendo la apariencia de un gran puma.

“Eso es porque aún es de día. Estuviste inconsciente muchas horas. Cuando regrese la noche, tu animal interior procurará manejarte de nuevo. Ya me encargué del asunto, no te preocupes”.

“¿Camille está a salvo?”.

“Puse a mis mejores hombres a cuidarla”.

Me eché en el suelo bufando. No podía dejar de pensar en ti. Te extrañaba con tanta fuerza, de una manera dolorosa, desgarradora.

“Todo irá bien”, Laurent había pasado una de sus manos a través de las rejas y me acariciaba el pelaje. “Ahora, necesito que te concentres y vuelvas a ser humano”.

“No sé cómo hacerlo”.

“Cuando eras niño y adoptaste tu primera forma animal por un berrinche, pasaste varios días vagando por casa como un pequeño lince. Los felinos siempre te han gustado. Recuerdo que mamá y papá trataban de calmarte y fallaron en cada intento”.

“Solo cuando tú me consolaste cantando una canción de cuna fui capaz de controlarme y volver a ser humano”. Sonreí, aunque dudo de la imagen que transmitía mi rostro animal.

“Prometo resolver esto, Joaco. Ahora, descansa. Iré a hacer un par de llamadas e inventar alguna excusa para nuestros padres. No pienso dejarte solo hasta no saber que estás bien y que Camille no corre riesgos contigo cerca”.

Vi a Laurent salir de la habitación y agradecí que me dejara algo de tiempo para pensar a solas. Necesitaba dominar a la bestia y volver a ser el Joaquín de siempre.

¿Me creerías si te digo que me llevó dos semanas ser humano de nuevo? No daré detalles, no quiero asustarte reviviendo aquellos días. Sí te diré que debido a la luna negra y mi transformación, nació la primera mentira que te hice de manera consciente. Y tú me creíste, Cam, porque confiabas en mí y no veías nada raro en creer lo que tenía para contarte.

¿Te das cuenta? Si hubieras sospechado de mi coartada, si hubieras sido capaz de ver más allá de lo que mis palabras te decían, te habrías ahorrado años de idas y vueltas, de ilusiones y sueños rotos. Habrías salvado tu

corazón si tan solo hubieras plantado un muro entre tú y yo. Pero de la misma manera en que yo te amaba, tú ibas enamorándote de mí y en ese amor que sentías, creías en cada palabra que te decía. Soy el único responsable de cada herida que sufriste a causa de los secretos que debía ocultarte. Mi amor fue egoísta, Camille. Egoísta y ciego.

Lo siento, cariño. ¡Lo lamento tanto! Al menos, fui capaz de contener a la bestia y protegerte. Necesito que contemples el cuadro completo y no solo una porción del paisaje. Más allá del daño emocional, jamás permití que el animal en mí te lastimara.

De cuando en cuando, el puma ruge por salir y correr tras tus pasos. Sabe lo que siento por ti y se nutre de esas emociones. Jamás gana la contienda, por mucho que pelee. Aprendí a ser fuerte, todo por ti. Sufriste demasiado por mi culpa, Camille. No te haces una idea las situaciones de peligro real que viviste por el amor que te tenía.

Tu seguridad me obligó a exiliarme. Necesitaba saberte a salvo, aun cuando eso significara perderte. Mi corazón es tuyo, aunque no lo quieras. Siempre lo será. No lo preciso para vivir recluido en lo profundo de la selva.

Capítulo 6

Joaquín despertó tan temprano que aún no había amanecido. Muchas ideas paseaban por sus pensamientos. La salud de su padre le pesaba. En realidad, Jerome estaba con buenos signos vitales. Pero se suponía que los médicos del clan iban a arribar a la ciudad el día mismo del incidente y no lo habían hecho. Tampoco se presentaron la tarde posterior. ¿Y si estaba sucediendo algo grave y se estaba perdiendo de los detalles importantes?

No creía posible que Laurent le ocultara algo. Su hermano odiaba mentir y no jugaría a guardarse datos en una situación como aquella. De todos modos, ¿por qué no había especialistas del clan infiltrados entre los humanos de la ciudad? ¿Cómo es que en toda la región no había profesionales de la salud con poderes cambiantes? ¿Por qué debían esperar a que llegaran desde algún remoto lugar? Algo se le escapaba y no podía descubrir qué era en realidad.

Sin esperar a que Matías y Javier llegaran para desayunar con él, Joaquín salió hacia el hospital en su vieja camioneta Ford, la misma en la que había escapado hacía más de una década hacia la selva y que Laurent se había encargado de recuperar y guardar.

Pocos minutos después, caminaba a paso tranquilo por los pasillos del hospital. Tan ensimismado iba, que no se dio cuenta de la presencia de Camille hasta que estuvo demasiado cerca.

—Hola —con una sola palabra de la muchacha, el corazón de Joaco ya estaba bombeando mil latidos por segundo.

—Hola. ¿Estás bien?

—Necesitamos hablar.

—¿Es por lo de ayer? No era mi intención, yo no quería...

—Es por tu padre. Las cosas se complicaron.

Aquella declaración descolocó por completo al menor de los Stevenson.

—Creí que iban a darle de alta en unos días.

—Yo también, pero esta madrugada sus pulsaciones bajaron a un mínimo preocupante. Los sensores que tiene conectados detectaron el problema.

—¿Cómo seguiremos?

—Necesitamos saber qué le sucede. Su corazón parecía sano y sin daños residuales luego del infarto. No entiendo qué está pasando. Por suerte, llegaron los especialistas que contrató Laurent. Espero que ellos sepan qué hacer.

Joaquín bajó la mirada. No podía hablarle de las distancias que existían entre la naturaleza humana y la cambiante. No podía decirle ahí, sin más, que era más que probable que todo aquello fuera señal de que los genes cambiantes estaban despertando su poder en Jerome.

—Espero que pueda superarlo —replicó al fin Joaco y el tono de su voz delató más preocupación de la que quería mostrar—. No soportaría perderlo tan pronto.

—Haré todo lo que esté a mi alcance.

—Gracias.

Camille se sentó en un sillón cercano y cerró los ojos por un momento.

—Necesitas dormir un poco.

—Hay otras prioridades —ella seguía con los ojos cerrados, deslizando los dedos de la mano por la frente, como si un masaje breve pudiera darle la energía que le faltaba.

—Si no descansas bien, tus reflejos y pensamientos pierden velocidad. Tus pacientes te necesitan completa y no en partes.

—Llevas razón —Camille abrió los ojos y observó a Joaquín en silencio.

Sin pensarlo, él se le acercó.

—Te conozco. ¿Qué más que necesito saber?

—Tu padre está preocupado por ti —ella suspiró—. Creo que eso también repercute en su salud. Deberías repensar tu comportamiento. Si logra salir de esta situación, te va a necesitar cerca.

—¿Papá te habló de mí? —una sonrisa tímida floreció en el rostro de la doctora y obligó al cambiante a callar por un momento.

Joaco sabía que su corazón siempre estaría en manos de Cam, aunque ella no lo imaginara siquiera. ¿Cómo hacerlo? Nadie creería que luego de tantos años y con tal distancia de por medio fuera posible algo así.

—Desde que tu madre falleció, Jerome cambió bastante su ritmo de vida. Ha estado solventando los gastos de varias salas de seguridad sanitaria y comedores infantiles de la ciudad, pero además participa como voluntario. Por eso nos vemos varias veces a la semana y hablamos

bastante —la sonrisa de Camille creció—. Para serte sincera, creo que es una excusa para pasar el tiempo acompañado.

El muchacho hizo una mueca y se alejó por instinto. Su padre le había estado ocultando demasiadas cosas, aunque no podía reclamarle nada. Era verdad eso de que llevaban un tiempo sin verse.

—¿Estás celoso? —preguntó ella.

—¿Celoso? ¿De ti?

—Sí, porque tu padre comparte tiempo conmigo.

—No. Por el contrario, agradezco que lo cuides en mi lugar.

—Te necesita a ti, no a mí. Así que preocúpate un poco más. Demuéstrale que le importas.

—¿Crees que le ayudará en algo?

—Siempre. Todos necesitamos que nos recuerden que nos quieren. No te haces una idea lo importante que es —Cam se puso de pie al ver que su celular vibraba—. Tu llegada ha tenido un efecto muy positivo en él. Tiene esperanzas de que te quedes por un tiempo y pienso que nos harías un bien a todos si decides quedarte.

—¿Quieres que me quede? —cuestionó incrédulo.

Una sonrisa tímida escapó de los labios de Camille. Joaco sentía que el pecho le iba a estallar. No era sano vivir todo aquello. De ninguna manera podía serlo.

—Eres libre de hacer lo que quieras. Solo digo que sería bueno saberte cerca —ella levantó una ceja y se encogió de hombros—. En algún momento Laurent deberá regresar con su familia y tu padre no tendrá a nadie que lo acompañe en casa. No puedo con esto yo sola. Te necesito aquí.

La doctora se fue, no sin antes regalarle una última sonrisa a Joaquín, dejándole más interrogantes que respuestas.

Grabación 9

Sabes cómo perturbarme, conoces el punto justo donde si tan solo suspiras, mi alma cae rendida a tus pies.

No pude entrar a ver a papá. Necesito decir esto y desahogarme. Estoy seguro de que todo lo que hablamos fue sin doble sentido pero, ¿me pediste que me quede solo por mi padre?

Suena a imposible, lo sé. Es que yo... juraría que te vi preocupada por mí. Sentí que... hubo un momento en que me miraste y creí que... ¿Es posible que aún sientas algo por mí?

No me hagas caso. Debo ser realista, ¿quién en su sano juicio seguiría amando a alguien que le causó daño y solo le dejó tristeza y llanto?

Es imposible. No puedes guardar nada más que resentimiento. Indiferencia, tal vez. No lo sé en realidad. No sé qué pensar. Apenas puedo decirte que no he dejado de sonreír desde esa pequeña charla que tuvimos.

No necesito que me digas nada. Ya lo sé. Esto es como cuando me pierdo entre los escritos de tu diario. Lo que puedo encontrar en esas páginas no es más que un espejismo del pasado. Esa no eres tú. O ya no lo eres, al menos. No estás en esos escritos y yo tampoco. Bien gracias si quedaron trazados los fantasmas de que lo fuimos alguna vez. Tengo que ser fuerte y enfrentarme a esos demonios también, a los que tú liberaste para que no te pesara la existencia, para que no te quemara la piel pensando en cada caricia que supe regalarte.

Creo que tengo que releer tu diario, Camille, para dejar salir a la bestia y enfrentarla al daño que te causé. Puede que así encuentre lo que me falta para contar mi versión de la historia tal y como te lo mereces. Sin mentiras, sin secretos.

Soy el mismo Joaquín del que te enamoraste. Por momentos más oscuro, en otros más melancólico. El soñador, aquel que pensaba que solo te necesitaba a su lado y con eso le bastaba para ser feliz, ése descansa en algún lugar distante. Creo que estuvo a punto de despertar con la conversación que mantuvimos, pero lo hice dormir cortándole las esperanzas. No es tiempo aún de ilusionarse con nada. Primero necesito que conozcas mi verdad y que mi padre salga de esa bendita habitación de

hospital. Luego, si quieres hablar, sabrás dónde encontrarme. Acepto tu consejo, Cam. Me quedaré, por mi padre y por ti.

Capítulo 7

“Hay momentos, como este, cuando me siento en el fondo de la caverna más oscura. Tendría que regresar a casa, pero si abandono ahora, ¿qué será de mi padre y mis hermanos? No puedo rendirme. No puedo ser tan cobarde.

Extraño mi casa y mi familia. Extraño a mis amigos. Mi vida consiste en trabajar, estudiar, entrenar y ensayar.

Joaquín llegó para desequilibrar mis sistemas perfectamente ordenados. No sé cómo lo hizo. Cuando me mira, siento que me observa de verdad, como si acaso pudiera atravesar mi piel y llegar al alma. ¿Es posible? No entiendo por qué me busca ni cómo logró cruzarse en mi camino en los momentos en que peor me he sentido.

Llevo varias semanas sin verlo. Ni las casualidades, ni la intencionalidad. Nada lo trajo cerca de nuevo. Siento su ausencia. Aunque no puedo darle el título de amigo o compañero, aunque solo seamos dos conocidos, me hace falta.

En fin. Debo irme a dormir. Mañana será un día muy largo. Los miércoles siempre son así. Ojalá encuentre a Joaquín en la vuelta de pasillo menos esperada. Me haría muy bien verlo al menos un momento. En verdad me vendría muy bien saber que me sonreirá y dirá algo que me levantará el ánimo”.

Extraído del diario de Camille.

Grabación 10

Tu diario tiene casi un millar de textos nombrándome. Algunos extensos, otros de pocas palabras. A veces con alegría, a veces triste y en muchas ocasiones dolida y enojada. Te reprendías por quererme en vez de pensar que el problema era yo, que te llenaba de mentiras.

La primera vez que me nombraste me causa siempre una angustia particular. He llegado al punto de guardar en mi teléfono una foto de ese fragmento, así puedo releerlo cuando pierdo el norte, como ahora.

Voy de regreso a casa. Desayuné con papá, pero no he podido dejar de pensar en nuestra charla, lo que deriva directo en tu diario. Esos pocos renglones donde me invocaste por primera vez son una suerte de tortura con que intento contenerme.

En aquel entonces estabas pasando por un momento de cierta oscuridad, habías llegado a ese bache que suele sucederle a muchos estudiantes que se trasladan lejos de sus familias para estudiar. A causa de la luna negra me había visto forzado a permanecer en casa de mi hermano y solo mis mejores amigos sabían de la situación que estaba atravesando.

Si de alguna manera hubiera sospechado lo que estabas viviendo, juro que habría redoblado mis esfuerzos para volver a ser humano y poder verte. Siempre pensé que eras fría y querías mantenerme lejos. Luego entendí que estabas en un punto de tu vida donde no querías confiar por temor a salir lastimada y sentirte aún peor.

Amaba ese esfuerzo por mostrarte siempre firme y en pie. Que fueras obstinada y algo cerrada a dejar ver tus heridas. Era como si tuvieras tu propia bestia para controlar y la dominaras con una destreza envidiable.

¡Ay, Cam! ¡Cuán parecidos somos en ciertos aspectos y cuán diferentes en tantos otros! Te amé desde el primer momento con tanta fuerza que parecía que la vida se me iba cuando que te tenía lejos. Te necesitaba, feroz y sin medidas. Valoraba cada instante que compartíamos juntos, porque una sonrisa tuya lo era todo.

Recuerdo el miércoles del reencuentro. Te esperé afuera del edificio donde debías cumplir con tus horas de voluntariado. Más de una vez pensé

en ir a buscarte a tu casa, pero me contuve porque si no dominaba la ansiedad corría riesgo de que mi lado animal volviera a ganar terreno.

En ese momento no sabía que me habías extrañado ni que te había hecho falta en mis días de ausencia. Tal vez por eso, me miraste en silencio y suspiraste, como si acaso mi presencia te tranquilizara de alguna manera. Te sonreí y anulé la distancia que nos separaba sin pensar en lo que estaba haciendo. Por puro instinto, te abracé y enterré mi rostro en tus cabellos. Lo increíble fue que no te negaste a aquella muestra de cariño; muy por el contrario, devolviste el gesto.

“Si unas semanas sin vernos te pone así, ¿qué sucederá en vacaciones?”, preguntaste sin apartarte ni aflojar el abrazo.

Carcajeé. Solo tú podías quitarle el peso al momento de una manera tan natural.

“No soportaría estar tanto tiempo sin verte”, repliqué separándome de ti lo suficiente para mirarte a los ojos y demostrarte que hablaba en serio.

“Recuerda que fuiste tú quien desapareció. Yo continué con mi rutina diaria, pero jamás volvimos a encontrarnos. ¿O será que el destino no quiso traerte cerca?”.

Sonreí mientras te liberaba del abrazo y caía en la cuenta de que ese tipo de demostraciones no podía ocurrir en público. Mis padres estaban en la ciudad y podían aparecer en cualquier momento.

“Lo lamento. Tuve que ayudar a mi hermano con un asunto importante”.

“No tienes que disculparte. No me debes nada y no hay nada que perdonar”.

Me encogí de hombros al tiempo que guardaba las manos en los bolsillos delanteros del pantalón. Había comenzado a mentirte y eso sí lo lamentaba. No podía meterte en la realidad de mi familia. Estaba prohibido y no debía exponerte a ese tipo de peligros. Si había hecho tanto trabajo para dominar a la bestia y recuperar mi humanidad, no podía revelarte la verdad a sabiendas de las consecuencias que deberíamos pagar luego.

“De todas maneras, para compensar los días que no nos vimos, pensaba invitarte a pasear esta tarde...”, evité mirarte a los ojos porque necesitaba cuidar que nadie estuviera atendiendo a nuestra charla.

“Sabes que trabajo aquí hasta el anochecer”, tu voz cargaba enojo. No te gustaba romper las reglas. Ni siquiera por mí.

En ese momento, Javier y Matías se acercaron a nosotros y saludaron haciendo un leve movimiento con la cabeza...

Disculpa, Camille. El teléfono está vibrando. Es mi hermano y no creo que tenga buenas noticias.

Capítulo 8

Si le preguntaran, Joaquín admitiría que no recordaba cómo había arribado al hospital. Estaba llegando a su casa luego de haber acompañado a su padre en el desayuno. Iba grabando otro audio para Camille cuando el teléfono vibró. Su desesperación hizo pico al escuchar a Laurent decir "ven ya" con un tono tan serio que solo podía hacerle pensar que el asunto era muy grave y no podía perder tiempo en nimiedades.

Al presentarse en el sanatorio, la situación no podía ser peor. Desde la puerta principal se alcanzaban a divisar a varios escoltas de la guardia de Laurent. A medida que Joaquín se iba acercando a la habitación de su padre, la cantidad de custodios aumentaba de manera considerable. En la última vuelta de pasillo lo esperaba Stefano, el jefe de la guardia y hombre de mayor confianza de su hermano. Eran amigos desde la infancia y lo consideran parte de la familia, como a Matías y Javier.

—¿Qué sucedió? —apenas murmuró, comprobando que no había nadie en los alrededores más que miembros del clan.

—Código pecus —replicó Stefano—. Tu hermano está tratando de resolver el asunto.

Joaco hizo recuento de las pocas palabras en latín que conocía. Todas iban dedicadas a designar distintos tipos de alertas para su comunidad. "Pecus" era la alerta máxima, un reclamo de socorro al que todos los del clan debían atender ni bien recibieran el aviso.

—Bueno, al menos ya despejaron la zona de testigos. Veré en qué puedo ayudar. Por favor, mantente cerca —al ver que Joaquín se dirigía a la puerta de la habitación, Stefano y otro guardia se ubicaron a sus espaldas.

El muchacho golpeó dos veces y esperó. Laurent no abrió la puerta, simplemente se limitó a responder desde el otro lado.

—Necesito que busques a Stefano.

—Está aquí, detrás de mí.

—Bien. Entonces, envíen a dos guardias a buscar el camión de transporte blindado que está en la cochera de casa. También vamos a necesitar la maleta azul que hay en mi habitación.

—¿Y yo qué hago?

Laurent guardó silencio.

—¡Vamos, hermano! Dime en qué puedo ayudar —reclamó el menor de los Stevenson.

—Tú debes encargarte de Camille. Es mejor que ella quede fuera. No puede ver esto. Vamos a trasladar a papá a casa y necesitará que lo cuiden allá. Los médicos del clan lo están preparando.

—Se negará, lo sabes.

—No puedo hacer todo yo. Por favor, encárgate tú de eso.

Joaquín suspiró y apoyó la cabeza contra la puerta.

—¿Cómo está papá?

—Tuve que derribarlo —Laurent sonaba cansado—. Ya no sangra. Está durmiendo, pero despertará pronto.

—¿Tan mal viene el asunto?

—Es un oso grizzli, imagínate.

Stefano le palmeó la espalda a Joaco, haciendo un gesto para que lo acompañara. El muchacho se alejó de la puerta sin despedirse de su hermano, tratando de imaginar cómo se habría sentido su padre al ver que su cuerpo cambiaba de aspecto.

En general, la forma animal se hacía presente desde la más tierna infancia y se aprendía a tolerarla y controlarla con los años. Tener seis décadas encima y sentir que piel y músculo se estiran, que los huesos se reacomodan y dejas de comportarte como un humano racional para dar lugar a un animal de tamañas proporciones, no debía de ser nada sencillo.

De seguro Jerome estaría aturdido, sin entender qué le estaba ocurriendo, sin saber dominar a la bestia. Al menos Laurent lo había contenido a tiempo. El problema llegaba al pensar que era necesario trasladarlo a la casa. Podrían ayudarlo a regresar a su aspecto humano, aunque no sería nada fácil, y había que sumarle la cuestión de Camille. Ella no renunciaría a su paciente así como así. Menos si era Joaquín quien se lo pedía.

Stefano y Joaco caminaron hacia la salida del hospital.

—¿Qué excusa dieron para explicar tanta seguridad de nuestra parte? — el menor de los Stevenson necesitaba ocupar sus pensamientos mientras recorrían los diversos pasillos del sanatorio.

—Dijimos al médico de guardia que había sucedido un intento de ataque por parte de un intruso. Es más que creíble, considerando quién es tu padre —Stefano se encogió de hombros, como si acaso ese tipo de situaciones

fueran tan naturales en su trabajo—. También fingí estar enojado por la falta de cuidados que tuvieron al pedirles a los guardias de la noche que se retiraran para hacerle unos estudios y eso ayudó a que se mantuvieran a cierta distancia. Necesitamos libertad de movimientos mientras vemos de trasladar a tu padre hasta la casa.

—Bien. Avísame si precisas algo. Yo iré a buscar a Cam.

—¿Para qué me necesitas? —la voz llegaba desde uno de los autos aparcados en el estacionamiento—. ¿Tu papá está bien?

Stefano se marchó haciendo un gesto con la mano a modo de saludo. Sonrió al alejarse, como si le causara gracia la tarea que Joaquín tenía encomendada.

—Tenemos que hablar, pero no aquí —Joaco se cruzó de brazos y aquello fue un claro mensaje.

El muchacho estaba a la defensiva, preparándose para el enojo de la mujer que amaba. Porque iba a enojarse, eso era más que seguro.

—Imagino que no querrás hablar en un lugar público —a veces de verdad creía que ella podía leerle los pensamientos—. Vayamos a casa. Está a unas cuabras.

El trayecto fue en silencio. Puede que la doctora hubiera sido contactada por el personal del hospital y aprovechara el pequeño paseo para barajar las posibles discusiones que le plantearía el hijo de Jerome. Él se limitaba a caminar con la espalda derecha, mirando hacia algún punto perdido en el frente.

En un momento determinado, Camille se detuvo señalando una pequeña casa de paredes amarillas, cuyo patio delantero estaba decorado por un pequeño manzano. Abrió la puerta sin mirar siquiera a Joaquín, limitándose apenas a dejarlo pasar.

—¿Quieres algo para tomar? ¿Un café? ¿Té? —intentaba ser amable, pero allí parada junto al sofá principal, con las manos en los bolsillos del pantalón y una ceja a medio levantar, su cuerpo decía todo lo contrario.

—No, gracias. Quiero decirte esto y volver con papá y Laurent.

—Bien. Entonces, toma asiento al menos —señaló un sillón lateral mientras se acomodaba en el sofá—. Dime qué sucede. Hace años que no te veo así.

Él tomó asiento sin dirigirle la mirada. Estaba tratando de crear una buena mentira y aquello suponía mucho esfuerzo de su parte. Debía ser

creíble para que Cam aceptara el cambio de profesionales que cuidarían de su padre. Ya decidido, fue directo al grano:

—Nos llevaremos a papá a casa. Agradezco todo lo que hiciste por él, pero es hora de que lo vea otro especialista.

Ella hizo el amague de decir algo, pero se contuvo. Repitió aquel gesto un par de veces, como si intentara comprender el motivo del cambio, hasta que replicó:

—No tienes derecho a elegir otro médico para tu padre. No he hecho nada malo, no es mi culpa el ataque que vivió y puedo tratarlo en su casa si es necesario. Ya en otras ocasiones él ha estado resfriado o ha necesitado consultarme y yo he ido a verlo sin problema.

—Tú misma dijiste que necesitaba un cardiólogo, que no sabías qué le ocurría... ahora que irá a casa, no precisamos tus servicios. Podemos traer directamente al médico que consideremos más idóneo —estaba jugando sucio, insinuando que Camille no era capaz de cumplir con su tarea, porque no encontraba otro camino para despedirla.

—Tu padre es un hombre adulto y en su sano juicio, él es quien debe decidir al respecto.

De pronto, en medio de la habitación se había elevado un muro de hielo puro. Si Joaquín hubiera suspirado en ese momento, el aire habría surgido de sus labios denso, blanco y frío.

—Papá necesita lo mejor.

—Ustedes están con él de cuando en cuando. Yo lo veo todas semanas. No saben qué piensa, qué siente. ¿Y se creen con derecho para tomar esta decisión? —se puso de pie y comenzó a caminar de un lado a otro en torno al sofá—. ¿Cómo te atreves a insinuar que no soy buena profesional para él? ¿Cuándo caíste tan bajo? ¿Es una nueva manera de insultarme? ¿Te parece gracioso tratarme así?

—¡Cam, vamos! Yo no quería...

—¡¿Y qué querías?! ¡Dime! ¿Qué pretendías al suplantarme por otro médico? —ella apretó los puños y se mordió el labio inferior, como si intentara contener el enojo— ¿Quieres alejarme? ¿No toleras tenerme cerca? ¿Es eso? ¿No quieres verme? Tu padre no tiene la culpa de nuestro pasado, así que compórtate como un adulto y acepta que soy su médico porque él mismo me eligió.

Los reclamos causaron en él más daño del que esperaba. Si debía mantener a raya sus emociones y sentimientos, tenía de reconocer que no

cumplía con el papel como correspondía.

Mientras Camille seguía pidiendo explicaciones, el muchacho se puso de pie y caminó hacia ella. Estaba tan enojada que no se enteró que estaba cerca de Joaquín hasta que él la tomó de las manos y se puso de rodillas.

Joaco no podía tolerar más aquella situación. No era correcto engañarla de esa manera. Menos, hacerle pensar que no le importaba o que la quería lejos. Muy por el contrario, él lo hubiera dado todo por compartir a su lado tanto tiempo como le fuera posible.

—Perdóname —susurró.

Tal vez fue ese gesto, el tono de angustia en la voz o el hecho de que Joaquín aún estaba de rodillas, con la cabeza gacha y sin animarse a observarla a los ojos; algo hizo que Camille guardara silencio. Cuando él levantó la mirada, la encontró contemplándolo con duda.

—¿Por qué debo perdonarte? ¿Qué sucede?

—Yo... No soy lo que tú crees. Nadie en mi familia lo es. Necesitamos sacar a papá del hospital por el bien de todos. Tú no tienes nada que ver en todo esto.

—Joaquín...

—Es mejor si te mantienes lejos y olvidas tu relación con mi padre.

—Pero...

—No es bueno que te metas en nuestros asuntos, lo digo en serio.

—¡Basta! —cayó de rodillas frente a él. Durante algunos minutos se limitaron a observarse el uno al otro sin decir nada más.

—Vas a odiarme si te digo la verdad —Joaco se encogió de hombros y sonrió sin alegría.

—Te odiaré más si te vas de nuevo sin darme una explicación genuina.

—Soy un cambiante —la frase nació de sus labios sin esfuerzo alguno. Incluso se sintió bastante liberado al admitirlo—. No te haces una idea de la distancia que existe entre tú, simple humana, y yo.

Se puso de pie y caminó hacia la salida de la casa, dejando a Camille con el asombro dibujado en el rostro, sin esperar a verla reaccionar, sin aguardar sus gritos ni reclamos. Ya había aceptado que lo odiaría por el resto de la vida, porque algo así no podía tolerarse fácilmente, si es que creía aquella confesión.

Joaquín habría preferido hacerlo de otro modo, pero la situación de Jerome no le daba lugar a mucho. Se fue al hospital para buscar la camioneta y partió hacia su casa, imaginando que allí estaría Laurent con

su padre. No quería pensar en lo que había hecho. Era muy bajo de su parte decir todo aquello y dejar a Cam sin más.

Ya en su hogar, se bajó del vehículo y cerró la puerta mientras se hacía a la idea de que no tenía más alternativa. Tal vez así podía quitarle peso a la situación. El ruido de otro auto estacionando cerca lo hizo reaccionar. No precisó mirar. El aroma de Camille llegaba con fuerza y le avisaba que estaba avanzando hacia él. Lo había seguido. ¿Estaría furiosa?

Laurent abrió la puerta y se quedó mirando a Joaco. Ya no podía escapar.

Capítulo 9

Sin volver la mirada hacia donde se encontraba Camille, Joaquín fijó la atención en su hermano y dijo:

—Perdona, no tuve más alternativa. No pensé que fuera a seguirme.

Laurent se hizo a un costado para dejarlo entrar a la casa y le palmeó el hombro.

—No te siguió. Habló conmigo y yo le pedí que viniera.

Joaco no pudo reclamarle explicación alguna, la joven ya había atravesado la puerta de entrada y miraba a ambos hermanos sin saber cómo seguir.

—Cam piensa que tuviste una crisis —comentó el mayor de los hermanos, mientras señalaba los sillones del living y se acomodaba en uno de ellos—. Dice que trataste de justificar el cambio de médico de papá aduciendo a que no eres humano.

Laurent se arremangó la camisa y se cruzó de piernas. Estaba decidiendo cómo continuar la conversación: aquellos gestos de su parte le permitían distraer la atención de quienes lo rodeaban mientras ganaba algo de tiempo. Era uno de los primeros trucos que le había enseñado a su hermano al iniciar la escuela secundaria.

Joaco tomó asiento en otro de los sillones y volvió su atención a Camille. La veía afligida y preocupada. Ella había preferido creer que algo malo le estaba ocurriendo en vez de aceptar la explicación que el menor de los Stevenson le había dado. Por eso no estaba enojada, en realidad no creía en la verdadera versión de los hechos.

—Camille, debes disculpar a Joaquín —retomó Laurent con una media sonrisa—. A veces pareciera que no sabe ordenar sus ideas y hablar como corresponde.

Ella relajó la postura y suspiró. Una pequeña sonrisa asomó en sus labios.

—¡Dios! ¡No te haces una idea lo tranquila que me dejas al escucharte decir esto!

—No me malinterpretes —le impidió continuar hablando—. Solo dije que Joaquín no procedió como debía. A decir verdad, ninguno de los dos lo

hizo. Hace años que te ocultamos información importante y debemos disculparnos por eso. Verás, los humanos no deben saber de nuestra existencia, hay leyes que lo prohíben.

—¿De qué hablas? ¿Tú también? —hizo el amague de levantarse de tu asiento, pero Laurent la detuvo.

—Camille, por favor. Necesitamos que nos escuches. Si quieres continuar siendo la doctora de papá, debes atender lo que tenemos para decir. Es por tu propia seguridad.

La respiración de la muchacha se aceleró. El sudor resbaló por su nuca y se le acumuló en las palmas de las manos. Joaquín podía escuchar los latidos del corazón de Camille con suma facilidad, tanto como era capaz de percibir la adrenalina que su organismo liberaba para afrontar la situación.

—Ustedes... no son... creen no ser humanos —comenzó a decir al tiempo que trataba de controlar el temblor de las manos sin apartar la mirada de Laurent—. ¿Qué son entonces? Lamento mi escepticismo, pero conozco bien a Joaquín y a tu padre, y puedo jurar que tienen todo lo que precisan para ser considerados hombres.

—Nos llaman cambiantes. Descendemos de los mismos antepasados que los humanos. Podemos tener una apariencia similar a la suya, aunque también adoptamos otros aspectos.

Camille sonrió, de seguro pensando que le estaban jugando una broma, pero Laurent y Joaquín se mantenían tan serios como al principio.

—Estoy hablando con total sinceridad —el mayor de los hermanos se cruzó de brazos y suspiró—. Fue necesario que el líder del clan autorizara el darte a conocer toda esta información. De lo contrario, no podrías salir viva de esta casa. Piensa en cuán importante eres para mi familia que hemos pasado por alto todas las reglas.

—¡Esto es una locura! No puedo seguir escuchándote, lo lamento —Camille se puso de pie. Laurent la imitó.

—Espera un momento —replicó—. Joaquín y yo te mostraremos de qué estamos hablando —le hizo un gesto a su hermano para que lo siguiera y ambos pasaron a la cocina dejando a la doctora en el living.

Ella eligió quedarse, aunque no sabía explicar por qué.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó Joaco al ver que Laurent comenzaba a desabrocharse la camisa.

—Vamos, quítate la ropa. Ella necesita ver lo que somos y eso es lo que le mostraremos.

—Espera...

—Tú nos metiste en esto, así que no te quejes. Vamos, quítate la ropa o se dañará cuando cambies de forma —apuró mientras se bajaba los pantalones y los bóxer con un movimiento rápido, ya descalzo. Su camisa reposaba sobre una de las sillas que estaban junto a la mesa.

Joaco suspiró, comprendiendo que no podía negarse, y se desvistió tan rápido como le fue posible. Dejar salir a la bestia era tan natural para ellos que ya no hacían ruido ni rompían nada en el proceso. De más jóvenes habían llegado a destrozar algún que otro mueble, pero siendo adultos todo fluía sin problemas. Era cuestión de cerrar los ojos y permitirle al animal tomar dominio del cuerpo. La mente seguía bajo el control racional mientras los huesos, músculos y piel mutaban y adquirían otro aspecto. Un tirón por aquí, un tirón por allá. Los huesos y órganos se reacomodaban y ubicaban donde correspondía de acuerdo a la criatura que decidieran ser.

"Vamos. Intenta mostrarte simpático", la voz de Laurent resonó en los pensamientos de Joaquín.

El aludido rugió por lo bajo al tiempo que se encaminaba de regreso al living. Por mucho que disfrutara convertirse en puma, aquella era una situación demasiado complicada. Su hermano iba a su lado bajo la forma de un lobo de pelaje oscuro. Al llegar junto a Camille, el instinto de preservación imperó en ella sin que pudiera evitarlo. Desesperada, la muchacha corrió hacia la puerta e intentó abrirla, pero le fue imposible ya que desconocía el código de seguridad.

"Si le hablas en tu forma animal será peor", avisó Laurent.

Joaquín se volteó hacia él y le mostró los dientes. Aquello solo acentuó el miedo en Camille, quien se dejó caer al suelo y se quedó allí, acurrucada contra la puerta y tratando de no mirar a los animales, como si así fueran a desaparecer. Su cuerpo temblaba y se sacudía a cada momento, mientras lloraba de manera desconsolada.

A pesar de mostrarse como un enorme depredador, Joaco se animó a avanzar hacia ella al tiempo que Laurent se echaba al suelo a varios metros de distancia. Cuando el puma pasó la lengua por las manos de la humana, ella gritó tan fuerte que parecía que colapsaría ahí mismo. Joaquín decidió entonces acariciarle el brazo con la cabeza. Era una suerte de gato gigante intentando calmar a una muchacha en plena crisis. Se

acostó a sus pies y ronroneó, esperando que Camille comprendiera que no iban a lastimarla de ninguna manera.

—Joaquín, Laurent, ¡por favor, vengan! —llamó con urgencia—. Llévense a estos animales de aquí. Esto no es gracioso, ¡de verdad! Joaquín, por favor...

Al escuchar decir su nombre, el puma movió la cabeza y empujó la mano de Camille con el hocico. Ella se alejó tanto como pudo.

—Laurent, al menos tú podrías... —ante aquel pedido, el lobo se levantó de donde estaba y se acomodó junto al puma.

La muchacha se envolvió las piernas con los brazos y apoyó la cabeza contra la puerta, mientras sus ojos iban del lobo al puma y regresaban de nuevo al lobo.

—Somos nosotros, deja de pensarlo tanto —la voz de Laurent surgió entre rugidos.

Camille los miró una vez más y tartamudeó. Antes de llegar a decir algo coherente, se entregó a la inconsciencia.

"No lo tomó tan mal después de todo", pensó el cambiante al tiempo que veía correr a Joaquín hacia la cocina para volver a su forma humana.

—¡Esto fue demasiado arriesgado! —contestó el menor de los Stevenson mientras llegaba junto a Camille y la cargaba en brazos hasta el sofá principal.

Incapaz de dejarla acostada y mantenerse a distancia, Joaco prefirió sostenerla en su regazo y esperar a verla reaccionar. Necesitaba darle esa sensación de protección que tanto había reclamado al verlos con aspecto animal a su hermano y a él.

—Tranquilo, solo duerme. Está exhausta por lo que acaba de presenciar. Cuando despierte tendrá hambre —comentó Laurent dejando sobre la mesa ratona una bandeja con agua y sobras del último almuerzo. Sin esperar a que su hermano le respondiera, se sentó en el sillón más lejano y sonrió—. Ella te hace bien. Te humaniza. Espero que sepa perdonarte y te dé una oportunidad.

Joaco asintió con un leve movimiento de la cabeza.

—Ojalá los cielos te escuchen.

—Deja de compadecerte y andar llorando por los rincones. Ella no te odia —la voz de Matías llegaba desde las escaleras—. Empieza a luchar por lo que quieres y deja de mostrarte herido. Nadie te ha dado una golpiza todavía.

—He hecho cosas terribles y ustedes lo saben. Por mi culpa Cam estuvo en peligro —se estremeció y volvió su atención a la muchacha que dormía en sus brazos.

—Estabas atado a la ley del clan. Papá te liberó de ese peso —Laurent se encogió de hombros—. Aprovecha esta nueva oportunidad y haz las cosas bien, como corresponde.

Joaquín sonrió de costado y notó que la respiración de Camille se aceleraba. Ella abrió los ojos y lo observó en silencio. Él se limitó a estrechar el abrazo, como si así pudiera decirle que estaba segura a su lado.

Laurent y Matías escaparon a la cocina con la excusa de ir a preparar algo de té.

Por un instante, Joaco se permitió soñar. Creyó que era posible recomponer la relación con Camille, o mejor dicho, darle vida a una nueva relación basada en la verdad, esa verdad que estaba dispuesto a contarle por completo, si acaso ella le daba la oportunidad.

Capítulo 10

Durante más de una hora, Camille lloró en brazos de Joaquín. Ella no habló y él prefirió guardar silencio. El cambiante pensaba que era bueno que la muchacha dejara ir las emociones que había acumulado. Era una manera de prepararse para lo que vendría luego, porque sabía bien que ella pediría explicaciones con todo lujo de detalles y él no sería capaz de negarse llegados a ese punto.

Por el momento, Joaco atesoraba la cercanía con Camille como el recuerdo de un momento que, estaba seguro, no volvería a suceder. El aroma de su piel se le había impregnado en la ropa. Abrazarla le resultaba natural, sentía que había nacido para eso.

Al final, la joven doctora se durmió acurrucada contra el pecho de Joaquín. Él lo supo nada más escuchar la cadencia en su respiración y la baja de su ritmo cardíaco.

—Tiene que descansar. Fue demasiada información dada de manera rápida y drástica. Su cuerpo debe reponerse a eso —dijo Laurent desde la puerta de la cocina.

Joaco giró el rostro para mirarlo.

—A ti se te ocurrió hacerlo de ese modo —acusó frunciendo el ceño.

—¡Tú comenzaste! No puedes decirle a la mujer que amas que eres un cambiante y alejarte así como así.

—¿Qué esperabas?

—Deberías haberte quedado con ella. Darle tiempo para que reaccionara frente a ti.

—Papá y tú me necesitaban, ¿recuerdas?

—¡Yo ya había contenido a papá! ¡Si te pedí que manejaras la situación de Camille era porque ya había considerado qué dirías sobre nosotros! En verdad pensé que te llevaría un buen rato contarle todo y no me molestaba encargarme del oso gigante en que se convirtió ser papá.

Joaquín dejó caer la cabeza hacia atrás y miró el techo durante varios segundos. Odiaba sentirse como un niño pequeño, siempre pendiente de los consejos de su hermano para todo.

—Vamos, deja de pensar en lo que sea que estás pensando y lleva a Cam a la habitación de invitados. Ya arreglé todo. Tienes mucho trabajo por hacer para cuando ella despierte —Laurent sonrió intentando limar asperezas.

—¿Trabajo? ¿De qué hablas? —Joaco volvió la atención a su hermano.

—Grabar algún que otro audio, pensar lo que vas a decir y cómo vas a decirlo. ¿Sí? Prepararte para cuando tengas que contarle todo.

—Será como arrancarme la piel sin anestesia.

—Ya lo experimentaste y sobreviviste. Llevas años atado a esta tortura, ¿qué puede causarte más dolor?

—Ella —Joaquín miró a su hermano y se encogió de hombros—. Nada se compara con tenerla cerca y saber que me odia, eso duele mil veces más que ser desollado en vida.

—Entonces, convierte en palabras lo que viviste, dale forma para que Camille entienda todo por lo que pasaste.

El menor de los Stevenson asintió al tiempo que tomaba impulso y se levantaba del sillón cuidando de no despertar a Camille. Recorrió los metros que separaban la habitación de invitados del living mirándola y pensando en lo que había estado hablando con Laurent. Su hermano estaba en lo cierto. Si había comenzado a narrar la historia de su relación, era porque tarde o temprano Camille la escucharía y sabría la verdad.

Grabación 11

¿Sabes? No esperaba que las cosas ocurrieran de esta forma. No imaginaba que ibas a enterarte así de la verdad. Me había hecho a la idea de que varios cientos de kilómetros nos separarían para cuando Laurent te hiciera llegar mis audios. Ahora todo se desenvuelve de una manera totalmente opuesta.

Supongo que no hay otra manera de lograrlo. Yo mismo generé esto y debo aceptar la responsabilidad. Después de todo, necesito demostrarte que no soy la bestia que imaginas.

La verdad es que nunca dejé de amarte. En ningún momento he sido capaz de pensar en otra persona que no seas tú. Me preocupa tu reacción porque esta vez estaré exponiéndome como nunca antes. Voy a quedar en carnes vivas para que comprendas lo que viví. No fuiste la única que salió lastimada de nuestra relación, aunque yo merezco pagar el precio de cada mentira y engaño.

¿Qué vas a pensar al escuchar lo que estoy grabando? ¿Te interesa, siquiera, escucharme? ¿Cuántos rencores y enojos despertarán a medida que te presente los recuerdos que vivimos desde mi mirada?

Tengo pánico. Pánico de ti, Camille y de tu posible reacción. Odio sentirme tan vulnerable y expuesto. Más me odio por haberte lastimado.

Capítulo 11

Un leve temblor de la pared donde se apoyaba el escritorio de Joaquín llamó su atención. Era algo muy tenue, al punto que un humano no lo sentiría de ninguna manera. Los pensamientos de Joaco volaron a su padre y su hermano. Sin dudarlos dos veces, corrió hacia el sótano, en busca de las habitaciones de seguridad. Allí debía de estar descansando Jerome, vigilado por los guardias de Laurent y con todos los recursos a mano para contenerlo si acaso se salía de control. A mitad de camino se encontró con Stefano.

—¿Papá despertó? —la pregunta era obvia, pero necesitaba escuchar al amigo de su hermano hablar de algo que no fuera Camille.

—Sí. Están peleando la bestia y el humano por el control del cuerpo.

—Déjame adivinar. La bestia gana.

—Tu hermano cree que la mejor opción sería anestesiarlo.

—Pero puede afectarle el corazón. ¡Es una locura! —Joaquín levantó el tono de voz sin pretenderlo. Stefano en cambio se mostraba tan tranquilo como siempre.

—Recuerda que al final esa fue la estrategia que usó contigo y pudiste dominarte.

—¡Yo no había tenido un infarto los días previo!

—Tu padre no es el humano ordinario que pensamos toda la vida —Stefano se encogió de hombros—. Creo que tu hermano necesita que lo apoyes en esta decisión.

Joaco desvió la mirada y suspiró.

—Tienes razón. Hay que hacer lo mejor para papá y si Laurent piensa que dormirlo es una buena idea, apoyaré su propuesta.

Stefano asintió con un leve movimiento de la cabeza. Abrió la puerta del sótano y dejó pasar a Joaquín primero.

Una enorme jaula se ubicaba contra la pared más lejana a la puerta. Dentro, un oso de pelaje castaño rugía y se abalanzaba contra las rejas. Por momentos, el animal parecía convulsionar y se detenía en pleno movimiento. Lo humano de Jerome trataba de enfrentar a su esencia animal a fin de dominarla y volver a tener el control de su cuerpo.

Joaco recorrió la habitación en busca de su hermano y lo encontró con la camisa ya desprendida y el pantalón a medio quitar.

—Juro que no entiendo cómo puedes perder tiempo en algo tan banal como desnudarte. ¡Tienes que cambiar a tu forma animal, no parecer modelo de ropa interior! —Joaquín se cruzó de brazos, molesto.

A pocos metros, Stefano y Matías carcajearon por lo bajo. Javier los miró con mala cara, reprimiendo aquella actitud.

Laurent respiró hondo y solo respondió:

—Déjate de tonterías. Necesito cambiar para hablar con papá y avisarle lo que haremos, pero no por eso voy a arruinar mi ropa. Que seamos ricos no significa que podemos ir por la vida consumiendo recursos que otros precisan más.

—A veces creo que disfrutas este tipo de situaciones —el menor de los hermanos se encogió de hombros y caminó hacia la jaula.

Laurent, ya en forma de lobo, gruñó mostrándole los dientes.

Los guardias presentes hicieron silencio, en señal de respeto para con su jefe. El mayor de los Stevenson era un oponente que no todos podían afrontar. Aunque los líderes de clan rara vez peleaban, siempre que él lo hacía resultaba vencedor.

Joaquín observó a su padre reaccionar ante el lobo que se le acercaba. Algo en él pareció cambiar. Estaba reconociendo a su hijo y eso parecía tranquilizarlo. El hermano mayor estaba tan próximo a la jaula, que Jerome bien podía sacar una garra a través de las rejas y atacarlo, si es que se lo proponía.

Durante varios minutos, oso y lobo se miraron en silencio. Luego Laurent se incorporó y emitió un breve aullido, tras lo cual regresó a donde había dejado su ropa. Tomó forma humana con una gracia y agilidad de la que Joaquín jamás podría jactarse.

Para tener poco más de cuarenta años, el hermano de Joaco daba claras muestras de su naturaleza cambiante. El poder de sus genes ralentizaba el reloj biológico, de manera que, a ojos humanos, Laurent y Joaquín no parecían llevarse diez años de diferencia. Joaco seguiría envejeciendo hasta llegar a la cuarta década, mientras su hermano daba muestra de un físico y apariencia envidiables. Los cambiantes tendían a desarrollar músculos marcados y cuerpos esbeltos, pero Laurent era Laurent y en él, todo parecía ir perfecto, incluso la barba de varios días. Joaquín se veía muy distinto. Los tatuajes en diferentes partes del cuerpo, el piercing en el

lóbulo de la oreja izquierda, el pelo corto y siempre despeinado... ni siquiera tenían rasgos similares. Laurent era como su padre, en tanto Joaco había heredado los rasgos de la familia materna.

—Camille despertó —Javier miró a su amigo y regresó la vista a su teléfono celular—. Aún no ha salido de su cuarto. Será mejor que vayas a hablarle mientras nosotros vemos de controlar a tu padre.

Joaquín asintió. Un frío sudor bajaba por su nuca y le recorría la espalda. Estaba confiado de que Cam reaccionaría varias horas más tarde. No se veía capaz de responder las preguntas que la muchacha pudiera hacerle.

Cuando llegó a la habitación donde Camille descansaba, llamó con dos leves golpes. La doctora abrió la puerta con sumo cuidado, dejando apenas una rendija por la cual miró por un instante y luego se encerró sin decir palabra alguna.

—¿Estás bien? ¿Puedo pasar? —preguntó Joaco apoyándose de espaldas contra la puerta. Si lo deseaba, podía derribarla con un mínimo esfuerzo, pero no quería asustar a Camille más de lo que ya lo había hecho hacía unas horas.

—No. Quédate afuera —el enojo se percibía en el aire.

—Por favor, Cam. Necesito explicarte...

—¡Nada! —lo interrumpió—. ¡No necesitas explicarme nada! Quiero hablar con Laurent y regresar a casa.

—¿Ves por qué debías aceptar que papá tenga otro médico a cargo? ¿Entiendes que todo esto lo hicimos por tu bien?

—¡Deja de hablar! ¡Ya has hecho suficiente! ¡Vete! ¡Quiero ver a Laurent, no perder el tiempo contigo!

Camille abrió la puerta de manera sorpresiva y él no llegó a reaccionar. Solía ocurrir que sus instintos más elementales se anulaban cuando ella estaba cerca. Por eso el muchacho terminó cayendo al suelo y en el camino se golpeó la cabeza contra el marco de la puerta. La sangre brotó roja y espesa desde la herida ocasionada. Antes de que alguno de los dos reaccionara, Laurent llegó para intervenir.

—Ve a lavarte. Yo me ocupo de ella —murmuró mientras ayudaba a Joaco a ponerse de pie.

Su cuarto estaba dos puertas más adelante en el mismo pasillo. Joaquín fue en busca del botiquín de primeros auxilios, en tanto agudizaba su oído para escuchar lo que hablaban su hermano y Camille en la habitación.

—¡No quiero excusas! ¡Solo escúchame! ¡Quiero irme a casa! —gritó ella.

—Dame cinco minutos y luego, si sigues pensando igual, podrás irte. Por favor.

Joaco se estremeció mientras terminaba de limpiarse la herida. Le daba pánico lo que Laurent pudiera contar. A decir verdad, era Cam quien le daba miedo. Más que ningún otra cosa en el mundo, ella lo aterrorizaba. Odiaba eso. Odiaba sentir pánico ante la idea de que ella jamás lo perdonara.

Tal vez por eso, tomó su celular y comenzó a grabar un nuevo audio. Tenía que dejar salir sus demonios personales...

Grabación 12

Nunca tuve intención de abandonarte. Me vi obligado a hacerlo, para cuidarte y garantizar tu bienestar.

El tiempo que pasamos juntos fue lo mejor que he vivido. Te lo digo en serio. Nuestra relación tenía tanto sustento que parecía que llevábamos años juntos, aunque solo fueron unos meses. Nos dábamos espacio, teníamos tiempo para nuestras responsabilidades y amistades. Me dormía feliz, sabiendo que al despertar te encontraría a mi lado. Desde que nos separamos, jamás volví a dormir tranquilo.

Dejarte fue lo más doloroso. No. A decir verdad, duele mucho más saber que te mentí y engañé. No lo merecías. Y yo no te merecía a ti.

¡Tendrías que haber visto la reacción de mis padres el día que les conté sobre ti! Fue un sábado cuando me presenté a almorzar con ellos. Estaba buscando la manera de decirles que estábamos saliendo, cuando mi madre cortó mis pensamientos diciendo:

“Ya hablé con el decano de tu facultad. Está todo arreglado. El miércoles te estará esperando Laurent en Paris”.

Miré a papá sin entender lo que sucedía.

“¿De qué hablas?”, cuestioné, “¿Por qué debo ir a Francia?”.

“Tu padre y yo concertamos tu compromiso con la hija del líder de un clan europeo”.

Abrí la boca y la cerré varias veces al tiempo que me alejaba de la mesa, sin entender qué estaba diciéndome y porqué lo decía recién en ese momento.

“No puedes hacer algo así”, reclamé. “¡Soy tu hijo, no un juguete que se intercambia!”.

“Piensa bien lo que dices. Si tienes ganas de jugar al tonto, nosotros podemos responder de igual manera. Quiero ver cómo te las arreglarías si de un momento a otro cortáramos tus fondos y anuláramos las tarjetas de crédito que posees”, mi madre se cruzó de brazos. Faltaba que se echara a reír.

“No necesito de su dinero. Puedo irme de casa, trabajar por cuenta propia”.

“Hijo, escucha a tu madre. Este compromiso sería muy conveniente para todos”, intercedió papá.

“¡No! ¿Por qué yo? ¿Y Laurent?”

“Deja a tu hermano en paz. ¡Este es tu deber! Tú serás el próximo líder del clan, necesitamos que ocupes el lugar que te corresponde”. Mi madre sonrió con malicia.

Retrocedí nuevamente. Otro paso más. Estaba a menos de un metro de la puerta que me llevaría al living. La idea de huir de casa, buscarte y escapar a algún paraje perdido, pasaba por mis pensamientos una y otra vez. Una y otra vez, también, la lógica me decía que no tenía sentido mi plan. La vida no se soluciona con salidas de telenovela.

“Estoy enamorado de alguien. La amo, ¿puedes entenderme? No puedes pretender que esté junto a una mujer a la que no conozco y por la que no siento nada”, intentaba hablar tranquilo, pero en realidad estaba a punto de echarme a llorar.

“Durante milenios los clanes han sobrevivido así. Las normas no cambiarán solo porque tú lo desees”. Mi madre estaba destrozándose en vida y parecía disfrutarlo.

“¡Por favor, mamá! ¡No puedes atarme a alguien!”.

“¡Tu padre y yo tuvimos un matrimonio arreglado y mira la familia que logramos formar! ¡No reniegues de algo que es parte de tu propia naturaleza!”, respiró profundo y se arregló las mangas de la camisa que prolijamente llevaba dobladas a la altura de los codos. “Ve y dile a tu noviecita que lo suyo no tiene futuro. Hazlo o yo misma me encargaré y no te agradecerá mi forma de resolver el asunto”.

La vi alejarse en dirección al jardín trasero. Miré a papá dolido por su falta de participación en el asunto. Podía imaginar una actitud así viniendo de mi madre, pero jamás pensé que papá se haría a un costado sin defenderme o ayudarme de ninguna manera.

“¿Ya desempacaste?”, preguntó caminando hacia la puerta por donde mi madre se había retirado.

“Sí. ¿Qué tiene que ver con todo esto?”.

“Vuelve a armar las maletas. Laurent te estará esperando mañana, a primera hora”.

“¿Qué diferencia puede haber entre que vaya hoy mismo a que viaje el martes?”.

“¡Baja la voz!”, me urgió papá y guardó silencio por un momento, vigilando los alrededores. “Debes anular el compromiso”.

“¿Eso es posible?”.

“Tu prometida. Si logras hablar con ella y convencerla de que esta pareja no es buena idea, la muchacha puede romper el convenio. Su familia maneja otras leyes, mucho más liberales que las de nuestro clan, y si ella no quiere seguir adelante con el compromiso, no se lo recriminarán”.

Escondí el rostro entre mis manos y respiré profundo contando hasta diez.

“Pero debes tener mucho cuidado”, se apresuró a decir papá. “Si tu madre se entera de lo que estás haciendo, puede ser capaz de cometer una locura. Camille estará en grave peligro hasta que anules tu promesa de matrimonio...”.

“Nunca te dije su nombre”, murmuré sin apartarle la mirada.

“Sé más de lo crees, muchacho. Lo lamento, pero es todo lo que puedo hacer sin que tu madre descubra tu secreto. Ya hablé con Matías y Javier, ellos me ayudarán a cuidar de Camille mientras estés en Europa”.

Asentí en silencio y vi a papá sonreír por lo bajo. Había nostalgia en su mirada y un resto de angustia que jamás supe comprender. Al día de hoy sigo con muchas cosas para cuestionarle, pero siempre le estaré agradecido por haberme tirado aquella sogá ese mediodía.

Sé que debí hablarte y decirte que me iría por unos días. Sinceramente, no me animé a hacerlo. Pensé que no sería capaz que sonar convincente y que la confianza que me tenías se destrozaría así, sin más. Fui un completo idiota. No quise dejarte en ese entonces, ni mucho menos abandonarte. Era todo parte de mi intento por protegerte y garantizarnos un futuro juntos. La suerte nunca ha jugado a nuestro favor. Aunque logré que mi prometida anulara el casamiento arreglado, mi madre se enteró de tu existencia y juró deshacerse de ti si yo regresaba a casa.

Puede que nunca lo sepas, pero en aquel entonces, caí en una profunda depresión. Pasé semanas completas hecho una bolita, envuelto en frazadas en la cama que Laurent había armado para mí en su pent-house. Tenía mi propio departamento en el mismo edificio donde él vivía, pero mi hermano temía dejarme solo. Siempre lograba que alguien estuviera cerca y al pendiente de lo que pudiera necesitar.

Estuve meses así. Si salí adelante, fue por Laurent. Mi hermano me obligó a andar, a ser humano de nuevo. Me impulsó a retomar los estudios en una universidad francesa. No podía volver a Argentina, pero debía forjarme un futuro en el que no dependiera de mis padres. Mientras, buscábamos la manera de cuidar de ti y resolver todo el asunto.

¿Entiendes que todo lo hice por ti? No sabía cómo mi madre se había enterado de lo nuestro, tampoco podía arriesgarme a regresar y ponerte en peligro.

Soy un monstruo. No lo niego ni lo dudo. Un monstruo con rostro humano. Lo lamento, Camille. Lamento haberte amado con una actitud tan egoísta y ciega como lo hice. Pero te amé y eso es lo que puedo rescatar. Te amé con el alma y con mi esencia animal. Así, completo. Te amé y jamás renegué de ello ni lo pude evitar.

Capítulo 12

Mientras Joaquín se encerraba en recuerdos, Laurent se exponía a Camille.

—Sé que todo esto es algo complicado de digerir. Lo lamento. Tanto secretismo solo fue para protegerte —cerró los ojos y suspiró—. Joaco lo pasó tan mal como tú. Puedo demostrarlo. Él... él estuvo grabando varios audios donde te cuenta lo que vivió. Por favor, ¿podrías escucharlos al menos? No digo que lo perdones, solo que lo escuches.

—¿Crees que deseo despertar el pasado? ¿De qué serviría abrir las heridas que ya cicatricé a la fuerza? —la joven doctora negó con un movimiento de la cabeza y se cruzó de brazos.

—Mira, de verdad me resulta difícil hablar sobre este asunto. Nadie más sabe lo que te contaré ahora, porque nunca antes tuve la fuerza para convertirlo en palabras.

Algo en la mirada de Laurent alarmó a Camille, que se sentó al borde de la cama y asintió en silencio. Él tomó aquella actitud como un permiso para explayarse:

—Joaquín sufrió desde muy pequeño. Mamá pensaba que para hacerlo fuerte, debía obligarlo a soportarlo todo. Si mi hermano lloraba o daba indicios de estar triste o dolorido, ella lo castigaba. Para ser sincero, Joaco pasó sus primeros años castigado. Incluso con Javier y Matías que lo cubrían y cuidaban desde que aprendió a caminar, así y todo mi hermano tuvo una infancia muy triste.

»Mamá hizo sufrir a Joaquín desde los pocos meses de vida. Una vez, cuando mi hermano aún no había cumplido su primer año, pasó varias horas llorando porque tenía fiebre a causa de los dientes que le estaban cortando encías. Ella no le daba nada para calmarlo ni para bajarle la temperatura. Aunque papá le reclamó y trató de auxiliar a Joaco, mamá se lo impedía amenazando con causarle verdadero daño. Recuerdo estar en mi habitación y escuchar la pelea entre mis padres y los alaridos de mi hermano que estaba solo, en su cuarto. Fui hasta ahí y lo tomé entre mis brazos. Besé sus mejillas regordetas, lo abracé con todas mis fuerzas y le

dije que no debía llorar más, que ya estaba yo, su hermano mayor, para cuidarlo.

Laurent escondió el rostro entre las manos y respiró con fuerza. Camille lo miraba conteniendo el llanto al recrear en sus pensamientos la escena que le estaban relatando.

—Le prometí que algún día, cuando fuera grande, me lo llevaría lejos y mamá no podría lastimarlo —continuó—. Juré protegerlo. Siempre me culpo por haberlo dejado solo en sus últimos años de secundaria y universidad. No debería haberme ido a Francia... pero fue la única manera que se me ocurrió de hacerme un futuro fuera de las garras de mamá y preparar todo para liberar a Joaquín. Papá me ayudó en secreto. Me fui, pero sabía que Matías y Javier cuidaban de él. Aunque claro, ni ellos ni nadie podrían haber evitado que Joaco se enamorara.

»Mi hermano llegó al límite. Te amaba con tanta fuerza, con tanta desesperación, que no podía imaginarse lejos de ti. Lo eras todo para él y si se quedó conmigo a Francia, fue porque mamá amenazó con asesinarte. Ella lo obligó a abandonarte y eso fue terrible para él. No encontraba razones para mantenerse vivo. Sabía que había cometido todos los errores posibles y asumía que ya no tenía oportunidad para redimirse. Desde su perspectiva, nada valía porque tú, Camille, no lo perdonarías de ninguna manera.

Laurent se estremeció antes de liberar el mayor secreto que guardaba desde hacía años:

—Por eso, Joaco intentó suicidarse. Lo encontré parado sobre el borde de la terraza del edificio donde vivíamos. Recuerdo mirarlo y sentir tanto enojo y decepción que me daban ganas de agarrarlo a golpes, para ver si así reaccionaba. Le grité. Lo traté de idiota. Su voz, al pedirme que me alejara, sonó tan dolida que parecía más bien una súplica. Estaba cansado, eso dijo. Quería saltar y dejar atrás todos los problemas.

»Era un tonto si pensaba que iba a permitir que se lastimara. Rugió y forcejeó mientras lo tomaba por la espalda y lo obligaba a bajar para alcanzar sitio seguro. Le dije que, en mi derecho de hermano mayor, le prohibía cualquier intento de causarse daño a sí mismo. No me importaba lo que había hecho, solo quería que se valorara un poco más y buscara la manera de seguir su vida. Me dolía que no pensara en cuánto me afectaría su muerte, pero Joaquín no era capaz de pensar en nada más que en el dolor de haber perdido al amor de su vida.

—Laurent... —la voz de Camille se desvaneció detrás del llanto.

Él sonrió sin alegría y levantó una mano, como pidiendo lugar para terminar su exposición:

—Al final, lo arrastré escaleras abajo. Lo empujé dentro del ascensor y lo llevé a mi departamento. Aquella fue la primera noche de lo que se convertiría, luego, en meses y meses de profunda depresión. Por eso pensé en buscarte, Camille. Traté de acercarlos de nuevo, aunque mi plan no funcionó ni por asomo. Te expuse a un peligro mayor. Al menos Matías y Javier estaban para ayudarme —Laurent se cruzó de brazos y volvió la mirada al suelo—. Joaquín no es inocente, él decidió mentirte y ocultarte muchas cosas, lo reconozco, pero su vida estuvo marcada por momentos dolorosos en los cuales mi madre siempre pensó en el bien del clan y de los otros, en vez de cuidar a su propio hijo. Mi hermano actuó como mejor pudo hacerlo. Aunque no hizo las cosas bien, trató de protegerte siempre.

Camille se puso de pie y se acercó a Laurent.

—Esto... esto es demasiado. Lo siento, necesito ir a casa. No puedo seguir aquí.

—¿Vas a escuchar a Joaquín?

Ella dudó por un momento.

—Sí —dijo al fin—. Envíame los audios y los oiré.

Laurent asintió mientras abría la puerta y le daba espacio a Camille para retirarse. Recorrieron la casa y llegaron hasta donde había quedado el auto de la muchacha sin que nadie se les cruzara en el camino.

—Cuando procese un poco mejor este asunto de... de lo que son ustedes —la doctora frunció el ceño y desvió la mirada—, te preguntaré por Jerome y su estado de salud. Por el momento, tengo demasiadas ideas en la cabeza que necesito organizar.

—Te daremos todo el espacio que necesites —comentó él antes de regresar a la casa—. En un rato te enviaré los audios, ¿sí? Y luego, aguardaremos a que decidas acercarte.

Laurent esperó a ver que el auto de Camille se alejaba antes de entrar a su hogar y buscar a Joaquín. Sentía que había vivido un siglo en unas horas y de seguro su hermano debía de estar viviendo algo similar. Sin olvidar a su padre, que dormía en una jaula en el sótano de la casa.

Capítulo 13

Laurent entró al cuarto de Joaquín y esperó a que su hermano le prestara atención.

—No es tan malo —señaló.

—Déjate de tonterías.

—Vamos, no te desanimes.

—Dime un motivo para levantarme de esta cama y seguir con mi vida como si nada. La mujer que amo huyó nada más enterarse del secreto de nuestra familia.

—Por como yo lo veo —Laurent se cruzó de brazos—, es lo mejor que podía pasar.

—¿A qué te refieres?

—Prometió escucharte.

—¿Vas a mandarle mis audios?

—Lo harás tú. Enviaremos todo desde tu celular —Laurent entrecerró los ojos y sonrió con picardía antes de suspirar—. Me da orgullo ver el hombre en que te convertiste, Joaquín. Sé que cometiste muchos errores, pero siempre estás intentando superarte y eso es algo muy valioso. El que hayas grabado los audios es una muestra de cuánto has madurado.

—Espero que Camille pueda pensar como tú.

—Lo hará, ya verás.

Laurent bostezó al tiempo que estiraba los brazos y hacía sonar las articulaciones de sus hombros.

—Vamos, cenemos algo y vayamos a dormir. Mañana será un día largo. Papá despertará temprano y nos necesitará.

Joaco aceptó con un movimiento de la cabeza. Le dio el teléfono a su hermano y juntos salieron rumbo a la cocina. Él también se sentía exhausto, aunque sabía que se debía más a las emociones vividas en las últimas horas que al esfuerzo físico realizado.

Aquella noche, el cambiante se durmió pensando en Camille, ansioso por descubrir cómo reaccionaría ella luego de escuchar los mensajes que había grabado y conocer la verdad.

Capítulo 14

Joaquín se despertó a medianoche y descubrió a Cam sentada a su lado, como tantas otras veces, mirándolo dormir y sonriendo con dulzura. Le devolvió la sonrisa mientras estiraba el brazo y la atraía hacia él. Recorrió las curvas de su espalda al tiempo que sus labios comenzaban a danzar aquella coreografía que conocían ya de memoria.

La suavidad y el perfume de la piel de Camille embriagaban a Joaco. Podía quedarse toda la vida así, acariciándola y besándola, sin necesitar nada más. Ella anuló el mínimo espacio que separaban sus cuerpos y enredó las piernas con las suyas, el cuerpo de Joaquín reaccionó. Camille emitió un suave gemido y eso lo hizo estremecer de placer, a sabiendas de lo que vendría a continuación.

Lo empujó hasta hacerlo quedar acostado de espaldas y se sentó sobre sus caderas contorneándose suavemente. Tomó sus manos y las llevó por encima de su cabeza. Era la manera de Cam de avisar que pensaba tomar el control. Joaquín gruñó por lo bajo cuando ella comenzó a trazarle dibujos en la piel con sus manos y labios. Cada beso que le daba, cada caricia, lo volvían más y más loco.

Haciendo caso omiso a los regaños, él se incorporó y le rodeó la cintura con los brazos. Por un instante, se perdió en su mirada antes de atraparle el labio inferior entre los dientes y escucharla gemir una vez más.

Algo lo tomó del brazo y le hizo desviar la atención. Joaquín opuso resistencia, no quería dejar todo así, a medio camino. No quería dejar ir a Camille. Lo jalaron una vez más y cayó de la cama. La buscó con la mirada, pero ya no estaba.

—¡Vamos, despierta! —Matías lo zamarreó con fuerza—. ¡Abre los ojos de una buena vez!

Joaco reaccionó y empujó a su amigo tan lejos como le fue posible. Rugió furioso, molesto por haberse despertado de esa manera, perdiendo a Camille con tanta facilidad.

—Te dije que lo dejaras dormir un poco más —comentó Javier desde la silla del escritorio.

—¿Para qué? ¿Esperar a que terminara? ¡Era un sueño! ¿Lo entiendes? —Matías se dirigió a Javier sin prestar atención a Joaco— ¡Llevamos cuarto de hora escuchándolo nombrar de Camille desde el otro lado de la puerta!

—Al menos lo hubiéramos tenido de mejor humor. Míralo, lo has hecho enojar —Javi lo señaló mientras se ponía de pie y rebuscaba en el placard de su amigo.

Matías hizo el amague de responderle, pero Joaquín se adelantó:

—Está bien. Dejen de pelear. Ya desperté.

—Genial. Vamos. Date una ducha rápida y vístete. Te esperamos abajo para desayunar —Javier le lanzó una muda de ropa y se llevó a Matías a la rastra.

El cambiante escondió el rostro entre sus manos y contó hasta diez. No debía estar enojado con sus amigos, pero aquel sueño era un recuerdo guardado en lo profundo de su memoria y odiaba perderlo en el mejor momento. Matías se las pagaría tarde o temprano, aunque primero debía seguir el consejo de Javier y prepararse para el día que recién iniciaba.

En la cocina, los chicos tenían todo listo cuando él se les unió. Comió en silencio, mientras los custodios le explicaban que Laurent había decidido pasar la noche junto a Jerome. Su hermano creía que el estado de ánimo de quienes se acercaban podía alterar al oso gigante que tanto le había costado calmar, así que Joaquín prometió algo de distancia al menos por la noche.

Cuando Javier y Matías se fueron a cumplir con su turno de guardia, Joaco pensó en ayudar un poco a Laurent preparándole algo para desayunar. El día alejaba toda posibilidad de molestar a la bestia que dominaba a su padre, por lo que podía ir al sótano sin causar problemas.

Ahí estaba, haciendo tostadas mientras se calentaba el café, cuando escuchó que Stefano hablaba con alguien en el frente de la casa. Le resultaba raro no haber sentido la llegada de ningún auto, pero bien podía ser el cartero que se movilizaba en bicicleta incluso para dejar la correspondencia en su estancia.

El tono dulce de la voz de la visita lo hizo estremecer. Camille estaba de regreso, tal vez preguntando por su padre y pensando cómo evitar un cruce con él. Sin dudar, dejó todo preparado en la mesa de la cocina y corrió

escaleras arriba, rumbo a su habitación. ¿O tal vez era mejor ir hasta el altillo donde estaba la biblioteca? Su idea era darle espacio a Cam para que hablara con Laurent sin que su presencia la incomodara. Alcanzó a subir unos pocos escalones, cuando escuchó que ella lo llamaba desde el living.

—Joaquín, ¿podemos hablar?

Regresó sobre sus propios pasos, algo sorprendido por su actitud neutra.

—Pensé que venías a ver a papá.

—Le dije a Laurent que regresaría cuando tu padre fuera humano de nuevo, pero no me ha llamado todavía. Stefano dice que tienen para varios días más —respondió cruzándose de brazos—. De todas maneras, recordé que estábamos inyectando a Jerome para mejorar su circulación sanguínea y pensé en traerle algunas dosis por si los médicos que lo están cuidando deciden que pueden servirles. Le aplicábamos una cada mañana.

Él la miró fijo, sin comprender del todo qué hacía ahí, hablándole, cuando se suponía que no quería ni mirarlo.

—Bien. Iré por Laurent así le explicas...

—No me molesta decirte todo lo necesario a ti. Es más, quería hablar contigo de otro asunto.

Abrió la cartera y extrajo su teléfono celular. Observó la pantalla oscura, antes de comentar:

—Al principio no comprendía el motivo de tu trabajo con esto —señaló el teléfono y se encogió de hombros—. Pero luego, al escuchar los audios, lo entendí. Sin embargo, debes saber que perdonarte por todo lo que hiciste defendiéndote por ser diferente, me resulta muy difícil. Han sido demasiados años, demasiadas mentiras.

—Lo entiendo, no hay problema. Gracias por tu tiempo —Joaquín trató de retirarse antes de que Camille lo viera con el corazón rodando por el suelo como pelota de fútbol.

—Espera, por favor. No he terminado.

Joaco volvió la atención hacia ella sintiendo que el cuerpo no le respondía. Quería alejarse, pero a medida que Cam se acercaba, él se veía clavado al borde del escalón sin posibilidad de escape.

—Pensabas responder a lo que escribí en mi diario. Ibas a tomarte varios días para contármelo todo.

—Era el plan, sí.

—Según lo que comentó Stefano, no regresaré hasta la semana próxima. Estaré trabajando hasta tarde, pero si quieres puedes mandarme más audios y los escucharé al regresar a casa. ¿Te parece bien?

—Sí, sí. Perfecto. ¿Cuándo comenzamos? —intentaba restarle importancia, pero aquella propuesta le aceleró el pulso nada más oírla.

—Hoy mismo, si quieres. No puedo prometer que te perdonaré al escuchar todo lo que tengas para decirme, pero creo que nos hará bien a los dos —le regaló una sonrisa tímida antes de dar media vuelta y marcharse.

Joaquín contuvo la respiración mientras procesaba cuán rápido había cambiado todo en unos pocos minutos. ¿Era una oportunidad? ¿Había alguna mínima posibilidad de redimirse luego de tantos años? No daba en sí mismo ante esa idea. Sin esconder la alegría volvió a su cuarto. Tenía que elegir con cuidado qué decir y en qué orden hacerlo. Por una vez, la suerte parecía jugar a su favor y tenía que aprovecharlo. Las distancias eran frágiles en aquel momento. Muy, muy frágiles.

Grabación 13

¿Sabes? A veces se me daba eso de sentir, de creer, que podía encontrarte al doblar una esquina. Soñaba con un futuro donde pudiéramos reencontrarnos tantas veces y en tantas situaciones como quisiéramos.

¡Te he extrañado tanto! De una forma que pocos comprenderán. En mayúsculas y dolorosamente. Te extrañé. A veces más, a veces menos. Siempre. Incluso ahora mismo te extraño.

Una de mis pesadillas más recurrentes repasa lo que vivimos la tarde que hablamos, cuando nos separamos por última vez.

Recuerdo correr tras de ti y llamarte a gritos, rogándote que te detuvieras.

Yo mismo había generado esa situación. Había estado intentando dar con alguna opción que me permitiera liberarme de mi madre y tú pensaste que te ocultaba algo. Creías que te engañaba de algún modo, aunque no podías comprobarlo. Eso escribiste en uno de las últimas páginas de tu diario.

Esa tarde... Ibas por la plaza, aquella que tenía un enorme estanque en el centro. Era un lugar encantador en las afueras del pueblo francés donde vivíamos. Apuraste el paso al escucharme, creo que pensabas que si te detenías a oír mis excusas no podrías resistirte a la idea de abrazarme y quedarte a mi lado sin importar nada más. Ya había pasado antes.

Volví a gritar las dos sílabas que componían tu nombre, a rogarte que hicieras un alto y te dignaras a escuchar mis disculpas. Juro que pensé contarte la verdad en ese momento. No soportaba verte herida por mi culpa.

Y te detuviste al fin. Al acércame comprobé que apretabas los puños. Estabas llorando la última vez que me miraste a los ojos, hace ya más de diez años.

Hice una mueca, ¡conocía tan bien la luz que escondía tu mirada! Ibas a despedirte y sería para siempre. La decisión brillaba en tus ojos.

Antes de que pudieras decir nada, te abracé y te robé un beso. Fue un arrebato, lo reconozco. Un intento desesperado para convencerte y lograr

el perdón. Pero te alejaste. No podías amarme, no debías hacerlo. Estabas en lo cierto, Cam. No había posibilidades para el amor entre nosotros.

Recuerdo que me miraste. El llanto se mezclaba con la furia cuando comenzaste a gritar con todas sus fuerzas:

“¡Desearía no haberte conocido nunca! ¡Desearía hacer de cuenta que no existes, que jamás fuiste parte de mi vida! Haznos un favor a ambos y aléjate de mí, tanto como te sea posible. Vete del continente, evita cruzarte en mi camino. ¡No quiero volver a verte! Me cansé de este ida y vuelta sin sentido y ya no tengo ganas de perder el tiempo hablándote siquiera...”

Por un infinito minuto me limité a contemplarte. Te escuché bufar, al ver que no reaccionaba, pero solo estaba guardando cada detalle tuyo en mis pensamientos. No volveríamos a vernos y eso me destrozaba, me desgarraba.

Buscaste algo en tu bolso y me lo entregaste sin dar explicaciones. Diste media vuelta y comenzaste a plantar la distancia que me habías reclamado. Desvié mi atención al cielo. Estaba solo, junto al estanque, y unas oscuras nubes prometían estallar en fuerte tormenta. Ya tenía el corazón destrozado, no me importaba la lluvia.

Te vi caminar, mientras me forzaba a dejarte ir. Si volvía a seguirte, no me detendría hasta suplicarte. Quería abrazarte, escucharte decir que me perdonabas, aunque la verdad era que debía irme y protegerte. Creo que lo que más me lastimaba era saber las mentiras que creías sobre mí. Estaba atado de pies y manos a las leyes de mi clan, no debía exponerte a más peligros. Por eso te vi alejarte, aunque todo lo que quería era sentirme seguro con la mujer que amaba entre mis brazos.

Volví la atención a mis manos y descubrí que me habías entregado tu diario. Habías renunciado a todo lo que nos unía. Era justo. Te había destrozado el corazón, Cam. Yo no podía dejar de ser quien era y tú no te merecías otra promesa vacía de mi parte. Ya ves. Las distancias podían ser frágiles espacios a derribarse, aunque aquella tarde me demostraste que entre nosotros había un abismo insanjable.

Fui un monstruo, un completo desastre. No era capaz de aceptar el fin de la relación que nos unía, sin importar cuán necesario era estar alejado de ti. Éramos dos corazones sangrando, pero no podía abrirme y sincerar mis emociones, no podía decirte la verdad.

La tormenta estalló entonces. Me quedé en medio de la plaza sin dejar de mirar el espacio que habías ocupado al gritarme, aceptando que ya no

volvería a tenerte conmigo.

Fue una despedida con sabor agrío. Te fuiste creyendo lo peor de mí, algo que sigue doliendo tanto como en aquel momento. Porque te amaba, Cam. Todavía te amo. No pretendo que sientas algo por mí, pero necesito que me perdones.

No voy a ilusionarme, pero que me estés dando esta oportunidad ya es un paso enorme para mí. Gracias por aceptar escucharme. Lamento haber sido tan débil y haberte lastimado. No lo merecías, de ninguna manera.

Capítulo 15

Laurent estaba apoyado contra la mesada, terminando su desayuno, cuando Joaquín entró en la cocina.

—Deberías sentarte para comer —dijo el más joven de los hermanos.

—Hablas como mamá —replicó Laurent, que se arrepintió nada más decirlo.

Joaco se acomodó en la silla más cercana y desvió su atención en un trozo de pan recién horneado.

—Necesito ayuda con papá —Laurent intentó cambiar de tema—. Está cerrando sus pensamientos y creo que lo hace de manera intencional. No es que no pueda hablar conmigo, no quiere hacerlo.

—Le da miedo reconocer la verdad —desde la puerta que comunicaba la cocina con el patio, un hombre alto y todo vestido de negro los miraba con seriedad.

—¡Marco! —Joaco se puso de pie, mientras el recién llegado se acercaba—. Solo alguien como tú puede entrar así sin llamar la atención.

—Déjame adivinar —agregó Laurent limpiándose las manos—. ¿Por eso llevas desaparecido todo este tiempo? Se supone que debías estar con papá. Tuvo un infarto y nadie sabía nada de ti.

Marco negó con un leve movimiento de la cabeza.

—Jamás podría abandonar a tu padre. Si me fui, fue por pedido suyo. Lo dejé en la ambulancia y salí a cumplir con sus órdenes.

—¿Y qué podía ser más importante que acompañarlo en un momento así? —el mayor de los Stevenson se notaba molesto.

Joaquín lo miró de soslayo, antes de regresar su atención a Marco.

—Tenía que poner a salvo a Elena.

Los hermanos se miraron en silencio, sin saber qué replicar ante las palabras del guardia de su padre.

—¿Quién...? ¿De qué...? —Joaquín no era capaz de armar una frase coherente.

Laurent respiró profundo y cuestionó:

—¿Quién es Elena?

—Alguien muy valioso para Jerome —Marco sonrió sin alegría—. Saquen la cuenta, muchachos, ¿cuándo fue la última vez que entraron en crisis y se transformaron de una manera tan violenta como lo hizo su padre?

—Cuando me enamoré de Camille —Joaco escondió el rostro en las manos.

—Pero fue diferente. No era nuestra primera transformación, llevábamos cambiando desde niños —agregó Laurent intentando mantener la calma.

—Esta no es la primera transformación de tu padre —el guardia se encogió de hombros—. No sé por qué jamás se los dijo, pero Jerome tiene la habilidad de cambiar desde la noche en que quedó viudo.

—¿Un año? ¿Papá lleva un año así? ¡Esto es una locura! ¿Por qué nos ocultaría algo tan grande? —Laurent no era capaz de entender lo que estaba sucediendo.

—Creo... —Marco suspiró—. Creo que tu padre se sintió liberado cuando tu madre murió. Puede que la tranquilidad que tuvo luego de tantos años de peleas y amenazas, derivó en su primer cambio. Tal vez le daba vergüenza reconocer que era por eso. O puede que no lo viera como algo tan importante. Si fue capaz de vivir toda su vida como humano, podía seguir así también luego de transformarse.

—Entonces, papá lleva cambiando desde hace meses, pero conoció a esta mujer, Elena y ¿se enamoró? ¿Por qué cuidarla? Los cambiantes no...

—Elena es humana —Joaquín interrumpió a su hermano mientras se cruzaba de brazos. Comenzó a morderse el labio inferior con gesto ausente—. Por eso habilitó a que le confiese la verdad a Camille. Él está viviendo lo mismo que yo.

Laurent fijó su mirada en Marco, esperando que confirmara el gran elefante que tenían en medio de la habitación.

—No pongas esa cara —el custodio reprimió un bostezo—. Cuando todo se resuelva, tu padre tendrá una vida feliz. Al fin podrá hacerlo.

—Nunca comprendí por qué no dejó a mamá.

—El clan del sur era el problema. Estaban dispuestos a matarlos a ustedes si tu madre lo pedía. Por eso Jerome jamás se animó a separarse. Sufrió durante años en silencio para protegerlos. Vean lo que sucedió con Camille cuando...

Joaquín se puso de pie y detuvo a Marco con un gesto.

—Hay cosas de las que no tengo ganas de hablar. Prefiero ir con papá y ver si logramos que vuelva a ser humano.

—Dormiré hasta la noche. Le reforzamos la dosis de calmantes y le agregamos la medicación que trajo Cam hace un rato.

—Vale, entonces puedes ir a dormir mientras Marco regresa con papá. Yo necesito descargar energías. Iré a cambiarme y saldré a correr. ¿Nos vemos para el almuerzo? —no esperó la respuesta de su hermano, se fue a su cuarto para buscar algo de ropa deportiva.

Pensaba aprovechar el paseo para descargar enojos, aunque antes esperaba poder grabar algo más para Camille. Necesitaba arrinconar ciertos fantasmas que lo perseguían desde hacía años. Lo que había descubierto de su padre no hacía más que abrirle viejas y dolorosas heridas.

Grabación 14

Tengo algo que decirte. Algo realmente grande. Es el principal motivo por el que me alejé la última vez, Cam. Es la mentira más grave que originé, porque fue lo único que se nos ocurrió para ayudarte. Sí, hablo en plural, porque no actué solo en aquella ocasión. De no haber tenido ayuda, hoy no estarías aquí, sino a varios metros bajo tierra. Y yo tampoco estaría, si soy sincero. No habría tolerado tu pérdida y menos sabiéndome responsable.

Sé que piensas que, un par de meses después de separarnos, sufriste un accidente de camino a un ensayo de ballet. Mi hermano te había conseguido el trabajo en París, en un intento por mantenerte fuera de la mirada de nuestra madre. Se supone que ibas en un taxi y que alguien los impactó de lleno con una camioneta. Ese accidente te obligó a estar internada durante semanas porque sufriste varias quebraduras y heridas internas.

Camille, todo eso que crees que ocurrió... nada es real. Tu carrera en la danza no se truncó por culpa de un conductor ebrio. Fue mi culpa. Si no me hubiera enamorado de ti, nadie te habría lastimado de aquella manera.

Verás, esa mañana saliste para el ensayo, pero asaltaron el taxi y te secuestraron. Yo iba con Laurent de camino a una junta de negocios cuando me llamaron dando aviso de lo que estaba sucediendo. Juraron que te asesinarían si buscaba a la policía o daba aviso a mis guardias. Todo lo que pedían era que fuera a rescatarte. Me querían a mí, o eso dijeron.

¡Dios! Cada vez que pienso en lo que sucedió aquel día se me hiela la sangre. Yo no esperaba algo así. No... jamás creí que podía pasar algo tan...

Perdona. Me resulta muy difícil contarte esto.

Arreglé con Laurent que iría solo, pero él estaría pendiente junto a Matías y Javier y el resto de los custodios. Se encargarían de limpiar la zona y de atacar el lugar si yo no daba aviso de estar bien unos minutos después de la hora acordada con los secuestradores.

El sitio donde me habían citado quedaba en las afueras de la ciudad, en un edificio abandonado. Dos hombres vestidos de oscuro me esperaban.

Ellos me condujeron por una suerte de laberinto de pasillos y puertas a medio derrumbarse. Tuve que caminar un buen trecho hasta que llegamos a la habitación donde te tenían.

Creí... te juro que pensé que estabas bien. Que te habían secuestrado solo para pedirme como rescate. No creí... jamás... jamás pensé que... ¡Oh, Camille!

Cuando llegué a ese lugar y te vi... solo te reconocí por tu aroma. Ellos... Esos malnacidos te habían estado torturando mientras esperaban que yo hiciera acto de presencia. Estuviste más de dos horas sola e indefensa con esos monstruos y el resultado era abrumador.

Cada centímetro de tu cuerpo estaba cubierto de moretones, había sangre empapándote el pelo y tu pie derecho estaba doblado de una manera poco natural, al igual que tu brazo izquierdo. Estabas acostada en el suelo, tan vulnerable, tan lastimada. Cuando grité tu nombre, ni siquiera reaccionaste. Te miré y rogué que no fueras tú. Pero el perfume de tu piel era inconfundible y al entenderlo, mi único rezo fue saberte viva.

Perdí la noción del tiempo. No sabía cuánto tardaría Laurent en hacer llegar la ayuda. Estabas ahí, a unos pocos pasos, con cinco tipos rodeándote y amenazando con terminar el trabajo si no hacía lo que pedían.

Ellos pretendían que renunciara a mis acciones en las empresas de mis padres, querían mi parte de la herencia y quién sabe qué más. No terminé de escucharlos. Me transformé empujado por la furia y el dolor. ¿Cómo habían osado lastimarte así? ¿Cómo podían haber hecho algo tan grave? ¿Quién diablos se creían que eran?

No recuerdo qué forma adopté. Tal vez fui un puma o un lobo. Sé que dos de ellos cayeron antes de llegar a cambiar. Dos de los que estaban más lejos de mi posición adoptaron el aspecto de enormes gorilas. El tercero se convirtió en una gigantesca anaconda.

Matías y Javier dieron aviso a través de sus pensamientos de que estaban llegando al lugar. Un oso y una pantera entraron a la habitación derrumbando una pared lateral. En el impacto, uno de los gorilas quedó fuera de combate. El otro pereció al enfrentarse a Matías. Javier fue tras la anaconda, mientras yo volvía a mi forma humana para ver cómo estabas.

No te das una idea cómo grité y lloré ese día. Eras una muñeca de porcelana rota entre mis brazos. Apenas respirabas, el médico que llegó a pedido de mis amigos convirtió en palabras mis temores más profundos.

Estabas grave, con hemorragias internas que debían frenar así como varias quebraduras que precisaban cirugía.

Te llevamos a un hospital del clan, junto con el único sobreviviente del grupo de secuestradores. Estuviste internada tres meses, no tres semanas. No recuerdas nada de eso porque Javier hizo uso de sus poderes y borró tus recuerdos mientras la ambulancia te trasladaba al sanatorio y volvió a hacerlo antes de que te dieran de alta. Te hicimos creer que habías tenido un accidente, porque la verdad era demasiado oscura y peligrosa para ti. Y además... descubrimos que la responsable de tu secuestro era mi madre. Ella había dado la orden de que te lastimaran de esa manera. Se estaba cobrando mi falta de acatamiento a las normas del clan de la forma más terrible que pudo idear.

Por eso te dejé, Cam. Esperé a saberte sana y salva y busqué la manera de que me odiaras para ponerte a salvo. Te amaba tanto que no toleraba la idea de saberte en peligro una vez más. Habías estado a punto de morir por mi culpa y eso es algo que jamás podré perdonarme.

Mi hermano accedió a cuidarte cuando supo que pensaba hacer un trato con nuestra madre. Ella se comprometió a dejarte en paz si yo anulaba todo contacto contigo. Esa fue la única exigencia que presentó y yo la cumplí, aunque no de la manera que mi madre esperaba. Opté por exiliarme del clan, renunciando a mi futuro rol como líder. Así, mi madre ya no podría manipularme y tampoco sería capaz de atacarte por el propio peso de su juramento.

Abandoné todo lo que tenía y me interné en lo profundo de la selva para darte un futuro. Podrías rehacer tu vida, retomar los estudios en medicina y ser feliz, aunque todo eso ocurriera con alguien más y no conmigo.

He pasado doce años de mi vida sumergido en el Amazonas, sufriendo por todo lo que sucedió y repitiéndome que lo mejor era mantenerme lejos para saberte fuera de todo peligro. Me regañé y culpé por ir contra las leyes de mi clan y exponerte a las consecuencias que no merecías ni por asomo. ¿Todo esto para qué? ¡MI PADRE SE ENAMORÓ DE UNA HUMANA! ¿Puedes creerlo? Él rompió las normas y es obvio que esa mujer jamás vivirá nada de lo que tú viviste...

Me destrocé el corazón, rompí el tuyo, porque nuestra relación no era bien vista a los ojos de las tradiciones impuestas por mis antepasados y mi padre viene y se enamora de una humana y... es obvio que buscará la

manera de cambiar las reglas y posibilitar su relación. Mientras, nosotros quedamos rotos y odiándonos.

No es justo. Nada de esto. Jamás deberías haber sufrido de ninguna manera. Nos merecíamos un final feliz, no todo lo que padecemos.

Lo lamento, Cam. Lamento haberte amado tanto. De verdad. Lo siento.

Capítulo 16

El cielo encapotado amenazaba con largarse a llorar de un momento a otro. Joaquín prefería los días así, porque iban bien con su estado de ánimo. Nada mejor para un buen cuadro de nostalgia que un cielo cubierto de oscuras nubes. Si la tormenta estallaba y le tocaba caminar bajo la lluvia, el único problema radicaba en el regaño que le daría Laurent por el enchastre que podía llegar a dejar en el living y las escaleras antes de poder cambiarse de ropa.

Su hermano tenía un sentido del cuidado de la casa y la ropa muy marcado, aunque lo negara o intentara evitarlo. Años de convivencia con su madre lo habían convertido en un hombre que podía ser tan encantador al sonreír como terrible ante una muestra de desorden. Él lo sabía, incluso había ido a terapia para mejorar sus actitudes al respecto. Aunque había logrado cambiar bastante ese trastorno, Joaco entendía que lo mejor era no provocarlo; menos después de todo lo que habían descubierto sobre su padre.

Joaquín arribó a su casa justo cuando la lluvia comenzaba a caer. Entró a la cocina por la puerta del patio. Javier lo esperaba con una taza de té caliente ya lista sobre la mesa.

—Gracias —dijo acomodándose en una silla frente a él.

—El almuerzo estará en una hora —comentó desviando la mirada—. Estos días han pasado muchas cosas en muy poco tiempo. No hemos tenido ni tiempo de hablar.

—¿Sucede algo malo?

—No. Es solo que... Nunca te pedí disculpas por lo de Camille. Y me pesa, tanto como a ti te duele saber que la engañaste.

—No tengo nada que perdonar. Tú y Matías son mis mejores amigos.

Javier fijó su atención en Joaquín. El menor de los Stevenson se vio reflejado en los ojos azules de su amigo.

—Justamente —replicó Javi—, porque te quiero como a un hermano no debería haberme enamorado de Camille.

Joaquín sonrió de lado, asintiendo con un movimiento leve de la cabeza.

—Hice que la cuidaras día y noche durante meses, te convertiste en su sombra. No puedo enojarme contigo por quererla —se encogió de hombros, imitando el gesto tan característico de Laurent.

—Matías también la cuidó y jamás sintió otra cosa más que amistad. Pero yo... yo llegué a enojarme tanto contigo por verla sufrir que hasta tuve ganas de buscarte y golpearte para hacerte reaccionar porque estabas haciendo el idiota de manera completa.

—Y habrías hecho bien. Fui un idiota, lo sabes. Además, mírate, encontraste a Milena, te enamoraste y hasta te casaste con ella.

Javier sonrió.

—Sí. Es mi Camille, si entiendes a lo que me refiero —se pasó las manos por la cabellera rubia que le llegaba a los hombros, peinándola hasta atrás— ¿Sabes? Milena está embarazada. Es muy reciente. Apenas nueve semanas.

Joaquín se puso de pie y fue a su lado. Lo abrazó con todas sus fuerzas, feliz por aquella noticia. Javi respondió el abrazo mientras agregaba:

—La ecografía muestra tres embriones.

—¿Tres? ¿Tendrás tres bebés? Eso es... ¿Genial?

—Milena y yo ya lo hablamos... si todo sale bien, queremos que Laurent, Matías y tú sean los padrinos.

Joaco estaba a punto de responderle cuando Matías llegó corriendo y lo interrumpió diciendo:

—Camille llamó. Su auto quedó empantanado a pocos kilómetros de la estancia. Hay alerta por fuertes tormentas eléctricas.

—¿Enviaste a alguien? —preguntó Joaquín sabiendo la respuesta de antemano.

—No. Creo que lo mejor es que vayas tú a buscarla...

Joaco no llegó a escuchar las últimas palabras de Matías. Salió corriendo a buscar la camioneta todoterreno mientras sus pensamientos volaban hacia Camille.

La lluvia caía con fuerza y salvo el camino pavimentado, el resto era todo barro. Al cambiante le tomó casi media hora recorrer los terrenos que rodeaban la estancia y dar con el sendero alterno donde Camille estaba varada.

Bajó de la camioneta y corrió junto al auto. Golpeó el cristal de la ventanilla del acompañante para dar aviso de su presencia y entró sin pedir permiso, acomodándose en el asiento ante la mirada de sorpresa de Cam.

—He estado llamándote al teléfono, pero jamás respondiste —dijo ella sin saludar siquiera.

—Lo dejé en mi habitación antes de salir a correr —respondió Joaco sin saber diferenciar qué emoción la impulsaba.

—Está bien.

—Yo... Te envié un par de audios.

—Lo sé. Ya los escuché. Por eso necesitaba hablarte.

Se mostraba demasiado calmada y eso podía ser aviso de una furia incontenible o una angustia apremiante. Joaquín dudaba de aquella actitud tan apacible.

—Estás muy tranquila. Te conozco, eso no debe ser nada bueno.

Camille suspiró y se encogió de hombros. Era evidente el esfuerzo que hacía por evitar el llanto. Durante varios minutos permaneció en silencio, mirándolo fijo.

Joaquín comprendió que lo que ella dijera sentenciaría su intento de redención o lo impulsaría hasta el final. Era así, blanco o negro. No había lugar para grises en ese momento. No después de lo que él había reconocido.

Al final, la muchacha respiró hondo y comenzó a hablar.

Capítulo 17

La voz de Camille era apenas un susurro:

—He pasado demasiados años pensando que habías estado jugando conmigo. Lo mucho que pudiste decirme en aquel entonces era que no podías escapar a tus responsabilidades familiares. Querías ser mi amigo, mantenerte cerca, pero sin estar juntos. ¡Y ahora resulta que todo lo que hiciste fue para protegerme! —se mordió el labio inferior mientras se le escapaban las lágrimas.

Joaquín no sabía si abrazarla y contenerla o responder a su planteo. Entonces, ella continuó hablando:

—Se supone que debería perdonarte, pero debes reconocer que actuaste como un idiota. Entiendo que no podías decirme la verdad, pero... ¡Maldita sea! ¡Viajé por ti! Lo dejé todo y me fui a Europa aceptando un trabajo que me ofrecía tu hermano, porque así podríamos estar cerca. Lo recuerdo muy bien, porque se pasó una hora detallando cómo estabas y cuánto me extrañabas. Él hablaba de cuánto me querías y yo, yo solo podía pensar en ir a tu lado. Si sabías que lo nuestro no tenía futuro, ¿por qué seguías demostrando que te importaba?

Él tiró su cabeza hacia atrás, apoyándola contra el asiento donde estaba acomodado. Cerró los ojos y se dejó llevar por los recuerdos antes de comenzar a hablar, mientras Cam seguía llorando en silencio.

—Yo no sabía que él iba a ir a buscarte. Nunca se me pasó por los pensamientos que Laurent te ofrecería trabajo o que intentaría ayudar para que lo nuestro funcionara. Ni él ni yo tuvimos intención de lastimarte y si seguí apostando por lo que sentía era porque de verdad creía que podía hallar el modo de estar contigo sin ponerte en peligro. Es la verdad. Te lo juro.

Ella se enjugó las lágrimas y respiró profundo, él continuó diciendo:

—Jamás pensé que seguirías sintiendo algo por mí luego de abandonarte como lo hice. No creí que vendrías. No merecía tu amor, eso lo supe desde el principio, y al final tampoco me vi con la fuerza para enfrentar los obstáculos y luchar por ti. No soy lo que crees, disto mucho del hombre

que imaginas que soy. Pero te amo, siempre te amé y daría todo por saber que al menos puedes perdonarme.

Camille tomó el rostro de Joaquín entre sus manos sin dejar de sollozar. Temblando, acarició su frente y la barba a medio crecer. Con la mirada recorrió los pómulos y dibujó las líneas rectas de la mandíbula de Joaco, que se notaban rígidas debido a la emoción del momento. Al final, lo observó fijo. Era como si pudiera acariciarle el alma y darle algo de paz después de tantos malos momentos.

Joaco se estremeció, el roce de las suaves manos de Camille sobre su piel lo revolucionaba por completo. Quería refugiarse entre sus brazos y hacer que dejara de llorar a base de caricias y susurros. La bestia en él gritaba con tanta ferocidad y fuerza como lo había sabido hacer años atrás, cuando la conoció, pero la contuvo haciendo oídos sordos a sus reclamos. Debía reconocer que ya no eran los mismos de antes y que nada podía ser como antes, pero su corazón gritaba el nombre de Camille y la sangre le fluía bajo la piel a tal velocidad que se sentía embriagado. Podía caer rendido a sus pies si ella así lo pedía. Haría lo que quisiera, con tal de ganar una nueva oportunidad a su lado.

Cam acercó su rostro hacia Joaquín y dudó. Él podía escuchar el galope de sus corazones corriendo a la par, sus respiraciones entrecortadas daban muestra de la urgencia que tenían el uno del otro. La muchacha acortó la frágil distancia que los separaba y apoyó su frente sobre la de Joaco. Aquel contacto los hizo estremecer a un mismo tiempo. No necesitaban hablar. Era tal la intimidad de ese instante, que nada más importaba. Querían disfrutar del momento que los conectaba, olvidando las tristezas y angustias del pasado.

Afuera, la tormenta estalló con todas sus fuerzas. Joaquín sentía que le ardía la piel. Se dejó llevar por las emociones y abrazó a Camille por la cintura mientras sus labios se iban acercando en un momento que se volvió eterno. Ella le rodeó el cuello con los brazos y arrimó aún más su cuerpo. Estaban a punto de besarse cuando un rayo atravesó la atmósfera y dio de lleno contra un árbol cercano al auto. La luz que inundó el lugar durante varios segundos hizo reaccionar a Joaquín y ponerlo en alerta.

El cambiante se alejó a regañadientes. Bajó un poco la ventanilla de la puerta que tenía más a mano y olfateó el aire. Un segundo rayo cayó a mayor distancia. Un tercer y cuarto relámpago rompieron la atmósfera e

impactaron a la vez en lugares opuestos. El tronido en el aire resultaba ensordecedor.

Joaco miró a Cam y suspiró con un dejo de molestia.

—Es el peor momento posible para que lleguen. Ven, vamos a la camioneta —dijo bajando del auto y esperando a que ella lo acompañara bajo la lluvia.

La muchacha subió al asiento del acompañante, sin entender lo que sucedía. Él se acomodó y encendió el motor antes de señalar al asiento trasero, donde dos cachorros de ovejero alemán los esperaban, agazapados.

—Te presento a Ana y Bernardo, mis sobrinos —meneó la cabeza y trató de ponerse serio, pero le resultaba difícil. Nada más escucharlos gimotear, estalló en risas—. No sé cómo, pero es obvio que Laurent va a culparme por esto.

Capítulo 18

Un muchachito de ojos verdosos y cabellos negros miraba sonriendo a Joaquín. Se había acomodado arriba de una de las mesadas de la cocina y engullía el sándwich de carne y verduras que Javier le había hecho mientras esperaban a que llegara Laurent.

Desde una silla cercana, su hermana lo imitaba, aunque solo se podía adivinar que eran familia a causa de la forma de los ojos y las curvas de los labios. Ella era rubia y de piel muy blanca, en contraste perfecto con su mellizo. Ana y Bernardo eran una suerte de copia de su padre: elegantes, simpáticos, con carisma.

—No puedo creer que hayan recorrido tantos kilómetros solos — Camille sonaba neutra, ya había comprobado que no estaban heridos y contaban con perfecta salud.

—Aprendimos del mejor —Ana se encogió de hombros y le dio un mordisco a su sándwich.

—Nunca imaginé que su padre fuera capaz de enseñarles cómo huir de casa y llegar a donde su abuelo sin problemas en el camino.

—Papá jamás haría algo así. Fue el tío, él nos enseñó todo —Bernardo había terminado su porción de comida y de un salto se había puesto de pie muy cerca de Joaquín.

Antes de que el aludido pudiera defenderse de los cargos, su sobrino buscó una mochila y comenzó a mostrar lo que llevaba dentro, al tiempo que explicaba:

—Dinero en efectivo

—Las tarjetas de crédito no servirán si alguno de nuestros padres las da de baja —agregó Ana.

—Dos mudas de ropa completas —prosiguió el hermano.

—En algún momento precisarás mostrarte como humano y te hará falta ir presentable —la melliza sonreía, parecía estar repasando una lección que se sabía de memoria—. Procura viajar como animal tanto como te sea posible, así evitarás preguntas de ajenos y testigos indebidos, además de altercados con la policía. Elige especies domésticas para no llamar la atención.

—Mapas de la zona...

—Nada de celulares ni tablets o ninguna otra forma con la que puedan rastrearte —la niña se encogió de hombros—. Aunque en nuestro caso no estábamos huyendo.

Camille miró fijo a Joaquín y él no supo interpretar si estaba enojada por el mal ejemplo que parecía ser para sus sobrinos o sorprendida por lo que les había enseñado.

—No pienses mal del tío —se adelantó el mellizo—. La abuela lo trataba muy mal cuando era pequeño y por eso escapó de casa varias veces. Ella siempre lo encontraba, pero él fue mejorando la técnica hasta que un día se fue y la abuela no pudo hacer nada.

Joaco bajó la mirada al suelo. Ciertos recuerdos de la infancia le resultaban demasiado dolorosos incluso después de tantos años.

—¿Y qué motivos tenían ustedes para salir de casa sin hablarlo con sus padres? —Cam hizo la pregunta que los demás adultos habían evitado formular—. Porque es obvio que vinieron de sorpresa y de seguro su madre debe de estar muy preocupada por ustedes.

—El tío nos necesita —Ana sonaba muy segura.

Bernardo asintió, mientras se acomodaba junto a su hermana. Ya había guardado todo en la mochila y la había regresado al rincón donde la había dejado nada más recuperar su aspecto humano.

—Chicos, yo no... —Joaquín intentó hablarles, pero su sobrina corrió hacia él y lo abrazó con fuerzas

—Berni lo vio —comentó sin liberarlo—. Él vio que hay hombres malos que quieren hacerte daño.

—Así es. Estaba visitando al abuelo cuando vi que corrías peligro. Le dijimos a mamá, pero ella quiso hacernos creer que malinterpreté las señales.

—Por eso decidimos que no podíamos dejarte así. Además, si eso solo fuera un susto, queda todavía que resuelvas el asunto con Camille —Ana movió la cabeza, intentando señalar a la muchacha que la observaba desde la otra punta de la cocina.

Javier contuvo la risa y Joaquín lo miró con gesto asesino.

—Tío, puedo contar las veces que he ido a verte y estabas pensando en ella. Es evidente lo que pasa entre ustedes. Somos chicos, no tontos —Bernardo logró que Javier largara la carcajada, pero se detuvo al ver la expresión de Camille.

—¿A qué te refieres con eso? Hoy dijiste algo similar de tu abuelo —
inquirió ella.

Joaco carraspeó, agradecido por el cambio de tema y explicó:

—Ana y Berni nacieron con ciertas habilidades. Él puede buscar a través de su mente a las personas que conoce y ver lo que esas personas están pensando al momento de contactarlos. No es telepatía, porque el otro jamás se da cuenta del contacto de Bernardo. Tiene su utilidad, aunque ahora que me escucho decirlo parece que es una suerte de acosador en potencia.

Camille levantó las cejas, sorprendida.

—¿Y dices que me viste en los pensamientos de...?

—Y Ana —la interrumpió Joaquín—. Ana puede manipular la energía eléctrica del ambiente a su antojo. Los rayos que impactaron en el campo hace un rato fueron obra suya.

Camille volvió su atención hacia la melliza, que la miraba con una sonrisa tierna e inocente.

—Puede que apenas tenga doce años, pero puedo ser terrible si me lo propongo. Sobre todo si lastiman a las personas que quiero.

Javier captó la amenaza en aquellas palabras y se contuvo de reír una vez más. Esos niños eran fieles hijos de su padre y sobrinos de su tío. No pudo comentar nada al respecto, porque Laurent apareció en la cocina y el enojo en su semblante era tan evidente que todos los allí presentes no pudieron más que guardar silencio y esperar a que él comenzara a hablar.

Capítulo 19

—¿Se puede saber cómo se atrevieron a desobedecer a su madre?! ¿Entienden el peligro al que se expusieron?! —Laurent rugía caminando de un lado a otro por la biblioteca. Su rostro se había encendido y gruesas venas se le marcaban en la frente y a lo largo del cuello.

Joaquín miraba a sus sobrinos en silencio. Quería interceder y defenderlos, pero sabía que aquello podía empeorar la situación.

—Podemos cuidarnos solos —Bernardo fijó la atención en su padre y se mantuvo firme.

—No. No pueden. ¡Solo tienen doce años! ¿Y sus guardias? ¿Dónde están Mika y Pedro? Cuanto mucho, hubieran viajado con ellos.

Ana y Bernardo se miraron el uno al otro.

—Eso hicimos, solo que al llegar a los campos del abuelo, Pedro pidió permiso de ver a su tío abuelo, Marco, y Mika lo acompañó.

Laurent cerró los ojos y se llevó las manos a la cabeza. Parecía estar contando en silencio, intentando calmarse.

—No te enojés tanto —Javier tomó la palabra—. Matías y yo jamás descuidamos a Joaquín, así como tampoco te falló Stefano. Después de todo, Pedro apenas cumplió catorce años hace unos meses y Mika tiene la edad de los mellizos. Los acompañaron, eso es lo importante.

Laurent negó con un leve movimiento de la cabeza.

—Estas criaturitas de Dios falsificaron la firma de su madre para subirse a un avión y luego hicieron diez kilómetros a pie, más de la mitad de ese trayecto fue bajo la lluvia. ¿Quieres que no me enoje? ¡Isabela se fue al trabajo confiada de haberlos dejado en la escuela!

Javier se encogió de hombros.

—Bien. Enójate, grita y cuida de darles algún castigo. Eso no le quita peso a lo que Bernardo dice haber visto con papá —Joaquín se puso de pie y enfrentó a su hermano—. Tú estabas al tanto, ¿verdad? Sabes algo y no me lo has dicho.

—Chicos, vayan a la cocina y llamen a su madre, díganle que están aquí. Luego seguiré con ustedes, en tanto quédense con Camille —Laurent

miró a sus hijos y suspiró—. Realmente me asustaron, ¿entienden? Por favor, nunca vuelvan a hacer algo así.

Los mellizos abrazaron a su padre y se dirigieron a la puerta.

—Bernardo, nada de mirar nuestros pensamientos. No husmees donde no te corresponde —Laurent levantó una ceja y señaló a su hijo con una mano—. Cuando sea el momento, los pondré al tanto. ¿Sí? Ahora, vayan a hablar con mamá antes de que descubra que escaparon y le agarre un ataque de nervios.

Una vez que los críos se retiraron, Javier abrió el costado de una de las estanterías de madera que ocupaban la pared lateral de la habitación y dejó a la vista un enorme mapa de Argentina. En varias provincias, puntos de color rojo, verde y azul se distribuían sin sentido aparente.

—Hay ciertas cuestiones que papá y yo estuvimos ocultándote. Consideramos que, ya que habías optado por recluirte en plena selva, era mejor no meterte en problemas que no te correspondían —el mayor de los Stevenson tomó asiento en un sillón frente a su hermano.

—¿Qué tipo de cuestiones? —Joaquín miró de reojo a Javier, antes de regresar la atención a Laurent.

—Hace unos seis meses el jefe del clan de mamá se comunicó con nosotros, pretendía hacerse con todo el poder que nuestra madre hubiera heredado de haber quedado viuda. Según él, papá no estaba en condiciones de dirigir dos clanes importantes.

—¿Estás hablando del tío Tomás?

Laurent asintió.

—El único hermano de mamá asumió como líder de su clan, en el sur, y quiere tomar el control total. Es obvio que jamás se enteró que papá puede transformarse, por eso lo piensa débil.

—Algo así tampoco le habría hecho cambiar de opinión —Javier se cruzó de brazos—. Me avergüenza haber nacido en ese clan. Y como yo, muchos decidimos defender a Jerome, porque aquí en el centro las cosas se manejan de manera muy diferente. No podría tener una familia bajo las leyes del sur. Ya vi lo que te hicieron, Joaco, y no permitiría algo así con mis hijos.

—¿El clan del centro está bajo amenaza? —Joaquín no podía creer todo lo que estaba escuchando.

—En guerra, mejor dicho —su hermano señaló el mapa.

—Ante la negativa de Jerome, desde hace varias semanas han habido enfrentamientos entre miembros del clan del sur y del clan del centro en varios puntos del país —explicó Javier.

—Les ganamos en número por varias razones, cada marca verde son miembros puros de nuestro clan y las marcas azules son miembros del clan del sur que se unieron a nuestras filas. Las señales rojas corresponden a quienes nos hacen frente—Laurent entrelazó las manos y apretó los labios.

—¿Han muerto muchos? —Joaquín se lamentó de preguntar algo cuya respuesta le asustaba escuchar.

—En absoluto —Javier sacó otro mapa—. Tratamos de salvar a cuantos nos fue posible. Muchos aceptaron rendirse y unirse a nuestro bando. Prometimos protegerlos, por si tu tío se sentía traicionado y pretendía cobrar venganza. De los nuestros, no cayó ninguno. Gran parte de los refugiados están trasladándose y estableciendo sus hogares al norte, donde nosotros también somos mayoría.

—¿Cómo lograron algo así?

—Mi hermana, Valeria, pudo filtrar los planes junto a su marido. Mi cuñado sigue allá, fingiendo serle fiel a Tomás. Ya casi no le quedan refuerzos. Si llegan a medio centenar de soldados es mucho. Nosotros, en cambio, sumamos gente gracias al clan de Isabela.

—¿Por qué nunca me dijeron nada? ¡Podría haberles ayudado!

Laurent negó con la cabeza.

—Te exiliaste para proteger a Camille y, para ser sinceros, nuestro querido tío dijo que tu salida del clan era una suerte de insulto para ellos, que además demostraba la debilidad de papá. No eres responsable de nada, los enfermos son ellos —dijo encogiéndose de hombros—. Sin ir más lejos, creemos que intentarán atacarnos en casa.

—¿Aquí? ¿Atacarán aquí?

—Es una posibilidad que están barajando —comentó Javier—. Un manotazo de ahogado. Valeria cree que si vuelven a llamar a las armas, si quedan veinte soldados dispuestos a pelear es mucho. Nadie quiere ir a la guerra, abandonar o poner en peligro a su familia.

—Ya vieron que nuestra intención no es lastimarlos, solo defendernos. Eso está pesando mucho. Entre un líder que los obliga a luchar y otro que ofrece refugio, ¿a quién crees que van a elegir? —agregó Laurent.

—Esto es... ¡No puedo creerlo! —Joaquín se cubrió los ojos con las manos—. Hace una semana estaba en la selva y ahora... estuve a un paso de besar a Cam y resulta que hay un maniático pretendiendo cobrarse algo que jamás le perteneció.

—¿Ibas a besar a Camille?

—En eso estábamos cuando llegaron los mellizos —rompió a reír—. Están tan grandes y son... ¡tremendos! De verdad se nos parecen.

—Si mal no recuerdo, a esa edad a ti te faltaban varios centímetros —Javier se sumó a las risas—. Aunque Laurent, ¡tú eras enorme! Parecías un gorila a los doce años.

—Al menos no pegué el estirón en plena adolescencia. Eso hubiera sido mil veces peor, andar por ahí sin saber moverme bien. ¡Oh, cierto! ¡Eso lo viviste de primera mano, Javi! —replicó el aludido sin poder contener las carcajadas.

Por un momento, el peso de todo lo que estaba ocurriendo pareció nulo, mientras los cambiantes recordaban momentos divertidos de su infancia y juventud. Pero el tiempo de bromas duró poco. Sus celulares comenzaron a sonar a la par, dando una noticia que venían esperando, aunque no creían que fuera a suceder tan rápido.

—Papá volvió a su forma humana —Joaquín leyó el mensaje de Stefano.

—Genial. Hay bastante para ponernos al día —Laurent se puso de pie.

Javier guardó los mapas y acomodó la estantería.

—Vayan con Jerome, yo veré en qué anda Matías —indicó el guardia—. Al anochecer mi cuñado nos enviará un nuevo parte cifrado. Espero que nos dé buenas noticias.

Los hermanos Stevenson salieron en dirección al sótano, Javier bajó las escaleras para ir a la cochera. En el living, Camille llamó su atención.

—¿Está todo bien? Llevan mucho tiempo reunidos. Los mellizos me dijeron que no debía preocuparme, pero que era mejor si me hacía a la idea de quedarme con ustedes por un tiempo.

—Yo... Perdona, no estoy en condiciones para negar ni confirmar nada. Deberías hablarlo con Laurent o Joaquín.

—Bien, ¿dónde los encuentro?

—Fueron con Jerome, al parecer ya recuperó su aspecto humano.

—Eso es bueno, ¿cierto?

—Sí. Aunque para los muchachos será una conversación algo incómoda.

—Joaquín me comentó algo sobre que Jerome se enamoró de una mujer, una humana, como yo.

—Sí. Eso mismo escuché.

—¿Tan malo es?

—Jerome merece ser feliz, con su mujer jamás lo fue. El problema es que se enamoró de una humana y atendiendo a todo lo que sufrieron Joaquín y tú, suena injusto. Esa es la verdad. Si ahora el jefe cambia las leyes a su favor, Joaco se sentirá muy herido luego de lo que les tocó vivir a ustedes. Él creía que su padre estaba cambiando porque quería verlo bien, no por algo personal.

—Esto pasó de ser un “quiero verte feliz” a un “quiero ser feliz y de paso quedar bien contigo”, ¿o estoy entendiendo mal?

—Bueno, no vas muy equivocada. Al menos, creo que así lo va a tomar Joaco. Se va a sentir traicionado.

Ella desvió la mirada y murmuró:

—En verdad la pasamos muy mal.

—Ojalá algún día puedan mirar para atrás y ya no les duelan las cicatrices —Javier sonrió un poco—. Todos merecemos un poco de alegría y paz.

—Yo creí que ya no me dolía nada. Ahora, no sé qué pensar.

—Hay cosas que no deben pensarse, solo sentirse —la voz de Ana llegó desde arriba de las escaleras.

—Sabes lo que tu padre piensa sobre andar chismeando —Javier miró hacia el techo, como si fuera capaz de fijar la atención en la niña.

—Papá dijo que no debía meterme en los pensamientos de ustedes, no prohibió nada sobre escucharlos a escondidas —Bernardo asomó su rostro a través del barandal y Cam no pudo contener la risa.

—Si algún día deciden estudiar abogacía, ganarán todos los casos —comentó la doctora y miró a Javier guiñándole un ojo—. Yo no diré nada, si tú tampoco lo haces.

—Cuando se pongan en tu contra o te peleen, yo no te defenderé —avisó el custodio mientras retomaba su camino hacia la cochera en busca de Matías.

Una vez que Camille quedó sola en el living, los hermanos bajaron las escaleras con un dejo de timidez.

—Con razón le importas tanto al tío —comentó Bernardo.

—Serías una tía perfecta —agregó Ana.

—Chicos, hay cosas de adultos que solo debemos hablar los adultos —negó con un leve movimiento de la cabeza—. No pienso discutir esto con ustedes.

—Es obvio que lo quieres... —el mellizo enarcó una ceja.

—Tan obvio como que él te quiere a ti —concluyó su hermana.

—Haré de cuenta que no los escuché —Cam hizo el amago de ir tras Javier.

—Entonces, al menos ayúdanos a preparar la cena. Mamá va a llegar y queremos pedirle perdón cocinando algo rico —Ana se encogió de hombros, como si supiera cuándo retirarse de la batalla a tiempo.

—Ese es un bonito gesto de su parte. No soy muy buena, pero haré lo mejor que pueda —se encaminaron juntos a la cocina.

Aquella cotidianeidad en la planta baja contrastaba y por mucho con lo que ocurría el sótano de la casa, donde Laurent y Joaquín discutían con Jerome. Tres hombres adultos rugiendo por momentos como verdaderas bestias. Reclamos, regaños y frustraciones salían a la luz después de años de ser reprimidas tras responsabilidades y temores.

Capítulo 20

Fuera del sótano, los guardias permanecían en silencio. Habían decidido quedarse allí por si sus protegidos los necesitaban.

—Hay ocasiones, como esta, en las que odio que todo este lugar esté insonorizado —Matías cambió el peso de una pierna a la otra y se cruzó de brazos.

—Es obvio que están peleando —Stefano miró su reloj. Llevaban ahí casi media hora—. No imagino la manera de que resuelvan esto sin gritar.

—Podemos poner a prueba los micrófonos —Marco señaló una puerta al final del pasillo, más allá de la habitación donde Laurent y Joaquín debían de estar discutiendo con su padre.

—¿Micrófonos? —murmuró Javier, caminando detrás del guardia de cabellos encanecidos. Los otros dos custodios los seguían de cerca.

—Oh, sí... —Marco les dio paso a una pequeña sala con un escritorio y varias sillas en torno a una mesa ratona—. Jerome dio orden de instalar micrófonos en el sótano y colocó aquí los comandos para revisar los audios, en caso de que debiéramos interrogar a alguien o si tuviéramos recluidos a varios prisioneros. También podemos escuchar en tiempo real, así que pónganse cómodos, pero prepárense. A la menor señal de peligro, vamos a separarlos.

Los otros tres hicieron caso a la propuesta, curiosos por saber qué sucedía entre los Stevenson dentro del sótano.

~*~*~*~*~*~*~*~*~*~*~*~*~*~*~*~*

Jerome cerró los ojos y apoyó la cabeza contra el respaldo del sillón donde estaba sentado. Sus hijos se turnaban para recriminarle, una y otra vez, por los secretos que les había estado guardando.

—¿Cómo pudiste?! ¿Qué gracia te hacía ocultarnos que puedes transformarte? —Laurent caminaba de un lado a otro de la sala, cruzado de brazos y con el rostro teñido de escarlata.

—¿Y encima te enamoraste de una humana! —Joaquín apretaba las manos en puño, intentando contenerse—. Después de todo lo que viste que

tuve que vivir por culpa de mamá, después de poner en peligro a Camille, ¡TÚ TE ENAMORAS DE UNA HUMANA! ¿Ahora qué? ¿Vas a cambiar las leyes a tu conveniencia?

—¡Ya basta! —Jerome hizo el amague de ponerse de pie, pero le faltaban fuerzas. Se aferró a los apoyabrazos de la silla de ruedas en donde estaba sentado y frunció el ceño.

Laurent y Joaquín lo miraron en silencio.

—¿Pueden imaginar siquiera algo de todo lo que viví? ¿Entienden la vida que llevé junto a su madre? Tuve que tolerar un matrimonio arreglado por mis padres y mis suegros, porque era la única vía que encontramos para lograr algo de paz entre nuestros clanes —Jerome se llevó las manos a la cabeza—. Jamás pude sentir nada por ella, porque seamos sinceros, era una criatura que solo pensaba en el poder y en situarlos a ustedes dos como líderes, sin atender a sus necesidades ni sentimientos.

» ¿Creen que no quise separarme? ¿Qué no pensé en irme lejos con ustedes dos a un sitio donde ella no pudiera maltratarlos? ¡Pero no podía! Desde el primer planteo de terminar nuestro matrimonio, ella juró que antes de irse se encargaría de arrancarles la vida con sus propias manos. ¿Qué clase de madre amenaza con algo así? Era capaz de matarlos solo para hacerme daño. Eso sin mencionar que pensaba arrasarlo con el clan.

»Puso en mis manos la responsabilidad de decenas de vidas y se aprovechaba de eso. Me lo echaba en cara en cada pelea. Me trataba de débil, se burlaba de mi incapacidad para cambiar. Aprendí a ser fuerte, a liderar a mi gente sin necesidad de transformarme, así como pude controlar a su madre haciéndole creer que estaba de su lado. Intenté protegerlos, tanto como me fue posible. Son todo lo que tengo, muchachos. Por favor, ¡dejen de mirarme así!

Laurent lo señaló con una mano mientras replicaba:

—Nos ocultaste algo importante. Nos mentiste, papá. ¿Lo entiendes? Si eres el primero en decir que Joaco debe hacer las paces con Camille, ¿cómo podemos creer que lo dices de verdad y no por tu interés en esa humana?

—Elena, se llama Elena —comentó Jerome y desvió su atención a Joaquín—. Mira, hijo, sé que ahora todo esto duele demasiado. Pero si hubiera podido encontrar la manera de ayudar con lo tuyo hace una década, lo hubiera hecho. Hace un año, cuando tu madre murió, descubrí que Camille trabajaba en el hospital público de la ciudad. Creí que era

buena idea tratar de corregir las normas del clan, para permitir al menos que te disculpas con la verdad. Pude estar cerca de esa muchacha y comprobar que es alguien cálido y de buen corazón. Lamento que lo suyo se arruinara.

»Elena no tiene nada que ver. La conocí en uno de los centros de voluntariado y es una mujer que me ilumina el día, no sé si entienden a lo que me refiero. Puede que sea mi última oportunidad de ser feliz junto a alguien. Voy camino a cumplir setenta años, chicos. No me hago más joven cada día.

Joaquín miró de reojo a su hermano. Laurent tenía la atención fija en su padre.

—De verdad la pasaste mal con ella, ¿no? —el mayor de los hijos negó con la cabeza—. Madre jamás cumplió su rol de ninguna manera.

—Creí que ibas a morir. Viajé con el corazón en las manos, regañándome por el exilio que elegí para proteger a Cam y que me forzó a distanciarme de mi familia. Tengo derecho a enojarme contigo, papá —Joaquín se encogió de hombros—. Asumamos que lo acepto, que tolero todo este asunto. Eso no quita que hayas estado librando batalla contra el clan de madre sin decirme nada sobre eso.

Esa vez, fue Jerome quien miró a Laurent en silencio antes de responder:

—Veo que ya estás al día.

—Tuve que enterarme por tus nietos. Si ellos no hubieran llegado de sorpresa, ¿me lo habrían dicho alguna vez? —Joaco apretó los labios, molesto.

—Cuando todo hubiera sido seguro, te lo habría explicado. Incluso yo mismo habría ido a buscarte para traerte de regreso a casa.

—No me importa estar en peligro, me preocupan mis sobrinos y Camille.

—Cuidaremos de ellos, lo prometo —Jerome estiró su mano, esperando alcanzar la de Joaquín—. ¡Pero vamos, deja de mirarme así!

—¿Tienes un plan de contención, al menos?

—Sí, hace tiempo que venimos organizando todo.

Joaquín se puso de pie y le tendió la mano a su padre.

—Y más vale que sigas las indicaciones médicas.

Se abrazaron en silencio, hasta que Laurent se sumó, rodeándolos con sus brazos.

—Su madre hubiera desaprobado algo así —señaló Jerome.

Los tres estallaron en risas, liberando la tensión acumulada luego de tanta discusión.

—¿Cenamos algo? —preguntó el patriarca—. Necesito llenar el estómago y luego dormir unas cuantas horas. Siento que el cuerpo se me cae a pedazos.

Laurent abrió la puerta del sótano y dio a su hermano, que empujaba la silla de su padre. Ya en el pasillo, los guardias les dieron alcance. Desde la cocina llegaba un aroma a especias y salsa. Se escuchaban las voces aún infantiles de los mellizos, que parecían revitalizar esa casa de una manera que solo Jerome entendía.

Mientras fuera posible, el anciano líder esperaba disfrutar de su familia. Nunca los había tenido a todos juntos bajo el mismo techo y ese cambio le agradaba bastante.

Capítulo 21

Joaquín contempló la mesa que habían armado los mellizos. Habían tenido que usar el living, porque la cocina quedaba pequeña para tantas personas. Desde las escaleras, pudo ver que Matías, Stefano y Javier charlaban en un rincón con Pedro y Mika. Joaco los escuchaba reír, de seguro estaban intercambiando anécdotas. En la parte más alejada, Jerome y Marco se habían acomodado en los sillones, hablaban en susurros sin apartar la mirada de los más jóvenes. Isabela había arribado justo al frenar la lluvia, Laurent y ella estaban en la cocina con los mellizos y Camille.

Aquello parecía una reunión familiar en un hogar humano común y corriente. Nadie podría sospechar que eran parte de un clan, capaces de adquirir la forma del animal que desearan. Bueno, todos menos Cam. Aunque los demás ya la habían adoptado, un poco por el propio Joaco, otro tanto porque ella los había conquistado con su simpatía.

—Se quedó para hablar contigo —la voz de Laurent distrajo de sus pensamientos a Joaco. Era tan solo un murmullo, pero lo escuchó sin problema.

—Algo de eso me comentó Ana —sonrió a medias—. Tu hija está muy entusiasmada con la idea de sumar a Camille en la familia. Te toca a ti explicarle que los asuntos de adultos no son tan sencillos como ella piensa.

Laurent suspiró.

—Bueno... Ana es tan tozuda como su tío —miró de reojo a su hermano y lo empujó con el hombro—. Creo que no descansará hasta verlos juntos. De todas maneras, tan mal encaminada no va. ¿No dijiste hace un rato que Cam y tú estuvieron a un paso de besarse?

—Fue una situación algo extraña. Comenzó reclamando por todo lo que la hice sufrir y de pronto estábamos abrazados. Parecía tan natural, tan simple. Era cuestión de dejarnos llevar por lo que sentíamos.

—¿Pero? Hablas dudando. ¿Cuál es el “pero” que te preocupa?

Joaquín se mordió el labio inferior y respiró profundo antes de convertir en palabras su mayor temor:

—¿Crees que en verdad ella podría dejar a un lado lo que vivimos? ¿Podrá borrar el llanto, la tristeza, el dolor de saber que le estaba

mintiendo? Sé sincero, Laurent, ¿piensas que podríamos, simplemente, dar vuelta a la página y comenzar de nuevo?

—Creo que esto no pasa por Camille y lo que ella pueda perdonar o no. El problema eres tú, Joaco. Eres tu peor verdugo. Si vas a iniciar algo arrastrando el peso de lo que ya sucedió y no puedes cambiar, entonces te aseguro que no llegarás a buen puerto. Tienes que liberarte de eso. Háblalo con Camille, dile todo lo que quieras que ella sepa y luego, déjalo ir.

—¿Te sorprendería si te digo que Ana dijo algo muy similar? Con sus propias palabras, claro... tu niña asusta por momentos.

Laurent carcajeó por lo bajo.

—Creo que hicieron bien en venir. Si pasas algo de tiempo con tus sobrinos, puede que ayuden a convertirte en la mejor expresión de ti mismo. Aunque no lo creas, Ana y Bernardo te ven como a una especie de superhéroe. Ellos te idolatran, lo digo en serio. Fíjate que en su excusa para haberse escapado, jamás mencionaron que extrañaran a su abuelo o quisieran verme a mí. Vinieron por ti. Eso dice mucho.

Joaquín asintió. Seguía clavando los dientes en el labio inferior, una costumbre que de niño le había hecho sangrar en más de una ocasión.

El tintineo agudo de una campanilla hizo que todos en el living miraran hacia la cocina.

—Vamos, tomen asiento. ¡La comida está lista! —gritó Bernardo mientras daba paso a su hermana.

Cada mellizo llevaba en sus manos una gran bandeja. Ana cargaba una fuente con carne y salsa. Berni iba con las verduras y las pastas.

—Hicimos un poco de cada cosa —comentó depositar su bandeja en la mesa—. Es bastante básico, pero le pusimos nuestro mejor esfuerzo.

Los adultos en la sala aplaudieron a los chicos al tiempo que iban ocupando las sillas alrededor de la mesa.

—Tío, yo voy a tu lado —avisó Bernardo al ver que Joaquín buscaba dónde sentarse.

—¡Sí! ¡Y yo junto a Camille, frente a ustedes! —dijo Ana sin dejar de sonreír.

Joaco miró a los demás miembros del clan. Aquí y allá, todos estaban ya hablando con quienes los rodeaban y sirviéndose comida. Por primera vez en su vida, añoró algo tan cotidiano como esa escena con la gente que quería. Nunca antes se había sentido cómodo a la hora de comer en familia. Algo en él estaba cambiando, aunque no quisiera reconocerlo.

—¿Vas a quedarte a pasar la noche aquí? —Bernardo lanzó la pregunta y Joaquín tardó en reaccionar.

Miró a su sobrino y trató de entender lo que ocurría. El mellizo tenía la atención fija en Cam.

—¿Cómo? ¿Por qué habría de quedarse? Tiene su propia casa —Joaco se adelantó a la respuesta, aunque se arrepintió nada más pronunciar la última palabra.

—Te olvidas de que su auto está empantanado en medio del campo, tío —Ana enarcó una ceja. De inmediato dibujó una de sus enormes sonrisas características—. Además, mañana Camille entra a trabajar luego del mediodía. Podría desayunar con nosotros antes de regresar a su casa para buscar una muda de ropa.

—¿Lo tienes todo calculado?

—Creo que sería descortés de nuestra parte llamar un taxi y mandarla a su casa a medianoche, luego de que nos ayudó a preparar la cena.

Por debajo de la mesa, Joaco sintió que lo pateaban. Para su sorpresa, no eran los mellizos, sino Matías, que estaba a su lado y trataba de contener la risa.

—Síguelos la corriente y deja de hacer el tonto —murmuró su amigo con disimulo. Solo Joaquín alcanzó a escucharlo.

—Bueno, ¿te quedarás? —Berni volvió a insistir—. Hay espacio de sobra, tendrías tu propia habitación y mamá puede prestarte algo de ropa para dormir, si eso te preocupa.

La doctora titubeó, mirando por turnos a Ana y su hermano.

—Ustedes saben que... —replicó.

El mellizo completó su frase:

—Querías hablar con nuestro tío. Pueden hacerlo más tarde. O mañana, antes de irte.

Cam fijó su atención en Joaquín y sonrió con timidez.

—Si te parece bien, creo que es buena idea pasar la noche aquí —se encogió de hombros. Un leve espasmo en su mentón le indicó a Joaco que ella estaba tan nerviosa como él ante aquella invitación.

—Claro, yo no tengo problema —desvió la mirada y dio con Laurent, que lo observaba desde la cabecera de la mesa.

El hermano mayor sonreía. Joaquín lo imitó sin darse cuenta, antes de que los mellizos volvieran a llamar su atención.

Capítulo 22

La cena había terminado. Todos dormían, salvo Joaquín, que llevaba varios minutos acostado en su cama sin poder conciliar el sueño. Saber que Cam estaba bajo el mismo techo, con tantas cosas que quedaban por resolver entre ambos, le hacía arder la piel.

Cerró los ojos una vez más, buscando alguna excusa que lo mantuviera en su cuarto antes de salir en busca de Camille. Su teléfono celular vibró. Al iluminarse la pantalla, comprobó que le había llegado un mensaje de texto.

“Espero que en verdad no te moleste que me haya quedado en tu casa”.

“Está bien. Me alegra que te quedaras”, respondió en cuanto pudo calmarse un poco.

“Me preguntaba si...”, replicó ella.

Joaco esperó a que continuara.

“Tal vez podemos hablar un poco. Al menos por teléfono”.

Él dudó antes de responder.

“Claro. ¿De qué quieres hablar?”.

“Es obvio que hoy estuvo a punto de pasar algo y yo...”

“No era mi intención incomodarte. Disculpa si te hice sentir mal”.

“No”.

El mensaje de Cam hizo que Joaquín se sentara en la cama, expectante.

“No hiciste nada malo. Creo que con todo lo que vivimos, hay muchas emociones fuertes que pueden afectarnos”, continuó ella. “No es mi intención hacerte creer algo que no es”.

“Me quedo tranquilo, entonces. Llevas razón. Sufrimos demasiado, pero es algo del pasado y lo mejor es superarlo. Por eso me decidí a grabarte los audios. Necesito liberarme”. Joaco releyó el mensaje antes de enviarlo. No quería darle la impresión incorrecta. Prefirió, entonces, tomar por la tangente con algo que también le afectaba:

“Para serte sincero, grabé los audios porque me resulta más sencillo decir lo que pienso hablándole a una máquina y no viéndote a los ojos. Me desespera pensar cómo puedes reaccionar”.

“Bien. Entonces, puedes enviarme lo que quieras y te escucharé”.

Releyó el último mensaje de Camille varias veces antes de seguir su propuesta y comenzar a grabar.

Grabación 15

A veces me siento muy cobarde. No te haces una idea. He llegado a caer tan bajo, que cada vez que recuerdo todo cuanto hice, no me reconozco.

Mi hermano te dijo que intenté suicidarme. No lo niego. En aquel entonces sentía que no tenía motivos para vivir. No encontraba nada a lo que aferrarme. Por eso esperé a que Laurent se fuera a trabajar y subí a la terraza del edificio.

Recuerdo pararme sobre la cornisa y mirar hacia abajo. Estaba ahí, en el borde mismo, pensando en cuánto podía afectarle al mundo su partida.

Si en ese momento saltaba, ¿le importaría a alguien? ¿Realmente lamentarían mi muerte o lo sentirían como un peso menos que soportar?

No tenía a nadie. Al menos, así pensaba. Desde mi perspectiva, yo solo molestaba.

Laurent, por ejemplo, estaba conociendo a Isabela y era obvio que pronto tendrían un futuro juntos y no habría espacio para mí en sus vidas. No podía seguir siendo un lastre para mi hermano. Él no lo merecía, ya bastante tenía con haberme cuidado desde la infancia.

¿Javier y Matías? Ellos estaban demasiado lejos para ir a detenerme, porque tenían orden de protegerte hasta tanto resolviéramos lo de mi madre. Ella, por cierto, bien gracias si llegaba a lamentarse ante la idea de tener un peón menos para manipular.

Papá era un asunto aparte y no quería pensar en eso.

Quedabas tú, Cam. Que de seguro estabas más que dolida y enojada por haberme ido sin darte las explicaciones que merecías. Debías de odiarme y no podía pedirte lo contrario.

Yo mismo me odiaba. Había días en que despertaba y solo podía pensar en cuán poco valía, en cuánto había lastimado a quienes me rodeaban. Yo no valía la pena, no merecía vivir.

Si cierro los ojos, puedo regresar a ese momento y verme, con la desesperación impulsándome y contemplando el vacío. ¿Qué sentido había para mantenerme vivo? ¿Por qué debía evitar la caída? Me resultaba tan dulce, tan tentadora la idea de lanzarme a los brazos de la nada misma.

¿Cuánto tardaría en perder la conciencia luego de que mi cuerpo impactara contra el suelo?

Tienes que entender: a mis ojos, había cometido todos los errores posibles, ya no tenía oportunidad para redimirme. Que me perdonaras de poco servía. Tu vida seguía estando en peligro porque las antiguas leyes prohibían nuestra relación. Lo nuestro no tenía futuro, como tampoco le veía futuro a mi existencia.

Creí que lo más lógico era terminar con todo de una vez y por todas. Pero incluso en eso fallé. Porque me quedé dudando, pensando en todo y en nada al mismo tiempo.

Por suerte, mi hermano supo ser más fuerte que yo. Él me salvó esa mañana y me trajo de regreso. Me hizo reaccionar de una forma como nadie lo había hecho nunca.

“Deja de lamerte las heridas”, gritó. “Das lástima, Joaquín. ¿Te haces a la idea de todo lo que tuve que pagar por defenderte? Llevo en el cuerpo las marcas de cada castigo que recibí por cuidarte. No te lo reprocho ni me arrepiento. Pero no eres quién para decidir quitarte la vida. Te prohíbo que vuelvas a intentar algo así. ¿Me escuchas? Te prohíbo que atientes contra tu vida. Vales mucho, aunque no sepas verlo”.

Estábamos en el ascensor. Él gritaba, yo apenas si llegué a recostarme contra una pared y sollozar.

“Deja de hacerte esto. ¡Detente de una vez!”, reclamó Laurent mientras me tomaba por los hombros. “La vida es más que una relación a medio ahogarse. Mucho más que una madre que te maltrata o los errores acumulados. Todo se sobrevive. Va a doler, no lo niego. Pero llegará la mañana en que abrirás los ojos y darás las gracias por estar todavía aquí”.

El ascensor se detuvo en nuestro piso. Mi hermano abrió la puerta del departamento y me dio paso. Me aovillé en un sofá, él se quedó de pie frente al ventanal.

“Hoy será la última vez que te causes lástima. Prométemelo. Mañana iremos a ver opciones de universidades y también comenzarás terapia. Tienes que resolver este asunto cuanto antes”, dijo con el cuerpo temblando. Creo que era más miedo por la locura que casi había cometido que por enojo.

Ese día le prometí que ya no me rascaría las costras de mis heridas. Juré que dejaría de hacerme sangrar y que buscaría la manera de seguir adelante.

No lo logré. Lo sabes. Ni bien tuve la posibilidad, volví a dejarme llevar por el amor que te tenía, pero todo resultó para peor. Tuve que aprender a mantener mis pensamientos fijos en otros asuntos. Procuré, con todo el cuidado del que fui capaz, de no pensarte. Recurrir al exilio fue mi manera de garantizar tu bienestar. Ya había asumido que lo nuestro no tenía posibilidades, que el riesgo era demasiado alto.

Luego de tantos años trabajando en esto, me vi forzado a regresar por papá y el destino parece burlarse de mí, porque te trae de nuevo. Creo que la oportunidad de hablarte y decirte todo lo que pasé es lo que me faltaba. Es ese paso final, para olvidar las cicatrices que cargo o borrar las últimas marcas que me duelen. Y llegados a este punto, ya no me importa si me perdonas o no. Si me odias o no. Porque entendí que lo que en verdad quiero, es un imposible y no puedo seguir persiguiendo quimeras. No es saludable en absoluto.

No pretendo darte lástima. No quiero que digas nada. No espero que lo hagas, al menos. Sé que seguiste con tu vida. Sé que te casaste con alguien y tiempo después te separaste. Apuesto a ojos cerrados que en algún momento darás con alguien que de verdad valga la pena. Lo digo en serio. Me alegra saber que encontraste la manera de seguir y que no pasaste la última década de tu vida llorando por lo que pudo ser y no fue.

Yo intenté superarte. Traté por todos los medios de enterrar lo que siento por ti, Cam. Creí que estaba avanzando, pero el reencontrarnos sacudió mi mundo y ahora estoy aquí, en plena madrugada grabándote un audio porque no me atrevo a decirte todo esto a la cara.

Perdona. No quise hacer algo tan deprimente, pero necesitaba liberarlo.

Capítulo 23

Joaquín envió el audio mientras se obligaba a contener el llanto. Llevaba tiempo sin dejarse dominar por las emociones. Le preocupaba cómo impactaría en Camille el mensaje que le había grabado. Temía dar la impresión equivocada.

Los minutos iban sucediéndose y Cam no respondía. Apretando el teléfono contra el pecho, Joaco se quedó dormido. Como no podía ser de otra manera, soñó con ella.

Joaquín y Camille estaban en una especie de fiesta. La música sonaba a todo volumen, las luces de colores trazaban extrañas formas sobre paredes y suelo.

Llevaban tiempo sin verse. Él se miró las manos. Las arrugas evidenciaban el paso de los años. Prestó atención a Cam. Nada quedaba en ella de la joven muchacha que había sido alguna vez. La mujer que lo miraba con el ceño fruncido pasaba la cuarta década de vida con facilidad.

—Deja de mirarme así —le reclamó cruzándose de brazos.

—¿Así cómo? —Joaco hizo una mueca. Eso de que lo acusaran sin razón nunca le había gustado.

—Como me miras ahora. Como si lamentaras todo lo que vivimos y quisieras volver el tiempo atrás y resarcirte de tus errores.

—Pero...

—¡Pero nada! —Camille había dado rienda suelta a su enojo contenido una vez más—. Sigues siendo el mismo inmaduro de siempre.

Sin decir otra palabra, dio media vuelta y se fue.

—Pero no quiero volver el tiempo atrás —respondió en susurros—. Solo quiero pasar el resto de mi vida contigo.

Cam no lo escuchó. No tenía oídos para los sentimientos que él pudiera guardar. Ya no.

Joaco despertó de sorpresa. El teléfono zumbaba sobre su pecho.

“Hay cosas que no puedo responder por texto”, rezaba el mensaje de Camille.

El cambiante trató de fijar la vista y releer las palabras que bailaban ante su mirada nublosa. Revisó el reloj de su móvil. Hacía más de tres horas que había mandado el audio. Tal vez ella se había dormido también y por eso respondía tan tarde.

“Mañana hablamos, ¿sí? Descansa un poco”. El teléfono vibró con el nuevo mensaje.

Joaquín cerró los ojos, preso del cansancio. Medio inconsciente, se preguntó si aquello no sería también un sueño. Se durmió entonces, intentando adivinar qué tendría para decirle.

Capítulo 24

Joaquín dormía profundo cuando algo impactó sobre su estómago.

—¡Vamos, tío! Ya son más de las nueve de la mañana —la voz cantarina de la melliza lo obligó a abrir los ojos.

—Ana...

—Déjate de excusas —reclamó Bernardo desde el placard—. Mira, ya te preparé la ropa y está todo listo para que te bañes. Puedes usar el perfume que te regalamos para navidad.

Se enderezó en la cama y miró a sus sobrinos.

—Chicos, por favor.

—Nosotros iremos a preparar el desayuno —Ana señaló a su hermano y se señaló a sí misma.

—Así que ve y date una ducha. Te esperamos abajo —completó Berni.

—Apúrate. Camille todavía no salió de su habitación. Los demás adultos ya desayunaron. Si juegas bien tus cartas, estarán solo ustedes dos y podrán hablar —la melliza le regaló otra de esas sonrisas cautivadoras que sabía dar.

Los hermanos se retiraron sin detenerse a escuchar la respuesta de su tío. Joaco se pasó las manos por la cara. Se palpó la barba y creyó notarla más larga de lo habitual. Ya que debía afeitarse, podía sumar algo más a la lista de tareas por cumplir.

Entró al baño arrastrando los pies. Sentía una extraña corriente recorriéndole la piel, como si la expectativa por verse con Cam lo llenara de ansiedad.

Accionó la llave del agua caliente y no esperó a que tomara temperatura. Se duchó rápido, acostumbrado a su vida en la selva, donde cada baño era con agua fría o, a lo sumo, templada.

Ya frente al espejo, se miró en silencio. Sentía que la imagen que contemplaba pertenecía a alguien más, a alguien que bien podía llevar una vida normal y sin tantos problemas como la suya.

“De haber nacido humano”, pensó, “nada de esto habría sucedido. Pero, sin ir más lejos, tampoco hubiera conocido a Camille”.

Se arregló la barba y regresó a su habitación para revisar la ropa que Bernardo había elegido. Miró la remera y el pantalón que descansaban en una silla y apretó los dientes. Su sobrino era tan temible como Ana a la hora de tramar planes. Recordando lo que Laurent le había dicho al respecto, decidió dejarse llevar por la propuesta de los chicos y se vistió tomándose todo el tiempo que le fue posible. No quería que fueran a buscarlo de nuevo, pero le preocupaba enfrentarse a Cam.

Bajó las escaleras tratando de escuchar si ella ya estaba levantada. Un tenue ruido de agua corriendo por las cañerías le demostró que debía de estar en el baño de su habitación, por lo que se decidió a apurar el paso.

Ana y Bernardo hicieron silencio al ver llegar a su tío. La melliza comenzó a sonreír mientras aplaudía y daba pequeños saltitos. No importaba que estuviera alcanzándolo en estatura o que tuviera pensamientos tan adultos, de cuando en cuando Ana dejaba en evidencia que tan solo llevaba poco más de una década en el mundo.

—¡Amo cómo te queda ese atuendo! —señaló y corrió a abrazar a Joaco.

Él le devolvió el abrazo y sonrió, contagiado por el buen humor de su sobrina. Sabía que la elección de Bernardo no era casual, que los jeans oscuros y la remera negra eran el tipo de ropa que solía usar cuando era más joven. Llevaba años sin ponerse algo así, porque en la selva le resultaban más cómodo los pantalones de cargo y las musculosas. Aquello era un claro ataque a la nostalgia de Camille y Joaquín lo sabía bien. Los mellizos estaban haciendo de las suyas.

—Mira, aquí están las tostadas recién hechas, ya saqué la manteca de la heladera para que se temple y Ana preparó café y té, así elijen. Nosotros nos vamos, mamá nos espera para ir a hacer unas compras —Berni se detuvo junto a su tío y lo empujó con el hombro, imitando con suma facilidad a su padre. A diferencia de Ana, él ya había alcanzado a Joaco y estaban cabeza a cabeza—. No la embarres, ¿sí? Solo deja que lo que deba ser, sea.

—¿Eres un crío y pretendes darme consejos? —replicó Joaco riendo.

—Inténtalo. Si todo resulta bien, luego puedes agradecernos con algún regalo —Ana tomó a su hermano de un brazo.

Riendo, los niños salieron hacia el living.

Joaquín se puso a acomodar la mesa. Ya había dejado las tazas y estaba buscando el azúcar cuando Camille llegó.

—Hola... —alcanzó a decir, cuando Joaco se detuvo a mirarla.

—¿Dormiste bien? —replicó él mientras le daba espacio para que tomara asiento.

—Sí, gracias —la joven doctora se acomodó en la silla más cercana y esperó a que el cambiante hiciera lo mismo.

Él llevó la cafetera y la tetera y le dio a elegir. Cam optó por el té, mientras Joaco se servía un poco de café.

El desayuno transcurrió en silencio. De tanto en tanto, se miraban el uno al otro y luego desviaban la atención a cualquier objeto sobre la mesa. Por momentos, ella titubeaba, pero luego optaba por permanecer sin decir palabra alguna. Joaquín no quería presionarla. Forzarla a hablar podía derivar en una conversación incómoda.

Estaban terminando de comer cuando Marco llegó desde el patio.

—Disculpen si los interrumpo —saludó con un movimiento de la cabeza—. Estuvimos intentando liberar tu auto, Camille, pero se encajó aún más en el barro. Volvió a llover en la madrugada y eso no ayuda. El terreno está muy blando. Probaremos con un tractor, aunque eso nos va a demorar un par de horas.

La doctora asintió, buscando su teléfono celular.

—No hay problema. Puedo pedirme un taxi para regresar a casa —replicó con una sonrisa tímida.

Marco le devolvió la sonrisa y regresó al patio. Desde lejos se escuchaban las voces de algunos guardias de Laurent que estaban revisando los accesos a la estancia y el estado de los alambrados.

—Hieres mis sentimientos si piensas que voy a dejar que te vayas así como así. Puedo llevarte yo o si prefieres, mi hermano o cualquiera del grupo —se adelantó Joaco, antes de que ella llegara a realizar la llamada.

—Bueno, si no te molesta que salgamos en unos minutos, acepto que me lleves a casa —sonrió, esa vez un poco más relajada.

—No hay ningún problema. Busco las llaves de la camioneta y listo —se puso de pie, Cam lo imitó—. Podemos alcanzarte el auto a tu casa o al hospital, si te queda más cómodo, cuando ya todo esté resuelto.

Minutos después, Camille y Joaco iban de camino a la ciudad. Los temas triviales de conversación, como el estado del tiempo y las condiciones de la ruta, se habían terminado al llegar al casco urbano. El silencio los envolvía una vez más, hasta el punto de incomodarlos.

—Lamento haberte enviado un audio tan depresivo —Joaquín se atrevió a sacar el tema que le rondaba la cabeza desde que había despertado.

—No tienes que disculparte por nada —replicó ella—. Es bueno que dejes ir lo que te lastima. No es sano para nadie guardar emociones negativas. Pueden llegar a destruirte sin que te des cuenta.

Él quiso responder que ya estaba hecho pedazos y vivía de prestado, pero prefirió ir a lo evidente:

—Sí. Pero tú dijiste... —suspiró—. Tu única respuesta fue que no podías escribir al respecto.

Habían llegado a casa de Cam y ya no podían seguir escapando al asunto.

—Mira, todo esto es... todo es demasiado complicado. Yo te quise. Te amé, en verdad lo hice. Te amé con tan fuerza que se hundía el suelo bajo mis pies. Era tanta la emoción que sentía que se me iba la vida cada vez que me lastimabas —ella se encogió de hombros y bajó la mirada—. Te amaba aun sabiendo de tus defectos y errores. Siempre guardaba esperanzas de verte regresar. Pero me lastimaste tanto, que podría haberme ahogado en mi propia sangre. Durante años me hice a la idea de que yo no te importaba.

Joaco intentó hablar, pero Camille se lo impidió con un gesto de la mano y agregó:

—Entonces, me hice una coraza. Te aislé de todo. Te odié, te insulté, te maldije. Llegó un día, al fin, en que desperté y ya no me importabas. Ya no valías nada para mí. Seguí con mi vida. Conocí a otras personas, volví a enamorarme. El tiempo y el destino tuvieron ganas de burlarse de mí, porque tuvimos que cruzarnos de nuevo. Tuviste que llegar con esa sonrisa encantadora y tu mirada de animalito herido. Cada minuto cerca solo logra que las heridas que pensé cerradas vuelvan a abrirse. Estoy sangrando otra vez y otra vez el llanto me gana de mano.

—Cam, no era mi intención. Te juro que...

—Sé que no lo hiciste a propósito. El problema soy yo. Porque viniste y me mostraste una realidad muy diferente. Desenterraste todo eso que intenté desechar y no sé qué sentir. Ni yo misma entiendo cómo me siento. Me paso el día dándole vueltas al asunto. ¿Cómo hago? ¿Cómo hago para quedarme solo con el amor? ¿Cómo puedo rescatar lo bueno si también están los momentos tristes y dolorosos?

Joaquín escondió el rostro entre las manos y respondió:

—Nunca pretendí que olvides nada. Solo quería que supieras la verdad.

—Sí, ya sé que no lo pretendías. Pero... ¿Es que no lo entiendes? Te tengo cerca y solo puedo pensar en abrazarte y quedarme ahí, acurrucada contra tu pecho. Me quema la piel cada vez que pienso en acariciarte. Cada audio que escucho me hace querer salir a buscarte y... —la joven comenzó a llorar. Su cuerpo se sacudía por la emoción contenida.

Joaco se quitó el cinturón de seguridad y se acercó lo suficiente hasta rodearla con sus brazos. Una vez más, el espacio que los separaba resultó ser una distancia frágil, simple de superar.

—Perdóname, por favor. Jamás fue mi intención lastimarte. No merezco tus lágrimas, Cam. Ni siquiera merezco que me perdones.

Ella se enjugó el llanto y escondió su rostro bajo la mandíbula de Joaquín.

—Deja de pedir disculpas. No me lo hagas más difícil. Te amo, ese es mi problema. Me duele el corazón de solo pensarlo. Después de todos estos años y aun sabiendo cuánto me lastimaste. Te amo y una parte de mí se odia por eso.

A Joaco se le formó un nudo en la garganta. El corazón le latía tan rápido que no sabía cómo reaccionar. Camille le estaba diciendo lo que llevaba soñando desde su exilio. Era real. Estaba sucediendo.

—No te preocupes —llegó a susurrar—. Yo también te amo y también me odio.

Camille sonrió, conteniendo el hipeo.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó sin apartarse de su lado.

Él lo pensó un instante antes de responder:

—No necesitamos hacer nada, a menos que así lo deseemos. Podemos ir de a poco. Como tú quieras.

—¿Vas a invitarme a una cita?

El cambiante sonrió ante aquella consulta.

—Vamos a tener unos días complicados en casa —respondió mientras dibujaba trazos circulares en uno de los brazos de Cam—. Puedo explicártelo a la noche, si te parece bien.

Ella asintió con una leve sonrisa.

—¿Es por tu padre?

—Tiene que ver con él, sí, y con la familia de mi madre —Joaco se alejó de Camille lo suficiente como para envolverle el rostro con las manos—. Necesito que me prometas algo.

—¿De qué tipo de promesa estás hablando?

—Puede que las cosas se pongan difíciles y que corras peligro. Será la última vez, lo juro. No tengas miedo, nadie te hará daño. Aunque no los veas, tienes guardaespaldas siempre.

—¿Qué tengo que prometer entonces?

—Si llegara el momento y resultara riesgoso quedarte aquí, ¿te irías con los mellizos e Isabela a un lugar seguro?

—¿Tan grave es el asunto?

—Podría serlo.

—Entonces lo prometo. Prometo que iré donde creas mejor y esperaré que vayas a buscarme cuando todo haya terminado.

—Gracias —él sonrió y descansó su frente sobre la frente de Camille.

—¿Quieres saber algo curioso? Si cierro los ojos, puedo jurar que tenemos veinte años de nuevo. No sé si es la ropa que llevas puesta o tu perfume. Solo te falta tener el cabello largo de nuevo y listo.

Joaquín dejó escapar una carcajada.

—Fue idea de los mellizos, ahí termina toda la casualidad.

—Tus sobrinos son unos genios —ella cerró los ojos y respiró el aroma que brotaba de la piel de Joaco.

Él anuló la distancia que los separaba, abrazándola por la cintura. Sus labios se encontraron con timidez, el tiempo que llevaban separados los invitaba a redescubrirse. Cam estrechó su cuerpo contra el de Joaquín. Podía escuchar el galope de su corazón corriendo a la par que el del cambiante. Sus respiraciones entrecortadas daban muestra de la urgencia que tenían el uno del otro.

Un sonido de campanillas comenzó a sonar y los obligó a distanciarse.

—Es la alarma de mi celular —dijo ella—. Tengo que estar en el hospital en unos minutos.

—Entonces es hora de que me vaya —respondió Joaco, sin soltar su abrazo.

—¿Nos vemos para la cena?

—Es un trato —Joaquín sonrió como hacía años no lo hacía. Libre de angustias, feliz de verdad.

—Hasta dentro de unas horas, entonces —replicó Camille dándole un beso rápido y bajando de la camioneta de un salto.

Él esperó a verla entrar a la casa antes de encender el motor y retornar a su hogar.

Desde el fondo de sus pensamientos, la bestia le susurró que lo bueno no podía durar demasiado. Se esforzó por encerrar al animal tan profundo como le era posible, decidido a concentrar la atención en lo que acababa de vivir con Cam. Nada más importaba. Solo ella. Siempre había sido así.

Capítulo 25

Cuando Joaquín arribó a su casa seguía sonriendo sin poder evitarlo. Llegó a la cocina y se encontró con su hermano, que estaba preparando el almuerzo.

—¡Oh, por Dios! —gritó Laurent mientras buscaba un repasador para secarse las manos—. Dime que no es lo que creo.

Joaco asintió, levantando una ceja y sonriendo aún más.

—¿Funcionó? ¿De verdad funcionó el plan de los mellizos?

—Ayudó bastante —se encogió de hombros riendo—. Creo que les debo un premio grande.

—¡Vamos! Siéntate y cuéntamelo todo

—¿Qué quieres que te cuente?

—Lo que pasó. ¡Apúrate antes de que lleguen los chicos!

Joaquín titubeó y dejó escapar una sonrisa traviesa.

—Anoche le envié otro audio a pedido suyo. Me abrí por completo y le conté lo que sucedió la mañana que intenté suicidarme. Hoy me dijo que se sentía confundida, que sentía muchas cosas que le costaba explicar.

—¿Y? ¡Habla! No hagas que te saque las palabras con tirabuzón.

—Terminó reconociendo que todavía me ama. Jamás creí que podría escuchar algo así de nuevo —inclinó la cabeza hacia atrás, sobre el respaldo de la silla y se cubrió el rostro con las manos—. Los recuerdos que tengo no hacen ninguna justicia en absoluto. Besarla fue como tocar el cielo otra vez.

Laurent se lanzó sobre su hermano y lo abrazó dándole fuertes palmadas en la espalda.

—Ya era hora, hermano. ¡Dios! ¡Ya era hora!

—Ahora tenemos que resolver el asunto del clan del sur. Creo que lo mejor será trazar varios planes. Ataque, defensa, escape. Necesito saber a Cam y a mis sobrinos fuera de todo peligro hasta que tengamos esto resuelto.

—Isabela sabrá cuidarlos, no te preocupes.

—Sí, lo sé. Aunque no me fío de nuestro tío y sus amigos, sé de lo que somos capaces nosotros y eso me tranquiliza.

—Entonces, señor Stevenson, lo invito a que ponga los platos a la mesa y me ayude con la comida, así llamamos al resto del grupo y almorzamos. Después podremos discutir todo lo que quieras —Laurent se acomodó el delantal y volvió su atención al horno donde varias porciones de carne se doraban a fuego medio.

El cambiante hizo lo que su hermano le pedía, sabiendo que cuando los demás llegaran y lo vieran notarían el cambio evidente. No podía dejar de sonreír y se sentía tan fuerte como vulnerable, como si pudiera ser el superhéroe que sus sobrinos imaginaban más allá de toda debilidad.

~*~*~*~*~*~*~*~*~*~*~*~*~*~*~*~*

Una vez terminado el almuerzo, los adultos del clan se juntaron para hablar mientras los mellizos y sus custodios jugaban en el patio bajo la supervisión de uno de los subordinados de Marco.

—Ya es de conocimiento común el enfrentamiento que tenemos con el clan del sur —comenzó diciendo Jerome—. Nuestras fuentes dicen que están organizando un ataque. Sería su último intento por hacernos frente, aunque ya diezmamos sus filas.

—Para ser más exactos, las fuerzas del sur se constituyen de treinta guardias. Hay varios adultos, con cinco o seis décadas vividas. Los más jóvenes son legalmente adultos, pero eso los vuelve algo incontrolables e irascibles —agregó Javier, desplegando sobre la mesa de la sala de reuniones varias carpetas con fotos y fichas informativas.

—Pretenden caer de sorpresa aquí —retomó el líder del clan—. Saben que pude transformarme, creen que el episodio del hospital fue mi primer cambio y que todavía estoy enjaulado en el sótano.

—¿Cómo? ¿De dónde sacaron esa información? —inquirió Joaquín, sintiendo que se había perdido de algo importante mientras estaba fuera.

—Le dimos a mi cuñado datos falsos a través de mi hermana —explicó Javier.

Todos en la sala fijaron la atención en el cambiante de cabellos claros y ojos azules.

—Nos preocupa la seguridad de Valeria y su marido, dada la ayuda que nos han brindado —Javier se miró las manos y volvió la atención al grupo—. No podíamos correr el riesgo de decirles la verdad y pedirles que

mintieran. Preferimos mentirles nosotros, así que aprovechamos los sucesos que se hicieron públicos entre los cambiantes de ambos clanes.

Laurent se puso de pie y caminó alrededor de la mesa mientras decía:

—Gracias a la familia de Javier, sabemos que la idea de Tomás es atacar dentro de cinco días. Necesitan desplazar grandes vehículos y una cantidad considerable de armas y municiones. Puede que no sean un número preocupante en comparación al ejército con el que podemos contar, pero debemos tomar todos los recaudos posibles.

—Entendemos si alguno de ustedes quiere retirarse y permanecer con su familia —aclaró Jerome.

—Además, dispusimos varios lugares seguros para las familias de quienes opten por acompañarnos y defender esta casa —Laurent desvió la mirada hacia su mujer de manera casi instintiva.

Isabela le sonrió y asintió con un leve movimiento de la cabeza.

—¿Así que debemos trasladar a decenas de personas a un lugar determinado sin llamar la atención? —cuestionó Joaco.

—No. No fijamos un único lugar. Seleccionamos varios espacios dentro y fuera del país, algunos incluso en otros continentes. Todos tan lejos como nos resultó posible, logrando que cuenten a su vez con custodia suficiente. Aprovechamos la excusa de las vacaciones de verano que inician mañana —explicó su hermano.

—¿Y quiénes cuidarán de nuestras familias si debemos estar aquí? —Marco convirtió en palabras la otra preocupación que atosigaba a muchos.

—Mis padres aportaron un buen número de guardias —intercedió Isabela—. Ellos han ido arribando al país y se hospedan en sitios cercanos a esta ciudad desde hace semanas, cuando comenzamos a plantear el último movimiento de la gente del sur.

—Así que desde mañana y por los próximos tres días, poco a poco pondremos en lugar seguro a quienes consideremos más vulnerables o propensos a ser atacados —Jerome sonrió, insuflando confianza en el grupo.

—¿Cuáles son los riesgos? Solo son treinta, nosotros alcanzamos el millar —la voz de Matías resonó en la sala más fuerte de lo que había pretendido.

—Una posibilidad es que contraten mercenarios para agrandar la fuerza de sus tropas —replicó Laurent—. Otra es que estén mintiendo, porque

descubrieron a nuestra fuente, y pretendan secuestrar a alguna de las familias más importantes del clan.

—Por eso preferimos ser precavidos y tomar todas las medidas necesarias —agregó su padre—. Están tan ciegos en su afán por lograr el liderazgo del clan del centro, que podrían cometer cualquier locura.

—¿Qué haremos los que decidamos quedarnos aquí? —preguntó Joaco.

Javier repartió sobre la mesa pequeños cuadernillos con tapas de color azul.

—Hay mucho por trabajar en la casa —señaló—. Revisar todos los puntos de vigilancia, reacomodar varias cámaras de seguridad e instalar otras tantas. Esconder arsenal, chalecos antibalas y botiquines.

—No es nuestra intención matar a ojos cerrados —Jerome recorrió con la mirada al grupo—. Siempre que podamos, daremos la oportunidad de rendirse. Podrán renunciar a su clan y unirse al nuestro o retirarse, en tanto se comprometan a no seguir luchando para Tomás.

—Así venimos trabajando hasta ahora y tuvimos los mejores resultados. Así pretendemos seguir —dijo Laurent y guardó silencio al escuchar risas en el pasillo.

—Busquen el cuadernillo que les corresponde, cada uno tiene un nombre asignado —pidió Javier—. Si les parece, damos la reunión por terminada y comenzamos con la operación.

Joaco tomó su cuaderno y se fue a su habitación. El peso de las pocas horas de sueño la noche previa le estaba pasando factura. Se recostó en su cama, dispuesto a leer, pero cayó dormido a los pocos minutos. En sus pensamientos guardaba la idea de poner a salvo a Cam y los mellizos. Estaba seguro de que ellos constituían el punto más vulnerable de la familia Stevenson y el clan del sur lo sabía con creces.

Capítulo 26

Cuando Joaquín despertó, la tarde ya se había apagado y la noche reinaba. Un suave golpe en la puerta logró que abriera los ojos.

—¿Puedo pasar? —la voz de Camille lo hizo sonreír.

—Claro —respondió con tono alto, esperando que lo escuchara.

Ella entró al cuarto y caminó hasta la cama. Se sentó en el borde del colchón.

—¿Pudiste descansar? —la pregunta surgió en susurros.

—¿Por qué hablas así? —inquirió él riendo.

—Por tus sobrinos... Están en la habitación de al lado construyendo algo con los otros chicos. Me preocupaba que nos oyeran.

—¿Te vieron llegar?

Cam asintió.

—Entonces no importa qué tan bajo hables, ellos terminarán enterándose de lo que ocurre —Joaco se enderezó en la cama y apoyó la espalda contra el respaldo de caoba lustrada.

—¿Te refieres a que es probable que un grupo de soldados lleguen a esta casa y les planten batalla? ¿O al hecho de que me tocará viajar al exterior con los mellizos y tu cuñada para evitar que nos tomen de rehenes?

—¿Estuviste hablando con Laurent o con papá?

—Ana y Bernardo me pusieron al día —ella se encogió de hombros—, luego de preguntarme qué había entre nosotros y si ya pueden llamarme “tía”.

Joaco se estiró sobre la cama y abrazó a Cam, atrayéndola hacia donde estaba recostado.

—¿Y qué les respondiste?

—Que era tema de adultos y que ellos son demasiado jóvenes para entenderlo. Por eso me contaron el asunto del clan del sur y tu tío.

Camille apoyó la cabeza sobre el hombro de Joaquín y le acarició el rostro con delicadeza.

—¿Ya te han dicho que son tan tercos como tú? —inquirió sonriendo.

—Sí, unas cuantas veces.

—Si los ves de espaldas, podrías pensar que son dos adolescentes. Pero al escucharlos reír, se nota que la infancia se resiste a abandonarlos.

—Siguen siendo niños, más allá de todo. Por eso pensamos enviarlos de viaje.

—Y a mí me suman porque soy humana.

Él asintió y suspiró antes de murmurar:

—De ese clan provenían los que te secuestraron.

—También perteneces ahí, aunque te duela reconocerlo.

—Nunca encajé con ellos y sus leyes enfermas. Laurent tampoco. Quiero saberte a salvo, lejos de todo potencial peligro.

—Bernardo dijo que partiríamos pasado mañana e Isabela me aconsejó que me quede aquí esta noche. Mañana volveré a casa para armar un bolso con lo más necesario.

—Veo que estuviste hablando con media familia antes de venir a despertarme.

—No llegué a ver a Jerome, estaba al teléfono con alguien.

—Puede que conversara con Elena. A ella también debemos protegerla, aunque sin poner en evidencia la verdad sobre el clan.

Joaco deslizó su mano por el cabello de Cam y respiró profundo, saboreando el aroma suave del acondicionador de frutos rojos que acostumbraba a usar.

—¿Te parece bien si esta noche duermo aquí, contigo? —preguntó ella.

—Si quieres, podemos encerrarnos y no salir hasta que todo termine —replicó con una sonrisa traviesa.

—Podríamos intentarlo luego de la cena. No he comido nada desde el almuerzo y sería capaz de atacar una vaca entera sin pensármelo dos veces.

—Creo que se nos debe haber pasado algo por alto y llevas en tu ADN un poco de la genética cambiante.

—¿Intentaste averiguarlo?

Joaquín asintió, mordiéndose la comisura de los labios.

—Estaba muy desesperado y no quería separarme de ti. Lo intenté todo.

—No puedo creer que te guardaste esto durante tantos años. Yo en tu lugar ya estaría internada en algún hospital psiquiátrico.

—Creí enloquecer muchas veces. Solo salía a flote pensando en ti, esperando que llevaras una vida feliz, aunque no fuera conmigo.

—Míranos ahora. ¿Imaginaste que algo así sería posible? —Cam le acarició la barba con el dorso de la mano.

—Nunca pensé que volverías a hablarme siquiera. Sigo dudando sobre si todo esto no es un sueño y en realidad estoy inconsciente en alguna habitación de un hospital perdido en el fin del mundo.

—Tal vez pueda ayudarte a verificar si estás durmiendo o no —ella acercó sus labios a los de Joaco y los rozó con suavidad.

Él sonrió, mientras adelantaba el rostro y atrapaba entre sus dientes el labio inferior de Camille, quien se estremeció y arrimó su cuerpo hasta que ya no quedó distancia alguna que los separara.

—¿Estás conteniendo tu lado salvaje? —preguntó al alejarse lo suficiente para comenzar a besarle el cuello.

Joacín cerró los ojos y apretó los dientes, preso de mil emociones.

—No necesito ponerle freno. Ese otro lado mío también te ama. Es más salvaje y pasional, pero te ama —murmuró mientras ella ascendía y volvía a besarle en los labios.

—Y yo te amo completo —replicó cuando se liberaron por un momento.

—Sigo pensando que deberíamos encerrarnos aquí...

Joaco no llegó a terminar la frase. Los golpes sobre la puerta de su habitación le dieron aviso de la presencia de los mellizos.

—No sé qué estarán haciendo —escucharon decir a Ana.

—Pero resuélvanlo rápido. Ya está la comida —concluyó Bernardo.

Se separaron a regañadientes.

—Seguiremos más tarde —dijo ella sonriendo.

—Podría estar así contigo hasta mi último día de vida —replicó él, robándole un último beso antes de ponerse de pie y salir al encuentro de su familia.

Capítulo 27

Al sentarse a la mesa, los mellizos no podían dejar de sonreír. Tal como la noche anterior, Bernardo se acomodó junto a su tío y Ana tomó asiento enfrente, al lado de Camille. Estaban en el extremo más lejano de la mesa. Hacia el medio, habían tomado asiento Matías y Javier, con Stefano mirándolos desde el lugar opuesto. En la otra punta de la mesa, Jerome y Marco hablaban animadamente con Isabela y Laurent.

—¿Mika y Pedro no cenarán con nosotros? —preguntó Joaquín buscándolos con la mirada.

—Ellos ya comieron y están durmiendo —comentó su sobrino.

—Hoy se la pasaron entrenando con los demás guardias y al parecer, las tácticas que aplicaron los dejaron fuera de juego —agregó su melliza.

—Siguen siendo demasiado jóvenes, después de todo —Joaco asintió, mirando a sus custodios—. A Matías y Javier les sucedió algo similar. Es bastante normal, no se preocupen.

—Stefano nos dijo lo mismo —replicaron a la par los hermanos.

Berni fijó la atención en su tío y cambió rápido de tema:

—Por cierto, te buscamos luego de la reunión que tuvieron. Quisimos despertarte y papá nos lo prohibió.

—Creo que no me había dado cuenta del cansancio que tenía hasta que llegué a mi habitación. Ni siquiera recuerdo haber cerrado los ojos —el cambiante se encogió de hombros—. ¿Me necesitaban para algo importante?

—Queríamos hablar sobre el viaje que haremos pasado mañana —explicó Ana—. No nos interesa la idea de papá, preferimos quedarnos y pelear. No somos bebés.

—Pero mamá nos explicó que debemos ayudarla a cuidar de Camille, porque tú no soportarías que le pase algo —Bernardo levantó una ceja y Cam se sorprendió al ver el parecido que tenía el mellizo con su tío.

—Isabela tiene razón. ¿Van a ayudarla, entonces? ¿Me lo prometen? —no llegó a terminar su pregunta, sus sobrinos asintieron con entusiasmo.

—Eso sí, nos debes un regalo a cada uno —la melliza le ofreció otra de sus sonrisas inocentes.

Joaco titubeó, dudando. Esperaba que la hija de Laurent no lo dejara en evidencia delante de todos en la mesa, menos frente a Camille.

—Mira, es fácil —explicó Berni—. Estuviste durmiendo toda la tarde, debimos atender a Cam y ponerla al día con todo este asunto del clan de la abuela. Merecemos que nos regales algo genial por nuestros atentos servicios.

—De no ser por nosotros, tal vez ella hubiera regresado a su casa —cerró Ana.

El cambiante miró a sus sobrinos y luego desvió la atención hacia Camille.

—¿Ahora te llaman “Cam”? ¿Cuándo generaron tanta confianza? —preguntó con tono divertido.

—¡Oh! Eso pasa cuando duermes como tronco sin cumplir con las tareas asignadas por tío Javier ni te preparas para la llegada de Cam, que regresaba del trabajo—replicó la melliza.

—Nosotros teníamos lista una bandeja con galletitas de chocolate y té verde —agregó su hermano—. ¿Tú qué hacías, tío? ¡Dormir!

Camille comenzó a reír y Joaco no pudo más que imitarla.

—Bueno. Mañana veremos de pasar la tarde juntos, si quieren —propuso entre carcajadas—. Una tarde de tío y sobrinos, como hace meses no tenemos.

—¡Genial! —corearon juntos los mellizos.

Joaquín sonrió sin dejar de mirar a los hijos de su hermano y a Cam. Aquello parecía tan natural. Hacer planes con la familia, charlar, comer juntos. Tantos años fuera le hacían sentir que había perdido más que tiempo estando en la selva.

—Me alegra ver que regresaste al fin —murmuró Matías dándole un codazo suave.

El cambiante recayó en que se habían vuelto a sentar uno junto al otro, aunque cada uno estaba en una suerte de burbuja hablando con unos pocos en la mesa.

—No sé de qué hablas —respondió en un hilo de voz.

—Sí lo sabes. No has dejado de sonreír desde la mañana.

Joaco lo miró de reojo.

—Lo digo en serio. Bienvenido de regreso —el esmero por mantener su charla fuera de los oídos ajenos sirvió de poco cuando el propio Matías palmeó a su amigo y lo abrazó sin dejar de reír.

El barullo atrajo la atención de los demás comensales.

—¿Qué miran? ¿Acaso no puedo darle un poco de cariño a mi protegido? —el custodio se alejó de Joaquín y se arregló la corbata, quitándole peso al asunto.

Casi al instante, la sala se llenó de conversaciones y risas de nuevo.

La cena transcurrió entre anécdotas, bromas y temas de poca importancia. Nada delataba lo que ocurriría en pocos días. Nada parecía poner en evidencia que aquella casa se convertiría en un campo de batalla.

Capítulo 28

Aquella noche, Joaquín y Camille permanecieron largas horas hablando. La selva, los miedos y frustraciones, los sueños a futuro. Todo aquello que no se habían animado a tratar en veces anteriores, surgió natural y sin esfuerzo.

Estaban acostados de manera que podían mirarse el uno al otro. Joaco deslizaba su mano por la piel expuesta de Cam, que lucía una remera de breteles y un pantalón suelto a modo de pijama. Él tan solo llevaba puestos unos pantalones cortos, aunque la atención de Camille se enfocaba en recorrer con suavidad las líneas del rostro del cambiante.

En un momento dado, ella titubeó antes de preguntar:

—Cuando resuelvan el asunto de tu tío y vayas a buscarme, ¿qué sucederá? ¿Cómo seguirá esto?

—¿A qué te refieres? ¿Hablas de nuestra relación?

—Sí... ¿De verdad es posible que el clan me acepte?

—¡Claro que sí! En Europa la mayoría de los clanes están constituidos por cambiantes híbridos. Sin ir más lejos, la madre de Isabela es mestiza y eso no quita que mi cuñada haya heredado los genes para transformarse, incluso tiene habilidades, tal y como los mellizos.

—Entonces...

—El problema siempre fue mi madre y las leyes y normas a las que ella adhería. El clan de mi padre también es algo retrógrado, pero tienen por costumbre acatar lo que dice el líder y es obvio que papá logrará un cambio rotundo. No solo por nosotros, sino también por su interés en Elena.

—¿Y si las leyes no cambiaran? ¿Te irías otra vez?

Joaco comprobó que la mirada de Cam se humedecía y se apuró a enjugar la primera lágrima. Odiaba verla llorar.

—Si se negaran a aceptar nuestra relación, entonces me exiliaría de nuevo. Pero me iría contigo. Podríamos escapar y pedir asilo con los padres de Isabela. Creo que no soportaría estar lejos de ti. Antes lo veía posible, porque me escudaba creyendo que me odiabas. Ahora, no hay

forma de que te deje. Es la verdad, así que no te preocupes. No te abandonaré otra vez.

—¿Lo prometes?

—Te lo juro.

Él acercó el rostro y Cam lo imitó, para unir sus labios en una danza que conocían de memoria y así y todo, la disfrutaban en cada compás. Cada beso que se daban era una explosión de emociones, como si aquella conexión pudiera borrar las tristezas vividas y plantar en su lugar sueños de un futuro juntos.

El cambiante arrimó su cuerpo junto al de Camille y acarició su espalda en forma descendente. Al llegar a la cintura, la rodeó con el brazo y anuló los pocos milímetros que los separaban. Sentía una urgencia dolorosa por estar con ella. Anhelaba quedarse ahí, entre sus brazos, con sus labios dibujándole senderos imaginarios a lo largo del cuello y hombros. No quería apurar las cosas. Aunque lo deseara, no iba a arriesgar lo que estaban teniendo por una necesidad más física que emocional.

Un suave mordisco en el lóbulo de su oreja lo hizo estremecer. Miró a Cam a los ojos. Ella le sonrió de manera traviesa y comenzó a besarle bajo la mandíbula, para regresar al hombro y morderlo una vez más. Joaco captó la intención y antes de seguir avanzando, susurró:

—¿Estás segura?

Camille asintió, antes de volver a besarle el cuello. Esa vez, lo empujó con suavidad hasta que él quedó acostado sobre su espalda. Entonces, ella se acomodó en su regazo y siguió besándolo. Bajó por la clavícula y siguió hasta el esternón. Ante cada roce de sus labios, Joaquín se estremecía. Su respiración se iba entrecortando. Aquella parecía su primera vez, y en cierta forma lo era. Se sentía libre de estar con ella sin secretos de por medio y eso parecía repercutirle en cada porción de piel expuesta a las caricias de la mujer que amaba.

Cam siguió bajando, trazando senderos con sus labios mientras acariciaba con sus manos los brazos y pectorales de Joaquín. Al llegar a la cintura, se detuvo y fijó la mirada en él por un instante. Hizo el intento de bajarle el pantalón, pero Joaco se lo impidió.

—Por favor —murmuró—. Si sigues voy a explotar y no quiero que sea así.

Antes de que Camille pudiera responder, él se enderezó y le rodeó la cintura con los brazos. Ella acomodó sus piernas en torno a las caderas de

Joaquín y lo miró, expectante.

El cambiante cerró los ojos y respiró profundo. Cuando volvió a mirarla, Cam contuvo un grito de sorpresa. Los iris que reflejaban el rostro de la muchacha ya no eran oscuros, sino de color ámbar y las pupilas se mostraban alargadas, como en los felinos. Movidó por sus instintos, Joaco ronroneó. En vez de intentar apartarse, Camille acercó el cuerpo contra el suyo. Solo por eso, el cambiante se animó a avanzar, recorriéndole con el filo de sus dientes los hombros y cuello.

Ella comenzó a jadear cuando Joaquín ronroneó una vez más y le olfateó la suave piel del cuello. Entonces, la besó con fuerza. En otras ocasiones había contenido esa pasión para no delatar su verdadera naturaleza, pero ya nada le impedía mostrarse tal cuál era. Cam respondió con igual emoción, movida por un deseo que había creído olvidado hacía tiempo.

Él se supo de pie, cargándola sin esfuerzo y sin dejar de besarla. Giró con cuidado y se detuvo junto a la cama. Ayudó a que ella hiciera pie sobre el colchón y se apartó lo suficiente para murmurarle:

—Espera aquí.

La joven se sentó en la cama tratando de calmar su respiración al tiempo que lo veía salir del cuarto corriendo.

El cambiante se dirigió a la habitación de Matías, que salió a su encuentro antes de que golpeará siquiera a la puerta.

—¡No puedo creer que estás haciéndome esto! —rugió en un hilo de voz—. Sabes que me toca hacer guardia y que prefiero hacerlo en forma animal y puedes pedirme ayuda siempre, pero esto... esto es demasiado.

—¿Lo tienes o no?

El guardia negó con un leve movimiento de la cabeza mientras extendía la mano y le daba un empaque de cartón oscuro. Joaco lo tomó y le tiró un beso con la mano libre, mientras volvía a la carrera a su cuarto.

Entró con sigilo. Camille lo esperaba sentada en el centro de la cama. Un diminuto conjunto de encaje era lo único que le cubría el cuerpo. Él la miró en silencio, mientras caminaba a su encuentro. Puede que ya no tuviera el estómago plano y la piel tan tersa como cuando se habían conocido, pero amaba cada curva de su cuerpo y seguía siendo ante sus ojos la criatura más hermosa que había visto jamás.

Mordiéndose la comisura de los labios, levantó la mano y mostró la pequeña caja de que le había dado su custodio.

—Espero que hagas valer el tiempo que me dejaste esperando —dijo la muchacha poniéndose de rodillas.

Cuando él se subió a la cama sin dejar de sonreír y se le acercó, le rodeó el cuello con las manos y lo atrajo hacia ella. Joaco volvió a ronronear antes de besarla una vez más, retomando la situación donde la había pausado minutos antes.

—Podría quedarme el resto de mi vida y no me sería suficiente —murmuró él al oído de Cam, mientras ella le besaba los hombros y le acariciaba la espalda.

La piel le ardía con cada caricia, con cada trazo que ella dibujaba con sus manos y labios. Sin dejar de besarla, le desprendió el brassier. Camille se contorneó al contacto de su piel. Lo besó mordiéndole el labio inferior, logrando que rugiera por lo bajo.

Con cuidado, Joaco se situó sobre ella, sin dejar de acariciarla.

—Te amo —susurró extasiado por la emoción del momento. Cam cerró los ojos, sonriendo, y se entregó.

Aquella noche, lo suyo trascendió lo físico y alcanzó un punto sin precedentes. Se volvieron uno, sin mentiras ni secretos de por medio, exponiéndose como nunca antes. Por completo vulnerables, dejaron sus anhelos el uno en manos del otro y se durmieron con la satisfacción de saber que se amaban por completo, con virtudes y defectos, más allá de toda distancia que hubiera podido separarlos alguna vez.

Capítulo 29

Camille dormía acurrucada sobre su pecho, cuando Joaquín despertó. Por la luz del sol que se filtraba a través de las cortinas, debía de ser ya media mañana. Se deslizó por debajo de la muchacha y salió de la cama con sigilo. Dudó sobre ducharse en el baño de su habitación, pero no quería despertar a Cam, por lo que resolvió vestirse y cruzar a alguno de los cuartos de huéspedes que estaban desocupados, para poder asearse con tranquilidad.

Cuando salió del baño con una toalla rodeándole la cintura, se encontró a Laurent sentado junto al escritorio que había frente a la cama.

—¿Qué haces aquí?

—Matías me contó lo de anoche —su hermano levantó una ceja y se encogió de hombros.

—¿Te dijo que...?

—Tuvo que hacerlo, no lo culpes. Hubo una falsa alarma en la frontera norte de la estancia y se supone que él debía de estar custodiando esa zona. Se defendió para que papá no lo sancionara.

—¿Está bien?

—Sí, aunque le aclaramos que la próxima vez debía dar aviso a sus compañeros.

Joaco asintió mientras buscaba su ropa y comenzaba a vestirse.

—Parece que rejuveneciste una década —señaló Laurent—. Te miro y veo al pequeño hermano que un día hizo las maletas y escapó lejos.

—Ya no soy tan pequeño y tampoco volvería a escapar, llegado el caso.

—En verdad me alegra verte bien. Me da paz, Joaco. He pasado mucho tiempo preocupado por ti.

—¿Eso tiene algo que ver con el hecho de que mi cuadernillo de tareas esté en blanco? —cuestionó con una sonrisa de costado.

—Sí. Consideramos con papá que, dada la situación, bien podías aprovechar el tiempo previo para estar con Camille. Esta batalla no es tuya, si estuvieras en la selva te hubieran llegado las noticias del asunto ya resuelto.

—Es increíble que no intenten subirme al avión son Cam y los mellizos.

—No lo tomes a mal. ¡Vamos! Tus sobrinos han hecho planes para la tarde y están muy entusiasmados. Nosotros empezamos a coordinar el viaje de varias familias y estamos preparando todo aquí para la llegada de voluntarios de toda la región.

—¿Cuántos seremos?

—Llegaremos al centenar mañana a la tarde. Por el momento, estaríamos haciéndoles frente uno a uno —el cambiante suspiró y desvió la mirada—. ¿En verdad te molestaría irte con Isabela y Camille?

Joaco apretó la mandíbula y negó con un movimiento de la cabeza.

—¡Déjate de bromas! Sé que tus suegros estarán esperando del otro del océano y yo no puedo dejarlos a papá y a ti así como si nada.

—Solo preguntaba.

—¿Crees que podría viajar en un momento así? ¿Abandonar a la poca familia que me queda?

—Pero en el avión irían tus sobrinos y la mujer que amas.

—Ellos estarán con Isabela y con varios guardias de refuerzo. Digas lo que digas, me quedaré a pelear.

Ante la determinación de su hermano, Laurent no tuvo más opción que dejar de insistir con ese asunto.

—Ve a desayunar —propuso caminando hacia la puerta de la habitación—. Papá y los mellizos están a cargo del almuerzo, así que iré con Isabela a comprar algo de ropa para el viaje. A la tarde ella acompañará a Cam a su casa para que pueda buscar lo que necesite y arme el bolso, mientras tú sales con Ana y Bernardo.

Joaco asintió al tiempo que lo veía retirarse. Por un momento, dudó ante la propuesta, pero la idea se fue tan rápido como había llegado.

~*~*~*~*~*~*~*~*~*~*~*~*~*~*~*~*

—¡Miren quién se dignó a levantarse! —exclamó Berni fingiendo enojo.

—No le hagas caso, tío. Ven, siéntate y come algo —propuso Ana, sonriendo.

—En realidad —Joaco miró a sus sobrinos que iban de un lado a otro por la cocina, cargando utensilios y buscando ingredientes—. Pensé en llevarle el desayuno a Camille y tomar el café con ella.

Jerome giró a mirarlo desde su lugar en la mesada de piedra blanca y asintió:

—Es una excelente idea. Eso nos liberará la mesa y podremos seguir trabajando ahí.

Joaquín buscó una bandeja y comenzó a cargarla con todo lo necesario, mientras preguntaba:

—¿Qué están cocinando?

—Haremos pastas rellenas —comentó el mellizo.

—El abuelo ya preparó la masa y yo lo ayudaré a armar los sorrentinos. Berni estará a cargo de la salsa —agregó su hermana.

—Genial. Entonces no los molesto más —se despidió con una sonrisa en tanto salía de la cocina con la bandeja en brazos.

Regresó a la habitación y descubrió que Cam ya no estaba en la cama. Dejó el desayuno en el escritorio y trató de acomodar las sábanas ajustadas bajo los laterales del colchón. Estaba arreglando las almohadas cuando ella salió del baño luciendo una de sus camisetas a modo de pijama.

—Perdona, pero la tomé prestada —comentó mientras se sentaba al borde de la cama.

—Te queda bien como vestido —él sonrió sin poder evitarlo.

—Tiene tu perfume, por eso me tenté de usarla.

—No hay problema, de verdad —le regaló otra sonrisa y señaló la bandeja—. Te traje el desayuno. La cocina es un caos por culpa de papá y los mellizos.

—¿Hoy te pelearon al verte?

—No. A decir verdad, ni tocaron el tema. Saben que dormiste conmigo, pero se mostraron más adultos de lo acostumbrado. Aunque bien puede que me ataquen cuando estemos solos, a la tarde.

—Qué pena que no podré defenderte —ella le acarició el rostro y le regaló un beso suave.

—Al menos podrás curarme las heridas antes de la cena —replicó Joaco levantando una ceja. Buscó la bandeja y la dejó sobre la cama.

—¿Dónde irás con los chicos? —Cam se sirvió una tostada y le untó mermelada.

—Según Laurent, los mellizos ya hicieron planes, aunque todavía no los compartieron conmigo. Es probable que vayamos a recorrer el centro de la ciudad.

—Espero que te diviertas un poco.

Joaquín le dio un sorbo a su café y miró a Camille con curiosidad.

—¿Dormiste bien? —preguntó mordiéndose la comisura de los labios.

—Tuve la mejor noche desde que te conocí.

—Yo igual. Nada se compara con...

—¿Con saberte libre?

—Exacto. Que sepas mi verdad y no te atemorice vivirla conmigo. Fue muy liberador en verdad.

—Anoche desperté y por un momento creí que estábamos todavía en la facultad. Dormías tan tranquilo, con una sonrisa dibujada en el rostro. Nunca te había visto tan relajado.

El cambiante estiró la mano y le acarició el brazo, ella se estremeció.

—Antes no podía bajar la guardia —explicó él—. No podía ponerme en evidencia sin mostrar lo que soy en realidad y eso era enfrentarte a un riesgo muy grande.

—Creo que de haberte visto así antes, hubiera huido sin pensarlo dos veces.

—Anoche no pareció molestarte.

—Sé lo que eres y te amo de esa forma. Aunque debes reconocer que sin explicación previa, escucharte rugir y reaccionar así, causaría pavor en cualquiera.

Joaco ahogó una carcajada.

—Sí. Eso no puedo negarlo —replicó apurando los últimos tragos del café.

—¿Tienes planes que cumplir antes del almuerzo?

—No, solo quedarme contigo. Si quieres, claro —ante aquellas palabras, Cam no pudo evitar sonreír.

Ella dejó su taza en la bandeja y se limpió las manos y los labios con una servilleta.

—Eso ni se pregunta —contestó regalándole una sonrisa.

El cambiante llevó la bandeja al escritorio y regresó a la cama.

—¿Qué se siente cuando...? —Cam dejó la pregunta a medias.

—¿Cuando qué? —él la envolvió entre sus brazos y le depositó un beso en la punta de la nariz.

—Cuando dejas que fluya tu lado animal. Digo, anoche eras tú, pero parecías moverte de otra forma. Más instintivo.

—¿Más bestial?

—Sí, aunque no como la película de Disney —la joven doctora estalló en carcajadas cuando Joaquín le hizo cosquillas en el cuello con la barba.

Él cerró los ojos y respiró profundo.

—Me siento completo. Al no reprimirlo, mis sentidos se agudizan. Mi tacto se vuelve más sensible, así como el gusto y el olfato. Vivo la experiencia con más definición, como si se potenciara.

Al abrir los ojos, descubrió a Camille que lo contemplaba en silencio. A la luz del día, el cambio era más fascinante.

—Tus ojos ambarinos son hermosos, aunque da algo de repelús verte las pupilas tan delgadas —ella se acercó aún más y le acarició el rostro.

El ronroneo escapó de los labios de Joaquín antes de regalarle una sonrisa.

—¿Tus dientes se vuelven más afilados o es mi impresión? —Cam largó la pregunta mientras recorría la curva de sus labios con la yema de los dedos.

Él asintió, levantando una de sus manos.

—También crecen mis uñas, preparándose para convertirte en garras, y libero feromonas. Según Laurent, eso puede hacer que te sientas más atraída.

—¿Alguna vez aplicaste esa táctica para estar con alguien que te interesaba?

Joaco negó con un leve movimiento de la cabeza y se mordió la comisura de los labios antes de responder:

—Llegar a ese punto es exponerte demasiado. Puedes quedar tan vulnerable que cualquier ataque resultaría fatal. Solo lo hacemos cuando estamos con alguien que en verdad nos importa.

—No creí que fuera tan serio el asunto.

—Míralo de esta manera: es como si te entregara mi corazón en carnes vivas para que hagas lo que te plazca.

—Si hicieras eso, te lo devolvería sin dudarlo —él intentó interrumpirla, pero Cam prosiguió—. Ya te lo dije antes. Te quiero completo, no en partes.

—Y por eso te amo más, si es posible —la besó con calma, saboreando cada instante como si fuera el último.

Un golpeteo a la puerta los obligó a detenerse.

—¡Tortolitos! —la voz aguda de Ana resonó desde el pasillo.

Joaco se levantó de la cama y miró a Camille con el ceño fruncido. Ella se rio y señaló hacia la entrada de la habitación, para que no hiciera esperar a su sobrina.

—¡Tío! —saludó la melliza cuando él abrió la puerta—. ¡Hola, Cam!

—Dime cuál es la urgencia, Ana de mi corazón —Joaquín sabía que ella no captaría el sarcasmo, sino que lo tomaría como un cumplido. Aún la dominaba cierta inocencia de la infancia.

—Ya preparamos las pastas y veníamos a pedirte ayuda para arreglar la mesa. Espero que hayan guardado espacio para el almuerzo. Papá se llevó al abuelo con Marco y Javier y nos dejaron a Berni y a mí sin ayuda para terminar lo que falta.

—¿Mika y Pedro siguen entrenando?

—Sí. Están con Stefano y Matías en uno de los establos.

—Bien, no te preocupes. Ahora te alcanzamos y ponemos manos a la obra.

La niña aplaudió entusiasmada y abrazó a su tío sin dejar de sonreír.

—Prepárate para la tarde, ya compré entradas para el cine y te tenemos una sorpresa que te va a encantar —dijo antes de irse cantando por lo bajo.

Camille abrazó a Joaquín por la espalda y apoyó la mejilla contra su espalda.

—Es tan evidente que te aman que da ternura de solo verlo —dijo con una leve sonrisa.

—Son la otra mitad de mi alma, sin dudas —respondió acariciándole las manos—. La primera vez que los tuve en brazos sentí que muchas partes rotas en mí sanaban al instante. Seguía estando destrozado, pero de otra manera. Me insuflaron vida cuando más lo necesitaba.

—Entonces, vamos con ellos. No los hagamos esperar —ella se puso en puntas de pie y le robó un último beso, antes de salir al pasillo.

Joaco buscó la bandeja con lo que quedaba del desayuno y la llevó a la cocina, pensando en el impacto que tenían las emociones en las personas. Él, que se había sentido tan roto y sin sentido luego de separarse de Cam, había encontrado las fuerzas que le faltaban en los pequeños hijos de su hermano. Sus ahijados eran dos chicos terribles cuando se lo proponían, pero eran leales y transparentes. No habían sufrido aún engaños o mentiras que les oscurecieran el corazón y el cambiante esperaba que algo así tardara en suceder. Los mellizos no merecían que nadie los lastimara de ninguna manera.

Capítulo 30

Luego del almuerzo, los mellizos se prepararon para salir con Joaquín, mientras Camille se iba con Isabela a su casa. Jerome y Marco estaban en el patio, organizando trampillas y creando escondites para el arsenal que podían llegar a necesitar. Matías y Laurent trabajaban con Stefano, Mika y Pedro, terminando los últimos detalles de un plan que no pensaban compartir hasta último momento. Javier permanecía en la sala de reuniones, tratando de contactar con su hermana y su cuñado.

La casa estaba en silencio, de manera un tanto dolorosa para Joaco, que ya se estaba malacostumbrando al bullicio de la familia. Podía imaginarse viviendo ahí de manera permanente, aunque no se atrevía a decirlo en voz alta. Aún le resultaba irreal saberse con Cam en algo nuevo, que aún no podía etiquetarse, pero parecía tener mucho futuro por delante.

El reloj de la sala dio tres campanadas al cumplirse la hora y los mellizos llegaron ya listos para ir al cine.

—Elegimos una de mutantes y superhéroes —dijo Bernardo con una sonrisa traviesa—. Es obvio que no conocen a nuestra guardia, sino crearían mejores producciones, sin duda alguna.

Joaco rompió a reír ante el comentario de su sobrino.

—Eso sería en verdad divertido, aunque nos pondría en evidencia —dijo cerrando la puerta de entrada de la casa.

Ana ya estaba acomodada en el asiento del acompañante del auto que Laurent les había dejado.

—Yo creo que si alguien hiciera una película sobre un clan de cambiantes, la gente se creería que todo es ficción y no lo tomarían en serio de ninguna manera —comentó sacando la cabeza por la ventanilla—. Las personas nunca ven la verdad si se la dejas delante de las narices.

Berni asintió, reconociendo el punto que exponía su hermana.

—¿A qué hora comienza la película? —preguntó Joaquín, mirando el reloj de su teléfono.

—En unos cuarenta minutos —señaló el mellizo.

—Entonces vamos bien de tiempo —sonrió mientras ponía en marcha el motor del Volkswagen Passat color gris plata de su hermano—. Podremos

encontrar dónde estacionar esta nave que tiene su padre por auto y llegar sin problema antes de que inicie la función.

Salieron de la casa recordando anécdotas y haciendo bromas. Joaco se cuestionó el motivo por el que sus sobrinos no insistían sobre su relación con Camille, pero prefirió no preguntarles al respecto. La tarde era joven aún y bien podía suceder que los chicos volvieran a hacer de las suyas al regresar del cine.

~*~*~*~*~*~*~*~*~*~*~*~*~*~*~*~*

Aún no había atardecido cuando Joaquín regresó con sus sobrinos. Después de más de dos horas de peleas, escenas sobreactuadas y malos efectos especiales, tío y sobrinos pasaron el viaje de vuelta a la casa criticando las escenas más desastrosas de la película y destacando los momentos de humor.

Entraron al living y se encontraron con Stefano, que llevaba en los brazos varias cajas de diferentes tamaños.

—¡Chicos! ¿Cómo lo pasaron? ¿Se divirtieron? —preguntó antes de dirigirse al sótano.

—Muy bien, gracias por preguntar —replicó Ana con una sonrisa.

—¿Y tú? ¿Qué tal todo? —inquirió Bernardo.

—Nada interesante, solo trabajo y papeles.

Joaco captó el verdadero sentido del comentario de Stefano y asintió, mientras el custodio de su hermano se alejaba. En tanto, los mellizos se dirigieron a la cocina a buscar un poco de leche y frutas. Se les había ocurrido que podían preparar helados caseros que, si bien no estarían listos para la cena, bien podrían disfrutar al día siguiente luego del almuerzo.

—Voy a dejar la campera en mi habitación —avisó el cambiante desde las escaleras y subió los escalones de dos en dos.

Cuando regresó con Ana y Bernardo, la música sonaba a todo volumen en la cocina y el living. La melliza vio a su tío y corrió junto al equipo de sonido, accionando los controles para cambiar de canción. La melodía de Bad Moon Rising interpretada por Creedence Clearwater Revival nació con fuerza sacudiendo los parlantes.

—¿Me concede esta pieza, caballero? —preguntó entre risas y extendiendo sus manos a Joaquín.

—Hace mucho que no bailo —dijo él, dudando.

—¡Vamos! Extraño bailar contigo. Mi hermano nunca me sigue el paso —se quejó.

Antes de que Berni reclamara desde la cocina, Joaco tomó a su sobrina por la cintura con la mano derecha al tiempo que le daba la mano izquierda. Ambos se miraron sonriendo y esperaron el cambio de compás para comenzar a moverse, trazando curvas en el suelo con pasos suaves, pero firmes. Giraban a un lado y al otro si marearse, evidenciando que habían practicado esa coreografía muchas veces. Tampoco se miraban los pies o buscaban el piso de reajo. Eran una suerte de bailarines amateurs, aunque solo sacaran a relucir sus dotes una vez al año cuanto mucho.

Ana reía con entusiasmo. Amaba dejarse llevar por la música. Joaco solía pensar que su ahijada tenía un don para la danza, aunque ella no le daba la suficiente atención al asunto.

Desde la cocina, Bernardo cantaba a viva voz. Si su hermana destacaba bailando, él se lucía haciendo emocionar a todos los que se detenían a escucharlo, aunque no acostumbraba a cantar en público ni tomaba clases para mejorar la técnica. Lo hacía por gusto, en general acompañando las coreografías de su melliza.

Tan ensimismados estaban los chicos y su tío, que no escucharon la puerta del frente abriéndose ni vieron que Isabela llegaba con Camille.

La canción terminó y Ana abrazó a Joaquín con toda la ternura que podía demostrar a pesar de su metro setenta y cinco de estatura.

Los aplausos de Cam los tomó desprevenidos. Se giraron a mirarla con un dejo de vergüenza.

—No sabía que bailabas tan bien —dijo ella acercándose a Joaquín—. Aunque con una bailarina tan buena, resulta fácil tomar el ritmo.

La niña sonrió e hizo una reverencia, antes de regresar a la cocina donde su madre ya estaba reunida con Bernardo.

—Te extrañé —murmuró Joaco besando a Camille con delicadeza.

—Y yo a ti. Pero mira, ya tengo mi bolso listo y me compré algo de abrigo. Isabela me dijo que donde vamos el invierno es bastante feroz.

Él asintió, tomando el bolso por la correa y cargándolo sobre su hombro.

—Vamos a llevar todo a nuestra habitación, ¿quieres?

La muchacha sonrió.

—¿Nuestra habitación?

—Bueno, tú sabes a lo que me refiero.

—Isabela me dijo que ella se haría cargo de la cena con Laurent. Podemos pasar un rato juntos —murmuró mirando hacia la cocina.

—¡Oigan! —los llamó Ana mientras accionaba la batidora—. Necesito que se pongan ropa linda y se preparen. En una hora iré a buscarlos, ¿sí?

—¿Nos buscarás? ¿Dónde se supone que iremos? —Joaquín miró a su cuñada, buscando la respuesta que, como era obvio, la melliza no le daría.

—Mamá no sabe nada del asunto —se adelantó Berni—. Solo esperen, por favor. Va en serio.

—No se preocupen. En una hora estaremos listos —respondió Cam mientras empujaba a Joaco hacia las escaleras.

—En una hora podemos hacer muchas cosas —le susurró él al oído para que sus sobrinos no lo escucharan.

Ella se le adelantó al subir los escalones riendo.

—Entonces no perdamos el tiempo hablando —dijo regalándole una sonrisa traviesa.

Joaquín se mordió el labio inferior y rugió divertido, antes de correr tras Camille.

Se le estaba haciendo muy fácil imaginarse llevando una vida con ella, compartiendo un hogar, incluso podía verse formando una familia. Lo que parecía tan lejano hacía poco más de una semana, en ese momento se palpaba cercano y posible. ¡Cuán frágiles resultan las distancias cuando los asuntos involucran al corazón!

Joaquín seguía sin creer todo aquello. No daba en sí de tanta felicidad. Recordó la propuesta de su hermano, de viajar con los mellizos y Cam y la desechó al instante. Necesitaba garantizarse un futuro junto a la mujer que amaba y no era posible si escapaba al clan de su madre. Aquello era algo que debía resolver junto a su clan, sin lugar a dudas.

Capítulo 31

Camille estaba sentada en la cama, mirando a Joaquín que buscaba una remera entre la pila de ropa que tenía guardada en el placard.

—¿Cuánto me queda? —preguntó él mientras seguía sacando y guardando camisas.

—Si asumimos que Ana será puntual, tienes cinco minutos —Cam se encogió de hombros y bloqueó la pantalla de su teléfono—. ¿Qué buscas en realidad?

—Una remera de color negro —Joaco sonrió antes de comenzar a morderse la comisura de los labios.

—Tienes decenas de remeras así.

—Sí, pero la que necesito tiene el dibujo de...

La joven doctora se puso de pie y sonrió mientras se acercaba al cambiante.

—Déjame adivinar. ¿La usaste en un momento especial para nosotros?

Él asintió sin mirarla, concentrado en su tarea de dar vuelta todo su guardarropa.

—¡La encontré! —dijo sonriendo con entusiasmo.

Ella lo observó apoyada contra el lateral del placard.

Joaquín había ganado musculatura de forma natural. Era evidente que se debía al esfuerzo de un trabajo constante y no a algún tipo de entrenamiento. Llevaba la espalda cubierta con el tatuaje de un mandala que nacía en su nuca, se extendía recorriendo los omoplatos y bajaba hasta terminar en la cintura. Sus brazos, antebrazos y piernas también cargaban diseños en tinta, aunque más modestos y simples.

Él se calzó la remera con un triskel estampado al frente. Antes de que Camille dijera nada, se puso una camisa azul por encima y prendió los botones con ligera destreza.

Ana llamó a la puerta en el preciso momento en que terminaba de doblar las mangas de la camisa hasta acomodarla a la altura de los codos.

Cam abrió la puerta sonriendo.

—Esa blusa te queda hermosa —dijo la melliza antes de desviar la atención hacia su tío, que estaba calzándose las zapatillas.

—Ya estoy, ya estoy. No me mires así —sonrió, sabiendo que Ana no podía enojarse con él por mucho tiempo.

—Te va bien ese tono de azul eléctrico, aunque no entiendo la necesidad de llevar una remera debajo.

—Cada uno es libre de vestirse como mejor le parezca.

—Sí, pero te dije que te pusieras lindo y te visties como para... —la niña señaló a su tío sin terminar la frase.

—Como para nuestra primera cita —comentó Camille.

—¿Fuiste a tu primera cita con ella vistiendo así? —el tono de voz de su sobrina hizo reír a Joaquín.

—Fuimos a comer al parque, ¿qué esperabas? —cuestionó él antes de cambiar de tema—. Por cierto, ¿dónde se supone que nos llevarás?

Ana le regaló una sonrisa tierna y señaló el pasillo.

—Vamos a la sala de reuniones —dijo haciendo una pequeña reverencia.

Cam y Joaco la siguieron tomados de la mano.

—Antes de entrar, quiero que sepan que mamá y Berni me ayudaron y papá colaboró dando algo de data —avisó la melliza con la mano sobre el picaporte.

Abrió la puerta y les dio paso. Camille contempló la sala sin saber qué decir. Joaquín titubeó antes de abrazar a su sobrina y acariciarle el pelo.

—Solo alguien tan genial como tú puede hacer algo así —comentó señalando el lugar.

La sala estaba iluminada por decenas de pequeñas velas y diminutas luces blancas colgaban de las paredes. Un ramo de rosas azules componía el centro de mesa, cuya fragancia parecía inundar la habitación con delicadeza.

—Acomódense y les sirvo la cena, ¿sí? En verdad espero que la disfruten —dijo la niña mientras buscaba una mesita con ruedas donde ya tenía todo listo—. Aunque debo reconocer que hubiera elegido otro menú, papá dijo que esto era lo ideal para ustedes.

Ana depositó frente a Cam un plato cubierto y luego repitió el proceso con su tío.

—¡Buen provecho! —dijo antes de irse tarareando por lo bajó.

Joaco levantó la tapa de su plato y comenzó a reír.

—Tu ahijada es una criatura muy especial —señaló Camille al mirar la hamburguesa y la porción de papas fritas que constituían su cena.

—Está en cada detalles, sin duda alguna —replicó él con una sonrisa.

Estaban a punto de dar el primer bocado cuando Matías abrió la puerta sin aviso previo.

—Vamos a la biblioteca. ¡Es urgente! —apuró con la respiración entrecortada.

Joaquín tomó a Cam de la mano y le sonrió, intentando parecer tranquilo.

—No te preocupes —le susurró—. Todo irá bien.

Siguieron a Matías hasta el altillo de la casa y entraron a la sala donde ya estaban Laurent con Isabela, los mellizos y sus custodios, así como Jerome, Marco y Stefano. Javier fue el último en llegar.

—No voy a dar rodeos —dijo Jerome mirando al grupo—. Hubo un drástico cambio de planes.

Todos comenzaron a murmurar, Javier los detuvo explicando:

—Descubrieron a mi cuñado. Hace unos minutos mi hermana llegó a un refugio de nuestro clan y me llamó para alertarnos. Atacarán hoy.

—¿Qué haremos entonces? —Isabela abrazó a sus hijos y se estremeció.

—Ustedes irán a lugar seguro junto a Camille —indicó el líder del clan en respuesta a su nuera—. Se quedarán en el bunker que hay debajo del establo principal. Nadie, a parte de los aquí presentes, conoce su existencia.

—¿Se sabe algo sobre cuántos llegarán? —preguntó Joaco abrazando de manera inconsciente a Camille.

—Sumaron mercenarios —la voz de Laurent sonó sin vida—. Nos van a superar dos a uno. Su hermano asintió con un leve gesto de la cabeza.

—Ya todos saben qué deben hacer. Se nos adelantaron, pero no tanto como para tomarnos desprevenidos —la seguridad en la voz de Jerome no aplacó los nervios del grupo—. Vayan a sus puestos y prepárense. Llegarán en cualquier momento.

Matías y Javier bajaron directo al patio con Mika y Pedro siguiéndoles los pasos. Stefano y Marco tomaron hacia la sala del sótano. Extraños rasguños metálicos comenzaron a escucharse a medida que la familia alcanzaba el living.

Jerome abrazó a sus hijos y a sus nietos. Por último, envolvió entre sus brazos a Isabela y a Camille.

—No permitiré que nadie los lastime —dijo con tono serio—. Antes preferiría morir a saber que sufrieron daño alguno.

El anciano líder del clan suspiró mirando a sus nietos y agregó:

—En el bunker estarán a salvo. Lo hice construir a escondidas de mi mujer, por si algún día necesitaba poner a resguardo a Laurent y Joaquín.

Se retiró con paso rápido, sin dar más explicaciones.

—Vamos —murmuró Laurent tomando la mano de Isabela—. Pueden acceder al bunker por un pasillo subterráneo.

Caminaron hasta la sala donde Stefano y Marco habían entrado hacía unos momentos. Al ver la jaula desplazada hacia un costado, entendieron el motivo de los extraños ruidos que habían escuchado poco antes. Una marca rectangular en el suelo recién expuesto delataba una suerte de puerta secreta.

—Sigan el camino, los llevará directo —señaló Stefano antes de darle a Isabela un manojo de llaves.

—La contraseña de entrada y salida se compone de ocho dígitos —dijo Laurent abrazando a sus hijos mientras los custodios accionaban la puerta trampa.

—Si no colocan el código, no hay manera de acceder al bunker, ni siquiera haciendo estallar la cerradura —agregó Marco—. Estarán bien, mientras se queden allí.

—Recuerda —Laurent abrazó a Isabela —El código se forma con la suma de las fechas de nacimiento de los mellizos y tuya, si le restas la fecha del día que nos conocimos.

Joaquín vio a sus sobrinos y cuñada bajar por las escaleras de la trampa y volvió su atención a Camille.

—Todo estará bien. Lo prometo. Iré a buscarte cuando termine —le sonrió de costado, aunque la alegría no le llegó a los ojos.

—Te amo —susurró ella y se puso en puntas de pie para robarle un último beso.

Se abrazaron por un momento, antes de que Cam siguiera los pasos de Isabela y los mellizos.

Los guardias cerraron la puerta y accionaron los controles para regresar a la jaula a su posición original.

Laurent miró el suelo sin marcas y desvió la atención a su hermano.

—Es admirable las precauciones que tomó papá —murmuró.

—Vamos, muchachos —llamó Jerome—. Los vigías apostados afuera de la ciudad detectaron un movimiento extraño. Llegarán en cualquier momento.

Ambos corrieron tras su padre. Si todo resultaba como esperaban, la próxima vez que regresaran al sótano sería para buscar a su familia, aunque ninguno comentó nada al respecto. El desarrollo de aquella situación les preocupaba demasiado.

Capítulo 32

“¿Me copias?”, la voz de Laurent resonaba a través del auricular que Joaquín llevaba en su oído derecho.

“Sí, te escucho perfecto”.

Estaba oculto sobre uno de los árboles que se ubicaban al frente de la casa. Sabía que Matías y Javier no estaban muy lejos. Ambos bajo la forma animal esperaban la llegada del enemigo. Laurent estaba en la parte trasera del edificio, desde donde podía controlar el establo y los almacenes de la estancia. Stefano lo acompañaba.

Joaco agudizó los sentidos dejando fluir un poco de su esencia animal. Con las pupilas alargadas le resultaba muy sencillo registrar el campo a oscuras, así como escuchaba todo con mayor detalle.

Dentro de la casa, Marco custodiaba el sótano, donde Jerome aparentaba estar enjaulado en su forma de oso. Creían que irían a buscarlo y habían plantado la carnada como un plan secundario.

A lo largo y ancho del territorio que ocupaba la estancia, una treintena de guardias se apostaban listos para luchar. Algunos con su forma animal, otros con chalecos antibalas y armas de gran alcance. Sabían que con los mercenarios no podrían negociar ni llegar a un acuerdo, aquello sería una batalla en toda la regla.

El chirriar de una lechuza alertó a Joaquín. Era la mascota de Mika. Ella y Pedro se habían quedado cuidando los alrededores del establo, por si necesitaban auxiliar a los mellizos llegado el caso.

“Traspasaron el alambrado oeste”, el pensamiento de Matías llegó con total claridad, a la par del sonido de disparos.

Varios kilómetros hacia su izquierda, Joaco vio un fogonazo mientras un estruendo levantaba una nube de humo y tierra. No podía adivinar si los que habían detonado los explosivos eran de su clan o del oponente, pero eso no le impidió estremecerse. Había gente jugándose la vida, sin saber si llegarían a ver a sus familias una vez más o si cerrarían los ojos en ese mismo campo donde él había jugado desde niño.

“Frontera sur”, avisó Laurent.

Su hermano llegó a escucharlo accionar la ametralladora de trasfondo.

“También avanzan por el este”, rugió Javier.

Joaquín captó en sus pensamientos cómo su custodio se lanzaba veloz en su forma de puma hacia una presa que no alcanzó a defenderse. Al sentir el sabor a sangre, abandonó el enlace y fijó su atención al espacio que lo rodeaba. Solo había matado a alguien para defender a Camille. Aquella noche, debería actuar por el bien de clan, aunque la idea de saberse verdugo no le interesara en absoluto.

Un nuevo estruendo resonó, esta vez en el alambrado frontal de la estancia. Aunque una gran arboleda interrumpía el paisaje, Joaco sabía que ellos llegarían pronto. Preparó su rifle y esperó, intranquilo.

“Ya nos rodearon”, una voz infantil susurró en sus pensamientos. Mika se ocultaba bajo el aspecto de un pequeño lobo, aunque su tamaño no le restaba filo a sus garras y dientes.

“¿Cuántos...?”, inquirió Joaquín por el comunicador de su muñeca. “¿Alguien puede precisar cuántos son?”

“Superan al centenar. La mitad de ellos van armados hasta los dientes. Los demás atacan en forma animal”, rugió Laurent.

Joaco no respondió. Había captado la silueta de varios soldados que estaban saliendo de la arboleda, a un par de kilómetros de su posición. Esperó el momento adecuado para no delatarse y comenzó a disparar directo a la cabeza de cada cambiante que alcanzaba a ver bajo la luz de la luna. Muy cerca, otros guardias de su clan lo imitaron. El bando enemigo se desconcentró, de manera que muchos tomaron carrera hacia los laterales.

El cambiante bajó del árbol de un salto y miró hacia la arboleda. Había dado muerte a una docena de soldados, sin poder alcanzar al resto. Si esa cantidad había llegado tan cerca de la casa, era obvio que las fuerzas de su padre habían caído por completo, al menos en aquella frontera. En los árboles cercanos, los guardias entrenados por Marco saltaron para alcanzarlo.

“Señor, nos replegamos hacia el interior de la casa”, informó uno de ellos, “Son órdenes de su padre”.

Joaquín asintió, buscando con la mirada algún rastro que seguir. El sonido constante de disparos y gritos le taladraba los oídos. No podía perder tiempo intentando comunicarse con su hermano o sus custodios. Prefirió recargar su arma y verificar cuántas municiones le quedaban. Había optado por llevar el menor peso posible a cuestas y eso lo obligaría

—más temprano que tarde— a buscar algo del arsenal que su padre había ocultado en varios puntos estratégicos de la estancia.

El sonido de pisadas rápidas lo hizo girar en busca del responsable. Un tigre con las patas teñidas de color fosforescente le rugió al pasar cerca. Joaco se relajó, agradeciendo que su padre hiciera que todos llevaran pintura flúor para el momento de transformarse. Eso los delataba en suma medida, pero avisaba que eran parte del clan y así podían ahorrarse accidentes innecesarios.

Con sigilo, comenzó a rodear la casa. El griterío que llegaba desde la parte trasera le decía que debía ir a ayudar. Al doblar en una esquina del edificio, algo lo atacó por la espalda. Dejó caer su pistola, en un esfuerzo desesperado por quitarse de encima a la criatura que le estaba clavando los dientes en la nuca. Algo mareado, llegó a arrancarse una enorme serpiente de escamas oscuras y cayó al suelo, donde tomó el arma y disparó varias veces sobre el animal, hasta que la criatura dejó de moverse.

Intentando tranquilizar su respiración, Joaquín se puso de pie y recargó la pistola. Eran las últimas municiones, debía buscar más o transformarse para luchar. Llegó a la zona donde su hermano debía encontrarse, pero no había rastro de Laurent. Intentó rastrearlo con el olfato, pero había demasiadas manchas de sangre a lo largo y ancho del terreno, así como varios cuerpos tendidos sin orden específico.

Estaba mirando el suelo, tratando de corroborar si alguno de los fallecidos eran sus amigos o familia, cuando la ventana de la cocina estalló. Por instinto, Joaco se agachó y se cubrió la cabeza con las manos. El viento a favor le trajo un aroma tan conocido que no necesitó mirarlo para corroborar que aquello que había atravesado el vidrio era Matías. El custodio ya estaba de pie, disparando con su ametralladora hacia el interior de la casa.

—¿QUÉ HACÍAS AHÍ DENTRO? —le gritó, mirando a los alrededores.

—Tu hermano necesitaba ayuda con tu padre —la voz de Matías llegó tenue tras los disparos.

Joaquín no alcanzó a escuchar el resto de la explicación, porque corrió dentro de la casa sin pensarlo dos veces. Dudando entre seguir hacia el sótano o subir a las habitaciones, el rastro de su padre lo condujo escaleras arriba. Pasó delante de su habitación, cuya puerta estaba hecha trizas. Alcanzó a ver el cuerpo sin vida de un soldado del clan contrario yaciendo sobre la alfombra delante de su cama y prefirió seguir avanzando para

llegar a la habitación de su padre, al final del pasillo. Recordaba que Javier había dado orden de dejar guardias apostados en cada habitación, desde donde podían disparar aprovechando que la casa estaba a oscuras.

Varios cuartos y puertas destrozadas más adelante, Joaco llegó a la habitación que buscaba. Era la única que mantenía la puerta sana.

—¿Laurent? ¿Papá? —susurró.

La puerta se abrió. Nada más entrar, el cambiante vio a su padre sentado al borde de la cama, junto a un muchacho que se estremecía en el límite de la inconsciencia. El desconocido tenía el cuerpo cubierto de heridas por donde sangraba profusamente.

Joaco volvió la atención a su hermano, que llevaba las ropas cubiertas de sangre ajena y preguntó lo evidente:

—¿Quién es?

—Se llama Víctor —dijo Jerome sin apartar la mirada del muchacho. El anciano le sostenía la mano y parecía a punto de romper a llorar.

—Es hijo de nuestro tío —comentó Laurent, limpiándose la cara con una toalla húmeda—. El único primo y mira cómo vinimos a conocerlo.

—¿Qué hace acá? ¿Tomás envió a su propio hijo a pelear? —Joaquín se llevó las manos a la cabeza—. ¡Pero si solo es un niño! ¡Míralo! ¡Ni siquiera es mayor de edad!

—Él se infiltró en el grupo de asalto porque quería buscarnos —explicó Jerome.

—Nos contó que intentó hacer entrar en razón a su padre, pero él no quiso escucharlo. En cambio, resolvió buscar a todos los que estuvieran dispuestos a unírseles, fingió estar a favor de su padre y al llegar aquí, se reveló. Por eso lo atacaron —Laurent apretó los dientes.

Su primo era solo unos años mayor que los mellizos y verlo tan malherido le helaba la sangre.

—Tomás contrató más fuerzas de las que creíamos —las palabras de su padre surgieron en un susurro.

Joaco caminó hacia él y se puso en cuclillas para mirarlo a los ojos.

—¿De qué hablas? —cuestionó.

Jerome lo miró y negó con un gesto de la cabeza.

—Según Víctor, planearon dos olas de ataque. La primera para probar nuestras defensas y la segunda para borrarlos del mapa —dijo en un hilo de voz.

—¿Entonces...?

—Entonces —intercedió su hermano—, todos los que matamos eran una suerte de muñecos desechables. Falta que lleguen los demás.

Joaquín se puso de pie y caminó por la habitación, tratando de asimilar esa información.

—¿Cuántos quedamos? —se estremeció esperando la respuesta.

—Cayeron más de la mitad, pero se nos sumaron los que renunciaron al clan del sur. Creo que sumamos unos cincuenta soldados —Laurent miró el teléfono celular cuya pantalla brillaba en sus manos.

—¿Vas a decirle algo a Isabela? —se acercó a su hermano y le palmeó la espalda.

—No. No quiero que entren en pánico. Están a salvo ahí, incluso tienen provisiones para resguardarse varios días.

El menor de los Stevenson asintió desviando la mirada.

—Iré a ver cómo están los demás. Cuídense por favor.

Al salir del cuarto, se cubrió el rostro con las manos. No podía permitir que el pánico le sacara ventaja, porque estaba en juego mucho más que su propia vida. Bajó las escaleras con sigilo y siguió el rastro fresco de Javier, que lo conducía hacia la sala de reuniones del subsuelo. Rogando que su amigo no estuviera herido de gravedad, cruzó el living sorteando cuerpos inertes desparramados por el lugar. Aquello parecía la escena de una película bélica, poco quedaba del hogar que conocía.

Capítulo 33

Camille estaba sentada en una silla, viendo a los mellizos discutir con su madre.

—¿Vas a decir que no sentiste esa vibración en la pared? —cuestionó Bernardo.

La seriedad del cambiante era tal que parecía tener mucho más de doce años, algo que se acentuaba con su estatura y la gravedad de su tono de voz.

—No sabes a qué se debe. Puede que te estés preocupando en vano —replicó su madre, intentando sonar convencida.

—Tal vez las cosas no resultaron como imaginaban.

—¿Y si les sucede algo malo? —Ana desvió la mirada tratando de contener el llanto.

—Chicos, mientras más tiempo nos toque pasar aquí, más nerviosos nos pondremos. Traten de tranquilizarse, por favor.

—Deja que vea cómo están papá o el tío —Berni apretó sus manos en puño—. Dame unos minutos y prometo que ya no tocaré el asunto.

—No. Lo siento...

—Podrían estar necesitando ayuda —murmuró la melliza—. ¿Y si no tienen cómo defenderse y están heridos? ¿Y si ahora mismo papá o el tío o cualquiera está muriendo porque nadie puede socorrerlo?

—¡Dije que no! —bramó Isabela—. Bernardo no mirará en los pensamientos de nadie y ninguno saldrá de aquí. Tu padre pidió que nos quedemos en este lugar y eso es justo lo que haremos.

Cam se aovilló, envolviendo sus piernas con los brazos y apoyó la cara contra las rodillas.

—Joaquín prometió que vendría a buscarnos cuando todo terminara y yo le prometí esperarlo —dijo en un hilo de voz.

Los mellizos desviaron la atención hacia ella y se acercaron con paso lento.

—No te preocupes, lo digo de verdad —replicó Isabela—. Varias veces a los de mi clan les tocó luchar contra invasores y todo salió bien.

—Mamá lleva razón —Bernardo le sonrió a Camille y levantó una ceja, mostrándose por un instante como una copia de su tío—. Aunque no eran suficientes los guardias que podían defender la estancia, puede que ya hayan llegado los refuerzos que mandaron los abuelos desde Europa.

—Esta mañana estaban a pocos kilómetros, pero debían arribar aquí antes de la madrugada, para escoltarnos hasta el aeropuerto —agregó Ana con una sonrisa tímida.

—Si saben todo eso, ¿por qué estábamos peleando hace unos momentos? —inquirió Isabela cruzándose de brazos—. Solo logran que Cam se ponga más nerviosa. Ella no creció como ustedes, deberían ser un poco más atentos.

La melliza se agachó junto a Camille y la abrazó con cuidado.

—Si el tío prometió regresar, lo va a hacer —le dijo mirándola a los ojos.

—Él nunca falta a su palabra —Berni se encogió de hombros—. Todo va a salir bien, ya verás.

Isabela miró a sus hijos y trató de sonreír. Deseaba ser tan optimista como ellos aparentaban serlo, pero se le hacía difícil sin poder comunicarse con su marido ni verificar cómo iba todo. Tarde o temprano, tendría que permitirle a Bernardo usar sus habilidades y despejar las dudas. Aún era temprano. Llevaban poco menos de una hora en el bunker y aquello bien podía extenderse toda la noche. Lo sabía por propia experiencia.

Capítulo 34

Joaco procuraba venderle el brazo a Javier, que había recibido un corte profundo.

—Al menos no es mi brazo hábil —el custodio intentó sonreír.

—Esto es más grande de lo que creíamos —bufó su amigo por lo bajo—. Y aunque estamos a varios kilómetros de la ciudad, las autoridades van a ver lo que sucede e intentarán intervenir y eso será mil veces peor.

—Ya nos encargamos del asunto con tu padre, no te preocupes.

—¿De verdad?

—Dijimos que íbamos a aprovechar la distancia al casco urbano para realizar maniobras de entrenamiento con nuestros guardias. Aceptaron la excusa con una buena colaboración económica de por medio.

—Te convertiste en todo un estratega —Joaco anudó el vendaje y sonrió sin alegría.

—Te agradecería el cumplido, si no fuera por un motivo tan terrible. Hay un centenar de cadáveres desparramados por el campo y la casa y un quinto de esos hombres pertenecían de nuestro clan.

—Nadie creía que fuera a suceder algo así. No tienes la culpa.

—Lo sé. La guerra nunca es el medio adecuado para nada y nosotros solo nos estamos defendiendo. Pero igual, me duele ver tantas vidas perdidas.

El guardia se puso de pie y recorrió el living con su protegido siguiéndole los pasos.

—Se supone que el nuevo ataque ocurrirá antes del amanecer —explicó Javier atravesando la cocina—. Aprovecharemos el tiempo que tenemos para reforzar la zona en torno a los almacenes, concentrando ahí el grueso del arsenal. Apostaremos de nuevo francotiradores en cada ventana de la casa.

—Yo iré al almacén central. Supongo que Matías y tú andarán cerca llegado el momento. ¿Sabes algo de Mika y Pedro?

—Se han valido de sus habilidades con suma destreza, teniendo en cuenta lo jóvenes que son. Están tan bien como podrían, dada la situación que atravesamos.

—Ojalá todo termine rápido. Me duele cada músculo del cuerpo, nunca me había pasado algo así. Supongo que es la tensión del momento.

—Ve al almacén y descansa un poco. Si hay alguna noticia, te avisaré.

El cambiante saludó a su amigo con un leve movimiento de la mano y caminó los cien metros que lo separaban del agrupamiento de ediciones donde su padre almacenaba todo tipo de objetos antiguos. Vio que varios guardias acomodaban ametralladoras en cuanto ventanal había disponible, mientras otros movían cajas de un lado a otro. La mayoría, sin embargo, se enfocaban en instalar grandes porciones de metal reforzado fuera de las ventanas y puertas. Estaban blindado el lugar, tan rápido como les era posible.

Miró el establo y se sorprendió al ver que ese edificio quedaba totalmente desprotegido.

—Decidimos dejar el lugar despejado para no llamar la atención. Si está descuidado, no creerán que tenemos algo que ocultar ahí y se enfocarán donde en realidad nos interesa —comentó Matías mientras caminaba hacia Joaquín arrastrando la pierna derecha.

—¿Qué te pasó? ¿Estás bien?

—Al saltar por la ventana me corté la pantorrilla con un trozo de vidrio. Por suerte, pude extraerlo y procuré darme algunas puntadas para cortar la hemorragia. Eso no quita el dolor, obvio.

—¿Te cociste tú mismo la herida?

—Estaba perdiendo demasiada sangre y fue lo único que se me ocurrió. Encontré un botiquín en el establo y aproveché la oportunidad. No puedo quedarme a un costado, sabiendo que corres peligro.

Joaco abrazó a su custodio y trató de sonreírle.

—Cuando todo termine, te regalaré las mejores vacaciones de tu vida.

—¿En alguna isla paradisíaca? ¿Con muchas mujeres hermosas? —preguntó Matías riendo.

—Lo juro. Así que mantente en una pieza.

Joaquín entró a los almacenes a través de la puerta principal, ubicada en el edificio central. El aire cargado del olor a muerte y óxido de sangre por momentos le daba náuseas. Buscó un rincón junto a una de las ventanas y se acurrucó a descansar. Había instantes en los que le dolían tanto las articulaciones que se le dificultaba mover las manos e incluso respirar. Cuidando que nadie se acercara, buscó el teléfono que llevaba guardado en un bolsillo lateral del pantalón y comenzó a grabar un nuevo audio. No

quería creer que aquellas serían las últimas palabras que le dejaba a Camille, pero sentía que era lo mejor que podía hacer para pasar el tiempo hasta que estallara el nuevo ataque.

Grabación 16

No sé si llegarás a escuchar esto. No pienso enviártelo a tu celular, no quiero asustarte más de lo que ya debes estar. Lo guardaré, por las dudas, y cuando todo termine, lo escucharemos juntos y sonreiremos por lo que dejamos atrás y por el futuro que nos queda.

Nada salió como planeábamos. Barrieron con la mitad de los guardias de nuestro clan y resulta que solo eran una tanda destinada a minar nuestras defensas.

No todo va tan mal. Llegaron refuerzos del clan del sur, guerreros que se negaron a luchar a favor de mi tío. Incluso mi primo lo abandonó. Parece un buen chico, pero está muy grave. Papá y Laurent se quedaron cuidándolo. Se llama Víctor y espero de todo corazón que sobreviva. Es poco mayor que Ana y Bernardo, todavía le queda toda una vida por delante.

Mientras esperamos que llegue el nuevo ataque, Javier propuso de fortificar los almacenes. Estoy a pocos metros de ti, cariño. En este momento estoy sentado en el suelo, recostado cerca de una ventana. Puedo ver la parte trasera de la casa. Si estuvieras aquí ahora mismo, no reconocerías el lugar. Hay soldados muertos por todos lados y la mayoría de las ventanas y puertas, por no decir todas, cayeron a patadas o a balazos.

Espero que estés bien. Ojalá los mellizos te entretengan contándote anécdotas sobre mí o que Isabela te explique que en realidad ella estaba comprometida conmigo y se conocieron con Laurent la noche que él fue a disculparse por mi ausencia a la cita. En ese momento yo estaba encerrado en el departamento de aquel pequeño pueblo cerca de París. Me recuerdo llorando sin poder contener el enojo y la frustración porque mi madre te había amenazado de muerte y yo no podía hacer más nada para protegerte, salvo mantener la distancia.

¿Sabes? Más allá de lo mucho que sufrimos, de las noches en las que creía que me iba a morir del dolor que sentía partiéndome el pecho; más allá de todo eso, no cambiaría nada de lo que viví, porque eso me llevó a reencontrarte ahora.

Dirás que solo fueron unas pocas horas, pero saber que me quieres, poder tenerte en mis brazos y respirar tu aroma; todo eso me da fuerzas ahora para seguir de pie y enfrentarme a lo que sea que esté por venir. Voy a luchar por un futuro a tu lado, lo digo en serio, Cam. No puedo darme por vencido. No después de haberte recuperado luego de tantos años.

Te amo. No me alcanzará la vida para demostrártelo. Espero verte muy pronto. Ya te extraño. ¿Puedes creerlo? Cuídate, por favor.

Capítulo 35

Joaquín se despertó sobresaltado. El almacén estaba a oscuras. Miró por un pequeño espacio que habían dejado libre en la ventana y contempló el patio. En el cielo, densos nubarrones ocultaban el blanco rostro de la luna. Mientras, los guardias accionaban las ametralladoras y derribaban a cuanto intruso se acercaba al edificio.

Un estruendo en el techo sacudió parte de la construcción. Joaquín se puso de pie e intentó orientarse. Por un instante se sintió mareado, pero recuperó el equilibrio y avanzó hacia la parte trasera del almacén, donde escaleras de concreto conectaban con la terraza. Hizo seña a varios soldados para que apuntaran a esa zona, convencido de que el bombardeo en el techo era una estrategia para desviar su atención y atacarlos desprevenidos.

Una segunda detonación impactó cerca. De seguro habían fijado su blanco en uno de los almacenes laterales. Debían de estar constatando cuántos soldados se encontraban tras la fortificación.

Joaco sonrió, recordando a los francotiradores que quedaban en la casa y a los que se ocultaban en el establo. Él y los demás debían seguir soportando ahí, atrayendo a tantos como fuera posible, antes de salir y hacerles frente cara a cara. Por eso regresó a la parte frontal del edificio y comenzó a disparar con su rifle por una de las ventanas libres.

Un sonido agudo cortó el aire, haciendo estremecer a todos dentro del almacén. Cuando Joaquín logró centrar la mirada, alcanzó a ver un objeto moviéndose hacia donde él se encontraba. El impacto dio de lleno, levantando una nube oscura de cenizas. Gran parte de la pared había colapsado, dejando varios heridos y permitiendo al enemigo atacarlos sin problema.

“Necesitamos ayuda”, urgió a través del comunicador de su muñeca. “Trataremos de resistir, pero nos ganan en número”.

No entendía por qué ni Matías ni Javier estaban cerca para cubrirlo. Tampoco escuchaba respuesta de su hermano. Algo grave debía estar sucediendo. Era la única razón que encontraba, aunque el aire enrarecido luego de la explosión le dificultaba pensar claro.

Comprendiendo que le estaban fallando los sentidos, el cambiante dejó su rifle y decidió enfrentar a sus oponentes a manos limpias. Concentrando la atención, flexionó los dedos de la manos hasta que afiladas garras ocuparon el lugar de las uñas. Corrió fuera del almacén, decidido a hacer algo de tiempo para que llevaran a lugar seguro a los heridos en tanto esperaba la llegada de los refuerzos. Creía recordar algo sobre el clan de Isabela, pero los pensamientos se le nublaban, impidiéndole razonar la situación.

Varios soldados le hicieron frente en forma animal. Joaquín se dejó llevar por los instintos, moviendo su cuerpo tan rápido como le era posible. Atacaba con todas las fuerzas, rogando que aquello fuera suficiente.

Un alarido llamó su atención. Provenía del establo. Sin detenerse a pensarlo, corrió hacia allí. Un tumulto de personas peleaba mano a mano sin atender a lo que sucedía a sus alrededores. Por momentos, los tiroteos cantaban una melodía de muerte y oscuridad.

El cambiante se abrió paso hasta el establo. A pocos metros de la entrada, tras una gran camioneta el cambiante descubrió a Marco tirado en el suelo, con varias heridas en el pecho. Sobre él, Mika lloraba desconsolada. La joven guardia llevaba las manos cubiertas de sangre y gritaba asustada. Junto a Marco, Pedro yacía con los ojos cerrados.

Joaco se puso de pie al escuchar pasos que se acercaban. Le hizo un gesto a Mika para que guardara silencio y rodeó la camioneta con sigilo. Un soldado se le abalanzó con un enorme facón en la mano derecha, pero no llegó a tocarlo. El cielo se rompió en miles de venas plateadas y un rayo impactó de lleno sobre el oponente. No necesitaba comprobarlo, sabía que solo su sobrina podía hacer algo así.

El grito vivo de Bernardo lo hizo volverse sobre sus pasos. El mellizo estaba arrodillado junto a Pedro y trataba, desesperado, de captarle los signos vitales. Joaquín percibió que el cielo se estremecía una vez más, pero con mayor violencia. El resultado fue una serie de relámpagos que impactaron en lugares aleatorios del terreno. Una docena de soldados cayeron sin vida.

—¿Dónde está tu hermana? —gritó para que su sobrino lo escuchara por sobre los truenos—. Bernardo, ¿dónde están Ana y tu mamá?

Se estremeció ante la explosión de una nueva tanda de rayos. Si ellos estaban afuera, ¿Camille había quedado sola? ¿Permanecía a resguardo en

el bunker o se encontraba en pleno campo de batalla?

Subió a la parte trasera de la camioneta con un movimiento un tanto torpe y llegó hasta el techo del vehículo. A riesgo de ser alcanzado por alguna bala, miró en todas direcciones, buscando a Ana o Isabela. Encontró a la melliza resguardada detrás de una puerta de metal blindado, oculta a la vista de la mayoría de soldados que seguían peleando a favor y en contra del clan de los Stevenson.

Joaco sabía que Isabela no debía de estar muy lejos. Ella no era capaz de dejar a sus hijos en una situación como aquella. Sin ir más lejos, era la responsable del cielo nublado que aprovechaba Ana para crear las descargas eléctricas.

El cambiante bajó de la camioneta para reencontrarse con su sobrino y vio a su cuñada corriendo hacia ellos.

—¿Y Cam? —le urgió él tomándola del brazo—. ¿Dónde está Camille?

—Quiso venir, pero le pedí que regresara.

—¿Y la viste volver? ¿Comprobaste si alguien la seguía?

—No. No lo sé. Perdona. De verdad. Solo pensé en buscar a los mellizos

—Isabela negó con un movimiento de la cabeza y se enjugó el llanto antes de caer de rodillas junto a su hijo.

Joaquín intentó tranquilizarse y cerró los ojos por un momento. Volvía a sentirse mareado, aunque lo atribuyó al estrés que estaba viviendo y al miedo de saber a Camille desprotegida.

Corrió hacia el interior del establo y siguió hasta el fondo sin detenerse a comprobar si alguien le seguía el rastro. Solo tenía pensamientos para Cam, solo podía fijar su atención en la idea de verla a salvo.

Sintió que el suelo se estremecía bajo sus pies, pero no se detuvo. Necesitaba llegar junto a la mujer que amaba. Encontró la primera puerta abierta y aquello le dio un mal presentimiento. Un pequeño túnel lo condujo hasta el bunker. La puerta reforzada estaba a medio arrimar. Por la rendija que quedaba, Joaco alcanzó a escuchar un sollozo y entró empujando la puerta hasta abrirla por completo.

Ciego del terror de saber a Camille herida, fijó su atención en ella, que estaba acurrucada en un rincón cubriéndose el rostro con las manos.

—¿Estás bien? ¡Mi vida! ¡Por favor, dime que no te pasó nada! —rogó poniéndose en cuclillas frente a ella.

La rodeó con sus brazos y le besó el rostro, borrando las lágrimas de la muchacha. Ella señaló a un punto detrás de Joaquín y se estremeció. El

cambiante miró por sobre su hombro y descubrió a un soldado con el rostro cubierto por una máscara. Con un suave movimiento, su oponente cerró la puerta y se quitó la máscara con la mano libre.

—Hola, muchacho. ¡Esperé tanto este reencuentro! —dijo sin dejar de sonreír.

Joaquín maldijo por lo bajo y se puso de pie frente a su tío. Tomás hizo crujir las vértebras de su cuello moviendo la cabeza de un lado a otro al tiempo que comentaba:

—Esto va a ser divertido, lo prometo. Y va a doler mucho.

Capítulo 36

Joaquín se quitó el chaleco antibalas y lo tiró contra una pared. Procuró alejarse de Camille lo suficiente para poder captarla con su visión periférica y volvió la atención a su tío.

Tomás caminaba de un lado a otro, sin dejar de sonreír con malicia.

—¿Sabes? Todo esto comenzó por ti —dijo, señalándolo con las dos manos.

Joaco se contuvo de responder, acomodándose las mangas de la camisa a la altura de los codos.

—Veo que no tienes ganas de hablar. No importa, tengo todo el tiempo del mundo —Tomás juntó las manos e hizo tronar cada uno de sus dedos—. El día que naciste, supe que serías la perdición de tu familia. Tu padre no quiso creerle al oráculo del clan, aduciendo que en su familia no recurrían a esas cosas. Pero tu madre... ella sí me creyó y trató de sacarte bueno, aunque no lo logró.

Joaquín miró de reojo a Camille, mientras su tío seguía hablando:

—Luego tuviste que enamorarte de una humana. ¿Acaso pretendías ensuciar tus genes procreando descendencia mestiza? Tu madre intentó convencerte, aunque te negaste a escucharla. Decías que la amabas. ¡A una humana! De verdad, creo que algo fallaba en ti. No puede ser que alguien que lleva mi sangre se comporte así.

»Convencí a tu madre de sacarla del camino, ya que tú te negabas a dejarla. El plan no resultó, obvio. Debería haber ido yo mismo, en vez de mandar a los sicarios del clan.

Joaco rugió por lo bajo. Tomás carcajeó y continuó con su monólogo:

—Así y todo, tu actitud ciega nos permitió tener a tu padre al filo del abismo. Aunque las cosas no resultaron como esperaba —Tomás hizo una mueca exagerada de dolor—. Tu madre murió antes de hacerse con el control del clan. Eso me trajo aquí. Porque pienso arrancarle a tu padre todo lo que tu madre merecía y destrozar, de paso, todo lo que le hizo mal. Empezando por ti, claro.

Tomás gruñó mientras su cuerpo mutaba, destrozando la ropa que llevaba puesta. Cuando terminó de cambiar, se mostró frente a Joaquín

como un enorme león de melena oscura.

Joaco titubeó, mirando por el rabillo del ojo a Camille. El espacio en el bunker resultaba pequeño para dos cambiantes luchando. Comenzó a caminar hacia el centro de la habitación, sin desviar la atención del león.

—Si quieres pelear, peharemos —dijo cerrando los ojos y dejándose llevar por los instintos.

No le agradaba la idea de transformarse frente a Cam, pero no tenía más opciones. Cuando su piel se estiró y rasgó, dando paso al pelaje, sintió una punzada de dolor insoportable. Conteniendo la respiración, terminó de convertirse en un lobo plateado.

Tomás saltó sobre su sobrino y le clavó las zarpas, lanzándolo contra una pared lateral. El aullido del lobo no se hizo esperar.

“Eres débil”, se burló el líder del clan del sur. “¡No mereces el don que la naturaleza depositó en tus genes!”.

Antes de que Joaquín pudiera llegar a levantarse, su tío lo cazó por el pescuezo y lo levantó de un tirón, dándolo de lleno contra el suelo. Intentó moverse, pero cada músculo que desplazaba solo lograba que Tomás presionara con más fuerza su mordida.

Pensó en su hermano, que ya debía de estar con sus sobrinos, resguardándolos. Si Laurent estuviera allí, la situación hubiera resultado muy diferente. Ni hablar de contar con el apoyo de Matías y Javier. Sabía que los estaba defraudando al dejarse vencer con tanta facilidad.

“El cuerpo no me responde”, pensó esperando que su sobrino captara el mensaje. “No sé qué pasa, pero me duele tanto que me cuesta fijar la vista. No sé qué hacer. Voy a morir. Voy a morir aquí mismo y él luego matará a Cam”.

Joaco sintió cómo la mordida de su tío se encajaba más profundo en su cuello. Se estaba quedando sin aire y en un arranque de desesperación, recurrió a la única idea que vio viable. No tenía fuerza para convertirse por completo en otro animal, pero le alcanzó para transformar sus patas delanteras en las garras de un puma.

Aprovechando el desconcierto en Tomás, sacó sus zarpas y desgarró el abdomen del león, que lo liberó para alejarse y medir los daños.

Joaquín cayó al suelo. Jadeando, buscó a Camille con la mirada. Ella seguía acurrucada en el rincón. Lo observaba sin dejar de llorar. Se odió a sí mismo, por hacerla vivir un momento así. Juró en silencio que encontraría la manera de salvarla, aunque eso le costara su propia vida.

Cerró los ojos y se concentró. Pudo captar la respiración entrecortada de Tomás. El aroma de su sangre le inundaba las fosas nasales. La herida que le había causado nacía en la axila y bajaba hasta la altura del ombligo. De haber tenido más fuerzas, Joaco habría podido matarlo con ese ataque. Su tío lo sabía. Se notaba en la manera en que lo contemplaba desde lejos.

“No solo eres débil”, le dijo en pensamientos. “¡También eres un completo cobarde!”.

Joaquín no respondió. Estaba intentando respirar, pero se quedaba sin aire. Anuló todos sus movimientos y relajó el cuerpo. Esperaba que Tomás fuera hacia él y le diera el golpe definitivo.

Luego de unos minutos que parecieron eternos, el león se acercó al lobo y lo husmeó. Las patas delanteras de Joaco mantenían el aspecto felino. Absorto en intentar salvarse, no había tenido control suficiente para retornarlas a la forma lupina.

Tomás ronroneó, regodeándose por la inminente muerte de su sobrino.

“¡Ay, muchacho! No fue tan divertido como pensaba...”, carcajeó. “Espero que ella resulte una presa más entretenida”.

El león acercó sus dientes al cuello de Joaquín dispuesto a terminar con el asunto de una vez y por todas. Entonces, el muchacho usó sus últimas fuerzas para extender las zarpas y profundizar la herida que le había causado. Su tío rugió y le lanzó un zarpazo que le desgarró la piel de la pata izquierda.

Gimoteando, Tomás se alejó tanto como pudo, dejándose caer en la pared más cercana a la puerta. Joaco esperó hasta que dejó de escuchar su respiración. Más relajado, concentró todas sus energías en recuperar la imagen humana.

Los gritos de Camille no se hicieron esperar. Ella cayó de rodillas junto al cambiante y se apresuró a buscarle el pulso. Él cerró los ojos, incapaz de mantenerse despierto.

—¡No puedes hacerme esto! —gritó Cam, desesperada—. ¡Me lo prometiste! ¡Prometiste que no me abandonarías de nuevo!

Con el cuerpo estremeciéndose por el llanto, le acarició el rostro y lo besó en los labios.

—¡Por favor! Aguanta un poco más. Alguien llegará a ayudarnos. Quédate conmigo. ¡No me dejes! ¿Me escuchas? ¡Te prohíbo que me dejes! —sollozó.

Joaco sintió que una extraña paz embotaba su cuerpo. Incapaz de moverse o de responderle a Camille, se sentía exhausto. No encontraba fuerzas para despertar. Ni siquiera por Cam y eso que ella lo era todo para él. No podía. No sabía cómo arrancarse ese cansancio que lo hundía más y más. Todo lo que quería era dejar de luchar y mecerse en brazos del sueño definitivo.

“No quiero morir”, pensó. “Cariño, te juro que no quiero morir. Pero no sé cómo mantenerme vivo. Lamento romper mi promesa. No te enojés. Sabes que te amo con cada fibra de mi ser”.

Joaquín no llegó a escuchar la puerta abriéndose a sus espaldas. Tampoco oyó los gritos de su hermano ni percibió la desesperación en Matías y Javier. Estaba lejos. Muy lejos. Tanto, que no sabía si podría regresar siquiera.

Capítulo 37

Laurent estiró los brazos y se acomodó en la silla por milésima vez. Junto a él, en una cama de sábanas y frazadas blancas, Joaquín yacía conectado a un monitor cardíaco. Llevaban seis semanas en aquella situación, con Laurent turnándose junto a su padre y amigos para cuidar de su hermano, que parecía sumido en un sueño del que no podía reaccionar.

Habían intentado todo, practicándole decenas de estudios y análisis y trayendo especialistas de los más remotos puntos del mundo. Con las heridas ya cerradas, nadie entendía por qué Joaquín seguía inconsciente. Su actividad neuronal se iba apagando poco a poco, deteriorando el funcionamiento de los órganos a paso lento, pero constante.

Laurent miró a su hermano y suspiró. El transcurso del tiempo le resultaba demasiado relativo. ¿Cuántas veces se había quejado de pasar meses sin verlo? Lo tenía ahí, al alcance de la mano, y se veía capaz de renunciar a reencontrarse con él por el resto de su existencia, con tal de que Joaco volviera a ser quien era.

Todavía recordaba con claridad cómo le gustaba a su hermano dormirse en sus brazos cuando no era más que un bebé. Parecía sentirlo en su espalda cuando pedía que lo cargara porque estaba cansado de caminar en el campo, incluso llegaba a escuchar su llamado al subirse a algún árbol y no saber cómo bajar. Bastaba que abriera los ojos para que esos momentos felices se le escaparan de las manos y la realidad lo golpeará directo al estómago.

Por las noches, las pesadillas lo atacaban sin darle tregua. Siempre era igual. Comenzaban con una suerte de resumen de lo acontecido en casa de su padre al enfrentarse a los guardias de su tío; terminaban con Cam presa del pánico, abrazada al cuerpo inerte de Joaquín. Laurent despertaba con el aroma de la sangre de su hermano ahogándolo hasta las náuseas.

Su día a día se había convertido en una sucesión de momentos con su padre, mujer o hijos, tratando de hablar de cualquier tema menos de lo evidente, hasta que regresaba al hospital con la esperanza de ver reaccionar a su hermano y dejar ese tiempo de incertidumbre enterrado en el pasado.

Laurent se llevó las manos a la cabeza y cerró los ojos. Ya no sabía cómo enfrentar a los mellizos. Ana y Bernardo hacían las mismas preguntas día tras día, cuestionaban a los médicos y buscaban información por cuenta propia. Estaban tan desesperados como el resto de la familia, pero eran los únicos que lo exteriorizaban por completo. Por mucho que le doliera reconocerlo, sus hijos habían cruzado una barrera de la que ya no había retorno. El mundo de los adultos, cargados de frustraciones y angustias, los había tocado demasiado cerca.

De no ser por Isabela, Laurent estaría tan perdido y lastimado como los mellizos, persiguiendo fantasmas para no quedarse quieto mientras su hermano languidecía. Su mujer siempre había sido su puerto seguro, pero con Joaco inconsciente, ella se había convertido en ese refugio donde se anesthesiaban todos los dolores y miedos.

Agradecer por la compañía de su esposa hacía que Laurent pensara en Camille. Esa muchacha que tanto había sufrido amando a su hermano, quien se había animado a darle otra oportunidad después de tantos años separados, era la que se peleaba con los médicos que proponían enviar a Joaquín a su casa y darle una muerte digna, cada vez que surgía esa idea en boca de algún nuevo profesional.

El tiempo de Joaco internado había dado rienda a que Laurent y Cam reanudaran el lazo de amistad que habían sabido construir tiempo atrás. Él sabía que su hermano podía tener una vida feliz y plena junto a la mujer que amaba. Ya no había nadie que hiciera peligrar su relación, pero el destino parecía burlarse de todos atando a Joaquín a una situación que no podía superar.

El sonido de un golpe suave en la puerta de la habitación hizo reaccionar a Laurent. Sin esperar permiso para entrar, Matías se abrió paso caminando con la ayuda de un bastón.

—¿Cómo va? —susurró.

Laurent le acercó una silla y trató de sonreír.

—Supongo que bien. Los últimos estudios muestran que las lesiones del sistema digestivo y las fisuras en las costillas sanaron por completo. Ahora han vuelto a la teoría de que el sistema nervioso de Joaquín se afectó de alguna manera debido a la falta de sangre y oxígeno cuando Tomás lo atacó.

—¿Pero no se supone que las últimas tomografías descartaban eso?

Laurent se encogió de hombros.

—Ya no sé qué hacer. En los últimos días se ha vuelto más notable el deterioro de su organismo. Por momentos le cuesta respirar y hace falta colocarle la máscara de oxígeno.

—¿Cómo lo lleva tu papá? No lo veo desde que nos dieron de alta, hace un par de semanas.

—Él... bueno, papá se limita a preguntar cada noche si hubo algún retroceso en el cuadro de Joaquín. Se entusiasma a sí mismo pensando que si se mantiene estable es buena señal y debemos dar gracias por ello. La muerte de Marco lo afectó mucho, pero no quiere hablar al respecto.

—¿Y tú que piensas?

—Si debo ser sincero, hay días en los que la fe se me escapa con cada respiro y llego a pensar que mi hermano no volverá jamás. Me recompongo antes de regresar a casa, porque sé que los mellizos me estarán esperando para llenarme de preguntas o contarme sobre algún médico que contactaron en Europa o la India. Ellos creen que si Pedro pudo superar el traumatismo craneal, su tío también saldrá adelante.

—Todo va a mejorar, Laurent. No sé cómo, pero se va a resolver. Joaco es más fuerte de lo que parece. Un ataque como el que sufrió debería haberlo matado y míralo, sigue aferrado a la vida. Esa es la única señal a la que debes aferrarte.

Laurent sonrió, aunque la alegría no subió hasta su mirada.

La puerta se abrió sin previo aviso y apareció Javier.

—Ya estoy para cumplir mi turno —dijo acomodando un maletín sobre una pequeña mesa que había en un extremo de la habitación.

—Bien. Entonces yo iré a casa a ver cómo anda todo por allá. Se supone que Víctor tiene control médico más tarde —Laurent se puso de pie y miró su reloj.

—Es increíble cómo pudo recuperarse ese chico —replicó Matías—. Nadie hubiera apostado que llegaría a salvarse.

—Sí, bueno. Las apariencias a veces engañan —Laurent desvió la mirada hacia su hermano.

—¿Se quedará a vivir con Jerome?

—Es la idea. Su madre murió cuando Víctor era tan solo un bebé, somos todo lo que le queda.

—Fue muy valiente al revelarse contra su padre. Le hará bien integrarse a tu familia y también ayudará a Jerome. Perder a Marco le ha afectado mucho y en verdad lo entiendo. Yo no sabría qué hacer si perdiéramos a

Joaquín —Matías se encogió de hombros y se puso de pie con algo de dificultad, al ver que Laurent también lo hacía.

—Javi, ya sabes que cualquier cosa, me llamas. Volveré antes de la hora de la cena. Hoy me toca hacer la guardia nocturna —avisó Laurent y volvió su atención a Matías—. Puedo acercarte hasta tu casa, si quieres.

—Nunca podría negarme —dijo sonriendo a medias.

Javier despidió a sus amigos con un gesto de la mano y prendió la computadora portátil que había traído en el maletín. Tenía trabajo por adelantar mientras esperaba que Camille llegara con el nuevo parte diario de Joaco.

Capítulo 38

Ana y Bernardo estaban en la biblioteca, leyendo libros de medicina general, mientras discutían en voz baja.

—¿Intestaste mirar de nuevo? —preguntó ella, al ver el gesto de dolor de su hermano.

—Sí. Todo sigue igual. El tío no piensa ni sueña. Todo lo que veo es un fondo oscuro. Pero... cuando trato de entrar en sus pensamientos, siento como si se me desgarraran los músculos del cuerpo. Nunca antes pasé por algo así. Creo que tiene que ver con su estado de salud. No le veo otra explicación.

—Si hablamos con papá no nos escuchará. Ya viste lo que sucedió la última vez.

—No deberíamos haber contactado a ese especialista de Inglaterra —Bernardo se encogió de hombros.

—Al menos estamos intentando ayudar. Tío Joaco nos necesita.

El mellizo saltó de la silla y sonrió.

—¿Y si le decimos a Camille? Tal vez se le ocurra algo —dijo bajando la voz.

—Estoy segura de que ella nos atenderá—Ana sonrió, esperanzada.

Buscó su teléfono celular y marcó el número de Cam. A los pocos minutos, ella contestó:

“Hola, Ana. ¿Estás bien?”

“Espero no molestar”, respondió la melliza. “Con Bernardo tenemos un dato nuevo, tal vez te sirva para repensar lo que le pasa al tío”.

“¡Oh! No, claro que no molestas. ¿Qué tienen para contarme”.

La niña le dio el teléfono a su hermano.

“Cam, soy Berni. Estuve intentando entrar a los pensamientos de Joaquín. Siempre sucede lo mismo, veo todo oscuro y me duele el cuerpo. Es como si me arrancaran los músculos. Nunca antes me pasó algo así”.

Camille se quedó en silencio un par de minutos antes de responder.

“Bueno... es probable que no veas nada por el estado delicado en que se encuentra tu tío. Además, luego de tantas semanas en cama, de seguro

debe estar sintiendo dolor. Veré de suministrarle algún analgésico extra, ¿sí?”.

“¡No! ¡Espera! Pensé que...”.

La frustración en la voz del mellizo era evidente.

“Mira, te diré algo que es un secreto, ¿sí?”, dijo la doctora intentando de sonar animada. “Hoy le hicieron nuevos estudios a Joaquín. Se supone que para la noche tendremos los resultados. Tal vez eso nos dé más información y se relacione con lo que te sucedió”.

“¿De verdad? Espero que sí. Extrañamos al tío. Lo extrañamos mucho”, la voz de Bernardo tembló.

Ana tomó el teléfono y se despidió de Camille para poder abrazar a su hermano y contenerlo.

—Pudimos esperar seis semanas. Unas horas no nos costarán tanto —dijo en murmullos y trató de sonreír.

Él sonrió, enjugándose las lágrimas.

—Entonces vayamos a buscar a Mika y Pedro. El abuelo dijo que pasaríamos por el cementerio para llevarle flores a Marco antes de ir al médico con Víctor —Ana tomó la mano de su mellizo y jaló de él para salir a la cocina donde su madre debía de estar con sus custodios.

Las últimas semanas habían sido una extraña sucesión de momentos agrídulces. Entre saber a Pedro a salvo y despedir los restos de Marco, a sabiendas de cuán importante había sido el guardia para su familia, los mellizos usaban todo su tiempo libre en pensar ideas para ayudar a su tío.

Si Cam tenía razón, las cosas podrían cambiar pronto. No se atrevían a considerar que aquello podía tener un final tan amargo como el de muchos soldados el día de la batalla. No. Su tío era más fuerte. Él no se dejaría morir tan fácil. Les quedaban muchas tardes de salidas y muchas más noches de camping y charlas hasta la madrugada. Joaco tenía que despertar. No pensaban aceptar otra salida.

Capítulo 39

Camille cortó la comunicación con los mellizos y se masajeó la nuca, intentando liberar un poco de tensión.

Revisó su correo electrónico por vigésima vez. Sebastián había prometido ser tan diligente como le fuera posible y esperaba que pudiera responderle pronto.

La pantalla del teléfono celular se iluminó. Un mensaje nuevo había llegado, aunque no era un mail como ella esperaba.

“Seré curioso y preguntaré... ¿Qué tipo de vida llevaba tu paciente? Tal vez eso me dé herramientas para entender los resultados”, era evidente que Sebastián ya tenía algunos datos preliminares.

“Es biólogo. Estuvo trabajando en la selva amazónica, pero no creo que eso tenga algo que ver con el asunto. Lleva varias semanas en la ciudad”.

“¿Es broma, no? Por favor, dime que no es quien pienso que es. ¿El tipo al que le saqué sangre es Joaquín Stevenson?”.

“Eso no te incumbe”.

“No importa cuánto respetes tu profesión, ese sujeto te engañó y te abandonó. Te destrozó, ¿o piensas que no recuerdo cómo eras cuando nos conocimos?”.

“Ya te dije que no te incumbe. Te contacté por una cuestión profesional, no para pedirte consejos personales”.

“Hablo en serio, Cam. Después de todo lo que te hizo, no merece tu ayuda”.

“Él no me la pidió, porque obviamente no puede hablar. Hice un juramento y tú también. No podemos mirar hacia un costado y no hacer nada”.

“¿Él todavía te preocupa? Después de tantos años y de lo que te hizo, ¿te preocupa?”.

“¿Puedes centrarte en los análisis?”.

“Camille...”

“Tú y yo nos divorciamos hace tres años. Vas camino a casarte de nuevo en verano. ¿Por qué te interesa lo que piense o sienta?”.

“Mira... más allá de no estar juntos, no quiero verte mal”.

“Entonces, por lo que más quieras, céntrate en encontrar algo. Ya no sé qué más hacer y se me terminan las alternativas”.

“Está bien. Espero que él sepa agradecerlo”.

Camille cerró el chat y bloqueó la pantalla del teléfono. No necesitaba leer a Sebastián criticándola por estar cuidando de Joaco. Podía imaginar la reacción que tendría si le decía que estaban juntos de nuevo, aunque ese fuera problema suyo y de nadie más.

La médica se recostó en el camastro de la sala de descanso y cerró los ojos. Llevaba semanas sin dormir bien y las guardias de treinta horas en el hospital ayudaban muy poco. Sin embargo, ya no quería estar de licencia ni quedarse en su casa dando vueltas entre la cocina y su habitación.

Luego de que Laurent los encontrara en el bunker, había tenido que recurrir a terapia para intentar superar lo vivido. Liberar sus miedos y preocupaciones con un especialista hizo que las pesadillas de las primeras noches fueran haciéndose más esporádicas, aunque soñaba con recuerdos y aquello tampoco era muy bueno para ella. De alguna manera, cada mañana despertaba llorando.

Poco a poco, el cansancio ganó partida y Camille entró en un nuevo sueño que le traía una escena tan reciente como dolorosa.

Estaba en la habitación de Joaquín, sosteniéndole la mano izquierda. Los últimos días los había pasado mirando y analizando los distintos tatuajes que llevaba en los brazos. Un diseño en particular le llamaba siempre la atención: era una sucesión de puntos y rayas en varias filas, a modo de renglones. Desde lejos, parecía más bien un pequeño rectángulo, pero al observarlo de cerca se notaban los finos trazos que generaban los guiones y puntos sucediéndose sin orden aparente.

«Las distancias son solo frágiles espacios que puede anularse de un momento a otro».

La voz de Ana la sobresaltó.

—Eso es lo que dice, en código morse —comentó la niña acercándose—. De pequeña pensaba que tío Joaco se había hecho ese tatuaje por Berni y por mí. Hace un tiempo comencé a considerar que tú eres la verdadera destinataria.

Camille asintió con una sonrisa triste y se alejó de la cama, para tomar asiento en una de las sillas que había en una esquina de la habitación.

—*Es raro verte sin tu mellizo.*

—*Está en el tercer piso, acompañando a Pedro y papá en el traumatólogo.*

—*¿Le sigue doliendo el brazo?*

—*Sí, pero dicen que es normal luego de una quebradura expuesta. De todas maneras, vinieron para ver cómo avanza el traumatismo de Pedro.*

—*¿Por eso aprovechaste para ver a tu tío?*

—*Sí. Además, quería verte. Encontré algo en su habitación. Creo que es para ti. Tal vez te gustaría leerlo.*

Le extendió un pequeño sobre antes de volverse hacia la cama de Joaquín, a quien le dio un beso suave en la frente y se retiró saludando con un gesto de la mano.

Cam abrió el sobre y descubrió una carta que comenzó a leer en susurros.

Querida Camille:

Sé que hoy es tu casamiento. Laurent me dijo que encontraste a alguien que te hace bien y pensé enviarte esta carta a modo de despedida.

Después de todo lo que vivimos, de todo lo que pasamos juntos, llegué a comprender lo mucho que me amabas y cuánto habías luchado por mí. Algo me desgarró entonces, algo me hiere aún. Nunca voy a perdonarme el no haber sido capaz de amarte de esa forma, con la fuerza que merecías.

Más de una vez me he sentido como un verdadero animal, porque nunca pude quererte como me querías, porque no pude entender a tiempo lo que veías en mí y el punto al que llegaste dándolo todo. No fui capaz de devolverte ese amor y nunca voy a perdonármelo. Siempre voy a estar en deuda contigo.

Espero que tu futuro marido te ame como tú me amaste. Ojalá él resulte ser alguien que se enamoró por completo de ti y que puedas amarlo como yo no supe amarte.

Quiero verte feliz, llena de luz y vida. Me va a doler saber que no soy ese que te hace soñar despierta, pero no te merezco. Te quise, no lo dudes nunca. Pero no pude defender nuestro amor y no sé si podré amar algún día a alguien de nuevo. Tal vez no nací para ser feliz junto a una pareja. No tienes la culpa, nunca te culpes. Te merecías todo y no supe darte nada.

Prométeme que serás feliz y no volverás a llorar por quien no lo merece. ¿Sí? La vida es demasiado corta para atarnos a los momentos de tristeza.

Hasta nunca.

Joaquín.

Camille despertó con el rostro cubierto de lágrimas. Aquella situación le resultaba demasiado dolorosa. Solo esperaba que Sebastián pudiera encontrar algo y dieran con una solución lo más pronto posible.

Capítulo 40

Javier terminaba de mandar un correo electrónico cuando Cam llegó a la habitación.

—Pensé que te gustaría tomar algo —dijo ella acercándole una taza de café.

El custodio la aceptó con una leve sonrisa.

—Por favor, dime que hay algún avance. Necesito una buena noticia para Laurent y el resto de la familia —replicó con gesto abatido.

—No sé si es una noticia en sí, pero... —ella miró a Joaquín durante un momento antes de seguir—. Hablé con mi exmarido, Sebastián. Él es hematólogo y bioquímico, de los mejores en su área, y decidí pedirle ayuda. Creo que lo de Joaco es algo que debe estar en la sangre. Tal vez algún tipo de bacteria o virus que pasaron por alto.

Javier se acomodó en su silla.

—¿Y él qué te dijo?

—Vino a la madrugada y tomó una muestra. Prometió que me mandaría los resultados antes de que caiga la noche, cosa que ocurrirá en un rato. Debería escribirme pronto.

—Esperemos que él encuentre algo y nos diga qué hacer.

—Yo también lo espero —Camille desvió la mirada—. Nunca podría perdonármelo si Joaquín fallece.

Javier titubeó antes de comentar:

—¿Sabes? Esta no es la primera vez que tengo que cuidar de él en un estado así.

—¿De qué hablas? —la joven doctora frunció el ceño.

—Cuando te secuestraron y Joaco te rescató, las cosas estuvieron en verdad complicadas.

—Él me contó algo sobre eso. Me dijo que me mantuvieron en coma inducido por la gravedad de mis heridas.

El guardia negó con un movimiento de la cabeza.

—Ya conozco su versión de la historia. Creo que sus recuerdos recrearon eso para ayudarlo a salir adelante. Aunque le dijimos lo que en verdad ocurrió, es evidente que decidió aferrarse a lo que recordaba.

Después de todo, con Laurent decidimos dejar de hablarle del asunto, porque consideramos que era contraproducente.

—¿A qué te refieres?

—No fuiste la única que tuvo que estar con cuidados médicos. Siempre he pensado que, dado el shock de saberte tan grave, Joaco solo tuvo ojos para ti, sin atender a nada de lo que lo rodeaba.

»Verás, mientras él se transformaba para enfrentarse a tus secuestradores, recibió varios disparos en la espalda. Es probable que la adrenalina del momento le impidiera sentir ese dolor. Según las heridas que le trataron, comprobamos que además lo atacaron con algún tipo de arma blanca. Para cuando llegamos, Joaquín yacía abrazado a ti. Había perdido tanta sangre que apenas tenía pulso.

—Pero... él me dijo que nos acompañaste en la ambulancia, me contó cómo borraste mis recuerdos para que no supiera nada lo que ocurrió en verdad.

—Y así fue. Pienso que, aunque estaba inconsciente, él escuchó todo lo que ocurría a su alrededor y así generó esos recuerdos. Si le hubieras pedido detalles sobre tu internación, no habría podido contarte mucho, porque él estaba en terapia intensiva.

Cam reprimió las ganas de llorar.

—La falta de oxígeno en su sistema nervioso fue algo drástico —prosiguió Javier—. Recibió transfusiones de sangre diarias durante dos semanas. Llegó a dormir durante días completos, aunque los médicos decían que se debía a la sangre que le transfundían. Luego tuvo un periodo en que debió aprender a hacer cosas tan básicas como sostener un tenedor o coordinar las piernas para caminar hasta el baño.

—Es obvio que no declararon nada de esto a los médicos que llevan su caso —asumió ella—. Un cerebro que ya recibió un daño tan importante, no se recupera igual que uno sano.

El custodio negó con la cabeza y respiró profundo.

—Ya descartaron daño cerebral, tú misma lo dijiste la semana pasada. Esto es algo más... —dejó la frase a medias al escuchar la melodía del teléfono móvil de Camille.

Ella desbloqueó la pantalla del teléfono y abrió el correo electrónico que le había llegado a nombre de Sebastián. Leyó el mensaje en silencio y comenzó a temblar.

—Llama a todos —dijo en un hilo de voz—. Diles que tengo algo muy importante para decirles y es urgente.

Capítulo 41

Los mellizos estaban en la habitación de su tío, mirándolo en silencio, mientras los adultos del clan se hallaban reunidos con Camille en una sala cercana.

—Hoy a la madrugada logré que un experto externo al hospital tomara una muestra de sangre de Joaquín. Recién me envió los resultados y por eso los convoqué de urgencia —dijo la doctora recorriendo con la mirada al grupo.

Laurent abrazó a Isabela de manera casi instintiva, mientras Matías y Jerome observaban expectantes a Cam. Stefano y Javier contemplaban todo desde la puerta, por si algún curioso se atrevía a entrar sin aviso.

—Según los estudios realizados, la sangre de Joaquín presenta una neurotoxina. Un compuesto químico que afecta la transmisión de la información desde el cerebro hacia el cuerpo y viceversa. No pudieron determinar su origen y eso dificulta plantear un tratamiento. Creen que, dada la evolución demostrada, Joaco a lo sumo tiene otras seis semanas de vida.

—¿Dices que alguien le inyectó veneno? —cuestionó Jerome, desconcertado.

—De ser así, él lo habría visto y podría habérselo dicho —señaló Laurent.

—Exacto —comentó Javier—. Él parecía estar bien. Solo sentía cansado, pero todos estábamos igual.

—Si no se lo inyectaron, entonces el foco debe ser natural —Isabela miró a Laurent y se encogió de hombros—. Puede que lo haya picado algún animal ponzoñoso, ¿no?

Camille asintió.

—Eso mismo piensa el hematólogo. Dijo que debíamos revisar cada centímetro de la piel de Joaquín, para ver si encontrábamos marcas distintivas.

—Yo he ayudado a bañarlo y nunca vi nada que pudiera llamar la atención —replicó Laurent haciendo una mueca de enojo.

—Ya cicatrizaron sus heridas internas, con lo graves que eran —Stefano se cruzó de brazos—. Incluso si la criatura que lo atacó tenía un veneno tan poderoso como para quemarle la piel, eso debe de haber sanado.

Matías se puso de pie y comenzó a caminar por la sala con gesto nervioso, ayudado por el bastón.

—Joaco tiene muchos tatuajes, puede haber recibido el ataque ahí —dijo mirando al vacío y luego enfocó su atención en Cam—. ¿Cómo hacemos para revisar en esos lugares si la tinta lo cubre todo? ¿Viste su espalda? Puedo apostar lo que sea a que ni te percataste de las marcas de los latigazos que recibió de niño, así como tampoco descubriste los orificios de las balas de la vez que le dispararon.

—Espalda, cuello, brazos, antebrazos y piernas. Hay demasiados lugares donde puede haber sido atacado —el tono de voz de Laurent se iba apagando poco a poco.

—Debemos intentarlo de todas formas —urgió la doctora—. Es todo lo que podemos hacer.

—Yo me ofrezco... —propuso Matías.

—Yo también —desde la puerta, Javier levantó la mano.

Laurent echó la cabeza hacia atrás y respiró profundo.

—Papá, ¿puedes llevar a Isabela y los mellizos a casa? Stefano los acompañará. Yo me quedaré aquí.

El grupo se desgranó, aunque en el pensamiento de todos solo había espacio para Joaquín y su grave estado de salud.

~*~*~*~*~*~*~*~*~*~*~*~*~*~*~*~*~*~*~*

Ya en la habitación, Cam se acomodó los guantes estériles, mientras Laurent, Javier y Matías la imitaban. Varias lámparas habían sido dispuestas en torno a la camilla para facilitar el trabajo.

—Debemos buscar alguna marca que parezca reciente. Puede ser de color más claro o más oscuro, incluso puede tener un tono rojizo o violáceo —comentó la médica, acercándose a Joaco.

—¿Por dónde comenzamos? —Matías corrió las sábanas blancas y deslizó la mirada por el cuerpo inerte de su amigo.

El tiempo que llevaba postrado se evidenciaba en la pérdida de masa muscular. Nadie había querido admitirlo en voz alta, pero era claro que Joaquín parecía consumirse con cada día que pasaba. Era como si se

hubiera empequeñecido, lo cual resultaba difícil y doloroso de creer, considerando su metro ochentaicinco de estatura y los casi cien kilos con que había ingresado al hospital hacía un mes y medio atrás.

—Revisemos brazos y piernas. Tal vez tengamos suerte y no nos veamos forzados a girarlo. Puede que resulte doloroso para él —señaló Camille.

Laurent se hizo cargo del brazo izquierdo, mientras Matías revisaba la pierna del mismo lado. A modo de espejo, Cam y Javier se ubicaron a la derecha. Con cautela, comenzaron a recorrer los diseños que fluían y se entrelazaban unos con otros.

Bajo la luz de las lámparas, algunas cicatrices de diversas longitudes destellaban con sutileza distinguiéndose debajo de los tatuajes.

—¿Cada vez que se tatuó fue para esconder una cicatriz? —preguntó la doctora sin levantar la vista.

—En su mayoría —Laurent suspiró, deslizando sus manos por los símbolos y glifos que su hermano llevaba dibujados en el hombro.

—El maltrato que recibió de niño no fue solo emocional y psicológico —murmuró Matías—. Si alguien trataba de defenderlo, su madre lo castigaba peor.

—Recuerdo que una vez pasé dos semanas durmiendo boca abajo porque me abrió la piel de la espalda a fuerza de latigazos —Laurent parpadeó y dos pequeñas lágrimas resbalaron por el rabillo de sus ojos—. Madre estaba reprendiendo a Joaco por haber pasado la noche en el campo en vez de regresar a casa. Lo cubrí, intentando protegerlo. Me golpeó hasta que ya no pude mantenerme en pie. Cuando terminó conmigo, volvió con él.

—¿Y tu padre? ¿Por qué no los defendió?

—Jerome estaba de viaje —intervino Javier—. Matías y yo habíamos sido enviados de regreso a casa, luego de advertirnos que nos exiliaría del clan junto a nuestras familias si volvíamos a cubrir a Joaquín en cualquier intento de fuga.

—No contenta con las heridas que le estaba causando, madre comenzó a gritar, diciendo que mi hermano era el culpable de la golpiza que yo había recibido —Laurent se enjugó las lágrimas—. Lo regañaba e insultaba, pero él no respondía. Nunca lo hizo. Eso desquiciaba aún más a nuestra madre y reforzaba el ciclo de maltrato.

»Cuando papá regresó y descubrió lo que nos había sucedido, comenzó a pelear con ella. Juró que la mataría si se atrevía a hacernos daño otra vez. Desde ese día, las disputas entre ambos aumentaron, hasta que llegado el momento, dejaron de dirigirse la palabra y se limitaban a hablar en situaciones críticas. Un par de meses más tarde, yo me fui a la universidad. Joaquín tenía ocho años por aquel entonces, pero cargó con las cicatrices el resto de su vida.

Camille se limpió el rostro en silencio. No tenía palabras para enfrentar el relato de Laurent. Se sentía una completa idiota por no haber captado lo que vivía Joaco cuando eran más jóvenes o haber detectado siquiera las cicatrices ocultas bajo los tatuajes. Se preguntó cómo una criatura que había sufrido tanto había encontrado fuerzas para levantarse y seguir. Era seguro que los tres hombres que la acompañaban tenían algo que ver, porque ellos parecían siempre dispuestos a rescatarlo y luchar por él sin medir las consecuencias.

—Yo no veo nada —la voz de Matías trajo a Cam a la realidad.

—Yo tampoco —dijeron a la par Javier y Laurent.

—Ni yo —suspiró la doctora—. Tendremos que girarlo.

—Sostenle el suero y cuídale la cabeza —indicó Matías haciéndole una seña a Laurent.

—Nosotros lo rotaremos —agregó Javier.

Los guardias acomodaron a Joaquín tomando los laterales de la salea sobre la que yacía y fueron desplazando la tela, de manera que primero lograron dejarlo de costado y en un segundo intento, consiguieron tenderlo boca abajo.

—Voy por la pantorrilla —avisó Javier.

—Yo también —replicó Matías.

Laurent y Camille se miraron en silencio y asintieron mientras se acercaban a la zona de la espalda.

Aquella vez, Cam observó el tatuaje del mandala a consciencia. A la luz de las lámparas, las marcas destacaban a lo largo y ancho de la espalda, generando un nudo en la garganta de la doctora. El entramado de cicatrices era un cruel recuerdo de una infancia llena de torturas. Joaco había hecho bien al intentar enterrarlas bajo litros de tinta y dibujos intrincados.

—Aquí hay algo —Laurent recorría con los dedos la nuca de su hermano.

Los demás se acercaron, para ver de qué se trataba. Una serie de puntos rojizos se alineaban formando un rombo debajo del cabello ya crecido, donde iniciaba el mandala. Bien podría haber pasado por un tatuaje más, si no fuera porque Joaco elegía siempre colores oscuros para sus diseños.

—¿Eso es? ¿Qué criatura genera algo así? —inquirió Matías.

Camille estaba a punto de responder cuando la puerta se abrió de improviso.

—¡Apuesto que lo que encontraron es la mordida de una serpiente! —dijo Bernardo con la respiración entre cortada—. Recuerdo haber visto el cuerpo de una bicha enorme en un lateral de la casa luego de la batalla, mientras trabajaban para identificar a los muertos.

Laurent miró a su hijo y suspiró.

—Te he dicho que no husmearas en nuestros pensamientos —objetó.

—En realidad, vine porque el abuelo me contó lo que descubrieron sobre el tío y como no atendías mis llamadas, logré que Stefano nos trajera de regreso —el mellizo intentó sonreír al tiempo que calmaba su respiración.

—Está bien. Ahora, vuelve al auto y ve a casa con los demás. Cuando sepamos algo, los llamaré —el cambiante abrazó a su hijo y le besó la coronilla en tanto susurraba—. Gracias por romper mis reglas. Tu tío estaría orgulloso.

Berni sonrió, antes de salir a paso apurado a reencontrarse con el resto de la familia. Laurent volvió su atención a Camille, que titubeaba.

—Habría que hablar con algún experto. Jamás escuché que una serpiente pueda hacer algo así —señaló ella—. Sé de especies cuyo veneno afecta a las víctimas varias horas después del ataque, pero los casos que leí mencionaban períodos de doce o veinticuatro horas, no semanas.

—Espera... —Javier se quitó los guantes y buscó su computadora—. Creo saber qué le sucedió a Joaquín.

Los demás lo rodearon, expectantes.

—La serpiente que mencionó Bernardo era un cambiante. Hemos estado organizando una base de datos sobre los caídos el día de la batalla y en la lista figura una serpiente de lomo plateado y vientre amarillo —el custodio deslizaba los dedos por el teclado a toda velocidad.

—Pero un cambiante, aunque adopte el aspecto de un animal, no produce las toxinas o venenos característicos de la especie en la que se transformó —comentó Matías negando con un movimiento de la cabeza.

—Salvo que la habilidad del cambiante sea crear toxinas —Laurent se llevó las manos a la cabeza—. Hay una familia en el clan del sur con esa habilidad. Lo investigamos con Stefano. ¿Cómo era su apellido? ¿Durán? ¿Du...?

—Durham —interrumpió Javier—. Jamir Durham. Así se llamaba el cambiante que encontramos con forma de serpiente. Lo identificaron hace un par de semanas, luego de contrastar su ADN con el de varios familiares que tenemos registrados en nuestra base de datos.

—¿Cómo lograron algo así? —cuestionó Cam.

—Hay registro encriptados de todos los miembros de nuestro clan, con información sobre sus lazos familiares y habilidades destacables —explicó Matías.

—A medida que sumamos miembros al clan, la base de datos aumenta. En los últimos meses ingresamos a muchos refugiados, entre ellos, a gran parte de la familia Durham —agregó Javier—. Según lo que veo, los ubicamos en un pequeño pueblo en el norte del país.

—Tenemos que ir a buscarlos. Tal vez conozcan la manera de salvar a Joaquín —Matías tiró los guantes en el cesto de residuos de camino a la puerta de la habitación. Rengueaba un poco, pero había decidido abandonar el bastón—. Haré que preparen el avión. Los espero afuera.

Javier apagó su computadora y siguió los pasos de su amigo, despidiéndose con un gesto de la mano.

Camille se quedó mirando a Joaco, que yacía espalda arriba sin atender a nada de lo que estaba sucediendo.

—Todo va a ir bien —le susurró Laurent mientras la abrazaba por los hombros—. Ya verás, antes de darte cuenta él estará de regreso con nosotros.

—Eso espero. No toleraría su ausencia. Ni siquiera me animo a pensarlo.

—Entonces, no lo pienses. Él odiaría verte tan mal, lo sabes.

Ella desvió la mirada, haciendo el esfuerzo para dejar pasar el nudo que tenía en la garganta.

—Iré... iré a pedir ayuda para girarlo de nuevo —dijo intentando sonreír, aunque tan solo llegó a hacer una mueca.

Laurent le acarició los cabellos a su hermano y le cubrió la espalda con la sábana que descansaba a los pies de la cama, antes de salir al encuentro de los custodios.

Habían dado un paso sin igual y la posibilidad de recuperar a Joaquín se percibía tan cercana que parecía irreal. Las horas de desvelo ganaban otro significado entonces. Las lágrimas y el miedo parecían perder sentido con lo que habían descubierto esa tarde. Joaco iba a salvarse. Esa esperanza lo era todo. Debía serlo. No podía ocurrir de otra manera.

Capítulo 42

En el living de la casa de los Stevenson, Mika y Pedro jugaban a los naipes con Bernardo y Víctor, mientras Camille servía el desayuno junto a Jerome. Ana caminaba a lo largo de la habitación, revisando cada dos minutos su teléfono celular.

—Prometieron que avisarían ni bien tuvieran noticias —dijo la melliza, refunfuñando.

—Llegaron allá pasada la medianoche. Era obvio que a esa hora no iban a poder encontrar a nadie —Bernardo miró a su hermana y arqueó una ceja.

—¡Amaneció hace más de dos horas! Deberían haber dado con esa gente hace rato.

—¡Deja de gritar! ¿Crees que no sabemos eso?

—¡Basta! —Jerome llamó la atención de sus nietos desde la cocina y frunció el ceño—. Si quieren pelear, pueden hacerlo en el establo, mientras limpian los vidrios y lavan el piso.

Los mellizos bajaron la mirada y guardaron silencio.

El teléfono del anciano comenzó a sonar. Activando el altavoz, el líder del clan atendió la llamada.

“¿Qué noticias hay?”, inquirió Ana antes de saludar siquiera.

Laurent guardó silencio durante unos instantes antes de responder:

“Dimos con la matriarca de la familia. Es una señora de edad muy avanzada”.

La señal se entrecortó por el viento.

“Pidió disculpas por lo que hizo... se supone que ellos no usan sus venenos para...”.

“Hay interferencia, Laurent. No podemos escucharte bien”, dijo Camille.

La llamada se cortó ante la mirada atónita de todos. Ana intentó agarrar el teléfono, Bernardo le ganó de mano.

En la cocina, el celular de Cam empezó a vibrar. Ella corrió a buscarlo y atendió desde el altavoz.

“El teléfono de papá da ocupado. La señal va y viene, si vuelve a cortarse no se asusten”, explicó Laurent.

“¿Qué descubrieron?”, inquirió Jerome. “¿Ya tienen alguna solución?”.

“Gaga Durham dijo... cada veneno tiene su antídoto específico... ella solo sabe crearlo a partir del veneno mismo”.

“El responsable está muerto, no podemos obtener muestras de su veneno”.

“Exact...”.

“¿Qué expectativa podemos tener para Joaquín?”

“Gaga no sabe... cuánto podrá tolerarlo. En su familia... se prohibió atacar... cambiantes o humanos. Solo usan las toxinas... para cazar animales”.

“Sin veneno no hay antídoto. Dame una buena noticia, por favor”.

“El cambiante... era hermano de otros dos. Gaga... cree que si tomamos muestra de sus venenos... con algo de la sangre contaminada de Joaquín... podríamos obtener un antídoto”.

“¿Ella puede hacer eso?”.

“Cree que sí. Uno de los hermanos vive aquí, podremos hablar con él al mediodía... La hermana está en el sur... Ir hasta allá y ver si acepta colaborar...”.

Jerome comenzó a hiperventilar. Víctor lo tomó del brazo, mientras Camille le acercaba un vaso de agua.

“¿Está todo bien? ¿Por qué nadie...?”, la voz de Laurent por momentos llegaba lejana.

“Acá estamos, papá. El abuelo se mareó un poco”, comentó Bernardo.

“Decidimos separarnos. Matías y Javier irán al sur. Stefano y yo nos quedaremos aquí... Para la hora de la cena ya deberíamos tener las muestras. Llamaré cuando estemos yendo de regreso”.

La comunicación se cortó, dejando a los mellizos abrazados a Jerome, que parecía ir en camino a un ataque de nervios.

Camille esperó a que Ana y Bernardo regresaran a su habitación junto a sus guardias para preguntarle al padre de Joaquín:

—¿Hay hematólogos o bioquímicos en el clan?.

—Sí, varios. Haré unas cuantas llamadas y veré que nos envíen a alguien cuanto antes —respondió él cubriéndose los ojos con una mano.

—Descansa un poco. Puedes ver de comunicarte más tarde. Aún tenemos tiempo.

—Sí. Iré a recostarme un rato.

—¿Quieres que te acompañe?

—No, querida. No te preocupes. Solo me pesa un poco la edad.

—Bueno, entonces yo me iré al hospital a reemplazar a Isabela y la pondré al tanto.

Cam observó a Jerome subir las escaleras a paso lento. Recién al escuchar el ruido de una puerta cerrándose, tomó su cartera y las llaves del auto. Podía imaginar el enojo de Sebastián cuando se enterara que alguien más estaría a cargo de la investigación de Joaquín, pero le era imposible confiar en él. Aquello iba más allá de la ciencia que ellos conocían. Tal vez precisaran más de esa anciana a la que llamaban Gaga para generar el antídoto, que de un grupo de expertos científicos.

Sin importar cómo, Camille se aferraba a la idea de encontrarle un tratamiento a Joaquín y hacerlo reaccionar. En su fuero interno, el miedo de posibles secuelas le rasguñaba la confianza. Prefería no pensar en eso, haciendo oídos sordos a su consciencia como médica. No quería escuchar de riesgos, solo atender a la esperanza. Joaquín iba a sobrevivir, al menos ella haría todo lo posible por salvarlo.

Capítulo 43

Camille miró el reloj y bostezó. La familia Stevenson había tomado los recaudos pertinentes para que el piso donde Joaquín se encontraba internado no contara con ningún otro paciente. Eran ese tipo de lujos que podían permitirse gracias a sus ingresos económicos y al propio peso de su apellido. Habían logrado, además, que los directivos del hospital permitieran el ingreso de médicos y enfermeros del clan, para trabajar exclusivamente con Joaco. Todo un grupo de profesionales turnándose para controlar y cuidar de un muchacho que parecía no responder a ningún tratamiento. Aunque los que observaban desde afuera la situación consideraban que era algo ilógico y constituía un gasto excesivo de dinero, nunca se atrevieron a decir nada en voz alta. El capital que estaba aportando Jerome permitiría mejorar las instalaciones y comprar equipo nuevo, algo que venía muy bien para el hospital.

Saber los pasillos vacíos y en silencio, incomodaba a la doctora. Ella estaba acostumbrada a trabajar en el área de emergencia, con el bullicio y la adrenalina que aquello significaba. En la habitación de Joaquín el pitido del monitor cardíaco formaba una triste melodía con la respiración acompasada del cambiante.

Ya era tarde. Había convencido a Jerome no fuera a cuidar de su hijo. El patriarca no estaba pasando un buen momento y Camille creía que era mejor si descansaba y trataba de relajarse un poco. Así, se había hecho a la idea de que permanecería en el hospital hasta luego del horario de la cena, a menos que Laurent o alguno del grupo regresara temprano.

El sonido de un suave golpeteo en la puerta llamó la atención de Camille. Al abrir, se encontró con tres mujeres jóvenes y un hombre de mediana edad.

—Doctora Beorlegui, el señor Stevenson nos dijo que podíamos encontrarla aquí —dijo una mujer de cabellos color caoba que parecía de la edad de Isabela.

—¿Me precisan para algo?

—Mi nombre es Denisse y soy especialista en hematología, al igual que Valeria. Melina y Francisco son bioquímicos —a medida que los

nombraba, cada uno fue levantando la mano, saludando con una sonrisa—. Nos dijeron que podríamos trabajar en las instalaciones que hay al final del pasillo. Ya tenemos todo preparado.

Camille asintió y volvió la mirada hacia Joaquín.

—Laurent y los demás aún no regresaron —comentó.

—Lo sabemos. Pero podemos avanzar tomando muestras de la sangre del paciente, para aislar la toxina y tratar de determinar su composición. Si logramos establecer su secuencia proteica, será más sencillo llegar a un antídoto.

—Claro. Me parece una buena idea. Procedan cuando gusten.

Denisse entró a la habitación con un pequeño maletín, mientras el resto del grupo se dirigía al laboratorio que les habían habilitado. La mujer extrajo sangre con Camille observándola desde los pies de la cama de Joaquín.

—Él está luchando por su vida —comentó intentando contener el llanto.

—¿Cómo...?

—Sabemos que usted está al tanto de la verdad de nuestra naturaleza —Denisse suspiró—. Yo puedo sentir los dolores físicos con tan solo tocar al paciente en cuestión. Joaquín está muy dolorido y muy débil, pero se resiste a morir.

Camille asintió, recordando lo que le había dicho Bernardo por teléfono.

—Ya le suministramos analgésicos. Cuatro veces al día recibe un cóctel de dosis elevada.

—La toxina ataca las conexiones neuronales. Por lo que estuve viendo... —la hematóloga guardó silencio antes de continuar—. Las señales de los estímulos llegan a su centro nervioso, pero las respuestas se fragmentan. Por mucho que lo mediquen, él no sentirá alivio. La toxina se lo impide.

—Es como si lo estuvieran torturando.

—Sí. El veneno no parece buscar la muerte inmediata de la víctima, sino limitarle la existencia y causarle el mayor sufrimiento posible.

—¿Cuánto tiempo crees que les llevará dar con un antídoto?

Denisse observó el frasco con sangre que tenía en la mano y replicó:

—Primero debemos saber cómo está formada la toxina, para determinar cómo frenar el ataque. Decidimos trabajar por turnos y así estar el día completo avanzando con la investigación. Luego tocará poner a prueba las

variantes de antídoto, antes de inyectárselo al paciente. Si tenemos suerte, en una o dos semanas Joaquín debería estar despertando.

—Sus signos vitales se deterioran día a día. Dos semanas es demasiado tiempo —Camille se estremeció—. Y corre riesgo de sufrir una reacción adversa al antídoto.

—Lo dijo usted, no yo —Denisse se encogió de hombros—. Haremos todo lo posible por salvarlo, no lo dude.

La doctora bajó la mirada sin responder. Denisse intuyó que era mejor dejarla a solas con Joaquín y no estaba errada. Cuando ella se fue, Cam se sentó junto a la cama de Joaco y le tomó la mano izquierda, acariciándole el tatuaje que tenía en código morse.

—Prometiste que no me ibas a abandonar de nuevo y en verdad espero que cumplas con tu palabra, pero... si ya no lo soportas, si duele demasiado, entenderé si dejas de luchar —se enjugó las lágrimas antes de seguir hablándole—. Te amo. Te amo tanto que el mundo vuelve a temblar bajo mis pies cuando lo pienso, como cuando nos conocimos. Y por todo lo que te amo, te digo esto, cariño. Si no puedes aferrarte a la vida, déjate caer. No mereces sufrir todo esto.

El teléfono de Camille comenzó a vibrar en su bolsillo. El nombre de Laurent brillaba en la pantalla cuando aceptó la llamada.

—Llegaré en unos minutos. ¿Cómo va todo?

—Ya llegó el equipo de investigadores que contrataron. Están comenzando a trabajar. ¿Consiguieron las muestras de veneno?

—Solo tuvimos suerte con la hermana del cambiante que mordió a Joaco. Ella nos dio varias dosis de su veneno para que lo analicen y también nos brindó muestras del antídoto que es capaz de crear en su propio organismo. Si el veneno de ella es similar al que afecta a mi hermano, puede que el antídoto sea justo lo que necesitamos.

Cam cerró los ojos y respiró profundo.

—Quiero creer con todas mis fuerzas que estás en lo cierto —susurró.

—Ya veremos qué tal resulta.

La llamada se cortó y la doctora se quedó mirando el vacío. Miles de recuerdos de Joaquín la asaltaban a cada momento. Las sonrisas, las miradas traviesas, el gesto de levantar la ceja y hacer una media sonrisa que tan bien imitaba Bernardo. Cada detalle suyo que amaba aparecía ante sus ojos si dejaba libre los pensamientos. Luego de todo lo que habían vivido y superado, no merecían un final oscuro. Pero la vida nunca es justa

y ese miedo perseguía a Camille a sol y sombra, aunque no quisiera reconocerlo.

Capítulo 44

La noche en casa de los Stevenson transcurrió lenta y llena de ansiedad para todos. Laurent ya los había puesto al tanto sobre lo que habían conseguido en el viaje, por lo que la espera de los resultados del laboratorio le carcomía la paciencia a la familia completa.

Jerome salió al amanecer a ver qué noticias había y tomarle la posta en la guardia a su hijo mayor. Camille le había hecho prometer al padre de Joaquín que solo se quedaría unas horas, a lo que el anciano había accedido con la condición de regresar al hospital antes de la cena.

Isabela y los mellizos discutían en la cocina cuando Camille llegó a desayunar. Nada más pasar el umbral de la puerta, Ana y Bernardo reclamaron la defensa de la doctora.

—Cam... ayúdanos. Mamá quiere que vayamos a la escuela —dijo la melliza haciendo una mueca de espanto—. No entiende que el tío nos necesita.

—Chicos, esto es decisión de sus padres, yo no puedo meterme. Además, Joaquín también estaría de acuerdo en que deben asistir a clases. Son unas horas cada día —de reojo miró a Isabela, que le agradeció gesticulando.

—Pero...

—Si se comprometen a ir a la escuela y comportarse, les prometo que yo misma iré a buscarlos a la salida de clases y los llevaré a ver a su tío cada tarde —ante aquella propuesta, los mellizos se miraron en silencio por un momento.

—¿Mika vendrá con nosotros? —inquirieron a coro.

—Sí —Isabela sonrió—. Ella estará en el mismo salón y Pedro irá un par de cursos más adelante.

—Entonces tenemos un trato —Bernardo le tendió la mano a su madre, que prefirió abrazarlo.

El desayuno siguió tranquilo, con Camille hablando de las escuelas que conocía en la ciudad y de las opciones que podían ser de conveniencia para los mellizos. Al final, los hijos de Laurent aceptaron ir con su madre a ver

algunas instituciones mientras Cam regresaba al hospital a acompañar unas horas a Jerome y ver cómo iba todo.

~*

Camille entró al ascensor y accionó la tecla que la llevaría al tercer piso del hospital, donde Joaquín estaba internado. Las puertas del elevador estaban cerrándose cuando alguien llegó corriendo y las detuvo.

—¡Hola! —dijo con una sonrisa— Parece que vamos al mismo piso.

La joven doctora contempló a Sebastián con algo de sorpresa y preocupación.

—¿Qué haces aquí?

—¿No te dieron la noticia? Jerome Stevenson me contrató para que me sume al equipo de investigación y encuentre un antídoto para su hijo.

—Pero, tú...

—Sé lo que dije. Y también recuerdo lo que tú dijiste. Llevas razón, primero está nuestra responsabilidad profesional y...

—Te ofreció una suma exagerada de dinero, ¿verdad? —cuestionó ella entrecerrando los ojos.

—Me dijo que debía firmar un contrato de confidencialidad absoluta. Debe haber algo muy grande de por medio como para que pretenda algo así. Eso y el hecho de prometer que renovaré el espectrómetro de masa de mi laboratorio.

—Te ofreció millones en material de trabajo.

—Con eso podré avanzar en mis investigaciones sobre activadores e inhibidores de naturaleza proteica.

El ascensor se detuvo en el tercer piso. Sebastián le dio paso a Camille y ella salió del elevador con un gesto de contradicción en el rostro.

—Nos vemos más tarde —saludó el hematólogo mientras tomaba camino hacia el laboratorio.

Cam se le quedó mirando por un momento, cerrando ideas en sus pensamientos. Suspiró antes de avanzar y llegar al cuarto de Joaquín. Laurent la esperaba junto a la puerta.

—Papá está en el laboratorio con el grupo de investigación —dijo sonriendo sin alegría.

—Ya me encontré con Sebastián en el ascensor.

—¿Te molesta que hayamos decidido contratar a tu exmarido? Francisco y Denisse lo propusieron luego de las pruebas preliminares del veneno y antídoto que trajimos.

—¿Qué sucedió? Sé bien el nivel de trabajo de Sebastián, por eso recurrí a él para el análisis que detectó la toxina en Joaquín. Si tanto cuidaban de tener profesionales cambiantes, ¿por qué lo eligieron?

Laurent negó con la cabeza y desvió la mirada antes de responder:

—Pudieron comprobar que el veneno de muestra es un noventa por ciento similar a la toxina que está enfermado a mi hermano. Así, se supone que el antídoto que tenemos podría ser efectivo o al menos, conducir a encontrar la cura para Joaco. Pero...

—Odio los peros.

—Denisse comentó que la toxina ataca las conexiones neuronales. Quieren evitar hacer estudios invasivos, así que recurrieron a realizar otra tomografía al sistema nervioso y un nuevo electroencefalograma. Determinaron que hay zonas en las que, claramente, la actividad neuronal se limita o anula.

—¿Qué dijo el neurólogo?

—Tiene la teoría de que la toxina ataca ocupando el espacio de la sinapsis en conexiones específicas y su naturaleza es tal que impide el paso de la información entre las neuronas y las demás células del cuerpo.

—Por eso convocaron a Sebastián. Él lleva años trabajando con señales químicas que pueden activar o inhibir proteínas.

Laurent asintió.

—Le exigimos confidencialidad. Nos preocupa que, llegado al caso, salga en evidencia algo sobre nuestra mutación genética. Hemos logrado mantener nuestra existencia en secreto luego de años de persecuciones y asesinatos sin motivos.

—Él es un excelente profesional. No dudo en que hará lo posible por encontrar lo que precisa Joaquín. Sebastián es alguien que puede estar encerrado en el laboratorio durante días. Siente una pasión absoluta por su trabajo y estoy segura de que no se arriesgaría a hacer nada idiota si llegara a enterarse de la verdad. Creo que sería capaz de venderles el alma para que le permitan investigar al respecto.

—Ya veremos qué tal resulta. Por ahora, resta esperar. Francisco prometió un parte para el mediodía y eso significa que en cualquier momento debería estar llamándonos. Javier y Matías están cuidando de

Joaco. ¿Vamos a la sala de reuniones? Podemos esperar a papá y al resto ahí. De paso, podré tomar algo de café. No he sido capaz de pegar un ojo en toda la noche y creo que caeré dormido en cualquier momento.

Camille asintió con una sonrisa. Salieron juntos a la cocina, dispuestos a aprovisionarse de bebidas y algún tentempié para la reunión. La ansiedad seguía palpándose en el aire, pero las esperanzas le ganaban terreno con bastante ventaja.

Capítulo 45

Laurent dormitaba en su asiento mientras Matías y Javier murmuraban entre sí y Jerome hablaba con Camille y Stefano. Cada tanto, alguno de ellos miraba hacia el gran reloj que adornaba una de las paredes laterales de la sala. Llevaban más de una hora esperando el parte del día por parte de los encargados del laboratorio. Ya se habían turnado para ir a buscarlos y, uno a uno, habían regresado con la promesa de que la reunión comenzaría en breve.

Cuando Francisco y Denisse llegaron acompañados de Sebastián, todos hicieron silencio.

—Lamentamos las demoras —dijo Denisse nada más cerrar la puerta de la sala—. Tuvimos contratiempos que nos obligan a cambiar el rumbo de la investigación.

Nadie respondió, a la espera de escuchar lo que estaba ocurriendo en realidad.

—De seguro estaban al tanto de las grandes similitudes entre el veneno que afecta al paciente y la muestra que trajeron anoche —comentó Francisco—. Creímos que el antídoto que tenemos para la muestra podría funcionar con Joaquín, o bien servir de base para crear el antídoto correspondiente, pero hicimos pruebas con varias muestras y no tenemos buenos resultados.

—¿Qué tan grave es el asunto? —Jerome se cruzó de brazos, expectante.

—Bueno... —Francisco titubeó.

Sebastián tomó la palabra:

—Suministramos el antídoto y luego de unos minutos, los glóbulos rojos comenzaron a deteriorarse, generando una especie de reacción en cadena. Creemos que algo en la diferencia entre la toxina y su contraparte es nocivo para la salud.

—¿Cuáles son las opciones, entonces? —Laurent se cruzó de brazos y respiró profundo, como era su costumbre cuando trataba de pensar en claro.

—Pienso que deberíamos desestimar el antídoto —señaló Sebastián—. El tiempo que demorará encontrar la secuencia exacta que diferencia los dos venenos y comparar luego con la estructura del antídoto podría significar la distancia entre la vida y la muerte de Joaquín.

—Dime cómo esperan salvarlo.

Sebastián miró a sus compañeros antes de regresar la atención hacia su jefe y los demás.

—Hay dos alternativas. Por un lado, terminar de establecer la estructura de la toxina, algo en lo que ya se ha avanzado bastante y será cuestión de unos días más de trabajo. Con eso, podremos analizar los componentes del veneno, para plantear posibles inhibidores que contrarresten el efecto nocivo en el cerebro del paciente.

—¿Cuánto podría demorar? —Javier largó la pregunta apretando las manos en puño.

—Una o dos semanas, si seguimos trabajando a día completo por turnos.

—¿Y cuál es la otra opción? —Jerome tenía un mal presentimiento.

Sebastián miró al anciano y respiró profundo antes de responder:

—Es evidente que la toxina llegó al cerebro a través de la sangre, pero estamos convencidos de que permanece ahí gracias a las descargas eléctricas de las neuronas. Si le diéramos un electroshock a Joaquín podríamos desestabilizar el comportamiento de la toxina y...

—¡Ni se les ocurra hacer algo así! —Jerome se puso de pie, furioso—. ¿Cómo esperan quitar el veneno de su sangre? ¿Quemándole las neuronas?

Francisco intercedió:

—Estamos en la obligación de transmitirle todo lo que sabemos, son ustedes quienes toman las decisiones. Quisimos comentarles esto para que estuvieran al tanto, porque es otra posibilidad.

—Siguen sin explicar cómo eliminarían la toxina —Laurent se mordió el labio, conteniendo el enojo y la frustración.

—Un primer impacto eléctrico en el sistema nervioso haría que la toxina se desestabilice y una serie de descargas en sus miembros inferiores lograría que el veneno abandone el lugar donde se encuentra. Sería cuestión de hacer cálculos, para poder extraer la sangre contaminada.

—¿Es decir que lo torturarán electrocutándolo en cabeza y pies, en tanto le van sacando sangre desde los tobillos a la espera de que eso lo cure?

—Es la opción rápida —Francisco bajó la mirada—. Nunca dijimos que sería sencillo o que Joaquín transitaría el momento sin sufrir. Repito,

estamos dando las alternativas, ustedes son los encargados de elegir.

—Esa no es una opción, digan lo que ustedes digan. Los contraté para que busquen un antídoto, ¡no para que lo maten! —Jerome se puso de pie y abandonó la sala.

Camille salió tras él. Al cruzar la puerta, creyó ver a Matías y Javier acercándose a Sebastián, pero era tal su preocupación por el padre de Joaco que la doctora prefirió dejar ese asunto en manos de Laurent. Poco le costó darle alcance al anciano.

—Debe descansar —dijo, ofreciéndole el brazo para que él lo tomara como apoyo.

—Estoy bien, querida. No pasa nada.

—Su piel está más pálida y por momentos sus labios se ponen cianóticos. Cuando enfrentó a Francisco pude ver que se le dificulta respirar con normalidad. Se olvida que tuvo un infarto hace unos meses y...

—Camille, tarde o temprano me voy a morir, lo sé bien. Pero quiero morir sabiendo a mis hijos sanos y viviendo a pleno con quienes aman.

—Entonces, hágame caso y descanse un poco. Se lo digo como su doctora de cabecera, usted mismo me eligió por si no se acuerda.

—¿Escuchaste lo que dijeron? ¿Entendiste lo que pretendían hacer? Eres la profesional aquí, sé sincera —Jerome se detuvo y miró a los ojos a Camille—. Si probaran la segunda alternativa, ¿qué expectativa de vida tendría mi hijo? Solo soy un contador que hace años vive entre papeles y números, pero lo entiendo. Con el tiempo que lleva así, él no sobreviviría ni al primer electrochoque.

—Lo sé. Yo también me negaría, si tuviera voto en este asunto. Confío en Sebastián, él ha hecho grandes avances en su campo y de seguro podrá aplicarlos para salvar a Joaquín.

Jerome asintió con los ojos vidriosos.

—Sería capaz de dar mi propia vida para salvarlo, ¿sabes? Cada día que despierto y sé que mi hijo sigue aquí, con su cuerpo cubierto de cables y sueros, siento que algo en el pecho se me parte y destroza.

—No diga eso. Joaquín querría verlo bien, al igual que Laurent, sus nietos y el resto de la familia. Usted adoptó a Víctor y él lo necesita más que nadie. Y Elena... se olvida de Elena. ¿No estaban comenzando algo?

—No he vuelto a llamarla —se encogió de hombros—. Desde que superamos lo del clan del sur y Joaquín quedó internado, corté contacto

con ella. No puedo permitirme salir a citas o establecer una relación sabiendo que mi hijo está grave.

Camille sonrió sin alegría.

—No puede negar que es el padre de Joaco. ¿Piensa hacer como él? ¿Esperar más de una década para ir a buscarla? —señaló hacia la habitación de Joaquín—. Una cosa no quita la otra. Podrían verse, salir a pasear o tomar un café. A usted le haría bien despejarse de todo esto y contarle un poco de lo que está pasando. No necesita explicar qué sucedió, pero sí decirle que no está bien y tal vez, ella se ofrezca a acompañarlo. Eso hacen las parejas, están el uno para el otro y fortalecen su amor en los momentos difíciles como estos.

El líder del clan tomó las manos de Camille y las acarició con ternura.

—Es evidente porque mi hijo te ama tanto. Ustedes son tal para cual —se enjugó una lágrima—. Cuando regrese a casa veré de llamar a Elena y...

—Y nada. La llamará ahora y la invitará a merendar. Vamos, no dilate más las cosas.

Caminaron juntos hasta el ascensor. La doctora esperó a que el anciano subiera al elevador.

—¿Querrá hablarme luego de tantos días sin dar señales de vida? —preguntó mientras apretaba el botón de la planta baja.

Camille contuvo la carcajada.

—Creo que esperará una buena explicación y usted tiene toda la tarde libre, así que vaya y haga esa llamada importante. Yo me quedaré aquí y espero que me dé buenas noticias cuando regrese a su casa.

Cuando las puertas se cerraron, ella se encaminó a la habitación de Joaco. Cada vez que entraba sentía que las horas se volvían eternas, como si el tiempo se negara a avanzar mientras el hombre que amaba yacía en una cama de sábanas blancas. Era una sutil tortura, que le desgarraba el alma por momentos, tal y como Jerome le había dicho que sentía cada mañana al despertar.

Capítulo 46

Cam estaba dormitando cuando Laurent entró a la habitación de Joaquín.

—¿Cuánto llevas así? —preguntó mirándola fijo mientras se acomodaba en una silla cercana.

Ella negó con un movimiento de la cabeza y suspiró.

—Estoy bien.

—No necesitas mentirme a mí. Se te nota el cansancio desde lejos.

—Y eso que desde que me quedo en tu casa duermo un poco más.

El hermano mayor de Joaco frunció el ceño.

—¿Hablas en serio? Si los mellizos te entretienen hasta tarde y te levantas al amanecer. Duermes a lo sumo cinco horas.

—Sí, así es. Pero si me quedara en mi casa, estando tan cerca del hospital, no podría resistirme a la idea de venir y ver cómo va todo aquí.

—¿Qué te preocupa?

—Nada —Camille desvió la mirada.

—No le estoy hablando a mi cuñada y amiga. Le pregunto a la doctora Beorlegui. ¿Qué te preocupa?

Luego de unos minutos de silencio, ella respondió:

—Me rompe la cabeza pensar en lo que sucederá luego de suministrarle el antídoto a Joaquín.

—Seamos muy optimistas. A tu criterio, ¿qué es lo mejor que podría ocurrir?

—¿Lo mejor? Que él despierte y no haya daños neurológicos ni cognitivos. Debería ser capaz de reestablecer sus capacidades motoras en unas pocas semanas y volver a su vida cotidiana en unos meses.

—Voy a quedarme con esa idea, por muy utópica que parezca. ¿Y lo peor?

—Dejando a un lado el riesgo de muerte... —Cam se estremeció antes de continuar—. Podría suceder que... podría ocurrir que Joaco jamás despierte. Él podría quedar en estado vegetativo y nunca reaccionar.

—Se supone que el antídoto debería ayudarlo, no empeorar el cuadro.

—No sabemos el impacto real de la toxina hasta que no la eliminemos de su sistema. Puede que el deterioro del sistema nervioso sea irrecuperable.

Laurent se llevó las manos a la cabeza y cerró los ojos. Por un momento, se limitó a respirar profundo.

—Bien. Sé que vas a decirme que debemos ser realistas y que la situación que estamos viviendo es muy estresante y lo entiendo. Pero quiero que siempre tengas en cuenta algo y es por lo que confío en que mi hermano va a despertar: los cambiantes tenemos modos de sanar diferentes a los de los humanos ordinarios.

—Está en coma hace casi dos meses...

—De haber sido humano, habría fallecido el mismo día del ataque. Piensa en papá, en cómo se recuperó del infarto. Creo que, si logramos sacar el veneno del cuerpo de Joaquín, el resto ocurrirá por propia naturaleza cambiante.

—Varios médicos del clan me señalaron lo mismo. De verdad, quisiera ser igual de optimista que ustedes. Me da miedo, ¿entiendes? Me da terror la sola idea de que esos poderes suyos no hagan efecto y Joaquín empeore o muera.

—Cam...

—He visto morir a muchos por cosas menos peligrosas que lo que él está atravesando.

—Míralo de esta forma —Laurent se inclinó hacia ella y sonrió por lo bajo—. Mi hermano sobrevivió a los castigos de nuestra madre, superó doce años de exilio y luchó a muerte para salvarte, enfrentando a nuestro tío mientras el veneno de otro miembro del clan corría por sus venas. Si pudo atravesar todo eso, va a sobrevivir. No lo dudes. Si no lo puedes creer por ti misma, créelo por él.

Cam asintió, intentando sonreír.

—Voy a tratar de seguir tu consejo. Hay mucho que no sé sobre ustedes y por momentos se me hace irreal todo lo que escucho al respecto.

—Lamento admitir que hay poco material sobre el tema. Es un riesgo para los clanes plasmar por escrito cualquier cosa sobre nuestra naturaleza y en su momento estaba penado por la ley.

—No te preocupes. Ya los vi transformarse ante mis propios ojos. Entiendo que las perspectivas sobre Joaquín las plantean desde el

conocimiento que manejan y no desde la parcialidad de conocer al paciente y querer su recuperación por puro afecto.

Laurent se cruzó de brazos y cerró los ojos.

—Haré traer sillones más cómodos. Tal vez un par de esos futones que se convierten en camas de una plaza con solo jalar de una palanca.

—Veo que no soy la única con sueño.

Camille contuvo la sonrisa al escuchar un leve ronquido y comprobar que el hermano de Joaquín dormía con la cabeza colgando sobre el espaldar de la silla.

Se puso de pie y salió de la habitación evitando hacer ruido. Necesitaba caminar un poco antes de caer víctima del cansancio. Faltaba muy poco para la cena y esperaba ver a Jerome y constatar cómo le había ido con Elena después de todo.

Capítulo 47

Para sorpresa de todos en la casa, Jerome no se presentó a cenar. Un mensaje a Laurent daba aviso de que pensaba quedarse en casa de Elena y el clan tomó aquella noticia con algo de ansiedad y temor. El problema no era dar a conocer su secreto, ese era un asunto aparte y ya se había hablado largo y tendido luego de la batalla contra el clan del sur. Las leyes estaban siendo reformuladas y aunque los más ancianos se mostraban reacios, el matrimonio de Laurent e Isabela demostraba que los mestizajes no tenían problema alguno y las generaciones más jóvenes apoyaban con entusiasmo aquella idea.

Lo que en realidad preocupaba a Laurent y a los demás era ver a Jerome jugándose por alguien luego de todo lo vivido. Si la relación no funcionaba, podía ser un golpe duro para el líder del clan, que ya bastante tenía con saber a su hijo menor en coma. Después de todo, aquel era su primer amor. ¿Cuánto podía afectarlo con siete décadas sobre sus hombros?

“Un desamor duele igual a los veinte que a los setenta, cariño”, le había dicho Isabela a su marido intentando calmarlo. “La cuestión no es tanto la edad, sino cuán enamorado esté tu padre. Parece que todo va bien. Deja de preocuparte”.

Laurent había decidido seguir el consejo de su mujer, poniendo la mejor expresión posible al sentarse a la mesa a comer, sabiendo que sus hijos lo llenarían de preguntas, al igual que Víctor, su joven primo.

Camille tomaba aquella situación con un regusto agridulce. Le hacía feliz saber a su suegro por buen camino con la mujer que tanto le importaba, pero recordaba la última vez que había hablado con Joaquín al respecto. Si cerraba los ojos, la escena de Joaco reclamando por los años perdidos le desgarraba el alma. Él llevaba la razón, aunque en su momento tratara de negarlo. Su propia vida había estado en peligro por culpa de cambiantes que se amparaban en las antiguas normas.

A pesar de las angustias padecidas, Cam deseaba que Jerome pudiera vivir una relación sana junto a alguien que lo apreciara y esa persona parecía ser Elena, una mujer que llevaba soltera desde muy joven. Había

perdido a su marido e hija en un accidente automovilístico y desde entonces había dedicado su vida al trabajo voluntario en sus ratos libres. Ya jubilada, el voluntariado social llenaba la monotonía del día a día, hasta que conoció a Jerome. Se los veía bien juntos, formando una hermosa pareja sin atender a su avanzada edad.

El golpe suave en la puerta de su habitación hizo que Camille abandonara sus pensamientos.

—¿Cam? ¿Estás despierta? —la voz de Laurent llegaba en murmullos.

Ella abrió la puerta y se encontró con el hermano mayor de Joaquín que le sonreía desde la oscuridad del pasillo.

—Perdona, pero tengo algo que podría interesarte —comentó entrando sin esperar a que le diera paso.

La doctora asintió mientras cerraba la puerta y se volvió hacia él con algo de curiosidad.

—Luego de la batalla no solo tuvimos que encargarnos de remodelar y acondicionar la casa. También tocó recuperar la información de las computadoras y celulares de la casa y los demás miembros del clan — Laurent levantó su mano mostrando un pequeño pendrive—. El equipo técnico pudo recuperar la nube de datos de Joaquín, tanto de su celular como de su computadora portátil. Comparando archivos, descubrieron que hay algunos que en el celular habían sido eliminados, pero quedaron copias de seguridad en la nube.

—¿De qué estás hablando?

—Grabaciones. Encontramos varios archivos de audio que mi hermano grabó y luego eliminó. Puede que se sintiera demasiado vulnerable y expuesto. Sin embargo, creo que no le haría ningún daño si los escuchas — extendió su mano, esperando que ella tomara el pendrive.

Camille se quedó pensando por unos instantes antes de aceptarlo.

—Si su intención fue borrarlos, ¿por qué crees que debo escucharlos?

—Escúchalos y lo entenderás —Laurent se encogió de hombros y saludó con un movimiento de la mano antes de irse cerrando la puerta a sus espaldas sin hacer ruido alguno.

Cam miró la hora en su reloj. Faltaban algunos minutos para la medianoche. Decidió que podía encender su computadora portátil y escuchar al menos un audio. El reencontrarse con la voz de Joaquín después de casi dos meses significó un golpe que no se esperaba. Era como recuperar un fantasma y saber que no podría enfrentarlo ni hablar al

respecto le agregaba una cuota extra de dolor al asunto. Entre lágrimas, la primera grabación se le hizo demasiado breve. No dudó al pasar los demás archivos a su celular. Tal vez aquel pequeño tesoro podía convertirse en su escudo para enfrentar el vacío que sentía al caer la noche. Puede que, incluso, encontrara nuevos retazos de la vida de Joaco, con sus luces y sombras y pudiera rescatar algo de la esperanza que por momentos le resultaba tan lejana y extraña.

Grabación 17

No sé qué estoy haciendo. Pero aquí vamos... mi nombre es Joaquín Stevenson. Mi padre es Jerome Stevenson, dueño de varias empresas multinacionales y líder del clan de cambiantes más importante de Argentina. Tengo un hermano mayor que se llama Laurent y me dio dos hermosos ahijados, Ana y Bernardo, y una cuñada, Isabela, que es la hermana que nunca tuve.

Me exilié en la selva amazónica para proteger a Camille, la mujer que amo. Estoy grabando esto a pedido de mi terapeuta. Ella cree que esto me va a permitir sanar viejas heridas. Lo dudo, pero no pierdo nada probando.

No necesito explicar qué significa ser cambiante. Tampoco tendría que aclarar quién es mi padre, porque todos los conocen y todos saben, además, que soy la oveja descarriada de la familia. Rompí cada norma y ley conocidas y no me quedó más opción que abandonarlo todo con tal de evitar que la vida de Camille siguiera corriendo peligro. En algún momento llegaré a contar qué sucedió con ella, pero ahora no me veo con las fuerzas necesarias para hablar de ese asunto.

Nadie, salvo mi familia y amigos, saben quién soy en verdad ni conocen la vida que me tocó vivir por haber nacido como heredero del clan. Nadie podría imaginar siquiera cuánto sangré cada vez que hice enojar a mi madre o cuánto sangró mi hermano defendiéndome. He intentado dejar atrás todo eso. Escondí las marcas bajo varias capas de tinta permanente, aunque eso también despertó la crítica por parte de los cambiantes más ancianos del clan. Creen que mis tatuajes son un insulto, una provocación. Como si acaso fuera más lindo ir por la vida con la espalda y los brazos cubiertos de cicatrices. Creo que lo que más les enfada a todos es mi renuncia a mi futuro como líder del clan. Es una completa locura que, en pleno siglo XXI, el clan siga siendo manejado por un representante que logró ese derecho por haber nacido en cuna noble.

No me quejo de mi padre, él ha sido un soberano más que respetable, pero puedo hacer una lista de todos los que estuvieron antes que él que fallaron estrepitosamente y sus errores se cobraron la vida de muchos inocentes.

En fin... Como decía, sé que muchos están enojados por mi exilio autoimpuesto. No me importa. Nunca me interesó convertirme en el sucesor de mi padre. Si vamos al caso, creo que sería más lógico que ese puesto lo ocupara Laurent. Él es más apropiado para cumplir el papel de diplomático al tiempo que conduce al clan en una época donde la tecnología y las redes sociales nos van quitando espacios donde expresar lo que en verdad somos.

Pero no. Laurent es responsable de los números de las empresas del clan. Voy a reconocer que mi hermano tampoco gusta de ese futuro que mis padres quisieron imponerle. Corrijo, fue mi madre. Ella es la obsesionada con todo este asunto. Laurent se fue a Europa cuando yo era muy chico. Eso es lo malo de tener un hermano que te saca una década de ventaja. Cuando él estaba en plan de vivir el mundo, yo seguía acá, atado a un hogar donde nadie escuchaba mis llantos.

Laurent se fue, sí, pero no porque pretendiera abandonarme. Él fue más astuto que mamá: se tomó el tiempo, invirtió su sueldo y compró acciones en pequeñas empresas extranjeras, que luego llegó a adquirir por completo. Sí, suena ilógico que alguien que habrá de heredar una fortuna abismal apueste lo que gana cada mes para levantar un imperio aparte. Mi hermano estaba construyendo un refugio, forjando la llave con la que se liberaría y podría liberarme también a mí. Y lo logró, aunque para cuando pudo hacerlo yo ya me sentía muerto en vida. Se salió con la suya y puso en jaque a nuestra madre. Le estaba dando una clara advertencia.

El día que lo abandoné todo y escapé, mi madre no tuvo más opción que darse por vencida con Laurent. Creo que no tenía otra alternativa. No podía darse el lujo de perder a dos hijos, aunque para ella solo resultábamos ser dos simples peones en su tablero de ajedrez.

Así que escapé, me instalé en plena selva y aprendí a vivir como siempre había soñado. Libre, sin nada que me atara a mi forma humana, descubriendo el valor de la naturaleza en todo su esplendor.

No soy feliz. Ni siquiera intento fingir que lo soy. Estar lejos de mi familia me destrozó. Dejar a Camille me desgarró el alma. La última vez que nos vimos, supe que Cam creía que no la amaba. Después de tantas mentiras y engaños, resultaba lógica su suposición. Nada más lejos de la verdad, aunque no podía explicárselo. ¿Cómo abandonas a alguien reconociendo que lo amas? ¿Cómo lo dejas con un “te amo” como saludo de despedida? Creí que lo mejor era hacerle pensar que no me importaba.

Causarle una herida que luego pudiera sanar y darle espacio para seguir con su vida.irme con un “jamás te olvidaré” era regalarle esperanzas vacías, porque no podía prometer el regreso y mucho menos tenía derecho a pedir que me esperara.

Podría haberle propuesto venir conmigo, pero el trato con mi madre había sido claro: ella ya no amenazaría a Camille y yo ya no estaría con la mujer que amaba. Ese era el verdadero problema. Parece que vivimos en plena edad media, porque al día de hoy aún hay clanes que organizan los casamientos de sus hijos. Mi madre no puede quejarse al respecto, mi prometida terminó conociendo y enamorándose de mi hermano. Están juntos desde hace varios años, aunque la familia de Isabela ve las cosas muy diferentes. Por eso, mis sobrinos no crecen con el maltrato que Laurent y yo vivimos ni mucho menos. Mi hermano es capaz de matar a quien se atreva a ponerle un dedo encima a cualquiera de sus hijos.

En fin. Este es mi primer audio y por mucho que hable, sigo sin encontrarle gracia al asunto. Laura, cuando escuches esto debes tener muy en claro que odio que me hayas dado esta tarea. Me siento un completo idiota caminando entre los árboles y hablando solo. Me obligas a andar en forma humana porque sabes que bajo el aspecto animal no puedo manipular el teléfono. Espero que en nuestra próxima sesión entiendas que esto es una verdadera pérdida de tiempo.

Capítulo 48

Laurent llegó temprano al hospital. Había organizado con Javier y Matías para extender sus horarios de guardia, de manera que Camille pudiera descansar un poco más. No quería que ella colapsara, necesitaba protegerla como sabía que Joaco haría con Isabela si los roles estuvieran invertidos y el que yaciera en la cama fuera él, en vez de su hermano.

Aquella mañana tomó las escaleras porque los comandos del ascensor no respondían. Subió al primer piso con paso ligero y al doblar hacia los escalones que lo llevarían al segundo piso, los gritos de Cam le llamaron la atención. Sin dudarle, corrió y abrió la puerta de emergencia que daba al pasillo de la segunda planta de atención a pacientes.

—¡No puedes irte! ¿Lo entiendes? —reclamaba la doctora mientras se mantenía con los brazos extendidos en la puerta misma del elevador, impidiéndole el paso a un muchacho, casi tan alto como el propio Laurent, que caminaba con muletas.

Cerca, varias enfermeras y otros médicos miraban y murmuraban entre sí, sin interceder a favor de uno ni otro.

—Déjame pasar. No tienes ninguna autoridad... —urgió él.

—Al menos dame algún dato de contacto. No puedes irte y dejarla así. ¡Está grave! ¡Es tu pareja! Déjame el teléfono de alguien de su familia, ya que no pretendes regresar —Camille sacó una lapicera del bolsillo de su guardapolvo y el talonario en que acostumbraba a hacer indicaciones a sus pacientes.

El desconocido garabateó algo en el papel y se lo devolvió maldiciendo por lo bajo. Cuando comenzó a caminar, Laurent se percató de que una mujer de edad avanzada lo acompañaba en silencio. De seguro era su madre, por el parecido que tenía con el joven.

Cam se hizo a un lado y los vio entrar al ascensor. Al revisar la hoja de papel, comenzó a gritar de nuevo.

—¡Eres un idiota! ¡Un reverendo idiota! ¿Te crees tan hombre y la abandonas así? ¡Solo me dejaste un nombre! ¿Qué diablos puedo hacer con eso? ¡Grandísimo...! —guardó silencio cuando sintió que la tomaban del brazo.

Al girarse, se encontró con Laurent que la miraba con gesto extrañado.

—¿Qué fue todo eso?

—Nada, solo un estúpido hijo de...

—Vamos, respira y dime qué pasó. Tal vez pueda ayudarte.

Ella asintió, enjugándose una lágrima. Los demás profesionales habían regresado a sus tareas dejándolos solos en pasillo.

—Anoche hubo un accidente. Ese que se fue era uno de los conductores. Su pareja sacó la peor parte, está en estado crítico y no sabemos si sobrevivirá. Según lo que escucharon las enfermeras, es obvio que él es responsable de lo que ocurrió y se fue sin importarle nada.

—Cálmate. Hay cierto tipo de personas que no cambian por mucho que les grites o los golpees. Para estar con alguien así, es mejor que tu paciente quede sola.

—Sí, pero... ¿Qué hago con un nombre? Ellos no son de por aquí y al parecer su teléfono móvil no sobrevivió al choque. ¿Cómo localizo a su familia antes de que...? ¿Antes de que esto empeore? —la doctora hizo el esfuerzo de contener las lágrimas—. ¡Solo tiene veintitrés años! Está muriendo y sus padres ni siquiera están al tanto porque deben confiar que está de viaje, ¡con ese idiota que se fue!

—Supongo que la policía debe de estar tratando de contactar a los familiares en base a sus documentos. Si quieres, puedo pedirle a Javier o Matías que localicen a la familia y también podré en disposición el avión de la empresa para que vayan a buscarlos.

—¿De verdad? ¿Harías eso por mí?

Laurent intentó sonreír al responder en susurros:

—Tú rondabas la misma edad cuando te secuestraron. Puede que no recuerdes nada, pero yo recuerdo todo, por mi hermano y por ti. Hablaba con tu padre cada noche desde que comenzamos a fingir el tema del accidente, le prometía cuidarte porque él no podía dejar a tus hermanos y venir a acompañarte.

Camille se le acercó y le rodeó la cintura con los brazos, apoyando su rostro sobre el pecho de Laurent.

—Eres el mejor hermano mayor que cualquiera podría pedir. Joaquín se sacó la lotería contigo. Gracias por cuidarnos siempre.

Él respondió al abrazo mientras luchaba contra el nudo que le cerraba la garganta.

Cam adivinó lo que sucedía y agregó:

—Vivo encerrada en mi propia angustia y en mis miedos, sin comprender del todo que tu familia también está sufriendo por Joaco. De seguro es peor para ti, que lo has visto padecer desde niño y te ha tocado cuidarlo tantas veces. Lo lamento. No es mi intención ser una carga...

—Eres mi amiga —la detuvo—. Eres mi hermana pequeña desde que mi hermano te eligió como pareja. Incluso si siguieras enojada con él y no quisieras tenerlo cerca, yo seguiría preocupándome por ti. Así que, ¡vamos! Cambia esa cara y dame el nombre que necesitas localizar. Subiré a ver a Joaquín y hablaré con Javier y Matías.

Camille le tendió el pequeño trozo de papel y lo vio marcharse.

Laurent se alejó caminando con la espalda bien recta, mirando a quienes se cruzaba en el camino con esa superioridad que solía mostrar a los desconocidos cuando no quería que nadie se le acercara. Era el fiel hijo de Jerome Stevenson, alguien que denotaba poder y confianza a cada paso, aunque por dentro estuvieran destrozados.

~*~*~*~*~*~*~*~*~*~*~*~*~*~*~*~*

En medio de todo lo que estaban viviendo, Laurent se había ofrecido a ayudar a Cam porque odiaba ver a gente inocente sufrir por culpa de personas sin escrúpulos y tal era el caso de la joven paciente de su cuñada. También pensaba buscarle un abogado y costear los gastos, si ellos no podían hacerlo, para que el imbécil que la había abandonado luego de provocar el accidente pagara las consecuencias de sus actos. Puede que él no ejerciera el voluntariado como su padre, pero nunca dejaba de ayudar a quienes lo necesitaban.

Caminaba perdido en sus pensamientos cuando Francisco lo saludó desde el laboratorio.

—Señor, tenemos buenas noticias. Las investigaciones han avanzado más rápido de lo que esperábamos y es posible que mañana mismo tengamos listo el antídoto para su hermano.

Laurent se le quedó mirando en silencio.

—¿Me escuchó, señor Stevenson?

—Sí, es solo que me había hecho la idea de esperar hasta la semana siguiente.

—¡Oh! Nosotros igual, pero ya ve. Ha sido de gran ayuda incorporar a Sebastián al grupo.

—Si logran el antídoto mañana, ¿cuándo piensan probarlo?

—Creemos que lo más adecuado sería intentarlo por la noche. Los genes cambiantes evidencian su poder al caer el sol y eso podría ayudar a estabilizarlo mejor.

—¿Cuánto deberemos esperar para ver si funciona?

—No lo sabemos. La toxina demoró horas en vencer las defensas de Joaquín y dejarlo inconsciente. Esta vez podría ser igual o llevar días incluso.

—Bien. Entonces, hablaremos más tarde. Me voy a ver a mi hermano.

Francisco saludó con un movimiento de la cabeza y regresó al laboratorio, mientras Laurent siguió el camino hacia la habitación donde su hermano descansaba ajeno a todo.

Con una sonrisa, abrió la puerta y se encontró con Matías.

—Tengo buenas noticias... Y debo pedirte un favor.

—Si es sobre Joaco, te gané de mano. Francisco ya me contó de los avances que lograron. Aunque me da curiosidad saber para qué me necesitas.

—Bueno, a decir verdad, la ayuda no es para mí. Espero que seas capaz de hacer algo al respecto, porque ya le dije a Camille que podía quedarse tranquila con nosotros.

El custodio sonrió.

—¿La enviarás de viaje y me dejarás haciendo turnos dobles con Joaquín?

—¡Ni por asomo! ¿Crees que ella aceptaría irse?

—No... Menos con los sillones que hiciste traer. Son tan cómodos que me ofrezco a cumplir cuantas guardias quieras.

—Si trajiste tu computadora, puedes ayudarme desde la comodidad de tu sillón. Es urgente, lo digo en serio.

La inflexión en el tono de voz de Laurent hizo que Matías dejara de sonreír y buscara su notebook.

—Estoy a tu disposición, lo sabes.

Los dos cambiantes comenzaron a hablar mientras la computadora iniciaba sesión. Dos pisos más abajo, Camille aprovechaba un rato libre para escuchar otro audio de Joaquín sin saber nada de lo que se estaba gestando a unos cuantos metros de su oficina.

Grabación 18

Hoy cumpla cinco años en este lugar y llevo treinta meses grabando audios. Sigo sin encontrarle sentido, no puedo negarlo. He vivido las últimas dos semanas en forma animal. ¡Es tan sencillo andar bajo el aspecto de un jaguar y vivir de la naturaleza! Me fascina la libertad que me da mi cuerpo felino.

La cuestión por la que estoy creando esta grabación es porque... bueno, estuve cazando. No me da orgullo reconocerlo, pero dada la situación, no había a quién más recurrir y es obvio que iban a salirse con la suya.

¿Sabes? Hay algunas comunidades indígenas a unos cuantos kilómetros, pero ellos se han replegado y cuando los ciudadanos andan cerca, procuran evitarlos. Yo no pude. Fue así de simple: no pude contenerme. Estaba yendo camino al río. Esa tarde el calor era tal que había llegado a dudar si no me sería más conveniente adoptar el aspecto de algún animal acuático.

Ahí estaba, alcanzando la corriente, cuando escuché los susurros y un aroma metálico inundó mis fosas nasales. Iban armados y llevaban jaulas. Me detuve por un momento y decidí acercarme desde los árboles, donde ellos tenían las de perder. Un alarido forzó mi carrera entre ramas y lianas. Cuando llegué a un pequeño espacio abierto, los encontré. Eran tres y estaban asesinando a una hembra de jaguar, una criatura exquisita cuyo pelaje hacía que lo mío pareciera un disfraz barato. Otro alarido me sacudió y comprobé entonces que quien pedía auxilio era una cría que estaba encerrada en una jaula diminuta de gruesos barrotes. El cachorro debía de tener pocas semanas, las manchas grandes sobre su cabeza y espaldas lo dejaban claro.

Sé que no es una excusa, pero ese fue mi detonante. Esos monstruos eran seres vacíos, cáscaras humanas que se movían por dinero. Habían dejado huérfana a una criatura inocente, tal vez a pedido de algún rico empresario que pretendía hacer un regalo especial, mientras aprovechaban haciéndose con la piel de un ejemplar adulto que significaba varios miles de dólares extras.

¡Los humanos pueden ser tan idiotas! Creen que el mundo les pertenece, que pueden hacer con este lugar lo que se les antoje y que las demás

formas de vida deben estar bajo su dominio. Bueno... No todos son así. Pero la mayoría actúa con esa ceguera toda su vida y nadie les dice nada. Los pocos que se animan a enfrentarlos, más de una vez perecen en el intento. Por eso enfurecí, porque sabía que nadie los frenaría. Esos tipos saldrían de la selva con las manos bañadas en sangre y los bolsillos llenos de dinero. Vaya a saber cuántas otras víctimas se cobrarían antes de retirarse.

Ahí estaba yo, viendo todo ese triste y horrible escenario. Intentaba pensar de forma racional, tomar una decisión lógica. Los alaridos del cachorro me perforaban los oídos, como si suplicara que lo defendiera. Debaté las opciones mientras los observaba burlarse y festejar aquella cobarde victoria. No pude aceptarlo. No. No podía dejarlos irse así. No lo merecían.

Me convertí en juez. La furia me encegueció y me dejé llevar por mi lado animal. Bajé del árbol y comencé a seguirlos cuando comprobé que levantaban campamento y seguían camino. Estaba cayendo la noche y en poco tiempo perderían las pocas posibilidades de vivir que tenían. Los acompañé procurando un sigilo máximo. Conocía la zona de memoria a fuerza de andar por ahí durante años, por eso me agazapé protegido por las sombras del atardecer y salté sobre el último de los cazadores. Lo atacé por el cuello, partiéndole la columna con un movimiento limpio. Estaba enojado, pero si me detenía a torturar a ese tipo, los demás podían regresar y atacarme o bien escapar con la cría de jaguar y yo no podría seguirlos.

Con uno menos, retomé el rastro que habían dejado los otros sin que se percataran todavía de la falta de su compañero. El que iba más adelante, llevaba la jaula con la cría y con la mano libre manipulaba un machete con el que iba cortando las ramas y arbustos que se interponían a sus pies. El otro cargaba sobre la espalda el cuerpo del jaguar muerto. Aposté por atrapar a ese cazador, que se notaba cansado por el esfuerzo que estaba haciendo. Cerré mi mandíbula entorno a su tobillo. Le destrocé el tendón de Aquiles apostando que, ni bien gritara, el otro llegaría a ayudarlo. Aproveché los instantes que tenía de ventaja y le desgarré la yugular. Dejé que muriera desangrado, aunque eso no alcanzaba para pagar por lo que había hecho. Me contentaba sabiendo que no volvería a causar más daño a nadie.

El tercer cazador no regresó a buscarme. Lo encontré a pocos metros de distancia, expectante ante lo que pudiera ir a atacarlo. Había dejado a un

lado la jaula y el machete y cargaba, en cambio, un rifle con linterna y mira telescópica. La noche ya reinaba en la selva y el canto de los animales se fundía en una melodía ancestral, mientras yo decidía cómo atacar a mi presa sin resultar herido en el camino. Opté por partirle el cuello, como con su compañero, porque tenía espacio para tomar el impulso y saltar sobre él con un movimiento limpio y en sigilo.

Es increíble cómo en unos minutos terminé con la vida de tres humanos, cómo aproveché mis habilidades cambiantes para convertirme en un predador con todas las de la ley. No me da orgullo, ya lo dije. Pero nadie más iba a detenerlos.

Volví a mi forma humana para poder liberar a la cría. La estaba sacando de la jaula en el momento en que sentí pasos y me encontré con dos indígenas que me observaban fijo. Extendí los brazos, ofreciéndole el cachorro y señalé hacia el lugar donde estaba tirado el cuerpo de su madre. Uno de ellos tomó al pequeño jaguar que había dejado de quejarse, como si supiera que ya no corría peligro. El otro se me acercó hasta tocar mi pecho con la palma de su mano. Señaló mi corazón, luego señaló mi cabeza y por último apuntó al cachorro. Sabían lo que yo era. Ellos conocían mi secreto y estaban tratando de hacérmelo saber. Hicieron que los siguiera. Ahogado por la certeza de haberme convertido en algo tan ruin como los mismos tipos a los que había dado caza, acepté acompañarlos.

Esa noche, en la tribu festejaron mi presencia. Uno de los ancianos, el único que hablaba la lengua castellana, me explicó que en sus leyendas los cambiantes ocupaban un papel trascendental. Me veían como a un héroe por mi habilidad de adoptar el aspecto del animal que deseara y el haber eliminado a esos intrusos que estaban atacando a la madre naturaleza solo acrecentaba mi buena imagen.

Ellos me observaban con fascinación, yo me sentía corrompido y sucio. Esa noche decidí que podía vestirme con las leyendas, convertirme en ese ser que tanto apreciaban, protegiendo la zona de cazadores ilegales y ayudando a cuidar el desarrollo de la vida en la selva.

Por eso, paso buena parte de mis días patrullando la zona. He decidido rastrear en forma animal y luego, bajo el aspecto humano, darles la posibilidad de rendirse y retirarse, en vez de atacar a ciegas como hice la primera vez. No sé cuántos aceptarán irse con las manos vacías, pero

quiero que tengan la oportunidad de decidir, antes de verme forzado a cazarlos.

Me alegro de no tener ni a mi familia ni a Cam cerca. ¿Cómo podría reconocer lo que hice? ¿Cómo podría mirarlos a los ojos y decirles que asesiné a tres humanos sin dudarlos siquiera? ¿Qué llegarán al pensar al ver en lo que me convertí?

No sé cuánta humanidad queda en mí. Llevo meses sin ver a mi hermano y sus pequeños hijos. Con papá no me reencuentro desde Navidad. ¿Me aceptarán en sus casas si les confieso lo que hice? ¡Por Dios! ¡MATÉ A TRES PERSONAS! ¡YO ASESINÉ A ESOS HOMBRES! El clan no toleraría mi regreso, por mucho que pretendiera volver con ellos. Aunque, de ir a juicio, creo que podrían entender mi postura. Es obvio que van a pensar que ya no soy confiable, que la selva me trastornó y anuló en mí la poca racionalidad que me quedaba.

Si me detengo a pensarlo, hice bien al exiliarme. Estando en casa, la vida de Camille corría peligro constante. Conmigo lejos, ella está a salvo. Viendo lo que hice hace unos días, entiendo que no merezco tener a mi lado a alguien como ella. No puedo pretender que alguien me ame. Ya no. Le quité la vida a un grupo de humanos que no tenían manera de defenderse a mi ataque. Fui más allá de todo límite y no me da ningún orgullo reconocerlo.

No voy a defenderme diciendo que el animal en mí me dominó. Eso sería mostrarme más débil de lo que soy en verdad. Yo lo decidí. Yo elegí que aquello terminara así. Me valí de mi fuerza cambiante para exterminar a tres individuos que no merecían ser considerados seres humanos, pero eso no me excusa de ninguna manera.

Si Cam supiera de esto me odiaría. No. Ella me tendría pánico. Si se enterara de mi verdadera naturaleza, todo lo que vivimos en nuestra relación ganaría otro significado, pero así y todo, ya no volvería a confiar en mí. ¿Con qué derecho puedo pretender algo así?

Sé que es ilógico. Dar vueltas sobre el mismo tema una y otra vez. Aferrarme al amor que le tengo es lo único que me mantiene cuerdo, lo único que me salva. Lo abandoné todo para darle la posibilidad de vivir y ser feliz. Me destrocé a mí mismo para darle una oportunidad a ella. Deberías conocerla, Laura. Es todo lo que está bien en el universo. Es lo único que me hace respirar y le da sentido a mi existencia. Yo, que soy un monstruo tan terrible como esos tres cazadores que asesiné, siento que me

ahogo cada noche cuando se hace la hora de ir a dormir y me descubro solo y sin nadie a quien recurrir.

Mi madre me odia. El clan cree que renuncié por cobarde. Mi hermano me mira con gesto de lástima y mi cuñada por momentos parece entrar en pánico cuando abrazo a mis sobrinos. Me estoy convirtiendo en un paria y los asesinatos que cometí solo empeoran el cómo me veo y siento.

Es por Camille. Tengo que recordarme que es por ella. Está a salvo, tan lejos de mí que no creo volver a verla en lo que me queda de vida. Paso tanto tiempo pensando en Cam, que a veces creo escucharla.

No son alucinaciones, Laura. Es solo que... ¡la extraño tanto! Llevo cinco malditos años sin saber nada de ella. Sé que Laurent se encarga de cuidarla, que tiene a varios guardias protegiéndola desde una distancia prudencial. Pero me juré no preguntarle al respecto y estoy tratando de cumplir mi palabra.

Camille. Camille. Camille. Por favor. Perdóname por todo lo que hice. Fuiste lo mejor que pudo pasarme en la vida, pero yo no merecía tu amor en absoluto.

Lo siento, Laura. No quería irme tan lejos con este audio. Esta situación me supera por momentos. Ya lo sabes, por eso mi hermano te contrató. Seguiré otro día, ¿sí? no tengo más ganas de hablar. Lo lamento.

Capítulo 49

Cam miraba su teléfono intentando procesar lo que había escuchado. ¿Cómo era posible? ¿Él...? ¿Por qué no había hablado del asunto con ella? ¿Laurent lo sabía? Sí. Era más que obvio, por algo le había dado el pendrive con los archivos.

Un suave golpeteo en el cristal de la puerta de su consultorio la hizo reaccionar.

—¡Ey! ¿Estás bien? —Matías le sonreía apoyado contra el marco de la puerta.

—Sí, sí. Perfecta. ¿Tú?

—Genial. Tanto como es posible dada la situación de Joaco —el custodio se encogió de hombros—. Paso a decirte que encontré a la persona que buscabas. Laurent organizó para que venga en avión, arribará en las próximas horas. No quise darle muchos detalles al hablarle por teléfono, pero le expliqué que somos de una fundación que acompaña a los pacientes internados en el hospital y que nos haremos cargo de todos los gastos.

El rostro de Camille se iluminó con la buena noticia.

—Me dejas más tranquila, gracias.

—Voy corto de tiempo, pero cuando vuelva hablaremos. ¿Sí? No estás bien, por mucho que trates de negarlo. Así que, espérame y saldremos a tomar un café y charlar un poco. No acepto un no por respuesta, ya te aviso.

Matías cerró la puerta y se retiró con una media sonrisa dibujada en el rostro. Él y Javier habían forjado una extraña amistad con Cam a base de horas compartidas y cuidaban de ella como si fueran sus hermanos mayores, al igual que Laurent. La doctora no sabía cuánto de lo que hacían era por fidelidad a Joaquín y cuánto por propio interés, aunque agradecía siempre el contar con ellos en momentos como ese.

Camille consultó la lista de pacientes y corroboró que aún le quedaba un buen rato para el siguiente turno. Con algo de temor por lo que podría encontrar, decidió seguir escuchando a Joaco.

Necesitaba comprender qué había sucedido, porque ese no parecía ser el hombre del que se había enamorado. En verdad le asustaba ver cuánto lo había perturbado estar en el exilio. Se sentía culpable, aunque poco tenía que ver con el asunto. Joaquín era un hombre adulto y había tomado sus propias decisiones, algo en lo que ella no habría podido interferir ni queriéndolo.

Grabación 19

Llevo tres días sin poder dormir. No puedo. No. Esto me supera. Cada vez que intento descansar un poco, las imágenes de los hombres que asesiné me asaltan sin darme tregua. Puedo ver mis manos empapadas de sangre que no me pertenece, incluso llego a saborear el óxido en mis fosas nasales. No. No puedo. Ya no lo soporto.

Esto no está bien. Esto no está bien no está bien no está bien.

¿Cómo pude hacer algo tan...? ¿Cómo fui capaz de algo así? No. No está bien. En absoluto.

No sé qué hacer. ¿Cómo dejo de ver esto que no pretendo ver? ¿Cómo diablos me libero...?

No está bien. No. No lo está.

Yo no estoy bien. No...

En cualquier momento alguien descubrirá lo que hice y vendrán a buscarme y papá se enterará y ya no volverá a mirarme como antes. Ni siquiera sé cómo decírselo a Laurent. Me escocen las manos y en la boca siento a cada momento un sabor amargo.

No puedo. No puedo seguir así. No puedo.

No está bien. No está bien. Por Dios. Esto no está bien. No. No lo está.

Grabación 20

He dado vueltas al asunto durante varios días. Hoy cumplo una semana sin dormir. He tenido una suerte de crisis donde comienzo a correr tan rápido como me lo permiten mis cuatro patas, como si pudiera huir de lo que soy, de lo que hice.

No debo hablarlo con papá o Laurent. No. Eso queda fuera de toda posibilidad. Pero pensé en Javier. Él... se supone que él puede borrar los recuerdos de otras personas y... y...

Perdona, Laura, me cuesta controlar... controlar mis pensamientos. Por... por momentos yo no... no puedo.

Javier. Él debe estar por... debe estar por llegar. Intentaremos algo. No sé si... él no... Javier no puede prometerme nada, pero vamos a intentarlo.

Quiero olvidar... necesito olvidar lo que... lo que hice.

Espero que resulte. No tengo más... no me quedan más opciones.

Grabación 21

¡Buen día, Laura! No te enojas conmigo. Sí, sé que llevo meses sin grabarte ningún audio. ¡Es que la vida aquí es tan tranquila! Si no fuera porque extraño horrores a mi familia y a Camille, te diría que soy feliz.

Creo que nunca podré ser más feliz de lo que soy ahora. Vivo en paz con la naturaleza que me rodea, paso días completos en forma animal y nadie me regaña por eso.

¿Quieres oír algo curioso? Hay una comunidad de nativos a unos kilómetros de aquí. Desde hace unos meses, cada viernes me dejan ofrendas en un claro que hay cerca de donde vivo. De alguna manera, ellos descubrieron que soy un cambiante y creo que me dan esos regalos para que no los ataque o tal vez esperan que los cuide. Es muy extraño, pero no voy a negarme a comer lo que me preparan.

También pude comprobar que han ido dejando pequeños paquetes atados en las ramas más altas de la zona donde siempre trabajo. Hoy probé de abrir uno de ellos y ¿sabes qué? ¡Encontré ropa! Deben haberme visto llegar a mi casa para retornar a mi forma humana, es lo único que se me ocurre. Tengo que ir a visitarles. Puede que alguno de ellos sepa algo de castellano y así podré agradecerles por lo que hacen. También veré de prometerles que no pienso hacerles daño de ningún modo.

Por otro lado, hoy es el cumpleaños de Javier. No nos vemos desde hace más de cinco años y lo extraño tanto como a Matías. Me alegra haberlos eximido de su responsabilidad como custodios. Hablé con él hace un par de semanas, parece que está saliendo con una chica llamada Milena. Se lo notaba entusiasmado. Ojalá las cosas resulten bien, se lo merece en verdad.

Como para no perder la costumbre, extraño a Cam. Sueño con ella todas las noches. Suelo despertar en medio del llanto, bien sea porque me atacan los recuerdos de cuando la secuestraron y torturaron, bien porque descubro que todo era un sueño y sus abrazos no son reales ni ella está a mi lado.

Me pregunto si me odiará. Si acaso alguna vez llegó a odiarme o es que no le importo en absoluto. Preferiría que me odie. Eso significaría que aún le afecta lo nuestro.

Yo la amo. Con tanta fuerza como el día que armé los bolsos y hui de casa. Cuando di mi primer paso dentro de la selva, supe que ya no tenía retorno.

Madre sigue sin poder encontrarme. Papá tomó un avión a Turquía la última vez que vino a verme e hizo escala en varios países de Europa, con tal de despistarla. Él jamás elige el mismo destino, algo que debe sacar de quicio a mi madre. Ha resultado por el momento, lo que me alegra en sobremanera.

Voy a decir algo y no quiero que me malinterpretes. Estoy seguro de que el día en que mi madre muera, seré el hombre más feliz del mundo. No estoy deseando que muera, no creas lo que no dije. Sé que ella jamás pagará por todo lo que hizo, pero no le deseo la muerte. Solo sé que cuando ella falte, yo seré por fin libre. Y en mi libertad, puede que regrese a casa. Papá me recibiría sin problema. De seguro Laurent y mis ahijados festejarían mi vuelta al clan.

Eso sería algo lindo. Regresar. Volver a ver a mis amigos, saber qué ha sido de sus vidas hablándolo cara a cara y no a través de un aparato que más de una vez pierde la señal y transmite las cosas a medias.

No me veo acercándome a Cam. Ella me pidió distancia y debo cumplir con su exigencia. Me lo dejó muy en claro. Aunque mi madre falte, las leyes del clan seguirán estando, así que no puedo ir a verla y pedirle perdón por algo que no puedo explicar. Ella seguirá siendo mi imposible. Mi utopía de carne y hueso.

Deberías conocerla, Laura. Es una mujer increíble. Habría sido una bailarina de renombre, pero madre le truncó ese sueño. Estoy seguro de que se convertirá en una médica sin igual. ¡Es una persona con tanta alma! Tan comprometida con lo que hace, tan preocupada por los demás... Sus pacientes la elegirán con gusto, lo sé.

Espero algún día poder verla y pedirle disculpas, aunque sé que eso jamás ocurrirá. Igual, no hace mal guardar algo de esperanzas. Tal vez reencontrarnos sin previo aviso, sin que nadie nos prepare para eso. Sé que no podría dejar de sonreír, aunque de seguro ella querría alejarse nada más verme. Está bien. No sería Camille si reaccionara de otra manera. Eso me hace amarla más. Sí. Sería genial volver a verla al menos por un momento.

¡Dios! ¡Cómo la extraño! Prometo intentar pensar menos en ella. Intentarlo, aunque no garantizo que lo logre. Nunca podré amar a nadie

como amo a Cam, Laura. No importa cuántos años de terapia haga. No me veo superando lo que siento por ella y tampoco pretendo hacerlo.

Hablamos luego, ¿sí? ¡Estamos en contacto!

Capítulo 50

Javier y Laurent estaban en la cocina preparándose un café de media mañana cuando Camille abrió la puerta, furiosa, y los señaló con un dedo al tiempo que les reclamaba:

—¿¿Cómo pudieron...?! —se contuvo de gritar— ¿Cómo pudieron dejarlo ahí? ¡Explíquenme cómo diablos habilitaron que él enloqueciera de esa manera!

Laurent levantó las manos en señal de paz y se acercó a ella con paso tranquilo.

—Él se fue para protegerte. Nada de lo que pudiéramos haber dicho habría logrado convencerlo de hacer algo diferente.

Cam comenzó a llorar sin pretender evitarlo.

—¿De verdad crees que mi vida valía tanto? ¿Piensas que era preferible que Joaquín viviera de esa manera para evitar que alguien me hiciera daño?

—Vales lo suficiente para que él te ame —Javier se encogió de hombros—. Para Joaco, era preferible vivir ese tipo de torturas antes de saberte en peligro. Sobre todo, luego del secuestro.

—¿Por qué no hiciste que me olvide, entonces? Si pudiste borrarle los recuerdos de esos hombres que asesinó, ¿por qué no hiciste lo mismo con lo que sentía por mí? Lo habrías liberado de todos esos años viviendo solo en la jungla.

Los dos cambiantes se miraron en silencio. El hermano de Joaquín suspiró, mientras regresaba la atención a la taza de café que se había preparado.

—En primer lugar —dijo—, son dos situaciones totalmente diferentes. Una le causó un gran trauma, que bien conociste escuchando el audio. La otra...

—¿La otra lo hizo vivir lejos de su familia por más de una década! ¿No crees que sufrió más ahí, sin nadie que lo acompañara o lo salvara de caer en la locura?

—Joaquín jamás habría permitido que borráramos cualquier detalle sobre tu persona. Entiende que algo así no se puede hacer a escondidas. No

es que lo dormimos, le lavamos el cerebro y listo.

Javier asintió, defendiendo la postura de Laurent, y agregó:

—La situación siempre excedió con creces mis habilidades. Borrar recuerdos traumáticos es muy sencillo, de alguna manera el propio cerebro se predispone a eliminar esa información. Pero las memorias sobre algo que causó felicidad, esas son muy difíciles de extraer. Cada instante de alegría repercute en el organismo y pretender sacarlo es algo demasiado complicado.

—Estuvo solo y a la deriva, aunque no quieran reconocerlo —acusó ella con la mirada baja.

—Mira... —Laurent tomó un sorbo de café—. Joaquín siempre soñó con trabajar como biólogo. Podría haber elegido cualquier otro lugar en el mundo y optó por ese sitio en específico. Liberó a Javier y Matías de sus responsabilidades como custodios y se exilió buscando un poco de paz.

»Él te amaba y quería saberte a salvo, pero también necesitaba desconectar de todo lo que le causaba daño aquí. Ser parte del clan con nuestra madre ejerciendo el poder y creando intrigas, no beneficiaba en nada a mi hermano.

—¡Pero tú te quedaste!

—Alguien debía estar para controlar lo que ocurría y tomar las decisiones que fueran necesarias. Si yo también me iba, quedaban demasiados puntos sin cubrir y ninguno de mis hombres de confianza serían bien vistos por mi madre. Yo podía proteger a Joaco desde dentro del clan, solo por eso me quedé.

—Sigo sin entender cómo tu madre fue capaz de defender las normas del clan en vez de cuidar de su hijo menor.

—Nunca nos vio como hijos —Laurent sonrió sin alegría—. Éramos sus peones y su enojo radicaba en que nunca intentamos seguir las reglas del juego que ella había creado. Odiaba ver que no pensábamos como ella ni pretendíamos hacerle caso.

Javier le tendió una taza a Camille mientras comentaba:

—Aún si nunca te hubiera conocido, creo que tarde o temprano Joaquín habría tomado la decisión de exiliarse de todas maneras. Quererte solo fue un impulso extra en esa cuestión.

Ella bebió el café recién preparado y cerró los ojos, tratando de controlar sus emociones.

—Tenemos buenas noticias —anunció Laurent, como si fuera capaz de leerle los pensamientos—. Francisco cree que para mañana ya tendrán el antídoto listo.

La doctora lo miró sin dar crédito a lo que escuchaba.

—Es demasiado pronto. ¿Están seguros?

—Nada ocurrirá sin las pruebas necesarias y doy fe de que Francisco y su grupo son por demás minuciosos en su trabajo. No te preocupes.

—Te tomo la palabra —Cam levantó la taza de café a modo de saludo y salió de la cocina cargada de expectativas ante lo que estaba por ocurrir.

Al pasar junto a la habitación de Joaquín, se detuvo por un momento. De no ser por los cables y las vías de suero, cualquiera pensaría que el cambiante tan solo dormía. Había noches en que soñaba con su despertar como algo natural. Lo veía abrir los ojos y sonreírle, como si nada hubiera ocurrido, y ella corría a abrazarlo pidiéndole que nunca más la asustara de esa manera. Las mañanas siguientes eran siempre las más difíciles, porque comprendía que todo había sido una creación de su inconsciente y Joaco seguía tan preso de su estado comatoso como antes.

—Él de verdad te preocupa —la voz de Sebastián obligó a Camille a salir de sus pensamientos.

—¿Perdón?

—Joaquín te importa. Después de todo lo que vivieron, aún lo quieres.

—No tengo ganas de discutir. Ya hablamos de esto.

—Disculpa. No tendría que meterme en asuntos que no me pertenecen. Llegué a odiarlo, ¿sabes? Odiaba lo que te hizo sufrir, odiaba ver el fantasma que eras cuando te conocí.

—Él no era...

—Sí, lo sé. Él no era responsable. Matías me dijo que Joaquín te abandonó para protegerte.

Cam miró a Sebastián y entró en pánico al pensar cuánto podría haber hablado el custodio.

—No pongas esa cara —él frunció el ceño y negó moviendo la cabeza—. Es comprensible que, dado el estatus de su familia, Joaquín fuera foco de amenazas. Fíjate ahora, está en coma porque alguien atentó contra su vida y han organizado todo esto para que nadie se acerque a menos que sea con permiso de su padre o hermano.

Ella asintió, más relajada.

—Alguien que es capaz de alejarse de quien ama para garantizar su bienestar, merece todo mi respeto. Hay que tener mucha fuerza de voluntad para mantenerse firme ante una situación así. Por eso ya no puedo odiarlo. Espero que despierte, Cam. Ojalá que puedan ser felices juntos. Lo digo en serio.

Sebastián sonrió antes de seguir camino y Camille lo vio alejarse a paso tranquilo. Ese muchacho de cabellos rubios y mirada clara la había ayudado a superar el peor bache de su vida y había llegado a amarlo, tanto como para aceptar casarse con él. Aunque al matrimonio vivió pocos años, ambos guardaban buenos recuerdos de su relación. Ella sabía que podía confiar en él, por eso lo había llamado cuando el caso de Joaco parecía no tener solución. Sebastián era la persona perfecta para el trabajo que le habían asignado. Con su ayuda, la familia Stevenson volvería a estar completa en poco tiempo y ella podría reencontrarse con el hombre que nunca había dejado de amar.

—Espera un poco más, cariño. Solo un poco más —murmuró Cam antes de regresar al ascensor para seguir cumpliendo con las consultas de sus pacientes.

Capítulo 51

La tarde se iba apagando al tiempo que Laurent veía dormir a Javier y Matías en los nuevos sillones que había hecho instalar en la habitación de Joaquín. Sabía que los guardias estaban tan preocupados como él y casi no descansaban por acompañar el letargo de Joaco a la espera del bendito antídoto que estaban desarrollando en el laboratorio.

Con cuidado, el cambiante instaló su sillón junto a la cama de su hermano y le tomó la mano derecha, mientras comenzaba a murmurar:

—Francisco y su equipo van bien. Pronto tendrán todo listo para hacerte reaccionar. En casa te extrañamos mucho. Ana y Bernardo van a comenzar las clases la semana próxima. Papá está recomponiendo su relación con Elena. Camille vive más dentro de este hospital que afuera.

»Todos estamos al pendiente de tu recuperación. Queremos verte bien. Necesitamos verte bien. Tienes que despertar, Joaco. Ya no soporto los ronquidos de Javier y Matías, creo que tú tampoco. Así que, sé fuerte y guarda todas tus energías para cuando te suministren el antídoto. ¿Sí? Y despierta. Por favor, prepárate para despertar.

Laurent cerró los ojos y se quedó en silencio, aunque la calma duró poco. Escuchó los pasos rápidos que se acercaban a la habitación y se dirigió a la puerta para abrirla antes de que Denisse llamara pidiendo permiso para entrar.

—Señor Stevenson, lo logramos. Tenemos todo listo para tratar a su hermano.

El cambiante dio un paso hacia atrás y miró a Joaquín con la respiración entrecortada.

—¿Están seguros? Francisco dijo que debíamos esperar a mañana...

—Sí, pero cada prueba que hicimos dio positivo. Lo corroboramos una docena de veces. Es el antídoto, no cabe duda.

—Seguiremos con la idea de administrárselo a la noche. Veré de llamar al resto de la familia. Necesitaremos tener todo listo en caso de cualquier emergencia, así que reuniremos también al grupo completo de médicos.

—Sí, señor. Iré a avisarle al resto del equipo. ¿Cómo procederemos con Sebastián?

Laurent suspiró.

—Sigamos con el protocolo de evitar toda alusión a nuestra verdadera naturaleza. Llegado el caso, el contrato que firmó lo obliga a mantener silencio. De todos modos, los guardias sabrán controlarlo de ser necesario.

Denisse hizo una pequeña reverencia y se retiró.

Laurent cerró la puerta de la habitación sabiendo que Matías y Javier lo observaban expectantes. Había llegado el momento. Joaco despertaría al fin.

—Vayan a buscar a Stefano y los demás. Si Joaquín se transforma en cuanto reaccione, necesitaremos contenerlo. Yo le avisaré a papá e Isabela.

—¿Vendrán los mellizos y Víctor? ¿O buscamos quién los cuide? —inquirió Javier.

—Si pretendemos alejarlos, ellos encontrarán la manera de estar incluso sin mi permiso. Prefiero que tenerlos aquí, donde podemos vigilarlos, que perseguirlos porque se fugaron como la otra vez.

—Pedro y Mika podrán quedarse con ellos en la sala de espera —añadió Matías—. No habrá problema. ¿El procedimiento ocurrirá en la habitación de Joaquín?

Laurent negó con un movimiento de la cabeza.

—En absoluto. Ya acondicionamos el quirófano. Si Joaco se convierte, podemos cerrar las puertas y resguardarlo dentro.

—Genial. Entonces, pongamos manos en el asunto. Volveremos en un rato.

Los guardias salieron de la habitación cargados de entusiasmo. Luego de tantas semanas de Joaquín en coma, sentían que se les erizaba la piel a causa de tanta adrenalina contenida. Todo lo que habían planeado, todo cuanto habían imaginado atendiendo a los mejores y peores pronósticos, todo sería puesto a prueba. Solo dirigían sus pensamientos a los caminos que podían derivar en Joaco reaccionando y regresando a casa pocas semanas después. La idea de perderlo quedaba guardada en el fondo, junto a los temores en relación a las secuelas que podía llegar a presentar y el riesgo de muerte siempre latente. Habían optado actuar como Laurent, confiando que la naturaleza cambiante haría su trabajo y salvaría a Joaquín de todo pronóstico oscuro.

A varios kilómetros de distancia, Camille viajaba hacia la casa de la familia Stevenson para cenar con Isabela y los mellizos antes regresar al hospital y reemplazar a Laurent. Iba escuchando uno de los últimos audios

que le quedaban, mientras pensaba cuántas veces debería volver a reproducir esas grabaciones antes de ver consciente al hombre que amaba.

Grabación 22

Se supone que este audio es para ti, Cam. Mi hermano me pidió que te escriba, pero las palabras suelen quedar atoradas en la punta de mi lapicera y se niegan a expresar lo que me sucede.

Si he de ser sincero, si me detengo a pensarlo mucho, pierdo el motivo real de lo que debo decirte. Si dejo que las emociones me muevan, termino aquí, hablándole a mi teléfono con la idea de que, estando ya de regreso en la selva, llegarás a escuchar lo que tengo para contarte.

No estoy seguro de que aceptes escucharme. Estoy seguro de que me odias. Vi tu gesto cuando entré a la habitación donde papá se recupera del infarto. No necesitaste hablar. Era como si cada célula de tu cuerpo reclamara distancia. Estás en todo tu derecho, aunque creí que luego de tantos años el reencuentro permitiría, al menos, que nos saludemos como los adultos que somos.

No quise abandonarte. Nunca fue mi intención. Te amaba tanto que no podía quedarme apacible, esperando a que las amenazas se volvieran realidad y alguien te causara daño por mi culpa. Eras lo más importante para mí. No importa si me crees o no.

Sé que fui un monstruo. Una criatura cobarde y tonta, que pensó que podía salirse con la suya. ¡Cometí tantos errores! Podría estar varios días enumerando cada cosa en la que fallé...

No tendría que haberme cruzado en tu camino. La bestia en mí se regodeó el día que te conocí y corriste tanto peligro a mi lado por aquel entonces, que las amenazas que recibí luego parecen simples cuentos para la hora de dormir. Superé mi lado oscuro aferrándome a lo que sentía por ti, hasta que la oscuridad en mí se enamoró de tu persona y juró amarte por el resto de mi existencia.

Más allá de todo lo bueno que vivimos, no puedo negar el daño que te causé. Fui débil. Debería haber dado marcha atrás, irme antes de que te enamoraras de mí, pero no pude. Cada momento que compartía contigo, cada instante a tu lado, iba ajustando las ataduras. Llegado cierto punto, solo era un pobre animal sobreviviendo el día a día gracias al amor que te guardaba. Me resultaba imposible la idea de tenerte lejos.

No te haces una idea de todo lo que viví. Lo digo en serio. No es que pretenda darte lástima, porque reconozco que no puedo comparar mi sufrimiento con el tuyo. Pero mientras podías estar aquí, cerca de tus seres queridos, yo no tuve más opción que escapar. Exiliarme fue la única manera que encontré para mantenerte a salvo. Podría haberte invitado. Decirte lo que sucedía y pedirte que vinieras conmigo. Esa sí fue una decisión que tomé fácil. De ninguna manera me veía haciéndote pasar por algo así. No podía decirte la verdadera razón por la que me tocaba huir, ¿cómo entenderías la gravedad del asunto?

No soy lo que crees, Cam. Al menos, no soy todo lo que piensas. Y no estoy aquí, hablando, a la espera de que aceptes mis explicaciones. Tampoco pretendo que escuches esto y digas “Oh, sí, te entiendo, Joaquín”. No lo vas a hacer, te conozco y me parece perfecto.

Es solo que... Necesito dejarlo salir. ¿Me entiendes? El veneno de todo lo que estuve aguantando y ocultándote me quema desde hace años. Tal vez, si me hago un par de heridas, podré drenar las toxinas y salvarme. Y aquí me tienes, abriéndome las venas y dejándolo fluir.

Te amo. Te amo tanto y más que la última vez que nos vimos. Necesito que me perdones, porque no soporto vivir así. No sé cuánto tiempo deberé acompañar a papá y la sola idea de cruzarte y saber que me mirarás con desprecio me desespera. Quisiera salir de regreso a la selva en el primer vuelo que encuentre, porque la tentación de abrazarte y besarte me supera. Peor: quisiera enfrentarte y decir toda la verdad, aun sabiendo que me odiarás todavía más luego de escucharme.

No soy lo que piensas, ya te lo dije. Sobre todo... sobre todo, porque no soy humano. Puedo parecerlo, porque comparto mucho material genético con los de tu especie, pero en mi caso, sobran cromosomas. Eso me hace diferente en varios aspectos y fue por eso mismo que debí alejarme.

Las leyes de mi clan prohíben lo nuestro. Te puse bajo pena de muerte al enamorarme de ti. Te condené, aunque esa nunca fue mi intención. Creí... creí que podía cuidar lo nuestro y protegerte. Y... Y... Y no fue así, en absoluto.

¡Estuviste tan cerca...! Estuviste al borde la muerte, lo digo en serio. Hubo gente de mi clan que salió a cazarte y no pude defenderte. No fui capaz de prever lo que ocurrió. ¿Sabes por qué tolero el exilio? ¿Sabes qué me impulsó a irme? No soportaba verte inconsciente sabiendo que era responsable de lo que te había ocurrido. Porque ellos te llevaron ahí. Se

atreveron a lastimarte y dejarte a la espera de tus últimos respiros. Entonces lo prometí. Juré que si reaccionabas y recuperabas todas tus facultades, me alejaría y te daría la oportunidad de vivir como merecías. Sin miedos. Sin mentiras. Sin engaños. Sin verdades ocultas o contadas a medias. Con todo lo que yo no podía darte.

Hice un pacto y me lo aceptaron. Mientras cumplí mi parte, ellos también cumplieron. La principal condición del trato consistía en no volver a contactarte y lo que tú viviste como abandono, Cam, yo lo padecí como una condena a la cual me ofrecí de voluntario para saberte a salvo. Fue mi manera de decirte cuánto te amo sin hablarlo. Te dejé, porque no soportaba perderte. Aunque hoy la amenaza principal ya no existe, sigo con el pánico de pensarte en peligro por haberme atrevido a regresar y tenerte cerca. Para tu suerte, el que ni siquiera me mires a los ojos te deja fuera de todo riesgo.

Te amo. ¿Puedes creerlo? Cada vez que lo digo siento que la sangre corre más rápido por mis venas. Se me acelera el pulso de solo pensarte. Te amo. Llevo amándote toda la vida. Llevo padeciéndolo más de diez años. Te amo. De verdad espero que me des una oportunidad para escuchar lo que tengo que decirte y lograr que me perdones. Solo eso pido. Una oportunidad para redimir mis fracasos y sanar las heridas que cargo. Por favor. Por favor, Camille. Dame una oportunidad que haga valer toda distancia y sentimiento.

Capítulo 52

La pequeña sala de espera rebozaba de gente. Isabela estaba sentada junto a Jerome, frente a Pedro, Mika y Víctor. Los mellizos habían optado por acomodarse en el suelo, con los demás formando una suerte de ronda en torno a ellos. Los hermanos se miraban el uno al otro en silencio, sin perder la atención de lo que ocurría a su alrededor.

Al final del pasillo, Joaquín era atendido por un grupo de expertos. Camille acompañaba a Laurent en una sala anexa cuyo amplio ventanal permitía ver todo lo que estaba ocurriendo. Javier y Matías acompañaban a Joaco de cerca respaldados por varios custodios del clan, así como Stefano vigilaba el acceso al quirófano. Una docena de guardias se distribuían por el pasillo y los accesos al tercer piso del hospital. Ascensor y escaleras, todo estaba cubierto, tal y como se había planeado.

Un médico dio la orden y la enfermera procedió a suministrar el líquido espeso que el equipo de investigación había elaborado. Francisco y el resto del equipo permanecían fuera del quirófano por órdenes de Jerome, para evitar que Sebastián viera algo que pudiera comprometer al clan. Estaban recluidos en el laboratorio, a una distancia prudencial desde donde podían esperar los resultados o interceder, de ser necesario.

El antídoto comenzó a bajar por la sonda. Laurent creyó que tardaba horas en alcanzar el torrente sanguíneo, incluso viendo que el reloj apenas había marcado el paso de unos pocos segundos. Más allá de lo que demoraría el compuesto en llegar a la zona donde se encontraba la toxina, luego restaba aguardar a que reaccionaran entre sí, neutralizando los efectos que causaban en el sistema nervioso de Joaco.

El primer minuto transcurrió con todos conteniendo la respiración, expectantes y ansiosos. Fuera del quirófano, Laurent y Camille se limitaban a observar a los médicos que controlaban los signos vitales de Joaquín. El monitor cardíaco pitaba a bajo volumen, al tiempo que la pantalla del electroencefalograma corroboraba la actividad cerebral.

En la sala de espera, Jerome se mantenía con los ojos cerrados, concentrando todas sus energías en el inminente reaccionar de su hijo menor. Isabela le sostenía la mano, con la mirada fija en sus propios críos.

Bernardo parecía imitar a su abuelo, aunque su atención estaba fuera de la habitación. Mika y Pedro se habían acercado a la puerta, listos para cuidar de los mellizos ante cualquier riesgo. Víctor se limitaba a observar la escena tratando de olvidar que su padre era responsable de todo aquello.

En el laboratorio, Denisse y Francisco afinaban sus sentidos del oído para captar lo que ocurría en el quirófano. El silencio de aquel lugar los había convertido en una especie de estatuas vivientes. Atentos a cada mínimo susurro, Sebastián los observaba sin comprender qué les sucedía en realidad.

El segundero del reloj se movía impasible. Al completar su quinta vuelta, una alarma comenzó a sonar. Laurent golpeó el vidrio del ventanal, mientras veía que un médico señalaba los cables que controlaban el pulso cardíaco y otro profesional seguía con la mirada los cambios en la actividad del sistema nervioso.

Jerome abrió los ojos y miró hacia afuera de la sala de espera. Dos guardias cubrían la puerta, recordándole con su sola presencia que no debía ir hacia el quirófano. Tenían que darle espacio a los especialistas para que trabajaran sin interrupciones. La vida de Joaco estaba en juego. La alarma lo gritaba con tono agudo.

El pitido seguía resonando, atacando los tímpanos de todos en ese piso, en tanto las enfermeras administraban distintos compuestos por vía endovenosa y los médicos se sumían sobre Joaquín. Laurent abrazaba a Camille, en un intento por impedir que fuera al quirófano. Procuraba calmarla, aunque sus propios nervios empeoraban la situación.

El sonido hiriente se apagó por intercesión de Francisco, mientras su equipo lo observaba desde las puertas del quirófano.

—No pueden administrarle ningún sedante de carácter ácido o lo matarán —dijo cuando todos giraron a observarlo—. Le causará un shock al reaccionar con el antídoto.

—¡Ya está en shock! Su corazón no responde y no hay cambios en la actividad neuronal. La toxina sigue haciendo su trabajo —urgió uno de los médicos.

Desde afuera, Laurent liberó a Cam y tan solo murmuró:

—Está muriendo. En cualquier momento su cerebro se apagará y...

Ella lo miró conteniendo el llanto.

—Prometió que regresaría conmigo. Va a cumplir su palabra, pero necesita ayuda extra.

—¿De qué hablas?

—Ya nos dijeron qué hacer. Perdidos por perdidos, no tenemos más opción.

—¿Te refieras a...?

Cam salió corriendo de la pequeña habitación anexa al quirófano y llegó a la sala de espera con la respiración entrecortada. Ana y Berni la esperaban ansiosos, mientras Jerome discutía con los guardias de la puerta.

—Ellos vienen conmigo —urgió la doctora.

Uno de los guardias se giró a mirarla, pero no llegó a responder. Pocos pasos más atrás, Laurent gritó:

—Déjenlos pasar.

Los mellizos tomaron impulso y corrieron, superando a su padre y entrando al quirófano tan rápido que los médicos no supieron cómo reaccionar.

—¡No pueden estar aquí! —Francisco dejó de lado la discusión que llevaba con uno de médicos y se enfrentó a ellos.

Al ver que Laurent cruzaba la puerta del quirófano junto a Camille, todos hicieron silencio, aguardando sus indicaciones.

—Ese señor... —Bernardo señaló a Sebastián—. Dijo que con las descargas eléctricas adecuadas podían curar a mi tío. El antídoto ya está en su sangre, queda obligar a la toxina a moverse para neutralizarla.

—Yo no pienso electrocutar a nadie. ¡Es una locura! ¡No me contrataron para esto! —uno de los médicos se quitó el barbijo y el gorro quirúrgico. Sus compañeros lo imitaron.

Javier y Matías se acercaron a Joaquín, preocupados por una inminente pelea.

—Oscar, nadie te está forzando a nada —Laurent hablaba con un tono de voz tan calmo que dejaba en evidencia la fuerza que estaba haciendo para controlarse.

—¡Genial! —el médico terminó de sacarse los guantes estériles y salió del quirófano junto a su grupo de trabajo.

Las enfermeras se quedaron mirando a Camille, que comenzó a vestirse con las ropas de cirugía al tiempo que Berni se acercaba a Sebastián.

—Dime exactamente dónde hay que hacerlo.

—¿Qué? ¿De qué hablas?

—Dime dónde aplicar las descargas.

Sebastián negó con un gesto de la cabeza y el mellizo le respondió con una sonrisa.

—Con eso me basta —replicó regresando junto a su hermana.

El caos imperaba en el lugar, nadie parecía comprender lo que sucedía. Solo Ana y Bernardo daban muestras de tener muy en claro lo que pensaban hacer. Ellos no dejarían que su tío muriera con tan facilidad.

Capítulo 53

Ana se había ubicado del lado derecho de la camilla. Laurent estaba arrodillado en el suelo, buscando algo a tientas, cuando Berni se acercó a su hermana y le susurró al oído. Los niños se miraron y asintieron a la par.

—Cam, ¿puedes explicarme lo que están haciendo esos chicos? — Sebastián contemplaba incrédulo la escena.

—Vamos a salvar a Joaco siguiendo tus indicaciones.

Laurent se puso de pie, mostrando en sus manos un cable con su corazón metálico expuesto. Se lo pasó a su hija y trató de sonreírle, infundiéndole confianza.

La melliza colocó el cable expuesto en la palma de su mano izquierda y cerró el puño. Buscó con la mirada a Camille.

—Todo irá bien. Lo harás bien, lo sé —dijo la doctora.

En el preciso instante en que Jerome e Isabela cruzaban la puerta del quirófano y Francisco iba a su encuentro, Ana levantó su mano derecha y la dirigió hacia el cuerpo inerte de Joaquín. Un rayo nació entre sus dedos y comenzó a desplazarse por el aire dibujando espirales. Pequeñas explosiones detonaban a medida que las ramificaciones del rayo rozaban cualquier objeto que se interponía a su paso.

Cam alcanzó a ver cómo la mirada de la niña se tornaba de color gris antes de que el suelo temblara a causa del primer impacto. El cuerpo de Joaco convulsionó en respuesta a la descarga eléctrica. El electroencefalograma marcaba paroxismos, aunque el corazón seguía sin reaccionar.

Ana frunció el ceño y levantó su mano una segunda vez. Tres relámpagos surgieron entonces, que se movían entrelazándose y generando impactos más violentos contra todo lo que alcanzaban a tocar. La hija de Laurent sabía bien lo que hacía: en ningún momento acercaba las descargas a las personas que aún permanecían en el quirófano, conteniendo la energía para redirigirla hacia su tío. El triple impacto hizo que las lámparas estallaran cuando Joaquín recibió la descarga en cabeza, corazón y estómago.

Stefano cubrió a Jerome y Francisco hizo lo propio con Isabela. Gesto que imitaron Javier al proteger a Laurent y Matías al anteponerse frente a Camille. Bernardo había alcanzado la cabecera de la camilla y sostenía el rostro de su tío con los ojos cerrados.

Bajo el tenue brillo de las luces de emergencia, todos permanecieron en silencio, esperando. Los monitores se habían fundido con la última descarga eléctrica y Cam trataba de ver a los mellizos para decidir cómo proceder.

—¡Oigo un latido! —avisó Javier.

Bernardo gruñó, manteniéndose en su lugar. De pronto, el mellizo liberó el contacto de su tío y saltó hacia atrás.

—¡ALÉJENSE TODOS! —ordenó desesperado.

El cuerpo de Joaquín volvió a convulsionar. Laurent empujó a su hija y llamó a la enfermera con urgencia. Camille intentó quitar a Matías de en medio, pero el custodio respondió obligándola a retroceder.

—No es lo que crees —alcanzó a decir él, mientras miraba de reojo a Javier y Stefano.

—¿De qué hablas?

La camilla cedió bajo el cuerpo del cambiante, que seguía convulsionando. Cam llegó a escuchar un gruñido y vio a Laurent saltar sobre su hermano. Otro gruñido y el sonido de ropa desgarrándose hicieron estremecer a la doctora.

Varios guardias ingresaron al quirófano, alejando a los mellizos y a Camille hacia la puerta donde Jerome y lo demás observaban todo con gesto impotente.

Un aullido resonó en el lugar y tan pronto como nació se apagó. Un llanto lastimero surgió entonces, haciendo que Jerome cayera al suelo, desvanecido.

Isabela abrazó a sus hijos, mientras Cam trataba de adivinar lo que sucedía tras el muro de guardias que gritaba y forcejeaba sobre la camilla donde se suponía que estaban Laurent y Joaquín.

Capítulo 54

Apretujados contra las puertas del quirófano, los mellizos y su madre asistían a Francisco, que revisaba los signos vitales de Jerome. Camille contenía a Sebastián, cuyos gritos se apagaban por el barullo que hacían los guardias que rodeaban la camilla a unos metros de distancia.

Sin esperar a que Jerome reaccionara, Stefano lo cargó en brazos y olfateó el ambiente.

—Tenemos que salir ya mismo —dijo con aparente calma—. Isabela, toma a los chicos y ve primero. Diríjense a la sala de espera, Pedro y Mika están ahí y saben qué hacer.

El custodio volvió a respirar con fuerza al ver que Javier y Matías se acercaban a ellos.

—Francisco, encárgate de Sebastián, ¿sí? Tus compañeras se retiraron cuando los médicos se fueron. Ustedes son los únicos que quedan del área del laboratorio —Stefano levantó los hombros, verificando el peso extra que significaba llevar así a Jerome.

—Nosotros cuidaremos de Camille —avisó Matías.

La doctora solo podía prestar atención a lo que ocurría detrás del grupo de guardias. Los gritos y gruñidos se entremezclaban con golpes y ruidos de objetos rompiéndose contra el suelo o las paredes.

Uno a uno, todos fueron saliendo de la habitación evitando llamar la atención. Faltaba que Cam cruzara las puertas cuando Javier maldijo a grito limpio. Matías se quitó los zapatos y el cinturón de sus pantalones con un movimiento rápido al tiempo que su compañero se desabrochaba la camisa.

—Ve hacia ese rincón —urgió Matías—. Si salimos, él nos seguirá. Es mejor quedarnos aquí, así limitamos sus movimientos a esta zona.

Cam no llegó a responder, Javier la empujó hacia una esquina del quirófano al tiempo que aullaba. Parecía que el guardia estaba temblando, pero ella sabía que en realidad estaba cambiando, al igual que Matías. Los dos custodios cayeron al suelo mientras los músculos de su cuerpo se contraían y relajaban de manera rápida, obligándolos a respirar con esfuerzo.

—¡No te muevas! —llegó a ordenar Javier, antes de que su cuerpo abandonara por completo la forma humana.

Camille se cubrió la boca con las manos, ahogando un grito. Aunque las luces de emergencia eran de poca ayuda, podía ver que delante suyo dos perros de tamaño considerable le daban la espalda y gruñían hacia algo que se movía en la oscuridad que se les enfrentaba. Un lobero irlandés ocupaba el sitio donde hacía unos momentos Matías había dado su último respiro como hombre. A su lado, un borzoi se mostraba atento a la amenaza que se aproximaba.

No fue la situación del momento lo que hizo emocionar a Cam. El riesgo de saber a Joaquín convertido en vaya a saber qué criatura y los gritos de los guardias que intentaban contenerlo, todo quedaba de trasfondo. Sus pensamientos iban hacia los dos perros que resultaban ser los custodios del hombre que amaba. Le recordaban una época muy distante de su vida y eso la llenaba de dudas y preguntas que no podía convertir en palabras dada la situación que enfrentaban.

Matías comenzó a gruñir, atrayendo la atención de Camille. Javier parecía preparado para dar caza a una potencial presa en cualquier momento. Ambos cubrían el frente de la doctora de manera estratégica. Uno iba listo a saltar a lo que se acercara, el otro se mostraba dispuesto a atacar por debajo.

Un guardia salió despedido hacia la venta que conectaba con la sala de observación y atravesó los cristales. Mientras dos hombres iban a socorrerlo, se generó un espacio por el que Cam llegó a ver que Laurent intentaba ponerse de pie. Tenía una herida en el cuello y llevaba la camisa desgarrada en varios lugares.

Ella recorrió con la mirada el quirófano. Varios custodios yacían en el suelo, con sus compañeros atendiéndolos. En el tiempo que Camille había fijado su atención a Javier y Matías, Joaquín había aniquilado la guardia de su hermano. Debía estar buscándola. Por eso sus amigos habían cambiado de forma. Si era tan peligroso el aspecto que Joaco había adoptado, se le hacía difícil a Cam entender qué hacían los custodios optando por mostrarse como perros.

Desde el lateral más oscuro algo comenzó a acercarse. Matías volvió a gruñir en señal de advertencia. Javier se le unió, dando ladridos cortos. El puma se acercó a la zona iluminada, caminando con cautela. Llevaba las orejas hacia atrás y siseaba por lo bajo, con evidente actitud defensiva.

Cuando se agazapó dispuesto a atacar a Matías, Javier se adelantó y largó un aullido. Camille contempló la escena con una mezcla de pánico e incredulidad que no podía explicar. Parecía como si Javier mantuviera una conversación con Joaquín, aunque no emitieran palabra alguna.

Ante un nuevo siseo de Joaco, Matías ladró y mostró los colmillos. El puma saltó sobre Javier, mordiéndolo en la zona de las costillas y empujándolo hacia un costado. Cam corrió hacia el borzoi de pelaje claro sin pensar en el riesgo que significaba quedar expuesta.

—Matías, quédate ahí —le gritó mientras intentaba comprobar si Javier seguía con vida—. Deja que se acerque. Él no va a lastimarme. ¿O sí, cariño?

Al ver que Matías hacía caso omiso a su pedido, Camille se puso de pie y caminó directo al encuentro con el puma. Todos los que estaban en aquella habitación habían enfrentado a Joaquín para contenerlo, siguiendo las órdenes de su líder sin medir las consecuencias.

—Joaco, sé que actuamos mal. Deberíamos haber hecho esto de otra manera. Pero en algún lugar ahí dentro, está el hombre que amo y él jamás me haría daño. Por favor, detente. Deja que te ayudemos. Prometiste regresar por mí, cumple con tu palabra.

El puma se le quedó mirando, sin abandonar su expresión defensiva ni bajar la guardia.

—Recuerda que te amo —dijo ella mientras se arrodillaba.

Cerró los ojos, dudando si acaso la bestia en Joaquín no resultaría más fuerte que su lado humano y racional.

Un silbido resonó en el lugar, seguido por un golpe seco. Cam abrió los ojos y descubrió a Joaco tumbado en el suelo. Hizo el amague de acercarse al verlo convulsionar de nuevo, pero Laurent la detuvo.

—¡Yo me encargo! —señaló mientras dejaba a un lado una pistola de dardos tranquilizantes.

Laurent anuló la distancia que lo separaba de su hermano y esperó hasta que las convulsiones desaparecieron. Nada quedaba del enorme felino. En su lugar, un muchacho de cabellos oscuros yacía en el suelo sumido otra vez en la inconsciencia.

—Pidan refuerzos. Llamen al grupo de emergencias —urgió el mayor de los Stevenson.

Dos guardias salieron corriendo.

—Lo llevaremos a su habitación. ¿Puedes ayudarme a estabilizarlo? —
Laurent miró a Camille mientras se ponía de pie cargando a Joaquín.

Ella asintió. Ya tendría tiempo de estallar en llanto y gritos más tarde.
Joaco la necesitaba.

Capítulo 55

La medianoche encontró al clan de cambiantes turnándose para cuidar de sus heridos. Durante su transformación, Joaquín había herido de gravedad a siete guardias y había dejado en terapia intermedia a tres más, incluido Javier. Al regresar a su forma humana, el exceso de sedantes que le habían suministrado lo habían sumido en un coma farmacológico. O eso esperaba Camille, dado que los exámenes que había podido hacerle mostraban una leve mejoría en el cuadro.

—Todo va a ir bien —Laurent suspiró, volviendo la mirada hacia su padre, que descansaba en uno de los sillones de la habitación de Joaco.

—Lo sé, hijo. Pero hay cosas que debemos enfrentar sin más dilaciones. No debemos lamentar muertes ni grandes pérdidas.

—Así es. Los miembros de la guardia que corrían más peligro ya están estabilizados. Les llevará un poco más de tiempo regresar a casa, pero se recuperarán.

—Mi problema es Sebastián.

Laurent asintió y se llevó las manos a la cara.

—Javier debe cumplir reposo durante un par de semanas. Sin él, no podemos borrar los recuerdos de Sebastián y eso nos obliga a tomar al toro por las astas —comentó, apretando los puños y mordiéndose los labios.

—¿Irás tú o yo?

—Puedo encargarme solo, papá. Tú debes descansar. Te olvidas de que tuviste un infarto hace solo unos meses y que te descompensaste hace un rato.

—Haré de cuenta que no escuché tu regaño, porque no soy un crío. Me quedaré aquí, organizando la jornada de mañana. Cam no sabe cuánto podría demorar el organismo de Joaquín en eliminar los sedantes, lo que nos impide especular sobre el tiempo que tardará en despertar.

—Le diré a Víctor que venga a acompañarte —Laurent bostezó—. Voy a llevar a Isabela y los chicos a casa. Necesito que se alejen hasta que la situación mejore.

—Por fortuna, cerramos este piso para uso del clan. Tenemos habitaciones y personal de sobra para tratar a los que lo necesiten sin

llamar la atención de los humanos.

—Sí. Al menos corremos con esa ventaja. En fin... Traeré algo de comer cuando regrese. Espero que los mellizos colaboren y no hagan alguna de sus escenas, en verdad no tengo ganas de pelear con nadie en este momento.

Jerome carcajeó ante el comentario de su hijo.

—Son fieles hijos tuyos y sobrinos de Joaquín. ¿Qué esperabas? No debes olvidar, tampoco, la influencia de los genes de Isabela. Ana y Bernardo son dos criaturas tozudas desde que estaban en el vientre de su madre y tienen a quién salir. Deberías haberlos visto enfrentando al guardia para ir a buscarlos a Camille y a ti cuando Joaco entró en shock.

Laurent miró a su padre y sonrió a medias.

—Estoy orgulloso de cómo son, solo pido que por unas horas no se pongan en plan de ataque y defensa. No es tanto pedir, ¿verdad? No te rías o no te tocará la porción de comida dietética.

Jerome se encogió de hombros y ahogó la risa. Su hijo mayor salió de la habitación intentando ocultar el cansancio, pero las marcas oscuras bajo sus ojos y la leve inclinación hacia delante de los hombros delataban que llevaba demasiado tiempo sin dormir bien.

~*~*~*~*~*~*~*~*~*~*~*~*~*~*~*~*

Camille encontró a Matías hablando con Javier en la habitación que le habían asignado al custodio debido a sus lesiones.

—¡Ustedes dos me deben una explicación muy grande! —los miró intentando mostrarse enojada, pero las risas de Matías le quitaron el mal gesto.

—Te equivocas, nuestra fidelidad es hacia el clan y al líder —explicó Javier al tiempo que extendía su mano sana y le quitaba a su amigo una porción de gelatina.

—Entiendo que lo ocultaran cuando Joaquín se fue, es obvio que las leyes se los prohibían. Ahora, llevo meses conviviendo con ustedes, ¿tanto les costaba decirme que ustedes eran los cachorros que rescaté cuando me separé de Joaco?

Matías intentó recuperar la gelatina sin éxito, antes de responder:

—Nunca entendí cómo podías llamarnos de esa manera si éramos dos tremendos mastodontes que ocupaban todo el espacio del living de tu casa.

—Respetar nuestro código de silencio es algo sagrado. No puedes enojarte —agregó Javier—. Además, te acompañamos cuando más lo necesitabas.

—Fingíamos dormir cuando salías de bañarte y optabas por vestirte en tu habitación —Matías se encogió de hombros, conteniendo un nuevo ataque de risa.

Camille abrió la boca, aunque no fue capaz de replicar aquella confesión. Titubeó varias veces, hasta que al fin dijo:

—No había pensado en eso. ¡Ustedes son unos pervertidos! ¿Les causaba gracia estar así, de mirones, irrumpiendo mi privacidad sin aviso alguno?

—¡Por favor! —Javier tragó la última porción de gelatina y dejó en la mesa de noche el recipiente vacío—. Cam, debes entender que nos limitamos a hacer nuestro trabajo. Cuidábamos de ti por pedido de Joaquín, pero cumplíamos las exigencias de Laurent. Jamás pensamos en faltarte el respeto de ninguna manera. Si lo piensas un poco, nos fuimos en la época en que volviste a hacerte de amigos. Te dimos el espacio que necesitabas.

Matías asintió.

—Vigilamos que la madre de Joaco y Laurent cumpliera con su parte del trato. Cuando Laurent consideró que estabas fuera de peligro, nos dijo que podíamos alejarnos —la sonrisa del cambiante fue sincera al hablar—. Decidimos acompañarte varias semanas más, porque nos preocupaba verte tan mal. Al comenzar tus prácticas en clínica, pareciste mejorar y entendimos que ese era nuestro pie para retirarnos.

—No lo consideraré de esa manera —Camille bajó la mirada.

—Al principio parecías un zombi. Ni siquiera notabas cuando comprábamos comida y llenábamos la heladera. Cada vez que salías a estudiar, nosotros recuperábamos nuestra forma humana, íbamos a clases, limpiábamos tu casa y hasta llegamos a prepararte la cena —Matías se encogió de hombros una vez más—. Estabas mal y no sabíamos qué más hacer.

—Era nuestra obligación vigilarte, pero nos importabas y te cuidamos como mejor pudimos. Creímos que bajo la forma de dos perros callejeros podríamos hacerte compañía y no puedes negarlo. Aunque debes reconocer que éramos dos ejemplares muy peculiares —cerró Javier.

Camille sonrió un poco.

—Me dolió cuando se fueron. Pero es verdad, me ayudaron y mucho. Solo digo que podrían habérmelo dicho en algún momento de las últimas semanas. Verlos a punto de enfrentar a Joaquín y comprobar que me engañaron fue algo muy frustrante.

—Lo lamentamos —Matías y Javier hablaron a coro, extendiendo los brazos para que la doctora se acercara y se abrazaran en grupo.

—Eres nuestra hermana pequeña. Te adoptamos por Joaquín... —explicó Javier.

—Y te queremos porque lo vales —aclaró Matías.

Por un momento, parecía que habían olvidado que Joaco yacía en otra habitación, entre cables, vías de suero y monitores. Dejaron a un lado los demás guardias heridos, los destrozos del quirófano y el ataque de nervios de Sebastián, a quien Francisco le había suministrado un somnífero a la espera de que Laurent se hiciera cargo del asunto.

Capítulo 56

El amanecer llegó sin que nadie lo percibiera. En el tercer piso del hospital, los pacientes dormían, al igual que quienes los acompañaban. Laurent era la excepción a la regla. Había intentado dejarse llevar por las aguas del sueño y el insomnio le había negado la posibilidad de descansar. Luego de varias horas acostado en el sillón con los ojos cerrados, ya no tenía más nada que hacer. La salida del sol lo movió a buscar a Sebastián y aclararle las cosas.

El bioquímico y el cambiante estaban en la sala de reuniones. El primero despierto a fuerza de algún que otro zamarreo, el segundo con las venas llenas de café para apalea los efectos del cansancio acumulado.

—Tenemos que hablar —dijo Laurent cruzándose de brazos.

Sebastián lo miró en silencio, antes de desviar la mirada en torno a la habitación.

—¿Cómo está Joaquín? Creo que me desmayé durante el procedimiento y no te imaginas los sueños que tuve...—comentó al tiempo que se rascaba el mentón.

—No lo soñaste, Sebastián. Por eso estamos aquí. Sucedió de verdad, pero hay un contrato que firmaste que te impide hablar al respecto.

Sebastián respiró profundo y señaló hacia la puerta.

—¿Vas a decirme que en verdad esa chica controló la corriente eléctrica y le dio descargas a tu hermano?

—Esa chica se llama Ana y es mi hija. Y sí. Ella puede manipular descargas eléctricas. Es una habilidad con la que nació.

—¿Y el chico?

—Bernardo, su mellizo. ¿Qué pasa con él?

—Cuando me habló, se respondió solo. Como si...

—Como si te hubiera leído los pensamientos. Sí, eso es lo que hizo.

Sebastián se puso de pie y negó con la cabeza.

—¡Es imposible! Yo vi... yo vi las descargas y las luces estallaron y entonces escuché un ¿gruñido? No puede ser cierto.

—Pero lo es. El contrato que firmaste pedía exclusividad. Lo hicimos por esto mismo. Todo lo que viviste debe quedar en secreto, será algo entre

tú y nosotros.

—¿Cómo puede ser posible? No, no lo entiendo.

—No somos humanos, aunque lo parecemos. Nuestra biología difiere un poco de la tuya, eso nos da la libertad de hacer cosas que para ti solo existen en películas de ciencia ficción. Lo que anoche escuchaste eran los gruñidos de mi hermano, que adoptó el aspecto de un puma. Eso fue lo que ocurrió con el tratamiento. Algo salió mal y Ana trató de salvarlo. Ahora, Joaquín regresó a su forma humana y está bajo el efecto de los sedantes que le suministramos. Esperamos que reaccione en cualquier momento.

—¡Detente, por favor! ¿Hablas en serio? ¿Esperas que crea algo así?

—Soy totalmente sincero contigo. Estos días te la pasaste trabajando con una proteína de origen cambiante, no animal. La toxina que afectó a Joaquín fue creada por uno de los nuestros. Ningún animal en el planeta Tierra es capaz de hacer algo así. ¿Acaso no te cuestionaste qué le pasó y cómo?

—Pregunté, pero todos evadieron mis consultas —Sebastián negó con un leve movimiento de la cabeza—. Cuando Matías me dijo que Joaquín pasó años tratando de proteger a Cam, ¿se refería a esto?

—Sí. Todos procurábamos evitar que ella corriera riesgo.

—No puedo creerlo. Esto es...

—Es secreto y a lo sumo, puedes hablar del asunto con Camille o con los miembros del clan que ya conoces. Cualquier expresión a alguien ajeno a nosotros, será una infracción grave al contrato que firmaste.

—¿Y qué van a hacer si hablo? ¿Me llevarán preso?

Laurent sonrió. Extendió su mano y la puso sobre la mesa. Mostrando una garra de pelaje claro que le llegaba hasta el codo, arañó la madera de la mesa antes de recuperar su naturaleza humana. Sebastián lo contempló sin dar crédito a lo que veía.

—Te lo estoy advirtiendo. No puedes hablar sobre nosotros o pagarás con tu vida.

—Nunca rompo mi palabra —respondió Sebastián con una sonrisa sincera—. Además, prefiero seguir trabajando con ustedes y esperar a que me habiliten a estudiar su naturaleza. ¿Tienes idea el impacto que tendría en la sociedad algo así?

—Por el momento, necesito tu silencio. Cuando todo esto se resuelva, hablaremos sobre cómo seguirán las cosas y qué podrás hacer en el

laboratorio que mi padre se comprometió a abastecerte —Laurent se relajó, regresando a su silla.

—Yo sabía que ustedes debían de traerse algo grande entre manos, pero nunca pensé que pudiera ser esto. ¡Es increíble! ¿Podré verlos transformarse por completo?

El cambiante sonrió, encogiéndose de hombros.

—Debes lograr que mi padre te lo habilite. Has buena letra y de seguro te permitirá ver a Matías o Stefano entrando en acción.

—¡Una maravilla de la genética, sin duda alguna! —Sebastián hablaba con la mirada perdida en un punto distante—. Supongo que también deberé pedir permiso para que Francisco o Denisse me presten algo de material escrito.

Laurent negó con la cabeza.

—Hay poco al respecto, por cuestiones obvias de ocultar nuestro secreto. Puede que a futuro descubras algo que le dé herramientas a mi padre para cambiar de opinión. Por ahora todo lo puedas aprender será porque te lo transmitirán de manera oral. Evitamos los registros, para no comprometer a los clanes.

Sebastián asintió.

—Sí, lo entiendo. Igual, aprovecharé a hacerles mil preguntas. No puedo creer que Camille haya vivido por años sabiendo todo esto y no intentara saber más sobre el asunto.

—Ella se enteró hace unos meses —Laurent levantó una ceja y sonrió a medias—. Cuando Joaquín se fue, lo hizo para no confesarle la verdad y ponerla en más riesgo. Pero el peligro desapareció hace un tiempo, así que ahora mi padre es quien decide hasta dónde hablar, y con quién, al respecto.

—Gracias, supongo... Podrías haberme hecho creer que eran locuras mías o simplemente hacerme desaparecer del mapa.

—No resolvemos las cosas así, no somos animales. Ahora, si no te molesta, debo ir a despertar a mi padre para que regrese a casa. Ve a descansar un poco, si lo deseas. Mientras mi hermano permanezca en coma, no tienes mucho para hacer.

El cambiante se puso de pie y se encaminó hacia la puerta. Antes de retirarse, volvió la mirada a Sebastián y agregó:

—No te olvides. Guarda silencio o me las cobraré —un rugido nació desde lo profundo de su pecho, que hizo estremecer al bioquímico.

La risa de Laurent se ahogó ante la señal de alarma en la habitación de Joaquín. Sin dudarlo, salió corriendo a ver qué sucedía.

~*~*~*~*~*~*~*~*~*~*~*~*~*~*~*~*

Joaco sintió que caía al vacío y abrió los ojos antes del impacto contra el suelo. Intentó fijar la mirada, pero todo lo que alcanzaba a ver eran nubarrones blancos. Se buscó las manos y aunque se suponía que las tenía frente a su rostro, no fue capaz de distinguir más que un manchón apenas coloreado. Cerró los ojos y se obligó a contar hasta diez.

El ruido constante de un monitor lo empujó a afinar los sentidos. Ese no era un sonido típico de su hogar. Palpó y acarició las sabanas que lo envolvían. La textura de la tela corroboró que no estaba en su cama. Respiró profundo mientras el aroma a desinfectante floral lo hacía estornudar. Su padre jamás autorizaría algo así en su casa. No precisó hacer las cuentas. Todo le indicaba que debía de estar en algún sanatorio u hospital.

Un estremecimiento le trajo recuerdos de la pelea con su tío, Tomás. Se vio muriendo entre las fauces de un enorme león y el sabor a sangre en el paladar lo hizo estremecer. Sabía que había llegado a sentirse tan dolorido y cansado que el cuerpo no le respondía. Se había dejado hundir en una suerte de inconsciencia con Cam llorando a su lado.

Camille... ¿Estaría a salvo? ¿Habrían llegado a rescatarla? ¿Y él? ¿Por qué no podía ver? ¿Qué estaba sucediendo? ¿Dónde estaban todos?

Abrió los ojos. El paisaje blanco y brillante que percibía le resultaba molesto. Quería ver con claridad, no perderse entre nubes imaginarias. Intentó incorporarse, pero el cuerpo le pesaba demasiado. Era como si la gravedad hubiera aumentado en torno a él, limitándolo de manera dolorosa. Cada articulación que trataba de mover, tiraba hacia el lado contrario y ardía. Sus tendones se resistían a ceder y darle extensión a los músculos.

Durante varios minutos, luchó contra un ente invisible que forzaba para que se quedara acostado. Alcanzó a sentarse con la respiración entrecortada y un mareo amenazando con hacerlo vomitar. Recién entonces sintió que algo tironeaba de su brazo. Con cuidado, descubrió una vía de suero conectada en la parte interna de su codo izquierdo.

¿Cuánto llevaba así? ¿Cuándo había terminado la pelea con Tomás?

Relajó el brazo para que la sonda del suero no molestara. Algo cayó sobre su espalda. No sabía si lo llevaba en la cabeza o si acaso había estado suspendido más arriba. Como resultado, una alarma comenzó a sonar con tono agudo.

—¡Joaquín! ¡Joaquín! ¿Me escuchas? —la voz grave de su padre se apagó, interrumpida por Laurent:

—Hermano. ¿Cómo te sientes?

Giró su rostro, tratando de buscar con la mirada a su familia. Alcanzaba a captar las formas difusas de sus figuras, aunque solo podía corroborar que eran ellos haciendo uso del olfato y el oído.

—¿Laurent? ¿Papá? ¿Qué sucede? ¿Por qué no puedo verlos?

Alguien ahogó un grito. Joaco estaba seguro de que había sido su padre.

Laurent se le acercó lo suficiente como para que pudiera escuchar los latidos de su corazón.

—No sé qué pasó, pero lo resolveremos. Te lo juro —dijo tomándole las manos.

Joaquín movió la cabeza intentando aceptar la promesa, pero algo llamó su atención.

—Todo va a estar bien —la voz de Camille llegaba un poco apagada.

No estaba hablándole a él. De seguro intentaba calmar a su padre. Joaco sintió cómo sus músculos se tensaban sin que él les diera la orden. Parecía reaccionar a Cam incluso sin proponérselo. Supo que ella estaba a su lado cuando el aroma del ambiente que lo rodeaba se llenó de notas frutales y cítricas.

—Cam... —murmuró, al tiempo que una lágrima resbalaba desde el rabillo de su ojo izquierdo.

—Hola, mi amor —él pudo dibujar en sus pensamientos la sonrisa que ella debía de estar regalándole.

Reconocía ese tono de voz, esa mezcla de dolor contenido y angustia apremiante.

—Sé sincera. ¿Qué tan mal estoy? —inquirió, buscándola con la mirada perdida entre nubarrones de colores.

—Tenemos que hacerte algunos estudios para chequear todo —respondió ella. Joaco sintió que algo se movía frente a tu rostro—. Por el momento, creo que lo único grave es tu pérdida de la vista. No sé si será permanente o si te recuperarás luego de un tiempo.

Él sonrió a medias.

—No recuerdo que Tomás hiciera algo para dejarme ciego —murmuró llevándose las manos a la cara.

—No creo que esto sea efecto de la pelea... —Camille comenzó a hablar, pero la frase quedó a medias.

—Hay bastante que contarte —señaló Laurent—. Por ahora, necesitas descansar y pasar por el chequeo. Con el desayuno podremos hablar tranquilos.

Joaco asintió, guardándose las mil preguntas que golpeaban sus pensamientos. Solo podía pensar en lo limitado que se sentía al no poder ver bien. Era como estar indefenso, expuesto a cualquier riesgo potencial. Tal vez debería sacar a flote su naturaleza cambiante para mejorar sus otros sentidos y guiarse con ellos. Debía hablar primero con su hermano y su padre. Descubrir dónde estaba y qué libertad de acciones tenía dada la situación.

Una caricia cálida le robó otra sonrisa. El contacto con Cam era su cable a tierra. Con ella cerca, los miedos y dolores perdían fuerza. Podía guardar esperanzas sabiendo que ella estaría a su lado para sostenerlo si caía.

—Te amo —le escuchó decir en murmullos—. Todo va a ir bien, lo prometo.

Dejando las preocupaciones a un lado, eligió creer en la mujer que amaba. Aunque no entendía lo que estaba pasando. Aunque le daba pánico descubrir lo que lo había empujado a ese estado. Camille le daba algo en qué creer y no pensaba perder aquel salvavidas.

Capítulo 57

Luego de varios estudios, incluidas resonancias y tomografías, Joaquín esperaba ansioso escuchar lo que su padre y su hermano tenían para contar. Sin embargo, a medida que las explicaciones fueron avanzando y tomando peso, el cambiante sintió que una densa bruma lo rodeaba, asfixiándolo. No encontraba manera de escapar o despertar, si acaso todo eso era un sueño.

—¿Me estás escuchando? —la voz de Jerome lo hizo reaccionar.

—Sí, papá. Escuché muy bien todo lo que dijeron. Es mucho para procesar, solo eso.

—Lo que importa ahora es que estás despierto.

—Casi mato a la guardia de Laurent —Joaco sonaba apagado, como si alguien más hablara a través de él.

—Están todos fuera de peligro.

—Asesiné a Tomás.

—Defendías tu vida y la de Camille.

—Limitaron su vida a cuidarme estos meses sin saber si despertaría en algún momento.

—Lo hicimos porque te amamos —Jerome abrazó a su hijo.

—Si digo que estoy ciego, ¿vas a responderme que podré ver de nuevo en poco tiempo? —se mordió el labio inferior, conteniendo las ganas de gritar.

—Puede que tu padre no, pero yo sí —una voz desconocida hizo que su padre se alejara un poco.

—Hijo, te presento a Sebastián. Es el bioquímico que trabajó con el equipo de especialistas que te mencionó Laurent.

Joaco sonrió en dirección al lugar donde había captado a Sebastián.

—Eres el exmarido de Camille. ¿Verdad?

—Sí. Más allá de eso, identifiqué la toxina que te mantenía en coma y ayudé a buscar el antídoto. Me especializo en inhibidores y promotores proteicos —Sebastián palmeó la espalda de Joaquín—. Creo que puedo ayudarte a recuperar la vista, aunque llevará un tiempo. Los nervios

ópticos son muy delicados y todavía queda determinar con exactitud dónde está el problema.

—¿Estoy muy errado si digo que sueñas bastante entusiasmado con todo este asunto? —el cambiante frunció el ceño.

Sebastián dejó escapar una risa nerviosa antes de responder:

—Creo que el asunto de tu naturaleza cambiante es una maravilla de la biología y la genética y disfrutaré aprendiendo más al respecto mientras busco la manera de que dejes de estar ciego.

—Si mi familia confía en ti, yo también lo haré.

Se encogió de hombros y ahogó un gemido cuando los músculos de su cuello se contrajeron en un calambre.

—Descansa un poco —le pidió Laurent—. Los mellizos vendrán a visitarte al mediodía y luego comenzarás el trabajo fuerte de kinesiología. Con un poco de esfuerzo, pronto estarás caminando sin problemas.

Joaco escuchó tres pares de pasos alejándose de la habitación. Pocos minutos después, otro par de pasos ingresó sin saludar siquiera.

Cuando Cam se acurrucó a su lado, él se relajó por completo.

Luego de tanto tiempo separados, cada instante a su lado valía oro. Podía saborear el perfume de sus cabellos, sentir la calidez de su piel, escuchar su respiración tranquila. ¿Qué importaba perder la vista si había recuperado a la mujer de su vida? Podía disfrutar de su familia después de muchos años y contar con la compañía de Camille. Esa idea lo salvaba de caer en la desesperación y ahuyentaba las posibles crisis que amenazaban con atacarlo si bajaba las defensas.

Capítulo 58

La lluvia caía suave sobre los campos que rodeaban la casa. Se escuchaba el susurro de las pequeñas gotas de agua al impactar contra el césped. Laurent había recorrido las tres plantas del edificio buscando a Camille, para encontrarla en el último lugar que podría haber considerado: de pie frente a uno de los ventanales de la cocina que daban al patio trasero.

Ella lo escuchó llegar, pero no giró a mirarlo. Solo se limitó a decir:

—Lleva casi una hora sentado en medio del patio.

El cambiante se cruzó de brazos nada más pararse a su lado y enfocó la vista en su hermano. Joaquín había sabido ser una criatura inocente y soñadora, pero su madre lo había encadenado poco a poco y Laurent no había podido liberarlo a tiempo.

—Cuando era pequeño le encantaba hacer eso. Mamá lo regañaba, le recriminaba que un futuro líder no podía actuar así. Joaco le dio la vuelta al asunto convirtiéndose en animal cada vez que deseaba estar bajo la lluvia —se mordió los labios por un instante—. A veces era un felino y otras, un ave. Mamá pasaba horas hasta encontrarlo y eso la enfurecía todavía más.

Laurent no mencionó la crudeza de los castigos de aquel entonces, prefirió guardarlo junto al recuerdo de los golpes que soportó por defender a su hermano. Los habían criado con rectitud alegando que debían ser personas fuertes porque sus futuras responsabilidades así lo reclamaban. Como si jugar bajo la lluvia a los seis años fuera algo tan terrible e imperdonable.

—No me preocupa verlo en pleno campo bajo la lluvia torrencial. Me angustia que mantenga su forma animal desde hace más de una semana — Cam se encogió de hombros.

Laurent captó el esfuerzo que hacía su cuñada para contener el llanto. En el patio, su hermano mostraba el aspecto de puma que tanto prefería.

—Lleva tres meses de regreso con nosotros y si bien ya puede desplazarse sin problemas y adoptar la forma animal de manera controlada, sigue estando ciego. Creo que le está ganando el miedo de no

recuperar la vista nunca más —respiró profundo antes de continuar hablando—. Sin duda alguna, nadie esperaba que Joaco despertara del coma padeciendo ceguera. Todos hemos hechos un gran esfuerzo para ayudarlo, pero es obvio que eso no alcanza. Todo queda en sus manos. Él debe aprender a superarlo.

—Me siento exhausta. Este último tiempo... —Camille se limpió las lágrimas que rodaban por sus mejillas—. Ya no me dirige la palabra. Se limita a responder mis preguntas con monosílabos y me evita en todo momento. La noche previa a adoptar el aspecto que lleva ahora, prefirió dormir en el suelo antes que compartir la cama conmigo.

—No es solo contigo. Lleva semanas a evitando a los mellizos y a papá y cuidando de no encontrarme a solas. Me resulta increíble que acepte pasar tiempo con Matías y Javier. Se está encerrando cada vez más dentro de sí mismo. En verdad me preocupa.

—Intenté hablarle al respecto, pero se limitó a hacer oídos sordos. Es como si me hubiera hecho invisible, lo que resulta demasiado irónico dado que no puede vernos.

—Consulté a su terapeuta. Me dijo que debemos darle tiempo. Es todo un proceso aceptar el nuevo rumbo que tomó su vida, pero debe entender que estar ciego no es una limitación.

—Sí, lo sé. Debe aprender a superarlo.

Cam se retiró de la cocina limpiándose el nuevo ataque de lágrimas que bañaban su rostro. Se encerró en su cuarto y trató de encontrar un motivo para no dejarlo todo e irse a su casa. Se suponía que esa habitación era compartida con Joaco, que era su refugio del bullicio de la vida junto al clan, pero le resultaba un espacio frío y angustiante.

Se sentó en la cama abrazando una de las camisas que Joaquín había dejado en el cesto de ropa sucia. Aspiró el aroma de la tela como si de una droga se tratara. Era su perfume, la fragancia de su piel sin desodorantes ni fragancias artificiales. El fantasma de los buenos tiempos se dibujó en los recuerdos de la joven doctora.

Cuando Joaco recibió el alta y regresaron al hogar Stevenson, nada parecía ir mal. Todos los días se levantaba temprano para entrenar con Matías, hacía sus ejercicios de rehabilitación con Ana o Bernardo y almorzaba en el living, con la familia.

Le llevó cinco semanas volver a convertirse y controlar su lado animal. Cam lo observaba desde la seguridad de la sala, mientras él entrenaba con

Stefano o alguno de los otros guardias. Por las dudas, Matías y Javier adoptaban el aspecto del lobero irlandés y el borzoi. Así le recordaban que ellos estaban para cuidarlo, no para ofrecerle pelea.

Luego de dos meses, el cambiante podía correr y hacer ejercicio con suma libertad, a pesar de mantener la ceguera. Sebastián había probado varios tratamientos y daban resultados que duraban unas horas o, cuanto mucho, un par de días. Lo efímero de la recuperación hacía que, con cada fallo, Joaco fuera volviéndose más y más huraño. Iba comprendiendo la gravedad del asunto a medida que pasaba el tiempo y las propuestas del bioquímico no hacían efecto.

La última prueba no había logrado resultado alguno. Ese fue el detonante, lo que empujó a que Joaquín adoptara aspecto felino y ya no volviera a ser humano. Si alguien trataba de enfrentarlo, él los amenazaba con un siseo. Vagaba por la casa cuando los mellizos no estaban y si en el edificio había demasiado movimiento, optaba por irse a las partes más distantes o solitarias del campo de la familia.

Se había convertido en un ermitaño en su propio hogar. No importaba cuánta gente anduviera cerca, se comportaba como si estuviera en plena selva, aislado de todo el mundo. Jerome había sido el primero en recurrir a la terapeuta de su hijo, quien terminaba dando el mismo mensaje a todos los que le consultaban al respecto: Joaco necesitaba tiempo. Debía aprender a vivir así, sin depender de ese sentido que había perdido y bien podía no recuperar jamás. El problema era el impacto de aquel cambio en la familia.

Camille respiró el aroma de Joaquín en la camisa una vez más. Los recuerdos del último abrazo sincero que le había dado hicieron que rompiera en llanto de nuevo. Comprender que había momentos en que él la abrazaba y besaba solo por compromiso, le había dolido de una manera que no podía expresar con palabras.

¿Por qué no se iba? ¿Por qué no armaba el bolso y regresaba a la calidez de su hogar?

Algo en lo profundo de su ser le impedía alzar vuelo y escapar de los destrozos que estaba causando Joaco con su actitud distante. Sentía que él estaba gritando en silencio, pidiendo auxilio aunque se negara a recibir ayuda. Era evidente que él no estaba bien y aunque la terapeuta lo expresaba de una manera tan lógica y racional, a todos en la casa cada día

parecía costarles un poco más llevar adelante el acompañamiento que el cambiante precisaba.

Cam no necesitaba que él le dijera “te amo” cada noche antes de irse a dormir. No precisaba, tampoco, que viviera pendiente de lo que ella hacía. Lo que la destrozaba en realidad era el muro que Joaquín había construido a su alrededor a lo largo de las últimas semanas, logrando una distancia tan frágil como el cristal, pero palpable como la frialdad que emanaba de él cada vez que escuchaba que ella le hablaba.

Debía resistir un poco más. Solo un poco más. Aferrarse a los consejos de la terapeuta y ser fuerte por él.

“No te rompas”, pensó, “no te destruyas. Él te necesita”.

Se durmió abrazada a la camisa, hecha un ovillo en la cama. Esa cama que había sabido ser el lugar de reencuentro con el hombre que amaba, era entonces una isla de hielo y nostalgias. Con suerte, pronto Joaquín cambiaría su manera de pensar y traería de regreso algo de su calidez característica. Solo esperaba que su corazón no sucumbiera en la espera.

Capítulo 59

Si en algún momento Joaquín había creído que podía valerse del amor de su familia para superar la ceguera, aquella perspectiva se había esfumado con cada tratamiento que Sebastián le había ido suministrando sin lograr que la recuperación durara más de unas horas. El último intento había sido el peor. Su vista no había regresado en absoluto, ni siquiera por unos instantes. Sebastián le decía que no tenía que preocuparse, que cada fallo le daba pautas sobre qué cambiar y cómo.

La acumulación de pruebas erróneas había ido minando las esperanzas de Joaco, hasta destruirlas por completo. Debía aceptar que permanecería ciego por el resto de su vida y aquella verdad lo golpeaba demasiado fuerte. Valerse de sus otros sentidos no era lo difícil, sino reconocer que ya no volvería a ver a las personas que más quería. Si bien podía captar sus estados de ánimo a través del olfato o interpretando el tono de sus voces, había muchos detalles que se perdería al no poder mirar.

Odiaba reconocerlo, pero ya tenía hecho un esquema mental de la casa y sus alrededores. Podía moverse sin chocar muebles ni romper nada frágil que estuviera a su paso. Incluso, se daba el lujo de tomar caminos alternativos para evitar cruzarse con Camille o el resto de su familia cuando no quería hablar con nadie.

Llevaba semanas dándole vueltas al asunto en sus pensamientos. No quería atar a nadie. No quería que estuvieran lamentándose por él o pendientes de lo que podía llegar a necesitar, como si fuera un niño pequeño. Anhelaba valerse por sí mismo, aprender a potenciar sus otros sentidos para, en algún momento, regresar a la selva.

Bajo la forma animal, sus genes cambiantes le daban una libertad que su torpe cuerpo humano no podía ofrecerle. Según el aspecto que tomara, su oído, olfato y tacto aumentaban de manera exponencial. Permanecer como animal lo tentaba, aunque no había lugar para él en la ciudad. Tenía que quedarse encerrado en los límites de la estancia de su padre, o irse. Escapar ahí donde la naturaleza había sabido cobijarlo años atrás.

Una de las secuelas de la toxina radicaba en la incapacidad para hablar con normalidad cuando cambiaba. Por eso llevaba tantos días bajo la

apariciencia de un puma. Estando como humano, Camille se esmeraba por darle muestras de cariño constante. Abrazos, caricias, besos... no es que él no los deseara, pero necesitaba distanciarla. No era capaz de decirle que ya no la quería, porque esa era una mentira que podía verse a kilómetros. Ella era la última persona a la que quería lastimar.

¿Cómo explicarle que no quería seguir a su lado? ¿Cómo decirle que sentía que le estaba robando la oportunidad de ser feliz junto a alguien sano? Él estaba ciego y tan herido desde lo emocional que no sabía cómo se mantenía de pie aún.

No pensaba irse en silencio. Eso ya lo había vivido y no estaba dispuesto a repetir algo así. Debía sentarse a su lado, enfrentar la situación y decirle algo como “te amo, quiero saberte feliz, entiende que debemos separarnos”. Sin embargo, tanto le dolía quedarse así, sintiendo que le robaba tiempo valioso, como lo destrozaba alejarse de ella.

Se veía como una suerte de muñeco de porcelana roto. Aunque Cam lo amara, él seguiría estando roto y nada volvería a ser igual. Sin embargo, ella podía encontrar a alguien más, ser feliz con otra persona, y esa idea iba creando un surco en sus pensamientos, horadando su entereza.

Su familia lo entendería. Sobre todo, porque con ellos la comunicación podía establecerse de diferentes formas y porque, si había podido tenerlos cerca estando tan lejos, podría volver a hacerlo sin duda alguna.

Aquel exilio tendría otro color, sin duda. Los mellizos se enojarían con él, lo sabía bien. Le recriminarían todo lo que Camille se callaba, exigirían que fuera más adulto, que reconociera lo que estaba sucediendo y siguiera adelante. Aunque no podrían ver que eso era, en realidad, lo que trataba de hacer al regresar a la selva.

Su hermano... con él debía hablar de varias cuestiones. Le pediría que cuidara de su padre, que mimara mucho a sus sobrinos y que dejara de sentirse culpable. Porque Laurent era así, su personaje de hermano mayor no se perdonaba llegar a destiempo o no poder ayudarlo cuando necesitaba de alguien. Estaba bien. Joaquín no podía depender de alguien siempre. Por eso mismo pensaba en irse.

Al menos su padre tenía a Víctor para acompañarlo y llenar el futuro espacio vacío de la casa. El muchacho sería un buen hijo adoptivo, estaba seguro. También estaba Elena, con quien al parecer estaba manteniendo una relación estable.

Bajo la densa lluvia que caía, Joaco sonrió.

Javier ya lo había acorralado, preguntándole si tenía planeado marcharse y dejarlos de nuevo. No había sido capaz de negar la acusación, tan solo había guardado silencio. Eso, para su amigo, valía más que mil confesiones. Para su sorpresa, Javier no había retrucado ni lo había regañado. Se había quedado sin palabras, con la mirada triste y lejana. El custodio se guardó el descubrimiento, sin compartirlo ni siquiera con Matías. Tal vez él lo entendía. Sí. Tal vez Javier comprendía lo que estaba viviendo Joaquín.

Ahí, en medio del patio, bajo la tormenta que lo golpeaba sin piedad, el cambiante supo que no podía seguir dilatando el asunto. Nadie merecía su actitud. Comenzó a caminar en dirección a la casa, con la idea muy clara de enfrentar a la familia y resolver todo de una buena vez.

Capítulo 60

Aquella madrugada, Joaco se escabulló al baño de su habitación mientras Camille dormía. Regresó a su forma humana y se dio una ducha para quitarse los restos de barro que podía conservar luego de su tiempo bajo la lluvia en el campo.

Ya con el pijama puesto, se pasó las manos por el rostro tratando de comprobar qué tan larga estaba su barba. No le molestó el aspecto que debía de tener. Prefería eso a tener que pedir ayuda a su hermano o alguno de sus custodios.

Volvió a su cuarto y se acercó con cuidado a la cama. No quería despertar a Cam. Por unos minutos, permaneció de pie dubitativo. Decidió que, siendo de seguro la última vez que dormiría con ella, podía darse el lujo de volver a abrazarla y tenerla a su lado.

Se coló bajo las sábanas y envolvió a Camille con sus brazos. El aroma de sus cabellos le regalaba decenas de recuerdos de momentos compartidos.

Si alguien le preguntara cómo deseaba morir, Joaco era capaz de admitir que podía hacerlo sin temor alguno si ella estaba a su lado. Tal vez hubiera sido mejor que Laurent no hubiera llegado a salvarlo luego de la pelea con Tomás. Eso les habría ahorrado semanas de angustias a todos.

Perdiéndose en incoherencias, se durmió con el rostro escondido en la nuca de la mujer que amaba. Nadie que llegara a verlos creería que aquella pareja tenía fecha de caducidad. Joaquín había tomado la decisión, aunque Cam no lo sabía todavía.

~*~*~*~*~*~*~*~*~*~*~*~*~*~*~*~*

Camille despertó entre los brazos de Joaquín y se estremeció. Se giró con cuidado, para evitar que él abandonara los océanos del sueño. Lo observó en silencio, acariciándole el rostro con la mirada. La barba lo hacía ver más apuesto, si era posible. Le daba un aspecto de hombre salvaje, que combinaba perfecto con su naturaleza cambiante.

Estaba a punto de sonreír, cuando la duda impactó de lleno. ¿Por qué había vuelto a su forma humana? ¿Por qué la abrazaba luego de tantos días de distancia autoimpuesta? Tal vez pensaba ir al hospital a ver a Sebastián. O puede que quisiera hablar con ella y disculparse por su actitud errante y fría.

Lo escuchó susurrar su nombre en sueños y la sonrisa nació con entusiasmo.

—Te amo —murmuró besándolo en los labios—. No te haces una idea cuánto te extrañé.

Se acurrucó contra su pecho y volvió a dejarse hundir en la inconsciencia onírica. Joaco estaba de regreso. No necesitaba nada más.

~*~*~*~*~*~*~*~*~*~*~*~*~*~*~*~*

Para cuando Cam volvió a despertar, Joaquín ya se había levantado y cambiado de ropa. Estaba sentado en el borde de la cama, con el rostro hacia donde ella se encontraba, tratando de dibujar en sus pensamientos las facciones de su rostro.

—¿Llevas mucho despierto? —preguntó ella.

Joaco pudo adivinar la sonrisa que acompañaba aquellas palabras.

—Solo unos minutos—replicó en susurros.

—¿Dormiste bien?

—Tanto como tú —se encogió de hombros intentando sonreír.

—¿Tienes planes para hoy?

—Sí —el cambio en el tono de voz hizo que el pulso de Cam se acelerara—. Tengo algo que decirle a mi familia, pero pensé en charlarlo contigo primero.

—¿De qué se trata?

—He estado barajando la idea de regresar a la selva.

Camille se sentó en la cama. Joaquín captó los roces de las sabanas mientras se incorporaba y acercaba a donde él estaba.

—Eso... sería un gran cambio. ¿Qué tan lejos queda el hospital más cercano? Me gustaría poner mis conocimientos en práctica con quienes lo necesitan...

—No pienso llevarte a un lugar así, sin agua potable, corriente eléctrica o un sitio donde dormir tranquila. Me iré solo, Cam. No mereces que te arrastre a ese estilo de vida.

—¿No merezco? ¡¿Dices que no lo merezco?! —ella se puso de pie.

Joaquín vio el manchón de sus cabellos castaños moviéndose por la habitación.

—¿QUÉ DIABLOS TE SUCEDE? —guardó silencio y se obligó a bajar la voz antes de seguir hablando—. ¿Cómo pretendes que tome esto con calma? ¡Dime! Explícame, porque en verdad no lo entiendo.

—Aquí no hay lugar para mí. En la selva, volvería a ser libre.

—¡Claro! Porque te tenemos enjaulado desde que despertaste del coma... ¡Discúlpame por no darme cuenta!

—Cam, yo soy el problema. No mereces sufrirme.

—¡Pues qué mal! ¡Ya te sufrí, Joaquín! Ya te lloré, ya te perdoné, ya acepté que te amaba y cuidé de ti. Te acompañé cada maldito día que pasaste en coma, porque te amo y me importas. Creí que te morías en mis brazos cuando enfrentaste a tu tío, creí que morirías cuando te dieron el antídoto. Y no me fui, Joaco, no te abandoné.

—Yo no hablo de abandono. Decidí regresar a la selva. Después de todo, ese era mi plan original. Debes reconocer que lo nuestro no tiene futuro. Nunca lo tuvo, menos ahora.

—¿Hablas en serio?

—Me iré en un par de semanas. Queda hacer una prueba más con Sebastián. Luego, emprenderé viaje.

—¡Eres un completo idiota! ¡Un total y completo idiota! ¿Me escuchaste? Pero yo soy más idiota por preocuparme por ti.

Joaquín cerró los ojos. El golpe en la puerta le confirmó que Camille había salido de la habitación. Se dejó caer de espaldas sobre la cama y cubrió su rostro con una almohada. Hablarlo con ella había sido un desastre. Con su familia tampoco resultaría fácil.

Capítulo 61

Bernardo irrumpió en la habitación de Joaquín sin siquiera pedir permiso.

—No sé quién eres, pero sin dudas, no eres mi tío —dijo el mellizo, con tono calmado.

—Hola, Berni. Sí, puedes pasar. No hay problema.

—¿Eres idiota o qué? Estoy dudando si acaso Cam no tiene razón...

—No voy a discutir esto contigo. No lo entenderías —Joaco orientó el rostro hacia donde su sobrino se había sentado.

Bernardo gruñó por lo bajo antes de responder:

—Crees que soy un niño, pero he visto tus pensamientos y soy más maduro que tú. Yo no pensaría en escapar ni me encerraría en una coraza de autocompasión y miedo solo porque quedé ciego.

—Ber...

—¡Hay gente que nace ciega, tío! ¡Gente que queda ciega y no abandona por eso a su familia! Si ellos pueden aprender a vivir con un sentido menos, tú con más razón deberías poder hacerlo.

—No... yo no...

—¡Cállate y escúchame! Desde que tengo memoria, siempre fuiste mi ideal a seguir. Tu valentía enfrentando a la abuela, tu exilio para proteger a la mujer que amabas, tu fidelidad al clan más allá de todo. Yo quería ser como tú. Pero ahora... ¡Ahora me das vergüenza!

Joaquín negó con un movimiento de la cabeza.

—Bernardo, por favor...

—¡Por favor nada! Durante años le hiciste frente a las leyes del clan, soportaste todos los maltratos de tu madre, ¿para sentirte débil ahora que no puedes ver? ¡No te reconozco! De verdad, he intentado comprenderte.

»Desde hace días entro a tus pensamientos para tratar de entender qué te impulsa a mostrarte así, a actuar de esta manera, y solo veo a un niño pequeño llorando porque perdió un juguete y no es capaz de ver que hay mucho más que eso en la vida.

Joaco escondió el rostro entre sus manos. El mellizo volvió a gruñir.

—¡Deja de pensar que deberías haber muerto ese día! ¡Deja de regodearte en eso que crees que es tu suplicio y reacciona! Toda la familia está aquí, cuidándote, preocupándose por ti. ¿En verdad crees que si te vas vamos a sufrir menos? ¿Acaso imaginas que yéndote lejos vamos a preocuparnos menos por ti? En serio, te pensaba más inteligente. Y Camille... ¡Por Dios! ¿Qué le hiciste? ¿Cómo fuiste capaz?

Joaquín se puso de pie. Su sobrino lo empujó golpeándole el pecho.

—Te fuiste por ella. Te exiliaste solo para cuidarla. Regresaste y tuviste la suerte de que, después de todo lo que vivieron, ella te perdonara y volviera a darte una oportunidad. ¿Tienes idea de lo poco que dormía para poder trabajar y cuidarte? ¿Crees que le resultó fácil quedarse aquí y verte así? ¿Piensas que le estarías haciendo un bien escapando de nuevo? ¿Cómo pudiste creer todo eso?

—Es la única alternativa que encontré viable.

—Vas a perderla en serio. Lo sabes, ¿no? Ella se subió a su auto y se fue a su casa. Lleva meses sin ir ahí, pero ahora se fue. Es lo único que anhelaste todos estos años y estás renunciando a ella porque te quedaste ciego. ¡Como si eso hiciera que le importaras menos!

Joaco volvió a sentarse en la cama.

—No puedes rendirte ahora —Bernardo escupió aquellas palabras con tanto odio como le fue posible—. ¡No tienes derecho a hacerlo! ¡Yo merezco más! Tu familia, Cam, todos merecemos mucho más de ti. Así que saldré de esta habitación y te daré diez minutos para que decidas qué harás de tu vida. El exilio no es una alternativa. Toma una decisión adulta, responsable, y deja de intentar escapar de los problemas. Te estaré esperando en el living, más vale que tengas algo bueno para decirme.

La puerta se cerró de golpe, recibiendo la frustración de Bernardo ante lo que su tío estaba viviendo. Joaquín se quedó perdido en sus pensamientos. Nunca se hubiera imaginado siendo regañado por un crío de doce años. Lo peor era que todo lo que su sobrino había dicho era por completo cierto.

Capítulo 62

Joaco bajó las escaleras con paso firme. Se detuvo en el último escalón y frunció el ceño.

—Creí que estaríamos solo tú y yo —dijo hablando al lugar donde vislumbraba la silueta de su sobrino.

Desde uno de los sofás, Laurent se puso de pie y se acercó a Bernardo.

—No te dejaré en un momento como este —replicó acercándose a su hijo.

—¿Qué piensas hacer? —Berni hizo la pregunta con tono impasible.

Joaquín sonrió a medias.

—En verdad te pareces a tu padre —se mordió la comisura de los labios y suspiró—. Lamento mi comportamiento de las últimas semanas. Lo digo en serio.

Laurent caminó hacia su hermano y lo tomó por los hombros.

—No importa si tu ceguera resulta permanente. Eres tú quien nos preocupa, no tus ojos. Puedes asistir a algún centro especializado, aprender a hacer todo lo que quieras valiéndote de tus otros sentidos. No necesitas huir.

Joaco negó con un movimiento de la cabeza.

—¿Dónde está el resto de la familia?

—Papá pasó la noche en casa de Elena. Aún no regresa. Javier salió con Isabela y Ana por unos trámites —enumeró su hermano mayor—. Stefano entrena con Mika y Pedro. Matías prometió encargarse del almuerzo y por la limpieza de la cocina, todo apunta a que salió con Víctor a comprar comida en algún restaurante.

Joaquín apretó sus manos en puño y asintió con gesto de frustración.

—Soy un muñeco roto —se estremeció—. Me partí en mil pedazos a lo largo de los años y fui juntando los fragmentos pero, llegado a este punto, no encuentro la manera de rehacerme y seguir.

—No precisas hacerlo solo. Tienes a tu familia. Tienes al clan. Tienes a Cam. ¿Qué más te hace falta? Un sentido es eso, solo un sentido. ¡Puedes conectarte con el mundo de tantas maneras diferentes! Limitarte a sufrir por la ceguera no es una opción.

—Creo que llegó la hora de que me devuelvas lo que te di para guardar —Joaquín intentó sonreír mientras su hermano lo abrazaba.

—Ya mismo lo traigo. He esperado mucho tiempo para que me lo pidas. Laurent se fue a su habitación, dejando a los otros cambiantes a solas.

—Lamento haberte puesto en una situación tan complicada —comentó Joaco antes de volver a mordisquear la comisura de sus labios.

—Yo fui responsable entrando a tus pensamientos, pero de verdad me asustaba el rumbo que estaba tomando todo. Ahora eres tú —el mellizo le palmeó la espalda—. Este es el tío que admiro.

Los pasos rápidos de Laurent bajando las escaleras llegaron a Joaco con total claridad.

—¡Aquí lo tengo! Ahora, dinos qué piensas hacer —señaló mientras depositaba algo en las manos de su hermano menor.

—Voy a necesitar tu mochila de viaje, Ber —replicó Joaquín sonriendo—. Esto es algo que debo resolver yo solo.

~*~*~*~*~*~*~*~*~*~*~*~*~*~*~*~*

Joaco caminaba por las calles de la ciudad bajo el aspecto de un terranova. Aunque disfrutaba mostrarse como puma, no podía exponerse así ante público humano. Era preferible ir como un perro, que andar como un animal salvaje. Como humano, le habría resultado imposible moverse solo desde la estancia de la familia.

Se guiaba por lo que recordaba de esa parte de la zona urbana, porque había decidido hacerlo por sí solo, aunque le llevara horas. Después de vagar por la zona externa de la ciudad, decidió llegar hasta el hospital, cuyo camino conocía de memoria, y tomar desde ahí hacia la casa de Cam. El lugar no quedaba muy lejos, él ya la había acompañado en otras ocasiones.

Haciendo uso de esa lógica, Joaco alcanzó su destino cuando el sol se encontraba en su máxima altura. El calor del mediodía hacía que su pelaje oscuro le resultara molesto y le causara claustrofobia, si acaso eso era posible.

Se detuvo frente a la puerta, dudando. Luego unos momentos discutiendo consigo mismo sobre la conveniencia de ladrar, tocar el timbre con el hocico o rasguñar la puerta con sus patas delanteras, eligió la última opción.

Rasguñó una, dos, tres veces y se sentó a esperar, con la lengua fuera, exhausto por la travesía que había llevado adelante sin más ayuda que su olfato y su memoria. Debía aprender a valerse así, por sí mismo, sin depender de nadie más. Ese era su primer paso, llegar hasta donde vivía Camille.

Los minutos transcurrieron y nadie salió a atender a su llamado. Joaquín olfateó la puerta, tratando de discernir si Cam estaba en su casa o tal vez había salido a trabajar al hospital. Se regañó a sí mismo por no haber prestado atención cuando ella le comentó sus horarios de esa semana. Se había comportado como un verdadero idiota y estaba pagando las consecuencias.

Seguro de que Camille no volvería a la estancia, se tumbó en el suelo de la entrada de la casa. Iba a esperarla allí, aunque tuviera que soportar varias horas sin agua ni comida. Tenía que hacer bien las cosas. Cam no merecía menos.

Pensando en ella y en la disculpa que debía darle, Joaquín se acurrucó en la pequeña porción de sombra que generaba el manzano que había en el patio delantero de la casa.

~*~*~*~*~*~*~*~*~*~*~*~*~*~*~*~*

Cam regresó de su trabajo después de una jornada en verdad agotadora. Había procurado no pensar en Joaquín, porque la idea de saberlo yéndose lejos después de todo lo que habían vivido en los últimos meses la destrozaba.

Al llegar a su casa, la doctora descubrió a un gran perro durmiendo en su jardín frontal. Un terranova de pelaje negro que llevaba una pequeña mochila sobre el lomo.

—¿Joaco? —preguntó con tono incrédulo.

El perro abrió los ojos y se levantó olfateando el lugar.

—¿Qué haces aquí? ¿Cuánto llevas esperándome?

El aludido se dirigió a la puerta y rasguñó la madera.

—Está bien. Ya voy —Camille caminó a su lado sin dejar de mirarlo con sorpresa.

Abrió la puerta y le dio espacio para que pasara.

Joaquín olfateó los muebles de living y se sentó sobre sus patas traseras.

—Supongo que quieres cambiar y ponerte algo de ropa —comentó la doctora—. Iré a la cocina. Llámame cuando estés listo.

Lo dejó a solas, dándole la privacidad que necesitaba.

Pocos minutos después, fue capaz de llamarla:

—Cam, ¿puedes venir?

El aroma frutal que tan bien conocía le llegó cuando ella se detuvo a pocos pasos de distancia. Respiró profundo, como intentando calmarse, y extendió su mano, ofreciéndole a Camille una pequeña caja forrada con terciopelo verde. Ella se le quedó mirando sin saber qué pensar o sentir frente a esa situación. Tomó la caja con cuidado y la miró, sin atreverse a abrirla. Esperó a que él comenzara a hablar y le diera la explicación que necesitaba luego de todo lo que había pasado ese día.

Capítulo 63

Joaquín respiró profundo varias veces. Fijó la atención en la nube de tono celeste que formaba Camille con su ropa de trabajo. Deseaba verla, saber qué expresaba su mirada y tratar de adivinar cómo reaccionaría ante su regalo.

—Lamento mi comportamiento. Lamento haber intentado distanciarte. No debí mostrarme esquivo cuando querías acercarte ni mantenerme en forma animal sin darte explicaciones sobre lo que me pasaba.

El cambiante se encogió los hombros al tiempo que se mordía los labios, peleando con el nudo que le cerraba la garganta. Sentía que sus ojos se iban humedeciendo mientras retomaba el hilo de su disculpa.

—No me esperaba esto. No esperaba despertar y saberme ciego. Ya ni siquiera guardo esperanzas de volver a ver. Me siento incompleto. Me rompí y no encuentro la manera de arreglarme. No mereces alguien a medias, Cam. Ni tú ni mi familia. Nadie tiene que cargar con esto en lo que me convertí. Por eso pensé en marcharme.

—¡Como si escapar fuera la solución! —ella negó moviendo la cabeza.

—¿Tienes idea de lo sencillo que me resulta andar en forma animal y aprovechar mis otros sentidos? ¿Te imaginas conmigo por la casa así? Dime que no te sentiste incómoda las últimas semanas.

—No me molesta verte así, me enoja que no podamos hablar. Te creaste un muro, Joaco, te escondiste tras él y no importa si estás con aspecto humano o de puma, el problema es la distancia que fuiste generando.

—Yo soy el problema, Cam. Mi ceguera y yo, somos el problema en realidad.

—No sabía que la gente que pierde algún sentido deja de tener derecho a convivir con sus seres queridos. ¿Cómo crees que viven? ¿Piensas que todos se van a alguna isla privada para no causarles problemas a sus familiares o amigos?

—Por favor, no vine a pelear. Quiero hablar contigo y aclarar algunas cosas.

—¿Entonces qué haces aquí? ¿Para qué viniste si tienes pensado marcharte lejos?

—No voy a irme. Entendí que no puedo dejarme vencer por la situación que vivo. Tengo que aprender a quererme y valorarme así como soy. Tengo que aprender a dejar que pases mis defensas y me ayudes a afrontar esto contra lo que no puedo luchar solo. No quiero que ninguna distancia nos separe, física ni emocional. Por eso vine a disculparme y te traje ese presente. Para demostrarte cuánto me importas.

Camille volvió la atención a la pequeña caja y se estremeció.

—Dime que no es un anillo y que no piensas pedirme matrimonio, porque te aviso que no pienso aceptarlo. Las relaciones se construyen, Joaco, no alcanza con el amor que podamos tenernos. Hay que trabajarlo cada día, poner lo mejor de nosotros. Sobre todo, confiar y contar el uno con el otro. No puedes dejarme fuera si sientes que lo que vives te supera. Tienes que decírmelo, para que podamos enfrentarlo juntos.

—A veces siento que un tsunami se levanta a lo lejos y arrasa con todo lo que soy. No quiero que la ola te golpee. Si yo me ahogo, tú tienes que poder salir a flote y salvarte, no permitir que te arrastre conmigo al fondo.

—¡Para eso son las parejas! Para ir a la par, para ser felices juntos y sobrevivir a los momentos difíciles. Si vamos a elegir un futuro juntos, es porque ambos lo queremos y aceptamos la realidad del otro. Casarse no es lo importante. Firmar un papel, usar una alianza... Nada de eso importa si no constituimos una pareja de verdad. Por eso te lo advierto, si me ofreces un anillo, no lo aceptaré.

—Abre la caja, Cam. Juro que no es un anillo.

Ella hizo lo que Joaquín le pedía. Levantó con cuidado la delicada tapa cubierta de terciopelo y descubrió un dije de madera con forma de corazón. El material había sido tallado con sumo cuidado para crear miles de diminutas facetas en la madera, generando un efecto geométrico cautivante.

—Cuando regresamos de Francia porque nos separamos, me enteré de que iban a remodelar el edificio de artes de nuestra universidad —sonrió a medias—. Logré recuperar un fragmento del suelo de la sala de ensayos donde nos vimos por primera vez y recurrí a un artesano del clan para que creara ese dije. Iba a dártelo cuando me despidiera de ti, antes de irme a la selva, pero las cosas no resultaron como esperaba. Nunca creí que volveríamos a encontrarnos, pero igual lo conservé.

Camille dejó la caja con el dije sobre la mesa ratona y se volvió hacia él mientras el llanto ganaba terreno en ella. Cortó el espacio que los

separaba, abrazándolo con fuerza.

—Por favor, no llores —dijo Joaco acariciándole la espalda.

—¿Entiendes que te amo? ¿Entiendes que quiero estar contigo y soñar un futuro a tu lado, sin importar si eliges andar por la casa como un enorme perro de setenta kilos?

—Me da pánico que un día despiertes y ya no soportes vivir conmigo.

—¡No puedes atarte a la inseguridad de un futuro que aún no existe! Céntrate en el presente, en el aquí y ahora. No sabemos lo que va a ocurrir mañana, pero sí donde estamos hoy. Hoy, yo te elijo para compartir mi existencia. Eso es lo que debe importarte.

Ella se puso en puntas de pie y lo miró a los ojos. Aunque sabía que él no podía devolverle el gesto, necesitaba hacerlo. Le acarició la barba con el dorso de las manos y lo vio sonreír ante aquel contacto.

El cambiante respiró profundo una vez más.

—Sabes que siempre te elegí a ti. Fuiste mi prioridad. Quiero saberte bien y si eso lo logras al estar conmigo, seré el hombre más feliz del mundo.

—Estaremos bien, cariño. Será cuestión de poner lo mejor de nosotros y hacer que funcione más allá de todo. Debes aprender a hablar de tus miedos en vez de convencerte con lo que crees que piensan los demás. No puedes vivir así, pensando que sabes cómo van a responder o actuar quienes te rodean, en vez de plantear el asunto y resolverlo.

»¿Por qué te convences de distancias que en realidad no existen? Yo puedo decírtelo: te aterra ser quien padezca esa distancia, temes que tu familia y amigos sean los que pretendan alejarse porque no quieren saber nada contigo, por eso prefieres alejarte tú antes de salir lastimado.

Joaco se encogió de hombros.

—Siempre supiste ver a través de mí mejor que nadie. Por eso también te amo.

Cam acercó su rostro al de Joaquín y lo besó con dulzura.

—Vamos a enfrentar tus fantasmas uno a uno, ¿sí? Mientras, iremos aprendiendo a conocernos de nuevo. Revelaremos nuestras inseguridades y potenciaremos aquello que nos fortalezca. Podemos hacerlo juntos, si te decides a quedarte aquí y no escapar.

—No pienso irme de tu lado. Toda distancia resulta frágil cuando te pienso.

—Mejor así, mi amor. Ya aprenderemos a andar juntos sin temerle a nada, ni siquiera al futuro y todo lo que pueda traer.

Ella le rodeó el cuello con los brazos, mientras él la abrazaba por la cintura. Sus labios se reencontraron en un beso lento y suave. Tenían todo el tiempo del mundo y no pensaban permitir que nada ni nadie los volviera a separar.

Epílogo

Tres años después...

Joaquín de estaba arreglando el nudo de su corbata cuando Laurent entró a la habitación anunciándose con dos golpes suaves en la puerta.

—¿Cómo te sientes? ¿Nervioso? —le acomodó la corbata con la destreza que solo se logra luego de años de práctica.

Joaco sonrió.

—No pensé que llegaría este día, te soy sincero, pero parece que para el amor no pesa el tiempo y aquí estamos, camino a festejar una unión que hace unos años habría resultado imposible.

—Todo saldrá bien. Tranquilo.

—Eso mismo dijiste antes de mi última intervención quirúrgica.

—Y te fue bien. Recuperaste la vista después de todo.

El menor de los Stevenson respiró profundo y asintió.

—Si ves que entro en pánico y olvido algo, sálvame.

—Sabes que lo haré. Los mellizos tienen un plan B, por las dudas, pero ya les dije que se mantengan en su lugar —Laurent regresó a la entrada de la habitación en plena carcajada y abrió la puerta, haciendo un gesto para que su hermano fuera primero.

—Todo irá bien —repitió Joaquín al cruzar el umbral.

~*~*~*~*~*~*~*~*~*~*~*~*~*~*~*~*

El salón de ceremonias estaba colmado de personas. Unos cuatrocientos invitados habían llegado desde todas partes del mundo para formar parte de los festejos.

Joaco estaba en el frente del altar que Isabela había ornamentado con sumo cuidado. Tal y como las tradiciones de su clan lo celebraban, cuando la música de violines y cellos comenzó a sonar, desde un lateral de la sala llegaron Jerome y Camille caminando a paso tranquilo. Desde el extremo opuesto, Laurent y Elena los imitaron.

Joaquín solo podía fijar su atención en Cam. Se sentía eclipsado por ella, tal y como cuando la había conocido, hacía casi veinte años. El vestido blanco que Camille llevaba caía en pliegues de gasa y encaje, recorriendo sus curvas con delicadeza. Sin importar el tiempo que había transcurrido, el amor que se tenían era lo que destacaba siempre. Quienes los conocían, admiraban el esfuerzo con que habían luchado para darle vida a su relación. Tenerla ahí, en aquella situación tan especial, era algo que él nunca había imaginado.

En el instante en que Cam se separó de Jerome, Joaquín reaccionó, volviendo su atención al resto de los presentes en la sala.

—Sean todos bienvenidos —dijo con una gran sonrisa dibujada en el rostro—. Gracias por acompañarnos en un momento tan importante para nosotros. Es un honor para mí poder compartir este momento con ustedes.

El aplauso resonó con fuerza, antes de que el cambiante pudiera seguir hablando:

—Hoy celebraremos el amor que es capaz de luchar contra todo obstáculo, que sabe esperar el momento justo, que cura toda herida. Me alegra mucho poder llegar a este punto contando con ustedes como testigos. Si alguien me hubiera preguntando hace una década si creía posible esta situación, sin dudas hubiera dicho que me resultaba tan lejana como imposible. Pero ya ven, aquí estamos, para festejar juntos la unión entre Jerome Stevenson y Elena D'Alessio.

Joaquín miró a su padre, que sostenía la mano de Elena y la contemplaba con tanto amor como él sabía hacerlo con Camille.

—¿Juran, frente a todos los aquí presentes, respetarse, acompañarse, cuidarse y amarse por lo que resta de sus existencias?

—Lo juramos —dijeron a la par los novios.

—Ya demostraron que para el amor no existen fechas, ni tiempo ni edades. Espero que sean felices y que nunca les falten razones para sonreír y agradecer el haberse conocido.

Los aplausos volvieron cargados de gritos, rugidos y aullidos de los cambiantes que festejaban el casamiento de su líder. La fiesta comenzó entonces, entre sonrisas y vítores de emoción.

~*~*~*~*~*~*~*~*~*~*~*~*~*~*~*~*

Estaba amaneciendo cuando los invitados comenzaron a retirarse de la fiesta. Algunos volverían al mediodía, para almorzar con la familia. Otros armarían las maletas y regresarían a sus hogares donde el lunes tocaba trabajar temprano.

Joaquín y Camille estaban recostados en un sofá amplio. Cam se había acomodado sobre el regazo de Joaco, que observaba cómo los últimos rezagados seguían bailando a la espera de que alguien los echara del lugar.

Ana llegó moviéndose al son de la música y se sentó en un pequeño banco frente a sus tíos.

—Tengo que contarles un secreto. Estoy escribiendo una novela —sonrió con picardía—. El protagonista es un muchacho que se deja la barba y está cubierto de tatuajes, es bastante guapo. Tiene un secreto que no puede confesar: forma parte de una banda de mercenarios.

»La cuestión es que un día ocurre un accidente y conoce a una chica en el hospital, porque ella es enfermera. Se enamoran, aunque no pueden estar juntos y ella corre peligro. Él intenta dejarla, pero la ama tanto que decide contarle la verdad y enfrentar a los miembros de la banda que se oponen a esa relación...

Camille levantó el rostro y miró a Joaquín sonriendo antes de volver la atención a la melliza. La joven llevaba el cabello recogido en un rodete simple que estaba a medio desarmar luego de tanto baile, la adolescencia la hacía resplandecer y dejaba en evidencia el parecido con su madre.

—Creo que sé cómo termina la historia. Es más, estoy seguro de que conozco a los personajes mejor que tú —Joaco levantó una ceja. Su sobrina se encogió de hombros.

—¿A qué te refieres? ¿Piensas que no es una idea mía, por completo original? ¡Por favor! ¿Cómo puedes pensar así de mí? —dijo con fingido enojo—. Aún no se me ocurre el título, estoy barajando varias opciones...

Ana no pudo terminar de hablar, su hermano llegó corriendo y señaló la pista de baile, donde sus padres se movían al compás de un tema lento.

—¡No saben lo que descubrí! ¡Esto es...! ¡Es tremendo!

—¿Qué es? ¡Vamos, dilo! —urgió la melliza.

—Estaba esperando para ir al baño y sale mamá y me mira sorprendida, como si la hubiera descubierto haciendo algo raro, lo que me resultó extraño... Entonces, entré al baño y sin querer tiré el cesto de residuos —Bernardo abrió los ojos, cargando de expectativa su relato—. Cuando

me agaché a juntar todo, descubrí una prueba de embarazo con la marca positiva. ¿Entienden?

—¿Qué hay que entender? —Joaquín frunció el ceño.

Los chicos lo miraron como si aún no cayera en el chiste y necesitara la explicación para comenzar a reír.

—¡Mamá está embarazada, tío! ¡Vamos a tener un hermano o hermana! —replicó el mellizo.

—¡Es increíble! ¡Terminaremos la secundaria con un bebé en casa! —Ana aplaudió, entusiasmada.

—¿Cómo pueden estar tan seguros? —Cam negó con un leve movimiento de la cabeza.

—Todas las pruebas la incriminan. De seguro papá ni lo sabe —Berni volvió la atención hacia sus padres, que seguían bailando ajenos a todo.

—Debemos esperar a que ellos lo digan, entonces —Ana se encogió de hombro antes de sonreír— ¡Qué emoción! ¡Seré hermana mayor! ¡Ojalá sea niña!

Los mellizos se fueron cuchicheando entre sí, dejando a sus tíos perplejos con aquella noticia.

Joaco abrazó a Camille.

—¿Puedes creerlo? ¡Mi hermano será padre de nuevo! Sabía que Isabela estaba buscando otro hijo, no pensé que nosotros festejaríamos primero.

Cam le acarició el brazo con que él le rodeaba la cintura y murmuró:

—Sé que va a venir otro Stevenson al clan pero, ¿quién dijo que la cigüeña nos traerá otro sobrino?

Volvió el rostro hacia su marido y enarcó una ceja, sonriendo.

—¿Dices que...?

Ella lo besó en los labios sin dejar de sonreír. Joaquín apretó el abrazo, atrayéndola para devolverle el beso. La vida les estaba dando revancha. Solo les quedaba disfrutar de ese instante eterno de felicidad que habían aprendido a construir juntos.

Agradecimientos

Escribir siempre es una aventura, pero también requiere de mucho trabajo. Para llevar a la vida *Distancias Frágiles* tuvo que pasar mucho tiempo, horas de escritura, documentación, relectura y corrección. Espero que hayas disfrutado de esta historia que tanto amé escribir.

Gracias a mi familia y amigos por el apoyo constante.

A Lucas, por verme encerrada en la burbuja de mi PC y darme ese espacio y tiempo, además de impulsarme siempre.

A Matías, por las horas de charla literaria.

A Emi, por cada crítica y emoción compartida.

A todos los que, incluso sin saberlo, hicieron que este pedacito de mi alma llegue a manos de algún lector.

Sobre la autora



Erzengel Eds es el seudónimo de Sonia H. Lindner.

En el ámbito literario la conocen como Erze y bajo ese seudónimo cofundó en 2011 Huellas de Tinta, revista online de literatura juvenil que dirige desde 2017, así como también lleva adelante su blog personal Palabras al Viento.

Enamorada de la fantasía, siempre tiene a mano cuaderno y lápiz, porque las buenas ideas llegan cuando uno menos las espera y no hay que dejarlas escapar.

Su trabajo como docente de Química no le impide vivir con la cabeza metida entre los libros que disfruta y las historias que suele crear.